



***Federico  
Ozanam***





PATIVILCA

# ***Federico Ozanam***

SEGÚN SU CORRESPONDENCIA

Nihil obstat

DR. ANTONIO ZALDUA

Censor Ecco.

IMPRIMATUR:

Bilbao, 27 de diciembre de 1957

DR. LEÓN MARÍA MARTINEZ

Vic. Gen

# ÍNDICE

PRÓLOGO DE VÍCTOR IRIARTE S.J.	5
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I: PRIMEROS AÑOS	11
CAPÍTULO II: PARÍS. ACCIÓN CATÓLICA	17
CAPÍTULO III: POR LA VERDAD	23
CAPÍTULO IV: LA CONFERENCIA DE HISTORIA. APOSTOLADO	29
CAPÍTULO V: LA CONFERENCIA DE CARIDAD	38
CAPÍTULO VI: ORIENTACIÓN	44
CAPÍTULO VII: ALMA DE APOSTOL	51
CAPITULO VIII: LYON Y PARIS. DOCTORADO EN LEYES	55
CAPÍTULO IX: LA CONFERENCIA DE LYON	62
CAPÍTULO X: EL TRIBUNAL	70
CAPÍTULO XI: DOCTORADO EN LETRAS	75
CAPÍTULO XII: CURSO DE DERECHO COMERCIAL. VOCACIÓN	80
CAPÍTULO XIII: MATRIMONIO	87
CAPÍTULO XIV: LA SORBONA. LA GERMANIA. EL PROFESOR	91
CAPÍTULO XV: MAESTRO Y DISCÍPULOS	100
CAPÍTULO XVI: LA IGLESIA Y LA UNIVERSIDAD	107
CAPITULO XVII: FAMILIA, TRABAJO Y CARIDAD	111
CAPITULO XVIII: OZANAM Y EL PECULADO	116
CAPÍTULO XIX: ROMA	118
CAPÍTULO XX: LA REVOLUCIÓN DE 1848	122
CAPÍTULO XXI: LA INSURRECCION DE JUNIO	127
CAPITULO XXII: L'ERE NOUVELLE	133
CAPÍTULO XXIII: FE Y TOLERANCIA:	141
CAPÍTULO XXIV: LOS POETAS FRANCISCANOS. EL SIGLO V	147
CAPÍTULO XXV: DESCANSO. BRETAÑA. INGLATERRA	156

CAPÍTULO XXVI: VIDA ÍNTIMA	163
CAPÍTULO XXVII: OZANAM, AMIGO	169
CAPÍTULO XXVIII: LA ENFERMEDAD. LOS PIRINEOS	172
CAPÍTULO XXIX: ITALIA	181
CAPÍTULO XXX: ÚLTIMOS DÍAS	190
CAPITULO XXXI: REGRESO A FRANCIA	199
CAPITULO XXXII: SU RECUERDO	203
EPÍLOGO	
BEATIFICACIÓN: HOMILÍA DEL PAPA JUAN PABLO II	214

## DEDICATORIA

A la memoria de mis padres, a quienes vi siempre practicar con fervor la caridad cristiana.

A la memoria de mi hermano Miguel Alfonso Rivas, quien siempre tuvo para el pobre una caridad y un respeto tales que me atrevo a calificar de ozanámicos.

A la memoria de mi hermana Hortensia Alfonso Rivas, cuya vida puede quedar resumida en dos palabras: sufrimiento y oración.

## PRÓLOGO

Lanza al público Pativilca la vida de Federico Ozanam. En su rico epistolario ha recogido hermosas espigas y la biografía de Baunard le ha dado la estructura al volumen. Corre ágil y ligera la pluma por estas páginas y descorre ante la mirada atónita del lector la figura de este hombre que va creciendo con el tiempo, en relieve e importancia.

Es ésta una de las biografías que necesitamos para sacudir el sopor que nos amodorra. Ozanam habla al alma moderna. Es un seglar que se interesa por todo y, en primer término, por su santidad. Es un esposo que, con su bondad, ha hecho feliz a su compañera. Es un padre lleno de ternura para con su hija. Es un intelectual que en la universidad ha difundido y defendido la verdad. Como católico, es el caballero sin miedo ni tacha. No tiene miedo a bajar al campo y a entrar en batalla con el enemigo. Su arma es la Historia, que esgrime con gran habilidad, sabiendo sacar de entre el polvo de los archivos la solución al problema difícil. Acude a la Filosofía en busca de luz y de sus grandes principios, para resolver aparentes antinomias. Cultura, arte... No hay sector humano donde rehúya el ataque.

Pero no es un mero teórico. Sabe vivir lo que enseña y confirmar con su vida lo que defiende. El mundo necesita imperiosamente de Cristo: pero de Cristo encarnado totalmente en los cristianos. Esta idea le lleva a empaparse en lo que constituye la esencia y entraña viva del cristianismo: la Caridad. Mediante esta caridad abraza a Dios, a través de Él, en estrecho abrazo, al hombre con el hombre. Y esta caridad le lleva a defender a la Iglesia ante sus detractores, trazando la trayectoria de su historia, para que se manifieste como, en fidelidad a Cristo, ha surcado sólo haciendo bien.

Algo da quien da la palabra, sobre todo si es tan bella y jugosa como la de Ozanam. Pero Cristo da más que su palabra. Cristo ha venido a darse. Su vida es una donación total. Como canta Santo Tomás de Aquino, la caridad de Cristo se va despeñando en inmensa catarata hasta transformarse al fin en océano inmenso, sin horizontes ni orillas.

«Por compañero se nos da en el mundo,  
Cual divino manjar en el Sagrario,  
Cual rescate de sangre en el Calvario,  
Y como premio se nos da en el cielo.»

Ozanam quiere darse así, en donación total de su persona. Y halla la estampa fiel de Cristo en el pobre; el establo de Belén en el tugurio; el taller de Nazaret en la fábrica; la Cruz del Calvario en la miseria. Y allá corre, él mismo, sin emisarios, buscando el contacto personal y directo.



Él ha comprado los troncos para la estufa del pobre que tiritaba de frío, él los carga y los entrega en la buhardilla, tras sabrosa charla.

El ha recogido la ropa y en su casa se ha limpiado, y manos cariñosas la han remendado y ufano entra él, como mensajero de Navidad, en la choza donde no tienen con qué cubrirse sus carnes.

Allá corre, deprisa, porque el enfermo se agrava y con él va el médico y la medicina.

Pero sabe que más que el cuerpo vale el alma y que las obras de misericordia espirituales son superiores a las corporales: con todo, éstas les preparan el camino a aquéllas y le sirven de embajada. Entonces se recibe con agrado el consejo, la corrección fraterna tiene éxito y se acepta la enseñanza, aunque cueste sacrificio.

«La ayuda dignifica —escribía Ozanam— cuando ella junta al pan que nutre la visita que consuela, el consejo que ilumina, el apretón de mano que reanima; cuando ella trata con respeto al pobre, no solamente como a un igual, sino como a un superior, porque él sufre lo que tal vez nosotros no podríamos sufrir y porque él es entre nosotros como un enviado de Dios, para probar nuestra justicia y caridad y salvarnos por nuestras obras.»

El oyó hablar y vio actuar a la filantropía. La comparó y la juzgó como la caricatura de la caridad. Si ésta es la sonrisa de Dios, aquélla es la mueca del diablo. Porque en esas fiestas benéficas, más que al prójimo se busca uno a sí mismo. Estas fiestas son hijas del egoísmo. Disfrutar del baile, satisfacer el apetito, o entablar amistades, es lo que se compra. El pobre es el pretexto. Se trafica con él. Extraño amor, que no se acuerda del pobre sino por la fiesta y, pasada ella, se esfuma y transforma en fría indiferencia y dureza de corazón. Sin fiesta no se socorre al pobre...

Ozanam insistía en el contacto personal, en la visita domiciliaria, en la conversación y el diálogo, en el conocimiento de los problemas y hasta en la participación de las angustias. Sólo así es efectiva la caridad. Sólo así es educadora.

«Tenéis hijos ricos —escribía al R. P. Pendola—. La lección más útil para dar temple a sus blandos corazones es el mostrarles a Jesucristo, no tanto en los cuadros de los grandes artistas o en altares deslumbrantes de oro y luces, cuanto en las llagas y personas de los pobres. Con frecuencia hemos hablado de la debilidad, de la frivolidad y nulidad de los hombres, aun cristianos, en la nobleza de Francia y de Italia. Mas estoy cierto que son así por haber faltado una cosa en su educación: algo que no se les ha enseñado, que no conocían más que de nombre y que es necesario haber visto sufrir a otros, para aprender a sufrirlo, cuando, tarde o temprano, llegue a nosotros. Esta cosa es el dolor, es la privación, es la necesidad... Es preciso que estos jóvenes sepan lo que es el hambre y la sed y la vaciedad de un granero. Es preciso que vean a los pobres andrajosos, a los niños enfermos y a los niños en llanto. Es preciso que los vean y los amen. Y una de dos: o esta visión les hace estremecer su corazón o esta generación está perdida. Pero nunca hay

que creer en la muerte del alma de un joven cristiano. No está muerta, sino duerme.»

Cuando el Juez eterno premie a los justos, basará su sentencia en las Obras de Misericordia, en su realidad y en ese contacto: «Estuve enfermo y me visitasteis».

Pero con frecuencia le asaltaba a Ozanam un pensamiento. Un hombre solo puede poco. Por más intensa que sea su actividad, queda muy marginada, tanto en el espacio como en el tiempo. Había que pensar en aumentar ambos. Para ello fundó las Conferencias de San Vicente de Paúl. El éxito fue asombroso. En torno suyo se agruparon ocho jóvenes universitarios, a quienes contagió con su ideal y hoy el árbol se ha extendido por todo el mundo. Son 20.000 las Conferencias y pasan de 200.000 los socios que cooperan en tan meritoria labor.

Papas y obispos, ante la labor cumplida, han acogido la obra de Ozanam con los más cálidos aplausos y, en nuestra Patria, haciéndose eco nuestro Episcopado de la expresión de Pío XII, declaró «que se sentiría feliz el día en que cada parroquia cuente con una Conferencia de San Vicente».

Entretanto, el tiempo corre, y su acción demoledora parece que, en vez de anular, pone más de relieve el valor de Federico Ozanam. Con paso lento, pero firme, se va acercando al honor de los altares. Es fácil que Dios nos depare la alegría de invocarlo entre los Bienaventurados. Este veredicto de la Iglesia confirmaría la profunda impresión que causa la lectura de esta vida.

Tú, lector, no dejes de tu mano este libro y asimila esta lección que te da un militante cristiano consciente y consecuente.

Víctor Iriarte, S. J.

## INTRODUCCIÓN

*Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; encarcelado y vinisteis a verme y a consolarme. (Mateo 25, 34-37)*

¿Quién ignora que en nuestra Patria la mayoría del pueblo pasa la vida gimiendo bajo una condena perpetua de hambre y de desnudez?

Todos hemos oído ese clamor silencioso con que nuestro pueblo llora la desdicha de su hogar, al ver en él instalada esa miseria implacable que, con su garra potente, borra la sonrisa del niño y resta las fuerzas del hombre.

¡Cuántas veces, al sentirme preocupada por el recuerdo de esas tristes escenas de miseria —escenas unas veces contempladas, muchas veces oídas— surgieron en tropel en mi memoria innumerables criaturas inocentes llevando en su rostro la huella del dolor! Criaturas cuyas mejillas desencajadas revelan a gritos el hambre que padecen, cuyos cuerpecitos macilentos, apenas cubiertos con harapos, pregonan claramente necesidades no satisfechas; cuyos bracitos, acostumbrados a mendigar, se estiran suplicantes; cuya mirada, a pesar del cansancio, sonríe esperanzada. Mirada que parece decirnos: ¿Por qué es nuestra vida tan triste siendo el mundo tan bello?... ¿Dónde está el Señor que dijo que mientras hubiese pan, ninguno podría padecer hambre?... Nosotros siempre tenemos hambre y no hay quien nos dé pan.

Si la alegría no existe para ellos, si la justicia parece que no existe, si la caridad es un mito, es porque, a pesar de que Dios nos mandó que nos amásemos, los hombres, están tan engolfados en su egoísmo, distraídos en su propio bienestar, que no cumplen sus mandatos.

Ante esos pensamientos, se apodera el desaliento de mi ser, no sólo por la indiferencia con que el hombre pasa ante el dolor ajeno, sino también por la poca compasión que en mi corazón despierta ese mismo dolor, ya que en este caso la compasión se mide, no por los suspiros que se escapan del pecho, sino por el esfuerzo que ponga fin al mal.

Pero no había de ser sólo el desaliento el fruto logrado por mis reflexiones. Preciso era reaccionar, sino por generosidad de corazón, al menos por el convencimiento de un deber que es imposible eludir. Mas débil y temerosa de errar el camino, busqué angustiada la senda que me condujese al fin.

Entonces volví mis ojos a Ozanam, esperando encontrar en él la antorcha que dirigiese mis pasos e inflamase mi voluntad para obedecer el mandato divino del amor.

Y mi esperanza no salió frustrada, ya que en aquella vida hallé encarnadas las virtudes que mi espíritu afanosamente perseguía. No quise, sin embargo, guardar para mí sola el fruto que con aquel ejemplo coseché. Católico por excelencia, es Ozanam una gloria y un modelo, no sólo para el pueblo francés. Lo es para toda la Iglesia. Como tal, lo presento hoy al público hispanoamericano.

¡Ojalá que el estudio de esta vida, inspirada en la escrita por Mons. Baunard, pueda ser de alguna utilidad para todos aquéllos que todavía creen y esperan! ¡Ojalá que el amor a la Humanidad, que late escondido en el fondo de todo corazón, se traduzca —por la lectura de estas páginas— en deseo de seguir las huellas de aquél que supo divinizar ese amor, contemplando al mismo Jesucristo en la persona del pobre!

\* \* \*

En la biografía de Ozanam he procurado destacar además de algunos brillantes aspectos de su vida privada, su carácter íntegro de católico militante, como hijo valiente de la Iglesia y como apóstol diestro de la fe. Y, sobre todo, como ejemplo viviente de caridad cristiana.

Caracas, 8 de septiembre de 1957

# CAPÍTULO I

## PRIMEROS AÑOS

*Esta educación y austeridad daba por resultado que los hijos con todo entusiasmo se dedicaran a nobles ideales.*

Tacit. Dialog. de Corrupt. eioq. 29

1.— Los antepasados 2.— El médico cristiano 3.— Federico, niño 4.— Su vocación literaria 5.— Dudas religiosas 6.— Oración y luz 7.— El abate Noiroi 8.— Fe victoriosa 9.— Integridad de Ozanam para defender la religión y la virtud 10.— El sansimonismo 11.— Defensa del Cristianismo por la prensa.

1. Nació Federico Ozanam el 23 de abril de 1813 en Milán, por entonces ciudad francesa. Son sus padres franceses de vieja raza, cristianos de vieja fe. Muestras de esas cualidades podrían recogerse al granel en la vida del padre de Federico Ozanam. Desde joven, en la Escuela de Lyon, se destaca entre sus compañeros por su amor al trabajo y por el ardor de sus estudios. A lo largo de su vida demostró siempre ser de esos hombres a quienes doblega de tal modo el imperio del deber, que rechazan por cumplirlo cualquier otro yugo. Así, cierto día, durante una marcha, supo que los jacobinos de Bourgen-Bresse habían hecho prisionero a su padre para someterlo a la autoridad de sus Tribunales. Saberlo y resolver su conducta, todo fue uno. Tomó consigo dos de sus húsares, cabalgó hacia Bourg, penetró, pistola en mano, en la sala donde se representaba la parodia de juicio y exigió e impuso la libertad del injustamente detenido.

Poco después, como soldado, lucha valerosamente en Italia, bajo las órdenes del general Bonaparte, quien supo apreciar sus méritos y quiso más tarde recompensar su conducta.

Pasan los años y contrae matrimonio con una joven, tan rica en virtudes como en bienes de fortuna. La dicha le sonríe, la felicidad le rodea, la prosperidad le acompaña en todas sus empresas cuando, en un rasgo de generosidad caballeresca, tal vez no suficientemente prudente, compromete su firma por salvar a un pariente insolvente. Y logra tan sólo verse arrastrado con él a la más completa ruina. Fue entonces cuando el antiguo general Bonaparte, convertido ya en Emperador de los franceses, recuerda los eficaces servicios del que fuera en otro tiempo su fiel subalterno y le ofrece un puesto de capitán de la Guardia Imperial. Pero aquel joven Ozanam no compartía los ideales de Napoleón. Por eso, para no traicionar la integridad de sus convicciones, rechaza, aunque agradecido, tan brillante perspectiva y

tan alto favor. Y, contando únicamente con sus propias fuerzas, y enfrentándose valientemente con la situación, resuelve vivir desde aquella hora del fruto de su trabajo. Latinista experto y espíritu curioso; buscó en el profesorado el modo de sostener su hogar. Para ese fin, traspasó los Alpes y se estableció con los suyos en Milán.

2. En las horas libres que le dejaban sus clases, se preparó, con un trabajo inmenso, para la Medicina. En dos años alcanzó el título de doctor, título que le permitirá en adelante sostener su familia con perfecto decoro. Napoleón, que no había podido recompensarlo como veterano, le otorgó como médico una condecoración en 1813, en premio a una brillante batalla emprendida por el doctor Ozanam contra el tifus, en el Hospital Militar de Milán.

Poco a poco, el nuevo galeno se va abriendo paso entre sus contemporáneos. Ya en 1815 lo encontramos establecido con su familia en Lyon y ocupando puesto distinguido entre los científicos de Francia. Por entonces, contaba Federico con dos años de edad y era el menor de los cinco hijos de aquel hogar. Nueve hijos tuvo ese matrimonio, pero de todos sobrevivieron tan sólo tres. Los otros, como había de escribir más tarde Federico, «volaron al Cielo para formar la cadena que tiraba hacia allí a los que quedaban aquí abajo».

A todas estas cualidades, venían a sumarse las virtudes católicas que hicieron del Dr. Jean Antoine Ozanam el perfecto caballero que nadie pudo tratar sin estimar.

Ahora bien, entre todas esas virtudes, se destacaba, como dueña y señora de aquel gran corazón, la bella virtud de la caridad cristiana. Caridad cristiana, que convierte al hombre en fuente del manantial que brota en el Corazón de Dios. Caridad cristiana que nos hace sentir el dolor del hambre, aunque nosotros estemos hartos, y nos hace llorar el desconsuelo del triste, aunque nosotros no tengamos penas. Caridad que endiosa al hombre, ya que aquél que de sus bienes reparte, lo que hace en realidad es hacerse semejante a Dios.

En la ciudad de Lyon se habla todavía en nuestra época de la generosidad ilimitada con que el doctor Ozanam ejercía su ministerio. ¡Sí!, su ministerio. Que no otra cosa fue la profesión de aquel admirable hombre que unía a la más sólida instrucción la abnegación más generosa. Allí, en Lyon, aseguran que, al menos la tercera parte de su clientela, fue siempre gratuita. Según cuentan, no sé contentaba con llevar a los pobres la limosna de su ciencia, sino que les llevaba también el don de su corazón, logrando muchas veces aliviarles su miseria, esforzándose siempre por consolarlos en sus penas. Es que aquel hombre sentía por el pobre algo más que compasión, ya que veía en él una representación del mismo Dios. Cuentan que hubo quien lo vio de rodillas ante el lecho de un infeliz, enseñándole a invocar la ayuda del médico divino. Le estaba reservado a este insigne cristiano el morir, como diremos más adelante, ejerciendo este ministerio tan sabiamente comprendido.

Si fue grande la caridad de su padre, no fue menor la de su madre. Sabemos por el mismo Ozanam cómo, entre los recuerdos de su infancia, se

destaca su madre, cual prematura vicentina, siempre atenta al dolor ajeno, castigando su propia comodidad para remediar en otros necesidades más urgentes. Olvidando sus propias penas, estuvo atenta siempre al sufrimiento del prójimo. Sin temor a equivocarnos, podemos decir que en el hogar donde creció Federico Ozanam existían, de hecho, las Conferencias de San Vicente de Paúl. Conferencia no organizada, pero sí practicada en todos sus detalles. El doctor Ozanam y su esposa se ocuparon, toda su vida, de practicar la visita a domicilio de los enfermos indigentes<sup>1</sup>.

**Los padres de  
Federico ejercieron  
la caridad en Lyon,  
visitando a los  
enfermos  
indigentes en sus  
casas**



Al llegar a la ancianidad, la madre de Ozanam, a pesar de sus fatigas y palpitaciones, no quería dejar a sus enfermos, aun cuando para verlos, tuviese que subir a las buhardillas. Dadas las circunstancias, le prohibió terminantemente su marido que en esas visitas pasase de los cuartos pisos. Y la buena señora se comprometió a ello, siempre que él, a su vez, se comprometiese a hacer otro tanto, ya que el buen señor sufría también ya de desvanecimientos en sus fatigas. Solemne fue el compromiso ¡Promesa por promesa! Y el trato quedó rigurosamente sellado... Pero, sube cierto día el médico a un cuarto piso y allí le informan que en el sexto hay una mujer que necesita de sus auxilios. ¿Qué hacer?... Lo necesitan con urgencia.

---

<sup>1</sup> Eso también lo vio en su hogar, durante los primeros años de su infancia, la que estas líneas escribe. Presente está en su recuerdo como si se tratase de ayer, la felicidad que se veía en el rostro de su madre cuando salía a socorrer a un pobre, acompañada siempre de su hermana Soledad, tan amante del pobre como ella. Y la felicidad era aún mayor cuando regresaban de preparar a un pobre moribundo para la recepción de los últimos Sacramentos. Y presente está también en su memoria, a pesar de los cortos años que entonces tenía, la satisfacción que en esos momentos resplandecía en el rostro de su padre. Satisfacción que bien claro decía lo que él experimentaba, al ver a su esposa cumpliendo tan sagrados deberes.

¿Subirá?... Pero, ¿faltará así a la promesa hecha a su esposa?... Sí, subirá y su esposa no lo sabrá. Y el buen médico subió... abrió... y entró... Y a la cabecera de la enferma halló a su confundida esposa que le había sido infiel. Tan infiel como él a ella...

Tal fue el árbol. ¿No os parece que traía ya en sí el jugo de las Conferencias de San Vicente de Paúl? ¿No podemos también decir que aquellos dos ancianos, en aquella buhardilla, jadeantes, sudorosos, eran la interpretación vivida de aquella frase sublime con la que, años más tarde, Federico Ozanam había de marcar el límite de la caridad, al decir: «Debemos amar al pobre hasta el martirio»?

Tal fue el ejemplo que, durante veinte años, tuvo Federico Ozanam ante los ojos. El reconoce que es a su madre a quien debe su formación cristiana. Hablando de ella, dirá más tarde: «Sentado en sus rodillas aprendí a temerte, Señor, y en sus miradas conocí tu amor».

3. Se tiene Ozanam a sí mismo como un niño malo, rabioso, desobediente y perezoso. Parece que agotó la lista de pecados capitales para pintar su retrato. No se expresa de la misma manera su hermano sacerdote, quien dice que Federico desde niño era cariñoso con los demás niños, compasivo con cualquier desgracia, de una pureza angelical, de una sinceridad plena, intransigente con lo malo y entusiasta con todo lo bueno. Sabemos además, por confesión propia del mismo Ozanam, que su permanencia en el colegio de Lyon, donde entró a la edad de nueve años, lo corrigió de la pereza. Que su Primera Comunión, dos años después, lo curó de la desobediencia. Pero, agrega él, que se mantenía aún «orgullosa y colérico».

4. Desde la edad de trece años, empieza a desarrollarse en Ozanam la vocación literaria que tan óptimos frutos había de dar más tarde. Ya en esta temprana edad empieza el discípulo a asombrar a los maestros. Su corazón se inflamaba con el fuego de la belleza y del bien. Centellas de poesía y de elocuencia, no comunes en tan tiernos años, brotaban de su imaginación ardiente. Los profesores, admirados, se mostraban entre sí sus trabajos, ya en prosa, ya en verso, unas veces en francés, otras en latín. Trabajos que podían ser calificados como pequeñas maravillas. Unas veces cantaba su pluma acontecimientos históricos, otras la vida de Jesús. A menudo eran cánticos de alabanza a la Santísima Virgen. A veces escenas interesantes de la vida de familia. Todo con suma gracia y elegante sencillez. Llegado a la edad de quince años, pudo ofrecer un libro de poemas a su padre y otro a su madre, con sendas dedicatorias, latina para el padre, francesa para la madre, sin que sea fácil decir en cuál de las dos lenguas se expresa con más fina y respetuosa ternura.

5. A la edad de quince años, se vio atormentado por ciertas dudas religiosas, que lo hicieron sufrir mucho. La incertidumbre de su futuro destino «me atormentaba sin cesar», dice él mismo. «Me asía con desesperación a los dogmas sagrados, que parecían quebrarse en mis manos y me abrazaba con todas mis fuerzas a las columnas del templo». Semejante desesperación no era tal. Era más bien esperanza. Esperanza que se negaba a abandonar



los dogmas, aun cuando éstos se quebrasen entre sus dedos. Esperanza que aspiraba a consolidar la sagrada columna de sus creencias, aun cuando «le aplastase en su caída».

6. Dios es el que no abandona, si El no ha sido antes abandonado. Ozanam se dirigió ante todo a Dios. Un día, cuando la prueba se hacía intolerable, penetró en el templo, y ante el altar del Santísimo, humildemente postrado y deshecho en lágrimas, hizo voto a Dios de consagrar su vida a defender la verdad con tal que le fuese dado a él mismo el poseerla. De allí se levantó fortificado y, como Pablo en el camino de Damasco, fue en busca del Ananías, que debía disipar sus dudas y formar el apóstol.



7. Ozanam dejó que su profesor de Filosofía, el P. Noirot, «pusiese orden y luz en sus ideas», con lo que logró, poco a poco, la conquista de su propia serenidad. Al lado de ese sacerdote, que Cousin llama «el mejor profesor de Francia», Ozanam, futuro fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl, volvió a encontrar el catolicismo con todas sus grandezas y todas sus dulzuras.

8. Al sentir Ozanam la alegría de ver a Dios, sintió también la necesidad de darle a conocer... Esta idea, junto con la afición que tenía al estudio, creó en él, con raíces profundas, el amor hacia una hermosa profesión: la del cultivo del pensamiento para poder realizar la más ardiente de las aspiraciones de su espíritu, que era el hacer el bien por medio de la verdad.

El hijo propone y el padre dispone. El doctor Ozanam quería que su hijo fuese abogado. Y Federico se vio obligado a entrar en el bufete de un procurador, para familiarizarse de ese modo con los pleitos. Ozanam se sometió dócilmente a este empeño de su padre. Pero, ¡cuántas veces los pasantes lo sorprendían embebido en una lectura! ¡Embebido hasta el punto de tropezar con ellos, por cuya torpeza les pedía que lo dispensasen!... Con placer acogió, durante las horas libres, el estudio del alemán y del dibujo,

porque eran dos ventanas abiertas hacia el mundo de las ideas y de las formas, las Letras y el Arte, que le distraían de sus trabajos de bufete.

9. Sus condiscípulos de dibujo pronto se dieron cuenta pronto de que sus bromas, muchas veces libertinas, se estrellaban contra la coherencia de fe del recién llegado, quien, aunque fuese incomprendido, protestaba enérgicamente. Su palabra, firme y precisa algo temblorosa por la vehemencia, se imponía exigiendo respeto a Dios y a la virtud. En la misma clase había un alumno que, desde el fondo de su corazón, también protestaba contra las blasfemias, pero que no se atrevía confesar a Dios en alta voz. Al oír a Ozanam, «se sintió salvado del naufragio» de su cobardía y ambos se estrecharon las manos. Se llamaba Leoncio Curnier. Lo nombres de estos dos amigos, de orígenes tan diferente en lo que respecta a la posición social, aparecerán pronto unidos fraternalmente en la historia de la caridad. De este modo, en el terreno mismo en que su padre lo había colocado, se reveló Ozanam bien pronto como una fuerza para el servicio del cristianismo.

10. Aparece en estos días, en Lyon, la amenaza de una religión nueva: el sansimonismo. Varios intelectuales, como el P. Leroux, Juan Reynaud y Miguel Chevalier, forman con los tejedores de seda, los mineros, los marineros del Ródano y del Saone, una cadena eléctrica, por la que pretenden que circule la confianza y la esperanza. Cantan con entusiasmo himnos dedicado a la filantropía, al progreso y al perfeccionamiento indefinido de la especie humana. Pero estos himnos se ven a veces interrumpidos por campanadas de muerte: ¡la muerte del Cristianismo! Ozanam, que sólo cuenta dieciocho años, se enfrenta a ellos. En dos artículos que envía a «La Abeja», y después también en un folleto, les grita que el cristianismo vive, que la edad de la duda toca a su fin, que el convencimiento va imponerse.

11. En el folleto se expresa con ardor. Urge eliminar el peligro y rechazar el ataque. Y por eso, mucho antes de lo que pensaba viste la armadura de guerra. Pero lleva a la lucha su espíritu de paz, deseoso más bien de convencer que de maltratar al enemigo. Manifiesta también su inclinación innata a salvar de la doctrina contraria lo que ve en ella de verdadero y bueno, aduciendo como pretexto que es un reflejo de la doctrina católica.

El padre de Ozanam se regocija, ciertamente, de la ideas religiosas de su hijo. Pero, deseando que fuese tan distinguido jurista como buen creyente, lo envió a París en el otoño de 1831.

Duro fue para Ozanam el abandonar la casa paterna. Separarse de su madre, de su padre, de sus hermanos y hasta de su fiel Guigui, que le había cuidado durante tantos años. Pero su sed de saber le disminuye las amarguras de la separación. París es la ciudad-luz donde se puede estudiar de todo. Sobre todo, aquellos estudios históricos hacia los cuales se sentía tan fuertemente atraído.

## CAPÍTULO II

### PARÍS. ACCIÓN CATÓLICA

*Por eso en su adolescencia se distinguió siempre entre sus iguales.*

Corn. Nepote ( Atico I)

1.— Aislamiento 2.— Ampère 3.— Montalembert, Ballanche, Sainte-Beuve, Víctor Hugo 4.— Sociedad «de Bonnes Etudes» 5.— Santidad de Ampère 6.— Un director santo 7.— Los amigos.

1. La primera impresión que causó París a Ozanam fue dolorosa. Y no podía ser de otra manera, ya que en aquel ambiente en que se encontraba, si se ocupaban de Dios, era para perseguirle. O no lo perseguían, para no ocuparse de El. Por lo tanto, le asqueaba París y suspiraba por su familia y por la vida de Lyon, sobre todo, cuando volvía a casa para codearse con los de aquella pensión que no eran, como decía él, «ni cristianos ni turcos», y donde todo le parecía repugnante.

2. Pero la Providencia de Dios permitió que este contraste entre la lozanía de sus esperanzas y la fealdad de la realidad se viese aminorado por el encuentro que tuvo en esos días con un científico ilustre, Andrés María Ampère, quien, viéndole acechado por los mismos peligros y expuesto a las mismas debilidades que él en otro tiempo tuvo que pasar, pensó en protegerlo de tales amenazas. A tal fin se constituyó Ampère tutor y confidente de aquel muchacho. Le ofreció, además, en su propio hogar, una habitación para que la ocupara mientras durase la ausencia de su hijo, que estudiaba en Alemania.

Era Ampère el mayor científico, no sólo de su país, sino también de su siglo. Ampère, con la generosidad que le era característica, puso a disposición de Ozanam las fuentes de instrucción que estaban a su alcance. Le facilitó la entrada en el Instituto Científico de París, en el cual era él considerado como príncipe del saber. Y lo presentó él mismo en la Biblioteca Mazarine. Más tarde, reconocerá con admiración Ozanam la inagotable bondad de este hombre erudito, que se daba sin medida a todos y muy singularmente a los jóvenes, para los que tenía un corazón de padre.

3. Preocupado por todo lo que pudiera convenir a su joven huésped, le facilita la amistad con el Conde de Montalembert, en cuyos salones se congregaba la élite intelectual de París. Ahí pudo tratar Ozanam a Ballanche, a quien tenía por un hombre sabio, honrado y cristiano; a poetas como Alfred de Vigny; filósofos como Eckstem, y hasta a Sainte-Beuve, quien en su deseo de explotar todos los mundos, quiso entonces explotar el mundo católico. Se

veían allí adversarios intelectuales como Lherminier, algunos soñadores quejumbrosos de la miseria del pobre como Considerant, y aun alguna vez pudo Ozanam conversar con Víctor Hugo.

Solían durar esas interesantísimas tertulias hasta la medianoche y, a menudo, era el tema palpitante de ellas la miseria del pueblo, tema éste lleno de dolor por la injusticia presente, y lleno de temor por lo que incubaba para el futuro.

Montalembert, con su gracia exquisita y su instructiva conversación, hacía las delicias de estas reuniones. Con la integridad de sus convicciones, se esforzaba en imprimirles un sello de catolicismo, lo que obtuvo, en parte, aunque no lo consiguiese por completo. Por ser la miseria del pueblo el tema palpitante de esas conversaciones, y siendo el problema social la preocupación principal de los que allí se congregaban, ¿en quién pensar sino en Jesucristo, primer Legislador de la fraternidad humana?, y ¿a quién acudir sino a la Iglesia, la gran defensora del derecho del débil, la gran propugnadora de la justicia en la tierra?

De esas reuniones salía Ozanam con el corazón ardiente de amor a Dios y la voluntad firme de servirlo. Salía de ellas cada vez más convencido de que si quería, si debía hacer algo de provecho durante su paso por la tierra, no podía perder tiempo. Era preciso comenzar.

4. Por eso aceptó la participación que se le exigió, dando su nombre y sus actividades a la sociedad «de Bonnes Etudes», dirigida por un gran hombre, amante del bien, profesor de Filosofía, M. Bailly de Surgy. De esta sociedad puede decirse que tan sólo quedaban sus ruinas cuando Ozanam fue admitido en ella. Su idea, su proyecto, y el proyecto de M. Bailly, era transformarla en una conferencia de Historia para jóvenes, en la que se estudiaran todos los sistemas; abierta a todas las opiniones..., en la que dominase y dirimiese la religión católica. Realizando este plan, vería Ozanam convertido en realidad el ideal acariciado desde su salida del colegio.

Se inauguró esta conferencia el 1 de diciembre de 1832, ocupando la presidencia M. Bailly y una de las vicepresidencias Ozanam.

Aquí tenemos, en pocos rasgos, la vida que llevaba Federico Ozanam durante sus primeros años en París. Su tiempo, dedicado a la ciencia y al catolicismo. Su corazón, lleno de bellos ideales, que revelaban su pureza de intención. Cualidades que trajo de la casa paterna, ciertamente. Pero, si queremos ser justos, debemos convenir en que él supo conservarlas y fortificarlas en el ambiente poco propicio de París. Tenemos también que reconocer que, si más tarde logró sacar de esas cualidades fruto tan sazonado, fue en gran parte gracias al ejemplo cotidiano que le ofrecía aquel santo, en cuya casa se albergó. Y también gracias a la dirección de un humilde sacerdote, cuyo nombre no hemos pronunciado todavía. Analicemos estas dos figuras, empezando por la más ilustre de las dos.

5. Andrés María Ampère no solamente fue para Ozanam un segundo padre, sino también el modelo de la más genuina piedad y de la más ardiente

fe que tuvo continuamente ante los ojos. ¿Cómo no habrían de acrisolarse las virtudes de Ozanam ante aquel hombre que, cuando el mundo entero se inclinaba ante su ciencia, no titubeaba un momento en reconocer su nada ante la Omnipotencia divina? Aquel hombre que, mientras escribía su libro sobre las leyes generales del Universo, libro esperado por muchos con anhelo impaciente, interrumpía muchas veces el trabajo para desahogar su corazón en el corazón del joven estudiante cuyas cualidades habían sabido conquistar el aprecio y la confianza del gran sabio. Y aquellas confidencias eran a menudo arranques de entusiasmo, eran gritos de admiración que escapaban del pecho del científico, asombrado del poder del Creador sobre esas mismas leyes de cuyo estudio se ocupaba. ¡Cuántas veces lo vio Ozanam con la cabeza metida entre las manos —aquella cabeza tan cargada de honores y tan repleta de ciencia—, exclamar entusiasmado: «¡Qué grande es Dios, Ozanam!, ¡qué grande es Dios!»

Se le veía a menudo ir a adorar en su templo a ese Dios del Universo. Ozanam nos cuenta cómo, un día que se encontraba él solo, triste y abatido, entró en la iglesia De Saint Etienne du Mont, buscando un consuelo para su turbado corazón. La iglesia estaba casi desierta y silenciosa. Aquí y allá, algunas mujeres rezaban. Más lejos, en un rincón, se destacaba la silueta de un hombre de rodillas, absorto en su oración. Silueta que por algún motivo impresionó a Ozanam quien, interesado, se acercó y reconoció a Ampère, el sabio, postrado humildemente ante el Santísimo. Ozanam lo contempló, en silencio y, en silencio, se retiró. Pero en su corazón emocionado, sintió más vivo el calor de la fe y brilló más fuerte la llama del amor.

**Un día entró en una  
iglesia y reconoció a  
Ampère, el sabio,  
postrado  
humildemente ante  
el Santísimo...**



Andre Marie Ampère

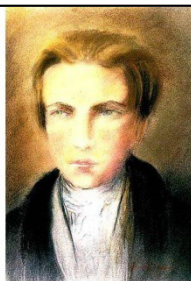
Cuando sobrevino la espantosa epidemia del cólera, Ozanam no quiso abandonar a Ampère, que estaba solo en París. Grande fue el número de víctimas. Muchos morían a poco de verse atacados por el terrible mal. A este respecto, nos cuenta Ozanam cómo Ampère, temeroso de que le sucediese lo mismo, tomaba sus precauciones y daba sus consejos, por si llegaba el momento. Precauciones que se reducían a recomendarle que, ante todo, le llamase al confesor y después al médico. Así respetaba las jerarquías este sabio, valorando más alto el alma que el cuerpo.

6. Al lado de este nombre ilustre, hay que colocar otro mucho más modesto, pero que fue, sin embargo, el de un gran forjador de caracteres.

Este nombre debe figurar en primera línea, como guía de Federico Ozanam en esos cinco años de su vida de estudiante: el P. Marduel, humilde sacerdote de avanzada edad, que vivía en una modesta habitación, cerca de Notre Dame, donde supieron encontrarlo innumerables personas de las más diferentes condiciones, las cuales, agobiadas por el peso de la vida, acudían allí a buscar paz para su espíritu y luz para su inteligencia. En aquella puerta llamaban obispos y sacerdotes, personalidades de Francia y grandes señores, médicos, estudiantes y obreros, sin que ninguno saliera herido por sus desdenes, ni pudiera erguirse por sus preferencias. Allí toda diferencia era nula y toda jerarquía sin efecto. Allí el grande y el pequeño, el joven y el anciano, el sabio y el ignorante, gozaban de la misma indulgencia. Todos disfrutaban del mismo manjar. Manjar maravillosamente multiplicado y sabiamente distribuido. ¡Cada uno tenía su parte y cada uno la tenía entera! Es que aquel corazón, a fuerza de mirar a Dios, había copiado en sí mismo algo del mismo Dios. Un amigo fiel, que nunca dio una piedra a quien le pidió pan. Un amigo bondadoso que sabía suavizar todo sufrimiento y dolor. ¡Caridad ardiente que infundía seguridad, consuelo, fortaleza y aliento. Todo eso encontró Ozanam en el guía que la Providencia le deparara.

Como tierra fértil supo corresponder Ozanam a los carismas del Señor. Y así vemos a este joven de veinte años, solo en París, cosechando laureles que pregonan bien alto su ardor en el estudio y encontrando siempre tiempo cada día para dedicarlo con largueza a la meditación y a la oración, sin las cuales no podría soportar las luchas tan duras que en aquellos tiempos tenían que batir los católicos en Francia. Luchas que él no rehuiría, sino muy al contrario, ya que la integridad de su carácter le mostraba como un deber el defender la verdad y el no descansar hasta verla acatada por todos.

A sus veinte años, cada día  
dedicaba largo rato a la  
meditación y a la oración,  
para poder soportar las  
duras luchas que tenían  
que batir los católicos en  
Francia..



Desde su llegada a París, comprendió Ozanam que la tarea habría de ser dura. Pero su acrisolada virtud no se atemorizaba ante las dificultades. Eran más bien acicate que aumentaban sus bríos. Eran estímulo que lo incitaban al combate.

Ya hemos visto cómo se animaba su fe y cómo se fortificaba su voluntad en las reuniones de Montalembert. Ya hemos visto cómo se prestó gustoso a colaborar con M. Bailly, quien se empeñaba en atraer a los jóvenes estudiantes más aventajados de París, ofreciéndoles una sala de lectura y de

conferencias, periódicos y libros, junto con los buenos consejos y la dirección de un padre.

Entre esos jóvenes empieza ya a distinguirse aquél a quien le tocó ser siempre el primero entre sus semejantes, por el gran atractivo que emanaba de su gran corazón y de su preclara inteligencia tan elocuentemente revelada por su fácil palabra. En efecto, sin que él mismo se diera cuenta de ello, y sin que en ello pusiese el menor interés, iba convirtiéndose poco a poco Ozanam en el compañero a quien se escucha, el modelo a quien se imita y el guía a quien se sigue.

Ozanam no tenía ni el prestigio de la belleza, ni ese aire de gran señor que tanta autoridad concede. Pálido, con la palidez característica de su región, el ardor de su juventud se traicionaba tan sólo por el fulgor de sus ojos, cuyas miradas eran de fuego, conservando el resto de su fisonomía una expresión de dulzura. Sobre su frente noble caía un mechón de su cabellera negra, larga y abundante, que le daba un aire un poco salvaje. Puede muy bien decirse que el atractivo que emanaba de su persona y el prestigio de que gozaba entre sus compañeros, eran tan sólo debido al perfume de sus virtudes, a las dotes de su espíritu y a la elocuencia de su palabra. Pero había algo más: se traslucía en todos sus actos la voluntad firme de consagrarse sin reservas a su fe, a su Patria, al servicio del bien, al futuro del Cristianismo. Sinceramente humilde, nunca se ponía en evidencia. Pero los demás sabían descubrir sus ideales y, al descubrirlos, nacía en ellos, junto con el respeto, el deseo de imitarlo. Así conquistó la adhesión de sus primeros amigos en París.

7. Veamos lo que nos cuenta uno de ellos: «Asistíamos un día al curso de Arqueología oriental que daba, en el Colegio de Francia, el profesor Letronne, geógrafo, egiptólogo y cronologista, la antorcha más alta, por entonces, en esa materia. Dicho profesor se esforzaba en demoler lo que él llamaba desdeñosamente «la leyenda del Génesis». Ozanam, silencioso, pero impaciente, manifestaba su oposición por repetidos movimientos de cabeza que tenían un claro significado. Todo esto lo reparó otro estudiante que pensaba como él, el cual, al salir del curso, lo buscó afanoso para manifestarle su simpatía ante su actitud. Ese día no lo encontró. Pero pronto debían volverse a ver. Y no una vez, sino muchas. Y hasta la muerte.

El mismo Lallier —pues era él—, nos relata cómo entablaron amistad: «Al salir de la Escuela de Derecho, se formaba siempre un círculo de jóvenes, entre los cuales se distinguía uno, a quien todos escuchaban. Movido por la curiosidad de saber quién era ese *gallo sin espuelas* (palabras textuales), me acerqué y conocí a Ozanam. Desde entonces, recorrimos juntos muchas calles de París.»

Sabemos de otro que, entre los asistentes a las clases de Derecho, había reparado en Ozanam, sintiéndose atraído hacia él por su actitud atenta, por su aire inteligente y por sus maneras cultas. Un día se lo tropezó al salir de la iglesia de Saint Etienne du Mont y, asombrado, exclamó: «¿Cómo? ¡Ud. es católico! Yo lo creía tan alejado de todo eso». Ese joven era de Goy. Desde

ese día fueron compañeros. Y así, fueron muchos los que se sumaron a aquella juventud repleta de ideales superiores, deseosa de hacer el bien. Unidos entre sí por los nexos del nacimiento, de la educación y de la profesión. Unidos, unidos entre sí, ante todo, por el nexo de las convicciones. Todos aspiraban al mismo fin. Ozanam pensaba que había sonado ya la hora de agruparse bajo una misma bandera, la bandera de los defensores de la religión ante la irreligión audaz y triunfante.

Ozanam pensaba que había sonado la hora de agruparse bajo una misma bandera, la bandera de los defensores de la religión ante la irreligión audaz y triunfante...



Urgía hacerlo. Violento era el ataque de los contrarios. El anticristianismo hacía de las suyas en la Prensa, en la escuela y en la tribuna, amparados por las doctrinas llamadas liberales. Era la impiedad que, disfrazada con el manto de la libertad, iba sembrando ruinas por todas partes. Y en la vanguardia se encontraba la Universidad, ejerciendo sus represalias contra la Iglesia para desquitarse de la moderación que tuvo que usar durante la Restauración. La Sorbona y el Colegio de Francia eran particularmente agresivos. Y contra esto se rebelaban Ozanam y sus amigos, jóvenes católicos cuyas mentes no estaban descarriadas. Y esos jóvenes salían de aquellos centros de ilustración con el corazón destrozado y el espíritu abatido. No olvidemos que éstos eran los menos entre los más. El desaliento reinaba en todas partes, hasta en el Consejo de la Iglesia de Francia.

Ahora bien, entre el silencio de unos y la mentira de los otros, ¿qué podría hacer este puñado de jóvenes, que tenían contra sí a los maestros de la ciencia y de la elocuencia, secundados por el favor de los poderosos y de las muchedumbres? ¿Dejar decir?... ¿Dejar pasar?... Aquellas jóvenes voluntades plétóricas de virilidad no podían consentir en eso. ¿Escribir en los periódicos?... Esos periódicos no serían leídos. Resolvieron ellos entonces usar para la lucha las mismas armas del contrario. Resolvieron oponer la palabra a la palabra. La palabra, frente a frente, sobre el mismo terreno, ante el mismo auditorio. Auditorio por el cual se harían escuchar, perdonar, aceptar, a fuerza de valor, a fuerza de razón y también a fuerza de respeto. Auditorio que terminarían por sumarlo a su causa, en nombre de la verdad y en nombre también de la libertad.



# CAPÍTULO III

## POR LA VERDAD

*Sigamos al hado donde quiera arrastrarnos. Sea lo que fuere, para vencer al destino, preciso es soportarlo.*

Virgilio (Eneida. Lib. V)

1.— Apología del Cristianismo en la Sorbona 2.— Conferencias del Abate Gerbet 3.— Esfuerzos de Ozanam para instalar las Conferencias en Notre Dame 4.— Retirada del P.— Lacordaire 5.— La universidad católica de Lovaina.

En una carta escrita el 10 de febrero de 1832, a los cuatro meses de su llegada a París, nos muestra Ozanam bien claro no sólo el propósito, sino la oposición ya llevada a cabo por él y sus compañeros contra aquella enseñanza antirreligiosa que predominaba en la Sorbona. Así, escribe: «En nuestras filas, que van siendo ya más numerosas, tenemos jóvenes generosos que se han consagrado a esta alta misión, que es también la nuestra. Así, cada vez que un profesor eleva la voz contra la Revelación, se oyen voces católicas que se alzan para contestarle. Estamos varios unidos en grupo para ese objeto. Ya por dos veces me ha tocado a mí tomar parte en esa honrosa tarea, dirigiendo por escrito mis objeciones a esos señores. Nuestras objeciones, que después son leídas en público, han producido el mejor efecto, tanto sobre el profesor Letronne, quien casi se retractó, como sobre los oyentes, que aplaudieron.

»El mayor provecho que se saca de todo esto es el mostrar a la juventud estudiantil que se puede ser católico y tener sentido común, y que se puede servir, al mismo tiempo, a la religión y a la libertad. Y es un gran provecho también el despertar a esa juventud de la indiferencia religiosa en que yace sumida y acostumbrarla a las grandes discusiones sobre asuntos serios.»

...se puede ser católico y tener sentido común, y que se puede servir, al mismo tiempo, a la religión y a la libertad. Y es un gran provecho también el despertar a esa juventud de la indiferencia religiosa...



En otra carta, dirigida, como la anterior, a Ernesto Falconnet, leemos lo siguiente: «La causa que sostenemos es la causa del Evangelio. Te tendré al corriente de todo lo que se efectúe en nuestro medio, por el honor y el triunfo de esta causa divina». Dos meses más tarde, el 25 de marzo, se apresura Ozanam a comunicarle «que los primeros encuentros fueron tan sólo escaramuzas», y agrega un poco más adelante: «Hoy tengo la dicha de decirte que acabamos de librar un serio combate... Y nuestro campo de combate fue la cátedra de Filosofía, fue el círculo de Jouffroy.»

Theodore Jouffroy era, a la edad de treinta años, profesor adjunto en la Sorbona y maestro de Conferencias en la Escuela Normal, encargado de los círculos del Colegio de Francia y diputado por el Distrito de Pontarlier, desde el año 1831. Por la elevación de su espíritu y la profundidad de su palabra, era ya una de las lumbreras del libre pensamiento. Pero era también el hombre nefasto y solemne que, en su famoso artículo de «El Globo», titulado *Cómo terminan los dogmas*, tañía con campanada suave, pero segura, los dobles del Cristianismo. Era, en fin, el psicólogo inquieto y turbulento que presentaba, en términos magníficos, «el problema de los destinos humanos», cuya solución sólo quería él buscarla en la fría razón, resultando él la primera víctima de su impotente escepticismo. Ozanam declara que, bajo las flores con que este hombre adorna sus discursos, él encuentra tan sólo ruinas. Las ruinas de la fe y las ruinas de la razón conjuntamente. Ruinas sobre las cuales pretendía el filósofo levantar, con mano insegura, el templo de la religión del futuro.

Ante ese espectáculo, se escapan del pecho de Ozanam estas dolorosas palabras: «Esto es lo que Jouffroy nos predica en la Sorbona. En esta antigua Sorbona fundada por el Cristianismo. ¡En esta antigua Sorbona, cuya cúpula está todavía coronada con la Cruz!»

1. Veamos cómo relata Ozanam la protesta que, contra las doctrinas enseñadas por Jouffroy, tuvo lugar en esos días. Y reparemos cómo oculta Ozanam su nombre hasta al amigo a quien escribe: «Habiéndose atrevido Jouffroy a llegar en sus ataques a negar la posibilidad de la Revelación, un joven católico le dirigió por escrito algunas observaciones. El filósofo ofreció que contestaría. Esperó quince días, sin duda para afilar sus armas, y al cabo de ese tiempo, sin leer en público la carta en la que se le habían objetado sus doctrinas, la analiza a su manera y trató de refutarla. El joven católico, viendo que lo habían interpretado mal, presentó al profesor una segunda carta. Esta vez, el profesor no se dio por entendido, y ni siquiera mencionó esta segunda carta. Antes por el contrario, continuó sus ataques, asegurando que el catolicismo repudiaba la ciencia y repudiaba la libertad.

»Entonces —continúa Ozanam— nos reunimos todos y lanzamos una protesta que expresaba nuestros verdaderos sentimientos y que, engalanada con la rúbrica de quince firmas, se la dirigimos a Jouffroy..., y Jouffroy esta vez se vio obligado a leer nuestra carta en público. El numeroso auditorio, compuesto de más de doscientas personas, escuchó con respeto nuestra profesión de fe. El profesor se mostró poco inclinado a responder. Al fin

brotaron de sus labios numerosas excusas, asegurando que no había sido su voluntad el atacar el Cristianismo, por el cual él, en particular, sentía una gran veneración. Terminó diciendo que, en adelante, tendría gran cuidado en no herir a ninguno en sus creencias. Pero lo más interesante fue que dio constancia de un hecho que es de suma importancia y muy alentador para la época actual: «Señores, nos dijo, hace cinco años las objeciones eran dictadas por el materialismo y eran ésas las únicas que yo recibía. Existía entonces una viva resistencia contra las doctrinas espirituales. Hoy en día los espíritus han cambiado en alto grado. La oposición es completamente católica.»

La oposición que le presentaba Ozanam estaba basada en sus propias tesis. En ellas, él hablaba de la impotencia de la ciencia para satisfacer las necesidades intelectuales del hombre, de la insuficiencia de los conocimientos naturales para satisfacer el espíritu humano, ávido de luces sobrenaturales y de la insuficiencia efectiva de la razón para sentar las bases de nuestra conducta moral. Como lógica conclusión de esas tres evidencias, resultaba para Ozanam la necesidad de la Revelación.

Así fue cómo los profesores de la Sorbona aprendieron a conocer a aquél que, diez años más tarde, tomaría asiento en medio de ellos, trocado de discípulo en colega. Mientras tanto, se les vio guardar una mayor moderación en su lenguaje. Y tal vez entre todos, el que aprovechó mejor de todo esto fue el mismo Jouffroy, quien tuvo que exclamar antes de morir: «Todos estos sistemas no conducen a nada. Mil y mil veces mejor es un acto de verdadera fe cristiana.»

Y nosotros, por nuestro lado, no podemos menos de reconocer que la gracia de Dios reposaba sobre Ozanam, sobre aquel joven de veinte años, cuyos labios y cuyo corazón parecían tocados por la gracia divina. Así, lo vemos en esos mismos días de sus protestas tan justamente motivadas y tan dignamente sostenidas en la Sorbona, participando a uno de sus amigos, en carta del 10 de febrero: «El paso más consolador que se ha dado en favor de la juventud católica es, sin duda, la inauguración de las conferencias que nos dictará el P. Gerbet.»

2. Ozanam y sus amigos habían encontrado a este erudito sacerdote en la misma Sorbona, donde habitaba. Esas conferencias fueron, en realidad, un éxito, tanto por la elocuencia y erudición del orador, como por la selecta y nutrida concurrencia que acudía a oírlo. Después de la segunda conferencia, en la sala no cabía ya nadie, pues estaba llena, y llena de hombres célebres. Allí se podía ver a M. Potter, a Sainte-Beuve, a Ampère, hijo, aceptando, entusiasmados con las enseñanzas del joven orador. Ozanam gozaba con esto, pero su corazón no estaba satisfecho. La sala podría contener tan sólo trescientas personas y el deseo de Ozanam era que se beneficiasen todos los jóvenes universitarios. ¿Por qué no había de crearse en París una cátedra de alta enseñanza apologética que diese respuesta a todas las dudas y necesidades de su tiempo.

3. La hora era propicia. Las circunstancias reclamaban esta empresa. En esos mismos días, como consecuencia de deplorables acontecimientos, se había tenido que cerrar, en medio de las lágrimas de muchos, la Academia de San Jacinto, en la cual Mgr. Dupanloup, con su elocuencia tan conocida, daba una brillante clase de Apologética a los jóvenes de su catecismo de perseverancia. A raíz de este acontecimiento, se decidió Ozanam hacer su petición a Mgr. de Quelen, arzobispo de París. Esa petición se vio reforzada por cien firmas más.

Le fue concedida una audiencia. Ni por un momento ocultaron los muchachos la importancia de lo que pedían: la institución en Notre Dame de una predicación que constituyese un escudo y una guía para los jóvenes universitarios. Luego, envalentonados nuestros jóvenes combatientes por la simpatía que les demostrara el Arzobispo, no titubearon en manifestarle sus inquietudes, principalmente la enorme necesidad que constataban de que hubiese una predicación nueva en sus formas, que descendiese hasta el terreno de las controversias actuales y luchase cuerpo a cuerpo con los adversarios del Cristianismo, dando una respuesta a las objeciones que a diario se difundían en las escuelas públicas, para luego ser repetidas y popularizadas por libros y periódicos.


Los caminos de Dios tienen sus tramos oscuros. Ozanam y sus amigos no lograron nada, después de esta cordial audiencia. Y, al repetirla, sufrieron el mismo desengaño. No por eso desmayaron en su propósito. Ozanam, que sabía superar las circunstancias, resolvió participar y hacer participar a los suyos de las conferencias que dictaba el P. Lacordaire en el colegio Stanislas.

4. Ya hemos dicho que los tiempos eran difíciles. Aquí esperaban nuevos desengaños a Ozanam. No pasó mucho sin que esas conferencias fuesen también suspendidas y, habiendo gestionado su reapertura el P. Lacordaire, se la concedieron, pero en unas condiciones que no le fue posible aceptarlas. Lo habían acusado ante el Gobierno como a «un republicano fanático, capaz de trastornar el juicio de la juventud». Lo acusaron también ante el Arzobispo como «predicador de novedades peligrosas». Lacordaire se retiró y guardó silencio.

Tal vez ninguno sufrió más con este rudo golpe que aquel joven cristiano que fundaba tan altas esperanzas en aquellas conferencias. Pero él supo apoyarse en la esperanza y en la fe por encima de todo, no perdiendo su confianza en la Providencia. Dios será para siempre su único y todopoderoso apoyo.

Veamos lo que escribe a Vilay: «Ya no oiremos más al P. Lacordaire. Gran dolor para nosotros, que necesitábamos el pan de su palabra y que habiéndonos acostumbrado ya a ese alimento fuerte y excelente, nos vemos privados de él súbitamente, sin que tengamos nada que lo reemplace. Pero mayor es nuestro dolor al contemplar aquellos hermanos nuestros extraviados y que, habiendo vuelto al camino de la verdad, se alejan ahora de ese camino meneando la cabeza y levantando los hombros. Tal vez el Cielo

quiso ese silencio del P. Lacordaire; ese nuevo sacrificio. Tal vez habíamos erguido demasiado nuestra frente. Poníamos nuestro orgullo en la palabra de un hombre y Dios ha puesto su mano en la boca de ese hombre, para que nosotros sepamos ser cristianos sin ese hombre, para que aprendamos a prescindir de todo, menos de la fe y de la virtud.»

<p>Tal vez habíamos erguido demasiado nuestra frente. Poníamos nuestro orgullo en la palabra de un hombre y Dios ha puesto su mano en la boca de ese hombre, para que nosotros sepamos ser cristianos sin ese hombre, para que aprendamos a prescindir de todo, menos de la fe y de la virtud. (Ozanam)</p>	 A portrait of P. Lacordaire, a French Dominican friar and orator. He is shown from the waist up, wearing a dark habit with a white collar and cuffs. He has a serious expression and is looking slightly to the right. The background is a simple, light-colored wall with some architectural details.
<p>P. Lacordaire</p>	

Preciso era esperar y Ozanam esperó. Pero no quiere decir esto que envainara la espada que había dedicado al servicio de la Iglesia. No, no la envainó, ya que nuestro joven apóstol estaba urgido por la caridad de Cristo, que no le dejaba sosiego y le obligaba a estar siempre allí donde Cristo y su Iglesia necesitasen de él.

Poco tiempo después, esta misma juventud católica, que tan valientemente había protestado contra la enseñanza filosófica anticristiana en la Sorbona y que había firmado una petición para que en Notre Dame se instituyesen unas conferencias, esta misma juventud, herida por los ataques de los enemigos contra la naciente Universidad Católica de Lovaina, se pone en pie. En pie — siempre con Ozanam al frente— y defiende los fueros de la libertad y de la verdad religiosa. Esos enemigos encarnizados eran en su mayor parte los estudiantes de la Universidad oficial de Lovaina, los cuales, convencidos del éxito que habría de tener en un país católico como Bélgica la Universidad Católica de Lovaina, sintieron ofendida su indiferencia religiosa y la emprendieron con brutal empeño contra los obispos de Bélgica, fundadores y sostenedores de esta institución, manifestando su enojo con algaradas e insultos ante la residencia de los obispos, y con duros ataques en la Prensa.

5. Rápidamente comprendió Ozanam la importancia de esta Universidad Católica. Y consideró como un triunfo para la Iglesia el que en su seno se levantase ese monumento que venía a proclamar bien alto la inmortal alianza de la ciencia y de la fe, y venía a desmentir a los que se pasan la vida anunciando la próxima extinción del Cristianismo.

¡Universidad libre! Motivo de justo orgullo para todos los amigos del saber, satisfechos de ver surgir, en medio de tanta sumisión, una institución libre de toda protección extraña. Libre de toda intervención gubernamental. Merecedora del aplauso de todo el que sienta en su ser el amor a la ciencia y a la libertad.

Por eso fue aún mayor la herida que sintiera Ozanam ante los desmanes y disturbios de aquellos estudiantes, tristes descendientes de la impiedad del siglo XVIII. Por eso, lo vemos solicitar con empeño y lograr la solidaridad de los estudiantes de París, juzgando que no podían abstenerse de protestar contra aquellos actos y aquellos dichos proferidos y ejecutados por hombres de su misma edad, que hablaban su misma lengua y cursaban los mismos estudios. No dudó Ozanam en aceptar a cooperación de todos aquellos que, aun cuando no compartieran sus mismas creencias, deseaban la libertad de acción para todo gran designio, para toda empresa generosa y para toda obra útil.

No olvidaba Ozanam, ciertamente, que él también era discípulo de la Universidad oficial, como también lo eran todos sus compañeros. Pero decía: «Ante todo somos hijos de la Iglesia. Y, sin que esto se traduzca como ingratitud hacia el Alma Mater, envidiamos a nuestros hermanos de Bélgica, que ellos pueden recibir el pan de la ciencia de las mismas manos que les distribuyen el pan de la Palabra divina, sin tener que hacer dos partes de la enseñanza del profesor, poniendo a un lado el error y al otro lado la verdad». Y al expresarse Ozanam de esa manera, ¿verdad que hacía un hermoso acto de fe?

El más ardiente deseo de Ozanam era que Francia pudiese un día disfrutar del mismo beneficio. Y, como en él todo deseo era idea y toda idea era acción, suscribe al instante, y con él suscriben también sus amigos, las primeras acciones para la remota obra... Esa palabra «acción» es una palabra muy fuerte para un estudiante... Por eso nos apresuramos a aclarar que el precio de la acción era de un franco. Capital que se podía suscribir sin mayor detrimento para la bolsa de cualquier muchacho.

Han pasado más de cien años. ¿Quién no conoce lo que vale para el mundo la Universidad de Lovaina?... ¿Cuántas universidades católicas prosperan ya en Francia?

*Ante todo somos hijos de la Iglesia... envidiamos a nuestros hermanos de Bélgica, pues ellos pueden recibir el pan de la ciencia de las mismas manos que les distribuyen el pan de la Palabra divina, sin tener que hacer dos partes de la enseñanza del profesor, poniendo a un lado el error y al otro lado la verdad.*



Universidad de Lovaina

## CAPÍTULO IV

### LA CONFERENCIA DE HISTORIA. LA OBRA DE APOSTOLADO

*El tesoro, el tesoro es el hombre.*

1.— La Conferencia de Historia 2.— Apostolado de Ozanam por medio de la palabra 3.— Defensa admirable que hacia de la Iglesia 4.— Ozanam en la polémica y en el triunfo 5.— Dificultades del apostolado de la palabra 6.— Dolor de Ozanam ante el poco fruto logrado 7.— Frase de Le Taillandier 8.— Los sansinonianos 9.— Ozanam propone a sus amigos una obra de beneficencia 10.— «Vayamos al pobre» 11.— Bailly 12.— Humildad con que Ozanam rehúye el título de fundador de las Conferencias de San Vicente de Paul 13.— Testimonio sobre ello dan sus amigos 14.— De cómo Ozanam se vence.

La sociedad «de Bonnes Etudes» seguía su curso y prosperaba. Ya vimos cuán fácilmente se consiguieron aquellas cien firmas para la petición al Arzobispo de París, y aun cuando no todas ellas formaban parte de la sociedad, al menos eran firmas de personas amigas, con cuya simpatía podían contar.

1. Después del fracaso sufrido con las conferencias del P. Lacordaire, dedicó Ozanam la mayor parte del tiempo a fomentar la conferencia de Historia, en la que él veía algo así como la continuación de aquel apostolado, tan tristemente interrumpido, y si en éstas no fue la apologética cristiana el tema de su desarrollo, siempre fue la defensa del Cristianismo el fin que con ella se buscaba.

La lid tenía abierta la puerta a todas las opiniones e incluso a todas las doctrinas, ya que siendo la conquista de los extraviados el objeto primordial perseguido por Ozanam y sus amigos, les parecía que serían más eficaces si aceptaban en su seno la discusión libre y plena del pensamiento, aunque tuviesen que contemporizar con todos sus matices y divergencias.

Las cuestiones religiosas eran el fin último de tales disertaciones y Ozanam honraba la causa del catolicismo por su profunda erudición y por la brillante superioridad de sus méritos, que todos aplaudían con tanta mayor voluntad cuanto que esos méritos se presentaban realizados por la más genuina modestia.

2. Con frecuencia solían presentarse allí muchos jóvenes filósofos a pedir cuenta al catolicismo de sus doctrinas y de sus obras. «Y entonces — dice Ozanam en una de sus cartas— entonces uno de nosotros, aprovechando la inspiración del momento, le hace frente al adversario, desarrolla el pensamiento cristiano tan mal interpretado, descorre el velo de

la Historia mostrando lo que la Humanidad le debe y, a veces, especulando con un momento de elocuencia, establece sobre bases sólidas la inmortal unión de la verdadera filosofía con la fe.»

«Ese uno de nosotros», era el mismo Ozanam, siempre dispuesto a responder cuando de Cristo se trata. Ozanam, para quien el silencio era imposible, cuando la Iglesia era atacada. Ozanam, que era también el que poseía un talento más completo y una elocuencia mayor. Tenía la respuesta fácil, aguda y pintoresca.

3. ¡La Iglesia! Era la preocupación constante de nuestro estudiante: defenderla, su mayor gloria. Mostrar la Iglesia en la solidez divina de su constitución y en la fecundidad perpetua y universal de su acción, enseñando siempre la verdad, sembrando siempre el bien, haciendo resplandecer la belleza, a través de todas las edades. Reinando siempre, hoy como ayer, en los espíritus, en los corazones y en las costumbres. La Iglesia, amada por sus hijos, victoriosa sobre sus enemigos, gran conquistadora de los dos mundos. Así colocaba Ozanam ante sus adversarios a esta condenada a muerte. Condenada a muerte, tan segura de su inmortalidad. Así la colocaba ante todos aquéllos que tan ligera e insensatamente la han sentenciado durante tantos siglos.



**¡La Iglesia! Era la  
preocupación  
constante del  
estudiante Ozanam:  
defenderla, su  
mayor gloria.**

«Hace siglos y siglos que nuestros oídos oyen el toque de su oración fúnebre, decía él en una de esas controversias. Desde el tiempo de los Apóstoles, hablan sus enemigos de su pretendida muerte. A los Apóstoles también los tildaron de agonizantes. Ellos nada contestaron. Es decir, su única respuesta fue conquistar el mundo.»

4. Gracias a su profunda instrucción religiosa y, sobre todo, gracias a su ardiente celo apostólico, tenía Ozanam sobre sus adversarios una superioridad que todos podían comprobar, y esta superioridad le procuraba la victoria en todas las discusiones. Pero más que por esa superioridad y más que por esos triunfos, tenemos que admirar a Ozanam por su norma de conducta para con los vencidos. No negamos que, a veces, la polémica era dura. Pero, al obtener el triunfo, no se mostraba Ozanam gozoso, como capitán que ha ganado una batalla. No; él sabía encontrar el bello gesto que



no dejase desairado al enemigo. Antes bien, lo levantaba celebrando sus generosas aspiraciones e indicándole que, en adelante, dirigiese esas aspiraciones hacia el único capaz de satisfacerlas, hacia Cristo, la Verdad plena. En esa época en que todo se arreglaba con la risa, él no reía de sus adversarios vencidos, más bien alababa a los unos por haber sacudido el manto de la indiferencia religiosa, a los otros por haber soñado, a su manera, con una redención de la Humanidad doliente y también por haber prestado un homenaje al Evangelio, aunque fuera tergiversándolo.

El encontraba que todos, aun sus adversarios, buscaban a Cristo, aunque inconscientemente. Y no olvidaba que los brazos de ese Cristo están abiertos para todos.

**El encontraba que todos, aun sus adversarios, buscaban a Cristo, aunque inconscientemente. Y no olvidaba que los brazos de ese Cristo están abiertos para todos.**



Ozanam quería imitar en todo a Cristo, a quien había consagrado su vida. Veamos cómo contesta a uno que, en el ardor de la polémica, se excedió en sus palabras y luego, arrepentido, le escribe presentándole sus excusas. Ozanam le dice así: «La imprudencia que Vd., tal vez, cometió, está más que reparada por la ingenuidad con que Vd. se excusa. Somos jóvenes, amigo mío, y por lo tanto estamos expuestos a estos errores. Pero también somos cristianos y, como tales, estamos obligados a perdonar y a olvidar, sobre todo cuando la falta fue impremeditada. El paso que Vd. acaba de dar, al dirigirse a mí, empeña mi gratitud y le asegura, además, mi estimación. Le ofrezco que, en las conferencias, no se hablará en absoluto de este asunto que lamento muy de veras y que, si por alguna circunstancia me viere obligado a mencionarlo, lo haré con tal delicadeza que su honra quede resguardada y no herida en lo más mínimo.» ¡Así sabía perdonar Ozanam!... ¡Un muchacho de veintiún años, que nos maravilla por su forma de pensar y de sentir! Dechado, no diremos ya de inteligencia, que es poco decir, sino también de corazón.

5. Parecerá que esta vez las conferencias marchaban exitosamente. Pero no fue así. Esos jóvenes dotados de tantas cualidades, carecían de una: la experiencia. Al aceptar en sus aulas a los representantes y los partidarios de todas las opiniones y de todas las doctrinas, ¿sabrían ellos a dónde los llevaría esto? ¿No estarían engañados por su ardiente proselitismo?... Al ofrecer su tribuna al debate contradictorio de todas las objeciones, por más que estudiasen las verdades de la fe, ¿podría esa juventud católica jactarse de poseer la solución de todo problema y la explicación de toda duda? Es

verdad que, por una carta de Ozanam, sabemos que de estas discusiones estaba terminantemente excluida toda materia que perteneciese al orden puramente teológico. Sabemos que únicamente se permitía en ellas la discusión sobre la Historia y la acción social del catolicismo. Pero, aunque así fuese, tenemos que convenir en que el ver reposar entre manos tan novicias y tan débilmente armadas, la santa causa de la religión, no deja de causar algún sobresalto, sobre todo a aquellos espíritus poco inclinados a sentirse indulgentes con la juventud.

6. La conciencia de Ozanam, tan delicada y cuidadosa, advirtió el peligro, antes que los otros lo hubiesen sospechado siquiera. Luego sucedieron ciertos hechos ante cuya responsabilidad tembló. Fue el caso que alguna vez, en medio de alguna polémica surgida de improviso, se encontrasen los campeones del Cristianismo como sin recursos y llegasen a sentirse muy inferiores en su tarea. Alarmados con razón y deseando evitar en lo posible que semejantes hechos se repitiesen, tuvieron una reunión en la casa de Lamache, calle y hotel Corneille, con el fin de tomar sus medidas. Pero esas medidas no surtieron ningún efecto.

Por ese mismo tiempo sucedió que un orador, de bastante elocuencia, que debía llegar a ser más tarde notable redactor del «Nacional», lanzó, en una de las conferencias, una alabanza a Lord Byron, seguida de otra a Voltaire, las cuales fueron tan sólo dos largas blasfemias. Ozanam recogió el guante. Pero salió de allí profundamente triste. Triste, por el ultraje hecho a Dios y a su Iglesia. Triste, al pensar que justamente sirviesen para atacar a la Iglesia y para calumniar y desfigurar el catolicismo, esas reuniones, cuyo único fin era la exaltación de Dios y la propagación de su fe.

Pero no creamos que sacó, como fatal conclusión de este acontecimiento, el abandono de la defensa religiosa. No; antes, por el contrario, era su más firme voluntad no abandonar el campo de batalla. «Permanezcamos en la palestra», decía él a sus compañeros, pero al mismo tiempo les preguntaba: «¿No sentís, como lo siento yo, la necesidad imperiosa de tener, además de esta conferencia militante, otra obra más pequeña, formada por aquellos amigos nuestros que sean más piadosos y valientes, que quieran juntar la acción a la palabra y puedan de esa manera afirmar la verdad de su fe por la eficacia de sus obras?»

*¿No sentís la  
necesidad imperiosa  
de juntar la acción a la  
palabra y de esta  
manera afirmar la  
verdad de la fe por la  
eficacia de las obras?*



Veamos cómo comenta Lamache esta conversación: «Después de medio siglo, tengo esa escena presente y patente en mi memoria. Veo también los ojos de Ozanam cubiertos de tristeza, pero, al mismo tiempo, llenos de ardor y de fuego. Escucho todavía aquella voz que delataba la profunda emoción de su alma. Al separarnos aquella tarde, cada miembro de la sociedad llevaba clavada en el corazón la saeta inflamada que Nuestro Señor Jesucristo había introducido allí, por medio de la palabra ardiente de nuestro joven compañero.» Sin embargo, Ozanam hablaba de una acción cristiana en general, pero no particularizaba cuál fuese esa acción.

7. Todos estos sentimientos se vieron muy reforzados con una frase dicha en esos días por Le Taillandier, joven de Rouen, estudiante de segundo año de Derecho, miembro de la Conferencia, que poseía un gran sentido práctico y que, a pesar de su espíritu frío y silencioso, gozaba de gran aprecio entre sus compañeros. He aquí la frase que pronunció, con mucha tranquilidad, después de oír quejas de unos y otros: «Yo sí preferiría, en vez de esto que hacemos, otro estilo de reuniones. Reuniones que se efectuaran sólo entre jóvenes católicos. Reuniones en las que, en vez de tantas palabras bellas y tantas controversias, planeáramos la ejecución de una obra de provecho para la Humanidad.»

Fácil es comprender el efecto que tendrían estas palabras en el ánimo de Ozanam, ya que eran un eco de sus propios anhelos y el afianzamiento de sus propios ideales.

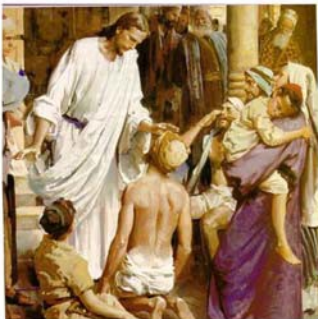
8. No sólo de los compañeros se recibían las advertencias. Se recibían también de los contrarios. Ozanam nos dice: «Cuando nosotros, los católicos, nos esforzamos en recordar a nuestros compañeros de estudios que no comparten nuestras creencias, los beneficios del Cristianismo, suelen contestarnos con frecuencia: «Tal vez tenéis razón, si habláis del pasado. Sabemos que el Cristianismo hizo maravillas en otro tiempo, pero no hoy. ¿Qué hace hoy por la Humanidad?... Y vosotros mismos, que os jactáis de ser católicos, ¿qué hacéis vosotros que demuestre su vitalidad, su eficacia y pruebe la verdad de vuestra fe?» Ozanam confiesa que semejantes reproches lo herían en lo más vivo de su ser.

9. Pocos días después de lo referido, habiéndose reunido un número mayor de socios en la casa de un lionés, V. Serre, situada en la calle «Petite rue des Grés», avanza Ozanam un poco más en sus declaraciones, ya que, al mismo tiempo que insiste en la continuación de la conferencia de Historia, confiesa que esa misma conferencia es para él fuente y ocasión de innumerables disgustos. Luego, sin poder contenerse, les pone de manifiesto todos sus sentimientos más íntimos: «Después de un año de trabajos y combates, les dice, ¿qué podemos presentar como fruto de esta Conferencia por la cual mi familia me reprocha, no sin razón, el haber sacrificado muchas de las horas que debía haber consagrado a mis estudios de Derecho? ¿Tendremos, a lo menos, el consuelo de presentar a Jesucristo, como premio de nuestros sacrificios y desvelos, siquiera la conquista de una sola alma ganada para su causa?...»

Después de una pausa agregó, con gran humildad, pero con una determinación mayor aún: «Si nuestro esfuerzo fracasa, si no nos es dado recoger el fruto de nuestras obras, ¿no será que falta algo a la eficacia sobrenatural de nuestra palabra?... Sí —agregó con firmeza—. Para que nuestro apostolado sea eficaz, para que nuestro apostolado tenga la bendición de Dios, una cosa le falta: Le falta la obra de beneficencia. Le falta la bendición del pobre, que es la bendición de Dios.»

10. El Padre Ozanam, que es entre otros biógrafos de Ozanam el que mejor detalla el origen de las Conferencias, agrega este epílogo a la anterior relación de Lamache: «En el umbral de la puerta, se encontraba Le Taillandier, no menos entusiasmado y resuelto que el mismo Ozanam. Ozanam se dirigió a él, seguro como estaba de las ideas de su amigo: «Pues bien, prácticamente, ¿qué haremos para que nuestra fe se traduzca en actos?»... Y los dos, con el mismo corazón cristiano, dijeron al unísono: «Debemos hacer aquello que es lo más agradable a Dios. Hagamos lo que hizo Nuestro Señor Jesucristo cuando predicaba su Evangelio: Vayamos a los pobres.»

*Debemos hacer  
aquello que es lo más  
agradable a Dios.  
Hagamos lo que hizo  
Nuestro Señor  
Jesucristo cuando  
predicaba su  
Evangelio: Vayamos a  
los pobres.*



11. Con esto quedó cerrada la sesión. Y la reunión, como electrizada por la ardiente palabra de Ozanam, le dio plenos poderes para que inmediatamente pusiese a M. Bailly en conocimiento de aquellos caritativos proyectos y le rogase fuese su presidente.

No podían haber elegido mejor. Nadie más preparado para ser patrón de la caridad que este hombre en cuyo corazón de padre cabía todo dolor.

No queremos pasar en silencio lo que nos refiere el mismo Padre Ozanam, y es que Ozanam y Le Taillandier, sedientos de sacrificio, no esperaron al otro día para comenzar su obra, sino que esa misma noche llevaron a un pobre que conocían, lo poco de leña que a ellos les quedaba para los últimos meses del invierno. Leña simbólica, dirá más tarde Mons. Julien. Leña simbólica que iba a prender en el mundo una hoguera de caridad.

¡Hermoso principio de las Conferencias de San Vicente de Paúl! Ejemplo magno que todo socio debe meditar: la ayuda al pobre más necesitado. Ayuda sacada no del arca del potentado, a quien todo le sobra. Caridad ésta

que todos deseáramos ejercitar. No es ni siquiera la ayuda restada de lo que se destina a lo superfluo. No. Es la ayuda extraída de nuestra propia necesidad, ayuda formada con el castigo de nuestra propia comodidad. Ayuda que es sacrificio. Sacrificio que es amor.

12. Cuatro años más tarde escribía Ozanam a Le Taillandier, el 21 de agosto de 1837: «¿No fundará usted una Conferencia en Mans? ¿No nos conseguirá Vd. esos hermanos, Vd. que fue uno de nuestros padres?... Usted que fue, lo recuerdo muy bien, el primer autor de nuestra Sociedad?»... Es verdad que en otra carta vemos al mismo Ozanam concediendo ese mismo título de primer fundador a M. Bailly, su primer presidente. Así, según su modesto pensar, ya unos, ya otros, habían sido los fundadores de la Sociedad. Todos menos él.

Y no fue en una sola carta en la que llamó Ozanam a M. Bailly fundador de la Obra, sino en varias. Y en la circular del 11 de junio de 1844 que, en su carácter de vicepresidente, tuvo que dirigir a los socios con motivo de la dimisión del venerable presidente general, no se abstuvo tampoco Ozanam de adjudicarle a M. Bailly el mismo título de fundador de las Conferencias. Recuerda Ozanam en esa circular los principios de la Obra, atribuyendo a M. Bailly todas las iniciativas y todos los méritos. Y termina manifestando al venerable anciano que, si le estaba permitido el cesar en sus funciones de presidente de la Sociedad, no podría por eso dejar de ser su fundador.

Vemos, pues, cómo la excesiva modestia de Ozanam no sólo borró todo rastro que de su oficio de fundador existiera, sino que tampoco se detuvo en atribuirle el mérito a otro. Hasta tal punto que, a la muerte de Ozanam, no se encontró una sola prueba que testificara el derecho que tenía para ser reconocido como el fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Pero si Ozanam tuvo facultad para esto, no la tuvo para engañar a sus compañeros, testigos vivientes de todo lo acaecido. Y ellos, solemne y unánimemente, protestaron para restituir el honor de esa supremacía a quien por derecho y justicia pertenecía.

13. Por eso, no habían pasado tres años después de la muerte de Ozanam, cuando se reunieron catorce miembros de la Conferencia primitiva con el propósito de dar un testimonio auténtico en el cual se reconociese a Ozanam, *Ad perpetuam rei memoriam*, el título de fundador. Y este testimonio lo dieron por escrito y fue firmado por todos.

Por esos mismos días, se propusieron dos de los más antiguos amigos lioneses de Ozanam, hacer una encuesta sobre la opinión que se tenía del papel desempeñado por Ozanam en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Obtuvieron por este medio una declaración colectiva que salió publicada en la «Gazette de Lyon» del 25 de marzo de 1856. Hela aquí:

«No pudiendo aceptar ver tergiversados hechos que nos son plenamente conocidos, gracias a los propios recuerdos que de ellos guardamos y gracias también a lo que sabemos por la boca misma de los fundadores, testificamos lo que sigue:

»Si es cierto que la Sociedad de San Vicente de Paúl fue fundada por varios, también es cierto que Federico Ozanam tuvo parte preponderante y decisiva en esa fundación. Fue él quien, en unión de Le Taillandier, concibió la idea de una asociación cuyos miembros juntasen a su fe práctica las obras de caridad. Fue él, Ozanam, quien impulsó por su iniciativa a la mayoría de los miembros a ejercer ese acto de abnegación para con los pobres, no habiendo pertenecido ninguno de los otros anteriormente a ninguna sociedad de caridad. Firmado el 20 de marzo, por F. Alday, J. Arthaud, C. Bietrix, A. Bouchacourt, Chaurand, J. Freney, J. Janmot, A. Lacour, L. Lacuria, P. de La Perriere, E. Rieussec, miembros todos de la Primera Conferencia en París, en la parroquia de Saint-Etienne-du-Mont.»

A estas firmas se adhirieron, el 20 y el 21 de marzo, los señores Aime Bouvier, en Bourg y Henry Pessonneaux en París.

J. de Triviére dice así: «Tuve el honor de ser uno de los primeros siete u ocho que compusieron esa red de caridad. Fue el profesor Ozanam quien me procuró esta felicidad. Pertenece siempre a él el honor de esa fundación.»

Tenemos también una carta de Lamache, escrita al Padre Ozanam el 1 de julio de 1888, en la que se lee lo que sigue: «Declaro bajo mi palabra de honor, que fue Ozanam el primero que me habló de esa Obra y que fue Ozanam la vida y el alma de la Conferencia de caridad, que sin él nunca hubiera existido.»

Y un testigo más. Testigo de gran valor: el P. Lacordaire, quien dijo un día con gran solemnidad: «Ozanam fue el San Pedro de ese cenáculo.»

Así, pues, resultaron ineficaces los esfuerzos de Ozanam para que no recayese en su persona la gloria de esa fundación. Dios se complace en la humildad de su siervo, pero su Justicia proclama la verdad. Y tan proclamada está esta verdad, que cien años después de fundadas las Conferencias de San Vicente de Paúl, no duda nadie en reconocer a Ozanam el título de fundador, título con el cual lo han saludado hasta los Vicarios de Cristo. Y, si copiamos estos testimonios que la amistad quiso legarnos, es únicamente como un homenaje a la humildad de Ozanam, nunca como prueba de una verdad que nadie discute.

No queremos dejar de reproducir estas quejas de Paul de La Perrière: «Nuestro querido Ozanam, con su humildad excesiva, ha podido falsear la historia de nuestro origen. Sin duda que Dios le habrá recompensado por su abnegación, pero seguramente que también le habrá dado su regaño por haber dicho y escrito a veces lo que no era verdad.»

14. Pero antes de terminar este capítulo, aclaremos un punto: ¿Sería insensible el corazón de Ozanam a las satisfacciones de la gloria y del renombre?... Pues no. Sabemos que aquel corazón de veinte años sentía los halagos de la fama que con insistencia lo tentaba y por propia confesión a su amigo Materne, nos consta que muy en contra de su querer se sentía a menudo perseguido por una afección inmensa de figurar, con lo cual, decía él, echaba a perder todas sus obras. «A pesar de que sé, le dice, que esa gloria

es vana, busco siempre sus halagos. Pero, amigo mío, filosóficamente y religiosamente hablando, existe tan sólo una ley para todos nuestros actos: la ley del amor a Dios y al prójimo. Esa ley ha de ser la nuestra. Y mirando con desprecio la gloria, por ser cosa vana, arderá nuestro corazón únicamente para Dios y para la Humanidad. Entonces seremos buenos católicos y seremos también felices.»

Y en otra ocasión, habiéndole hablado de nuevo el mismo Materne de la gloria, le contestó Ozanam: «No, amigo mío, no debemos hacer de la gloria un fin. Debemos más bien aceptarla como un aliento de nuestro espíritu. Si existiera, en realidad, una verdadera gloria, consistiría en el agradecimiento de la posteridad. Pero el hombre justo debe situar más arriba sus esperanzas. Su recompensa y su gloria debe esperarla únicamente de un Juez infalible e incorruptible.»

*Existe tan sólo una ley para todos nuestros actos: la ley del amor a Dios y al prójimo. Esa ley ha de ser la nuestra. Y mirando con desprecio la gloria, por ser cosa vana, arderá nuestro corazón únicamente para Dios y para la Humanidad. Entonces seremos buenos católicos y seremos también felices.*



## CAPÍTULO V

### LA CONFERENCIA DE CARIDAD

*...y un día el recuerdo de esto será grato.*

Virgilio (Eneida. Lib. 1, 207)

1.— M. Bailly, presidente 2.— Los fundadores 3.— Primera reunión oficial de la Conferencia de Caridad 4.— Condiciones exigidas a los miembros 5.— De cómo se practicaban las reuniones 6.— Primeros pasos de la Obra 7 Distribución de los pobres entre todos los socios 1.— Los pobres de Ozanam 9.— De por qué se llamó la Obra Conferencia de caridad 10.— Exclusivismo de los socios 11.— Ozanam reacciona 12.— Opinión de Sainte-Beuve sobre la Obra.

Socorrer al pobre y practicar la caridad, fue costumbre secular en el hogar donde nació y creció M. Bailly. El culto de San Vicente de Paúl constituía la más preciada tradición de esa piadosa familia. Su padre había muerto en Artois, cerca de Bethume, rodeado de los manuscritos del Santo, manuscritos guardados desde entonces con reverencia por todos los suyos. En aquel hogar se pronunciaba con respetuoso amor el nombre de aquél a quien al padre y la madre llamaron el santo de la familia. Uno le los hermanos de M. Bailly, el Padre Bailly, entró en la Congregación de la Misión. Y ya hemos visto al mismo Bailly, lleno de espíritu del gran apóstol, dispuesto a trabajar en medio del mundo por la causa de Jesucristo y de la Iglesia. Ya lo hemos visto esforzándose en reunir a la juventud de París en la sociedad «des Bonnes Etudes». Lo hemos visto no negándose a ningún sacrificio con tal de lograr esa obra más que pedagógica, salvadora.

1. Con los brazos abiertos y con la sonrisa de un padre, recibió M. Bailly la comunicación de Ozanam y de sus amigos. No sólo aprobó el proyecto de nuestros jóvenes de visitar a los pobres en su domicilio, sino que juzgó que semejantes visitas, practicadas con prudente discreción, podrían ejercer una muy saludable influencia más aún en los visitantes que en los visitados.

2. Cuenta ya la Sociedad con cuatro miembros. Ozanam designó dos más, pertenecientes a la Conferencia de Historia: Félix Clave y Julio Devaux, estudiante éste último de Medicina, y el primero, hijo de un sansimoniano convertido. Aceptaron ambos, entusiasmados. Luego convinieron en que el número se elevase hasta ocho... Eran todos escogidos entre la élite de la élite. Ocho estudiantes, de los cuales el único que pasaba de los veinte años era Lamache. He aquí sus nombres: Federico Ozanam, Auguste Le Taillandier, Paul Lamache, Félix Clave, François Lallier, Jules Devaux. Como



presidente, M. Bailly. Hubo otro socio más, cuyo nombre no ha sido posible encontrar.

¡Ocho miembros! Si consideramos el número, diremos que son pocos. Fijémonos en la voluntad encerrada en esos pechos varoniles y tendremos que reconocer que son legión.

Tenemos también que reconocer que entre ellos hubo uno que valía mucho. Uno que se destacó siempre y en todas partes por su talento, por la fuerza de su acción y también por el rango que ocupó pocos años más tarde entre los intelectuales. Tenemos que reconocer al mismo tiempo que en lo que más aventajó siempre a todos fue en su gran humildad.

3. La primera reunión oficial de la Conferencia de Caridad tuvo lugar en mayo de 1833, a las ocho de la noche, fecha ésta reconocida como la de la fundación de la Obra. Tuvo lugar esta reunión, lo mismo que las siguientes, en la casa de M. Bailly, situada en la calle de Petit Bourbon Saint Sulpice, núm. 18. Al tomar posesión de su cargo, el venerable presidente dirigió a los socios estas palabras: «Si deseáis realmente ser útiles a los pobres, haced que vuestra caridad no sea tanto una obra de beneficencia como una obra de moralización y de cristianización, santificándoos vosotros mismos por la consideración de Jesucristo sufriendo en la persona del pobre.» Y al servicio de esta persona divina consagraron su Obra.

4. Ardían aquellos corazones en la más ferviente generosidad y el más genuino desinterés. El reglamento de la ex-sociedad «des Bonnes Etudes» hacía contraer a sus miembros el compromiso de ayudarse mutuamente para hacer carrera en el mundo. La joven Conferencia de Caridad estipuló, por el contrario, que ningún miembro podría servir a la Sociedad llevado por un interés de medro particular. El olvido total de sí mismo debía corresponder a una entrega de sí mismo, igualmente total. Cualidades esencialmente requeridas para desarrollar el plan que esta juventud se trazaba.

Durante los primeros tiempos, contó tan sólo la Sociedad con los recursos que le proporcionaba la colecta que se hacía en cada reunión. Un día tuvieron los socios la grata sorpresa de encontrar en su bolsa algunos escudos inesperados. Esto se lo debieron a M. Bailly, quien había encontrado esa manera delicada de remunerar a algunos de ellos por la colaboración gratuita que prestaban a su periódico «La Tribuna Católica». Lograban así nuestros campeones dar de comer al pobre con el fruto de su trabajo.

5. Cada reunión debía comenzar por la oración. Se rogaba, ante todo, por los pobres. En seguida, por los bienhechores. Después, por los socios. Unos y otros, colocados bajo la protección de San Vicente de Paul. El nombre de este Santo, aun antes que la Sociedad lo hubiera hecho suyo, fue siempre invocado en las reuniones.

6. Hay que tener también en cuenta que la Conferencia pudo ponerse en contacto con los desgraciados, valiéndose de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. El tesorero de la Conferencia, Jules Devaux, había sido diputado de la calle l'Epée des Rois, donde se encontraba la Hermana

Rosalía, tan popular en el Distrito XII y cuya inagotable caridad la había hecho célebre en todo París. Feliz se sintió esta hija de San Vicente de Paúl al asociar a su ministerio a aquellos jóvenes, llenos de buena voluntad, que venían a consultarle. Recibió a Devaux con maternal bondad. Alentó a los jóvenes apóstoles en sus obras, les dio útiles consejos e indicándoles varias familias necesitadas, les cedió algunos bonos de pan y carne, ya que la Conferencia, todavía novicia, no había emitido los suyos.



7-8. Cada socio tuvo su familia a quien socorrer. La que tocó en suerte a Ozanam tenía la particularidad de estar sumergida en una miseria moral que superaba aún a la otra miseria. Estaba compuesta la familia por una madre que se agotaba trabajando para sostener sus cinco hijos, y por un marido borracho que le quitaba todo lo que la infeliz ganaba, para convertirlo en aguardiente que apaciguase su sed. «Cuando llega de la cantina, decía la infeliz mujer, nos pela a todos», y agregaba luego concienzudamente: «Es verdad que no lo hace todos los días.»

Esa desventurada había llegado al paroxismo del dolor y la desesperación, cuando la descubrió Ozanam. No pasó mucho tiempo sin que éste se diera cuenta de que ese matrimonio no había sido nunca un matrimonio, y de que la mujer estaba en libertad de sacudir ese yugo tan innoble como odioso. Esta no lo podía creer. «Sería demasiado hermoso», decía la infeliz. Ozanam lo hizo declarar judicialmente. Libertó a la mujer y, por medio de una colecta, le facilitó los medios para regresar a su Bretaña, en compañía de sus dos hijos más pequeños, ya que para los otros tres se consiguió trabajo en los talleres de M. Bailly. Se cumplía de esa manera a perfección la doble asistencia moral y material, recomendada por su presidente. En ese primer ejemplo, queda ya vislumbrada la obra futura de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

9. Con ardor trabajaban nuestros jóvenes estudiantes, deseosos de ser los obreros del bien y nada más. No sospecharon nunca, ni siquiera el mismo Ozanam, las proporciones que con el tiempo llegaría a tener «la Conferencia de Caridad», como insistían ellos en llamar a su pequeña Obra, negándose a denominarla con los nombres de Congregación o de Asociación o de Cofradía, porque todas esas palabras, en esa época, tenían un sentido político.

Nuestros jóvenes se dirigían con interés al indigente, oían sus quejas y depositaban en sus manos los bonos de pan, de carne o de carbón. Pero muchos de estos pobres, a pesar de lo abrumadora y cruel de su dolencia, no conocían aún la inmensidad de su miseria. No sabían que les faltaba Dios. Sabiendo el vacío que existía en sus despensas, ignoraban el que tenían en su alma. Entonces, los jóvenes visitantes dejaban brotar de sus labios aquellas palabras del Evangelio: «Si supieras lo que es el don de Dios», y hablando con todo el fuego de su corazón, dejaban, al retirarse, algunos efluvios impalpables de la gracia.

Muchos de estos pobres no sabían que les faltaba Dios. Entonces, los jóvenes visitantes les insinuaban aquellas palabras del Evangelio: «Si conocieras el don de Dios...»



10-11. Como ya hemos dicho, no tenían los socios de la Conferencia de Caridad la menor sospecha del desarrollo que habría de tener la Obra y, por eso, habían resuelto conservar cerrada la puerta de ese cenáculo a toda nueva admisión. Y cerrada la encontró por un tiempo el joven Gustavo de La Nou, poeta con mucho futuro, de quien debía decir más tarde Ozanam que era una de esas almas escogidas a quien Dios concede alas. Gustavo de La Nou fue presentado y apoyado por Lallier, pero los demás, temiendo ver alterado el carácter de intimidad y sencillez de sus reuniones fraternales, se manifestaron reacios a admitirlo. El primero en reaccionar fue Ozanam. Y Ozanam reaccionó con decisión no sólo a favor de esta candidatura, sino también, en general, por el principio de expansión de la Obra, que habría de admitir en su seno a todos los socios que quisiera Dios enviarle.

Así que la puerta abierta para La Nou, no se volvió a cerrar. A fines de 1833, contaba ya la Sociedad con veinticinco miembros. Ozanam presentó a su primo Pessoneaux y a su coterráneo Chaurand. Pero de todos esos nuevos reclutas el más importante fue León Le Prevost, el futuro fundador de los Hermanos de San Vicente de Paúl. Era el único de ellos que ya había dejado los estudios. Era un hombre como de unos cuarenta años. Era un letrado que había vivido encerrado en el cenáculo romántico. Un día, en una conversación con M. Bailly, descubrió la existencia de esa Conferencia de jóvenes. Su corazón, lleno de entusiasmo, dejó escapar un grito de esperanza, que venía a ser como un presagio de la importancia que llegaría a tener, con el tiempo, la Obra de San Vicente de Paúl. Dice así a su amigo

Víctor Pavie, en carta del 20 de agosto de 1833: «Palpita aquí, en estos momentos, un gran movimiento de caridad y de fe, movimiento que, oculto por el velo de la humildad, vive su acción eficaz sin que el mundo indiferente sospeche su existencia. Pero, o yo estoy equivocado o de esas nuevas catacumbas surgirá una luz nueva y radiante, con cuyo resplandor se iluminará el Universo.» Estaba en los designios del Señor que ese mismo Le Prevost fuese, con el tiempo, uno de los injertos más fructuosos de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

12. ¿Será cierto que ese mundo indiferente, como lo llamaba Le Prevost, permanezca verdaderamente indiferente, sin reparar en el movimiento católico que inflamaba por lo menos a aquéllos a quienes arrastraba?... Si queremos ser justos, tendremos que convenir en que la acción de caridad llevada a cabo por Ozanam había herido la mentalidad y modificado la fisonomía del viejo barrio latino. Y esto, en muy poco tiempo. Tenemos un testimonio en una persona que no da lugar a dudas: Sainte-Beuve. Después de haber dado su adiós al racionalismo y de haberse separado del sansimonismo, el Sainte-Beuve de 1833 a 1834, sintió ardientes simpatías, ciertamente más literarias que morales, por la religión católica. Publicó en esos días dos artículos notables en los que dio testimonio entusiasmado del renacimiento religioso de la época, lo que llevó a algunos exaltados hasta a concederle al mismo Sainte-Beuve la paternidad de ese renacimiento.

Veamos con qué ardor se expresa el célebre crítico: «Es verdaderamente un espectáculo memorable el contemplar, en medio de tan descarado escepticismo y tan profundos errores, esa falange escogida de espíritus vírgenes y virtuosos, que no disminuye, sino que, por el contrario, se multiplica, conservando en toda su pureza el tesoro de la moralidad. Plena seguridad tenemos de que, sean cuales fuesen las normas bajo las cuales deba reconstruirse un día, como firmemente lo esperamos, el espíritu religioso y cristiano en la sociedad, parte principal del mérito de esa reconstrucción será debido a esa vanguardia de jóvenes corazones, pletóricos de fe y ocultos por su modestia, que trabajan sin cesar en medio de nosotros.» Así señala Sainte-Beuve, sin nombrar a nadie, la huella profunda que había sabido imprimir Ozanam en aquella juventud de su época, dándose él mismo a ella por entero.

La falange escogida ardía por la llama de caridad encendida en su pecho. Ardía en deseos de acción. Habían ofrecido ya sus servicios al clero de París, entre quienes gozaba de especial estimación M. Bailly. El párroco de Saint Etienne du Mont no titubeó en recomendarles algunas familias pobres de su parroquia, las que se vieron tan eficazmente socorridas, que fueron más tarde a manifestar al párroco su agradecimiento.

Había en los alrededores de la Universidad una casa de corrección para jóvenes descarriados. La Conferencia obtuvo del presidente del Tribunal Civil, señor Beleyme, autorización para socorrerlos con la limosna y la palabra. Ozanam, Le Taillandier, Le Prevost y Lamache, consagraron toda su abnegación a ese ingrato ministerio durante dos años, al cabo de los cuales

fueron trasladados los jóvenes encarcelados a la prisión Madelonnettes, que se encuentra al otro lado de París.

Fue siempre para los fundadores de la Conferencia motivo de gran consuelo y dulzura recordar los primeros pasos que se dieron en el noviciado de su institución. Así, vemos a Ozanam, veinte años después, ya muy cerca de la tumba, recordando con sus cofrades de Livourne, cómo Dios, en sus designios misericordiosos, había querido que la pequeña asociación de amigos íntimos se convirtiera en el nudo que atase la inmensa familia de hermanos diseminados ya por entonces por gran parte de Europa. Recordaba con natural complacencia, cómo en aquel ya lejano tiempo de la fundación, uno de sus buenos amigos, Cheruel, enredado por un momento en las falsedades del sansimonismo, le decía con un dejo de compasión: «Pero, ¿en qué fundáis vuestras esperanzas?... Sois ocho pobres jóvenes y con ese solo capital pretendéis remediar todas las miserias de París?... Y, aunque fueseis más y más, no lograríais gran cosa. No así nosotros. Nosotros elaboramos ideas, construimos sistemas que reformarán el mundo y extirparán totalmente y para siempre la miseria. En un instante, habremos hecho por la Humanidad lo que vosotros no lograréis a través de los siglos.»

«Huelga, por sabido, el mencionar, amigos míos, continuaba Ozanam, el fracaso alcanzado por las teorías que ilusionaban a mi pobre amigo. En cambio, nosotros, a quienes él compadecía, nosotros, entonces ocho, somos ahora, sólo en París, 20.000. Veinte mil individuos, es decir, ¡la cuarta parte de los pobres que encierra esta inmensa ciudad!... En Francia solamente, hay 500 Conferencias. Y estamos en Inglaterra, en España, en Bélgica, en América y hasta en Jerusalén. Por ahí vemos cómo, empezando humildemente, se puede llegar a realizar grandes cosas, imitando a Jesucristo que, del anonadamiento del pesebre, se elevó a la gloria del Tabor. Es que Dios ha querido hacer suya nuestra Obra. Y ha querido extenderla por toda la tierra, colmándola de bendiciones.»

**Pero, ¿en qué fundáis  
vuestras esperanzas?...  
Sois ocho pobres jóvenes  
y con ese solo capital  
pretendéis remediar todas  
las miserias de París?...**



## CAPÍTULO VI

### ORIENTACIÓN

*Señora, eres tan grande y tanto vales que quien quiera merced y a Ti no acude, quiere su deseo volar sin alas.*

Dante (Paraíso, c. 33, 13)

1.— Viaje a Italia 2.— Regreso a París 3.— Estudio y caridad 4. — San Vicente de Paul, Patrono de la Obra de caridad 5.— La Santísima Virgen propuesta por Ozanam para Patrona especial de la Sociedad 6.— Ansiedad y sacrificio 7.— Conducta observada por Ozanam en el templo 8.— El pobre, imagen visible de Jesucristo 9.— Amar al pobre hasta el martirio.

1. Durante las vacaciones de 1833, hizo Ozanam un viaje a Italia, en compañía de su familia, viaje que contribuyó a afianzar en su espíritu la inclinación hacia la literatura y la historia del catolicismo, muy especialmente la de la Edad Media. Poco habla Ozanam en sus cartas sobre ese viaje, y lo que de él sabemos es debido únicamente a lo que nos cuenta su hermano, el sacerdote, en la biografía que de él hizo.

Sabemos que Ozanam visitó Milán en compañía de su padre y de su hermano Alfonso, que estuvo en la calle de San Pietro a l'Orto, donde él vino al mundo, y que luego visitó la iglesia de Santa María dei Servi y, renovando en las fuentes bautismales de ese templo las promesas que otros allí hicieron por él, dio gracias a Dios por haberlo aceptado por hijo.

Sabemos que en Roma fueron recibidos nuestros viajeros, con especial bondad, por Gregorio XVI.

Todos deseaban ir pronto a Florencia, pero sobre todo Ozanam, quien se sentía arrastrado hacia aquel lugar por un atractivo especial que habría de subyugar al futuro escritor, que encontraba por todas partes la figura de Dante, venerada con un culto que rayaba en apoteosis. Sin duda, fue Florencia la que despertó en su corazón aquella pasión y en su inteligencia aquella luz que había de resplandecer sobre su filosofía, sobre su enseñanza y sobre su vida entera. Y, aun después de su vida, sobre su nombre de escritor y de doctor.

2. Al regresar Ozanam a París, emprende con ardor sus estudios que debían coronarse con aquel título de abogado, tan deseado por sus padres... El estudio y la caridad son el anhelo de su vida. Se instala en la calle des Gres, donde vive con Le Taillandier desde que tuvo que devolver su

habitación a Jean Jacques Ampère, que había regresado a Francia, sin que por eso se hubiera debilitado el lazo de filial veneración y de profundo agradecimiento que lo unía al gran sabio.

3. Para Ozanam y Le Taillandier, los dos *altos* señores, por habitar en un sexto piso, y hermanos en el ideal que perseguían, quedó señalado el año 1834-1835 por el rápido desenvolvimiento de la Obra en París. Ya para 1834, empezaba a derramarse hacia afuera el perfume de caridad que de ella se escapaba.

Por este tiempo, pidió uno de los administradores de la Caja de Beneficiencia del Distrito XII el concurso le la Sociedad para la visita a domicilio de los indigentes, concurso que le fue otorgado con plena generosidad. El 1 de febrero de 1834 tomó posesión la Sociedad de ese servicio, que continuó practicando durante los años siguientes.

4-5. También en esos días, el 4 de febrero de 1834, se empezó a agregar después de la oración acostumbrada en cada sesión, la invocación: «San Vicente de Paúl, ruega por nosotros». En esta misma sesión, se declaró a este santo Patrono de la Obra, y se fijó como fiesta principal de la misma la fiesta del 19 de julio. Todo esto se hizo a propuesta de le Prevost. Ozanam, a su vez, propuso y obtuvo ese mismo día que fuese declarada la Santísima Virgen Patrona especial de la Sociedad y por eso, desde entonces, se agregó el Avemaría a las preces habituales de las reuniones. Se decidió también, por indicación de Ozanam, que las Conferencias celebrarían todos los años, con gran devoción, alguna fiesta de la Santísima Virgen.

El 12 de abril de ese mismo año 1834, se reunieron los miembros de la Sociedad en la capilla de los Lazaristas, rue de Sèvres, para venerar las reliquias de San Vicente de Paúl, reliquias que acababan de ser reintegradas a dicha capilla, después de haber pasado cuatro años escondidas en el colegio de Roye, en Picardía, donde estuvieron ocultas desde la revolución de julio.

El culto al «padre de la Patria», como lo apellidó su siglo, crecía cada día más en aquellos corazones juveniles. Así, el 19 de julio de ese año, decidieron algunos jóvenes, con Ozanam a la cabeza, celebrar la fiesta del Santo en la modesta parroquia de Clichy, la cual había sido atendida por el Padre Vincent el año 1612. Los celosos cultivadores de la caridad no se consideraban ya solamente como feligreses espirituales del Santo, no. Se sentían sus herederos, sus hijos. Y con ese título reclamaron el honor de llevar sobre sus hombros, durante la procesión del día de la fiesta, las reliquias del Santo.

«Credlo bien —escribió Ozanam poco después—, no fue San Vicente de Paúl de los que construyeron sobre la arena. Ni tampoco para dos días. Las grandes almas que se acercan a Dios adquieren en esa compañía una mirada que se adelanta a su tiempo. No dudemos, por lo tanto, de que San Vicente de Paúl tuviese una visión anticipada de los males y de las necesidades de nuestros días. El no cesa de proveer a esas necesidades y,

como todos los grandes fundadores, cuenta con su posteridad espiritual, siempre viva y siempre activa en medio de las ruinas del pasado.»

Resumiendo, al fin, su pensamiento en cuatro palabras, declara Ozanam que un patrono es un ideal que es preciso proponerse, un tipo superior que es preciso realizar, una vida que es preciso continuar, un modelo para la tierra y un protector para el Cielo.

*Credlo bien, no fue San  
Vicente de Paúl de los que  
construyeron sobre la arena...  
Las grandes almas que se  
acercan a Dios adquieren en  
esa compañía una mirada que  
se adelanta a su tiempo*



Sin embargo, no creamos que, en medio de esas alturas donde habitaba su pensamiento y donde estaba colocado su corazón, faltaban a Ozanam sus horas de desaliento. Horas que no debemos callar, ya que nos proponemos estudiar la historia de su alma.

Veamos cómo desahoga su pena en el corazón de su madre, en carta del 16 de mayo de 1834:

6. «A medida que avanzamos en edad y que vemos el mundo más de cerca, vamos descubriendo, a cada paso, una amarga hostilidad que obstaculiza toda idea y que se empeña en destrozar los ideales que nos son más queridos. Al tratar con mayor intimidad a los hombres, quedamos tristemente convencidos de que sólo reina entre ellos el orgullo y el egoísmo. Sí, se encuentra tan sólo orgullo en los sabios, fatuidad en los mundanos y vicio en el pueblo. Ante semejante espectáculo, mil veces más doloroso para aquél que tuvo la dicha de crecer en medio de una familia generosa y pura, el corazón se oprime por el asco y se rebela por la indignación. Entonces quisiéramos tan sólo murmurar y maldecir. Pero el Evangelio nos prohíbe esto y, por el contrario, por él tenemos que consagrarnos con abnegación al servicio de una sociedad que nos rechaza y desprecia.»



*...vamos descubriendo una amarga hostilidad que se empeña en destrozarnos los ideales que nos son más queridos. Entonces quisiéramos tan sólo murmurar y maldecir. Pero el Evangelio nos prohíbe esto y, al contrario, por él tenemos que consagrarnos con abnegación al servicio de una sociedad que nos rechaza y desprecia.*



Sí; abnegación y acción en vez de murmuración y maldición. Tal fue, en realidad, la resolución de aquella vida. Al escribir esa carta, acababa Ozanam de alcanzar su mayor edad ante la Iglesia y ante el Estado. Ya no es un muchacho. Ya es un hombre y, como tal, reconoce todos sus deberes, y desea cumplirlos. «Ya tengo veintiún años —dice en la misma carta a su madre—, y por lo tanto empieza para mí la obligación de ayunar. Mañana mismo tendré que cumplir con el precepto que me manda la Iglesia. Pero, ¿no tendré ahora también mayor obligación de sufrir con Ella y de combatir por Ella?»

Convencido de sus deberes, y con el Evangelio en la mano, que le señalaba el deber de buscar operarios para esas dos mieses inmensas que tenía ante los ojos: los jóvenes y los pobres, se apartaba Ozanam de la murmuración que todo lo esteriliza, para poner manos a la obra,

Contaba ahora la Sociedad de San Vicente con una nueva leva de reclutas, algunos de entre ellos muy notables, como Henry Wallon, quien fue, años más tarde, decano del Senado y fue también secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones. Y también Theodore Henry Martin, que había de llegar a ser decano de la Facultad de Letras, en Rennes. Gracias a ese aumento de socios, pudieron nuestros heroicos campeones no interrumpir la visita a los pobres durante el verano, a pesar de la dispersión ocasionada por los fuertes calores. Ozanam observaba, con mucha precisión, que la pobreza nunca sale de vacaciones. El vacío de los que se ausentaban se vio suplido, desde entonces, por abnegados sustitutos, distinguiéndose entre todos, por su celo y caridad, L. Le Prevost.

7. A medida que la Sociedad crecía y adquiría mayor importancia, se aumentaba también en Ozanam la luz con que el Espíritu Santo parecía colmarlo para el feliz desarrollo de su plan. Pero es que Ozanam sabía invocar y recibir las luces de lo alto. Ya sabemos cómo, a pesar de sus fuertes estudios y de sus numerosas ocupaciones, encontró siempre tiempo largo para dedicarlo a la meditación. Ozanam fue hombre de oración. De verdadera oración que no necesita traducirse al exterior ni por espasmos ni por contorsiones, que no necesita exhibirse por todas las naves del templo,

cayendo trágicamente de rodillas ante cada altar. No. Su oración era humilde y reposada, teniendo por único fin el levantar su espíritu de la tierra y unirlo íntimamente a Dios. El templo era para él la casa del Señor, donde se va a rendir gracias y a implorar misericordia. No era el teatro de mercaderes, donde se va a conseguir prerrogativas, utilizadas luego en menospreciar al prójimo.

Sí. Ozanam rogó mucho y Dios no le regateó sus dones. Resplandece en su Obra la luz del Espíritu divino que lo guía, como guió siempre a los fundadores de los Institutos religiosos de la Iglesia. Dirigido por esa luz divina, supo comprender Ozanam la necesidad de la Obra de beneficencia, cuya eficacia debía manifestarse no sólo en la miseria remediada, sino también en la santificación personal de los cofrades. Y no detenerse aquí. Preciso era que fuese el pan material el medio con que los miembros de las Conferencias, ya santificados, lograsen introducirse en el hogar del pobre para, sin descuidar las necesidades materiales, abrir paso a Jesucristo y a su ley, moralizando y cristianizando esos mismos hogares.

Fue hombre de oración. Su oración era humilde y reposada, teniendo como único fin lograr la intimidad con Dios.



Y Ozanam no se cansa de repetirlo sin cesar: El quiere que entiendan bien todos sus compañeros que, si la Sociedad se ocupa y debe ocuparse de proveer a la asistencia del cuerpo, el fin primordial que se persigue es la asistencia espiritual, es la salvación del alma. La limosna ha de ser la llave que abra la puerta a la verdad y a la gracia.

Se solía valer con frecuencia de una parábola del Evangelio, la del buen Samaritano, para explicar la misión de ese apostolado seglar ejercido sobre las masas populares, sobre esos pobres seres heridos, despojados de todo bien y abandonados, casi agonizantes, por los ladrones y malhechores, ya que no son otra cosa los asesinos de sus almas... «Nos toca a nosotros — decía él—, profanos samaritanos, nos toca a nosotros la misión de acercarnos a ese gran enfermo que es el pueblo. No titubeemos. Tal vez nosotros seremos recibidos con menos prejuicios. Tal vez nuestra presencia infundirá menos temor. Tratemos de vendar esas llagas y de derramar en ellas un poco de aceite. Susurremos en sus oídos palabras de consuelo y de paz y tal vez cuando nos hayan comprendido, podremos dejarles entre las manos de aquellos destinados por Dios para ser médicos y guías de las

almas. De aquéllos que, al nutrir nuestro espíritu con la enseñanza divina, nos dan al mismo tiempo la esperanza de un mundo mejor.»

8. Ozanam volaba aún más alto. Por encima de la consideración moral y eterna conseguida por la práctica de la caridad, por encima de la consideración de esa misma caridad ejercida eficazmente tanto en el alma como en el cuerpo del pobre menesteroso, por encima de todo eso, tenía él la visión sobrenatural de Jesucristo, hecho pobre por nuestro amor y viviendo entre nosotros en la persona del pobre. Esto es propiamente la virtud teologal de la caridad, dirigida a su objeto divino.

En esos días se encontraba en Italia el célebre pintor lionés Luis Janmot, compañero de infancia y de Primera Comunión de Ozanam. Leamos lo que a este amigo escribía Ozanam, refiriéndose a la ciudad de Asís: «Y nosotros, amigo mío, ¿no haremos nada para imitar a esos santos que tanto admiramos?... ¿Nos contentaremos con gemir sobre la esterilidad de nuestra hora presente, cuando en cada uno de nosotros late el germen de la santidad, germen que podría convertirse en realidad con sólo un esfuerzo de nuestra voluntad?... Si nosotros no sabemos amar a Dios como le amaron los santos es porque siendo nuestra fe tan débil, nos es dado ver a Dios tan sólo con los ojos de la fe. Pero los hombres, los pobres, los tenemos ante la vista y los podemos ver con nuestros ojos de carne. Con nuestras manos podemos tocar sus llagas; son visibles sobre sus frentes la corona de espinas. Aquí no hay lugar a dudas. No hay sitio para la incredulidad. Deberíamos caer de hinojos a sus pies y decirles: «*Señor mío y Dios mío*». Vosotros sois nuestros señores y nosotros somos vuestros esclavos. Vosotros sois la imagen visible de Dios que no podemos ver, pero a quien sí podemos probar nuestro amor, amándoos a vosotros.»

9. Mas, ¿hasta qué punto será preciso amar a Jesucristo en la persona del pobre?... Ozanam lo sabe y nos lo dice. Nos dice que debemos amar al pobre hasta el sacrificio. Amarlo hasta probar ese amor con aquel testimonio sublime del amor que él llama con su propio nombre cuando nos dice «que debemos amarlo hasta el martirio».

«La tierra se ha enfriado —decía él—. Nos toca a nosotros, los católicos, reanimar ese fuego vital que se apaga. Nos toca revivir la era de los mártires, ya que hay un martirio posible para todos los cristianos: ser mártir es dar la vida por Dios y por sus hermanos. Es dar su vida en sacrificio, sea un sacrificio rápido como el del holocausto, sea en un sacrificio lento que humee día y noche como humean los perfumes sobre el altar. Ser mártir es devolver al Cielo lo que del Cielo se recibió: su oro, su sangre, su alma entera. En las manos tenemos esa ofrenda. Es un sacrificio que nos es dado hacer. Nos toca tan sólo escoger el altar ante el cual habremos de colocar nuestro don. Escoger la divinidad a la cual habremos de consagrar nuestra juventud y los años que la sigan... ¿A qué templo dirigiremos nuestros pasos?... ¿Nos detendremos ante el dios del egoísmo?... ¿O caeremos ante el Santuario donde reposa el Dios de la humildad?»

¡Apóstol! ¡Mártir! Tal fue su sueño. Sueño que podemos llamar realidad, ya que él logró realizar plenamente todos esos deseos dichos y escritos por él a la edad de veintiún años. Ya que él dio a su Dios y a sus pobres todo cuanto poseía: sus fuerzas, su salud, su sangre; ¡su vida, antes de haberla vivido!... ¿no le concederemos el título de mártir al que se inmoló así, a conciencia y voluntariamente, por la realización de su ideal sublime?... ¿Y nos asombraremos si, a medida que profundizamos más hondamente en el estudio de esta alma, obligados a subir cada vez más arriba, terminamos por encontrar en ella la revelación del alma de un santo?

*La tierra se ha enfriado. Nos toca a nosotros, los católicos, reanimar ese fuego vital que se apaga. Nos toca revivir la era de los mártires, ya que hay un martirio posible para todos los cristianos: ser mártir es dar la vida por Dios y por sus hermanos.*



## CAPÍTULO VII

### ALMA DE APOSTOL

*Me esfuerzo por cosas mayores.*

Cicerón (Tuse. Lib. 1, c. VIII, 16)

1.— Carta de León Curnier 2.— Necesidad de fraccionar las Conferencias 3.— Protesta entre los socios 4.— Ozanam, ejemplo de humildad 5.— Noche del 31 de diciembre de 1834

1. Inmensa fue la alegría de Ozanam al recibir una carta de su amigo León Curnier, fechada el 18 de octubre de 1834, en la que le comunica que, movido por su ejemplo, acaba de fundar una Conferencia de Caridad en Nimes, donde residía. La carta dice así: «Al despedirme de Vd. le ofrecí con toda sinceridad que donde quiera que estuviese, me ocuparía de los pobres. Oyendo tantas veces su deseo de ver toda Francia envuelta en una red de caridad, sentí mi corazón contagiado con su mismo mal y una chispa de su celo ardiente consumió mi frialdad. Comunicqué mi proyecto a un venerable sacerdote quien, al saber lo dicho y hecho por Vd., derramó lágrimas de confianza ante el porvenir de Francia, que juzgó salvada con semejante generación.»

Ozanam respondió sin tardar: «Su carta me ha colmado de alegría. La comunicqué inmediatamente a algunos de mis amigos que forman parte de nuestra pequeña Sociedad. Luego escribí participando su contenido a todos los miembros presentes en París. Pero, ante todo, permítame felicitarlo por el bien que Vd. hace, por el bien que Vd. hará. Dios y los pobres lo bendecirán. Nosotros, a quienes Vd. ha superado, nos sentimos orgullosos y felices de contar con semejante hermano. Un anhelo de nuestro corazón se ve satisfecho: Vd. es el primer eco que responde a nuestra débil voz. Tal vez pronto se dejen escuchar otras voces. Entonces, el mayor mérito de nuestra pequeña Sociedad será el haber lanzado la idea para que otros la sigan. Sólo es necesario un hilo para tejer una tela...»

En la primera reunión que tuvo lugar después de recibir la carta de Curnier, hace Ozanam participación oficial de ella a todos los miembros de la Sociedad. La impresión que les causó su contenido queda muy bien traducida por la expresión que dejó escapar uno de ellos: «Ciertamente que recuerda la caridad de los primeros siglos».

¡La caridad de los primeros siglos! Bien estudiada tiene Ozanam esa historia de los primeros cristianos. Paso a paso, conoce nuestro joven estudiante, ese gran hijo de la Iglesia, los fundamentos que han producido y sostenido estos veinte siglos de existencia. Sabe y recuerda que los Apóstoles se extendieron por el mundo para llevar a todas partes la Buena

Nueva. Y eso es lo que él anhela a su vez para su Obra, que no cabe ya en Jerusalén de la plaza de la Vieille Estrapade...

2. Por eso, en la respuesta a su amigo de Nimes, le advierte Ozanam que, en vista del aumento de los socios, que ya llegan a cien, tendrá la Conferencia que sufrir algunos cambios inevitables. Esta circunstancia de su mismo progreso los ponía en la imperiosa necesidad de dividirse en varias sesiones, las cuales habrían de tener periódicamente su asamblea general.

Y ciertamente que era ésta una necesidad imperiosa. El local les resultaba insuficiente. Las reuniones resultaban muy confusas y en las sesiones no podían tomar cuenta de tantas visitas hechas a los pobres. No bastaban tampoco para enterarse debidamente de las necesidades de los mismos.

¿No había sonado ya la hora de abandonar el cenáculo e ir por todas las naciones llevando el amor de Cristo y el consuelo de Cristo a los predilectos de ese Divino Corazón?... De momento, imponen las circunstancias la creación de una segunda Conferencia, seguida tal vez de muchas otras. Pero, por otro lado, era éste un punto que no era fácil de abordar. ¿Dividirse? ¿No equivaldría a disgregarse, a desunirse?... Ozanam sabía que no. El sabía que dividirse equivaldría a crecer. Además, ese cenáculo de amor, reducido ya para los socios actuales, se veía asaltado por una juventud ardiente que imploraba su derecho a formar parte de sus filas y a tomar parte en sus obras. No siendo posible abrirles esa puerta, preciso era crear nuevos Centros.

El 16 de diciembre de 1834, presentó Ozanam su proposición. Consistía en dividir la Conferencia en tres secciones diferentes, pero unidas entre sí.

3. Esta proposición levantó una violenta tempestad, que parecía imposible de calmar. Tan sólo dos miembros apoyaron a Ozanam: Lallier y Arthaud. Los demás la combatían con fiereza juvenil. Cesaron al fin de combatirla Le Taillandier y Paul de la Perrière. Pero fue tan sólo para pedir que fuese aplazada... ¡Tan cara era para sus corazones esta unidad preciosa que había cimentado tan sinceras y dulces amistades!

Aquel día, resolvió el asunto M. Bailly, quien abandonando por esta vez el papel somnoliento que representaba siempre en las asambleas (aunque no perdía ni un detalle de ellas), resolvió aplazar la discusión y nombrar una Comisión para su estudio compuesta de seis miembros: tres por cada uno de los partidos. Este excelente presidente se había impuesto a sí mismo la más estricta neutralidad en todos los debates, pero en esta ocasión no pudo ocultar que la proposición no era de su agrado.

Y, ¿cómo ver sin desgarramiento que semejante unidad se rompiese?... La armonía de aquellas reuniones —armonía que no impedía la libre exposición del propio pensar— llenaba el corazón del anciano de gozo y admiración.

Sí. Nuestros jóvenes discutían con entera libertad. Pero en aquellas discusiones tan sólo se buscaba la verdad, el mayor bien de la Obra. Nunca el triunfo propio. Jamás la derrota ajena.

No olvidemos que era un grupo de jóvenes estudiantes, a quienes ya podríamos llamar intelectuales, y por consiguiente había siempre en sus debates el respeto que toda inteligencia cultivada tiene no tan sólo por la opinión ajena, sino también por quien la emite.

4. A esto se agrega el modelo que supo imponerles Ozanam con su propia conducta. El, tan activo y tan eficaz en su acción, sabía siempre apagar sus hechos haciendo aparecer tan sólo el bien que se había logrado. No supieron nunca aquellos labios pronunciar el ridículo yo-yo. Iluminado por su preclara inteligencia y fortalecido por su genuina virtud, poseía Ozanam la humildad en tal grado, que ponerse en evidencia hubiera sido herida grave no ya para su misma modestia, sino, más bien, para su dignidad personal. Su humildad le había hecho comprender cuánto se rebaja el ser humano cuando desciende hasta la vanidad.

Podemos decir que la humildad de Ozanam purificaba el ambiente, levantaba los espíritus y unía los corazones. ¿Quién se hubiera atrevido a vanagloriarse de sus propias obras, cuando aquél que a todos dirigía y que aventajaba a todos en abnegación y eficacia, no pretendió nunca un elogio, ni abandonó nunca su natural sencillez?... No puede, por lo tanto, causar extrañeza la oposición que encontró la proposición de Ozanam. Sin embargo, éste seguía firme en su proposición, convencido como estaba que era preciso progresar. «Sí —decía él—, progresar, ya que en las obras humanas sólo el desarrollo es éxito y el estancamiento muerte.»

Siete días más tarde, en la sesión del 23 de diciembre, vino a apoyar la idea de Ozanam el más dulce, el más pacífico y el más reflexivo de todos los socios. Basta nombrar a Le Prevost de Previne, uno de los últimos en llegar, es cierto, pero el que gozaba de más prestigio entre todos, después de Ozanam.

«Yo formaba parte de la oposición —dice Claudius—. Pero cuando nuestro orador, Paul de la Perrière, desarrolló los argumentos con que pretendía apoyar nuestra causa y desbaratar lo dicho por Le Prevost, yo encontré que a su discurso le faltaba ardor para que pudiese convencer.»

La tempestuosa sesión del 23 de diciembre concluyó con un nuevo plazo para estudiar más el asunto. Los partidarios de la división encontraron un fuerte apoyo, el día 24, en la persona del Padre Combador, quien después de la misa de Nochebuena, al compartir con los socios la cena de Navidad, puso muy insistentemente su cálida elocuencia al servicio de dicha división. Esta fue también la opinión y el ardiente deseo de la Hermana Rosalía. Así, el 30 de diciembre puso Arthaud de nuevo en consideración la proposición de Ozanam, la cual quedó aplazada, de manera definitiva, para el día siguiente:

5. Fue el 31 de diciembre el día del gran combate. Antes de la hora ordinaria, se apretujaban los socios, más numerosos que nunca, frente a la plaza de la Estrapade. Cálida en exceso fue la discusión. Paul de La Perrière tomó la ofensiva, más vivo y más enérgico que nunca. Le Taillandier no pudo contener sus lágrimas. La idea de la separación le destrozaba el corazón, ya que lo que temía, sobre todo, era la separación de los espíritus.

Ozanam tomó la palabra y desplegó ante todos las grandes perspectivas que se presentaban para realizar un bien mayor, un bien universal.

Allí estaban, la una ante la otra, las dos tesis del momento, sin que la sublimidad de la una hiciese menor la grandeza de la otra. Era la lucha entre los defensores de las alegrías y de los beneficios de la amistad cristiana, en pugna con los defensores de una ambición inconmensurable de caridad también cristiana.

Avanzaba la noche del 31 de diciembre. Seguía la lucha encarnizada. No lograban ponerse de acuerdo. El tiempo pasaba. Acababa de sonar la medianoche con sus doce golpes, que anunciaban, no sólo un nuevo día, sino también un nuevo año... Suplica M. Bailly a los jóvenes oradores que pongan fin a aquella discusión, animada ya en demasía y en demasía también prolongada. Pero, ¿cómo terminar?... Ozanam se pone de pie y, con paso resuelto, se dirige hacia La Perrière, su principal impugnador, y los dos se abrazan como dos hermanos y se desean feliz año. Todos aplauden tan hermoso gesto. Y no sólo lo aplauden, sino que también lo imitan. Así terminó aquella sesión que, si fue turbulenta, no por eso arrebató la paz de los corazones.

Se ensayó primero una especie de combinación entre dos aguas, cuya ineficacia se pudo ver muy pronto. Durante algún tiempo se celebraron conferencias parciales en salas separadas de la misma casa «des Bonnes Etudes». Poco después fue trasladada una de esas conferencias a la parroquia de San Sulpicio, bajo la presidencia de Cossin. Luego surgieron simultáneamente dos nuevos brotes, que fueron la Conferencia de Saint Philippe de Roule y la Conferencia de Notre Dame de Bonne Nouvelle. La primera surgió gracias al celo de Clave y de Saret, futuro obispo de Sura.

Temerosos siempre de que la unidad primitiva, tan apreciada por ellos, sufriese algún menoscabo con semejantes divisiones, tuvieron buen cuidado de agregar a los estatutos un artículo, en el cual se ordenaba la celebración de reuniones generales, en las cuales volviesen a encontrarse todos los miembros para que, fortaleciéndose mutuamente, les fuese posible conservar el verdadero espíritu de la Sociedad.

Presidía estas reuniones M. Bailly, papá Bailly, el guardián de las tradiciones. Las sesiones estaban animadas por el espíritu de Federico Ozanam, alma y vida de toda esta dispersión. Ozanam buscaba en lo alto su fuerza y su luz. Sabía que para atravesar el torrente de la vida no basta apoyarse en una débil caña. Necesitamos alas. Esas alas que llevan los ángeles y que son la fe y la caridad. Y sabía que, además de esas dos alas, es preciso ser valiente. Es preciso perseverar. Es preciso amar hasta la muerte, combatir hasta el fin. Sabía que la victoria no habría de ser fácil, por quererlo Dios así, para que el mérito sea mayor. Pero sabía también que, dejándose guiar por la gracia de Dios, no tropezaría jamás en el fracaso y el fin habría de ser un triunfo, ya que jamás habría fracaso donde una vez hubo acción.



## CAPITULO VIII

### LYON Y PARIS. DOCTORADO EN LEYES

*...porque allí estaba representada Aquélla  
que del divino amor abrió la llave.*

Dante (Purg. c. X, 41)

- 1.— Inauguración de las Conferencias del P. Lacordaire en Notre Dame
- 2.— Vacaciones de Ozanam en Lyon
- 3.— Dos cancilleres de Inglaterra
- 4.— Regreso de Ozanam a París
- 5.— Organización de las Conferencias
- 6.— Reglamento de las Conferencias
- 7.— Doctorado en Derecho
- 8 Perplejidad
- 9.— Regreso de Ozanam a su hogar
- 10.— Muerte de Ampère.

Ozanam seguía sus estudios con ardor. Ya sabemos que si estudiaba Derecho era únicamente para complacer, para obedecer a la voluntad de su padre. Su vocación, su deseo, era el estudio de las Letras. Esta afición la favorecían sus amigos católicos, los cuales sin cesar le encomendaban todo trabajo que se refiriese a ellas. Contribuía también a aumentarla el ejemplo de Juan Jacobo Ampère, quien a su regreso de América, se dedicó al cultivo de las literaturas extranjeras. Los estímulos de este amigo, verdadero hermano mayor (le llevaba trece años), le animaron a aprovechar su extenso conocimiento de lenguas extranjeras para ocuparse de estudios sobre literatura comparada. Y así, cada día se hicieron más tentadoras para él las Bellas Letras. Tentación tal que lo obligó a ocuparse de ellas mientras proseguía sus estudios de Leyes. Ya, en esta materia, había recibido desde julio de 1834, el título de Licenciado. Se preparaba ahora para el doctorado.

Fácilmente se comprende que efectuar esta doble tarea es una ruda labor. Para «tocar las dos cuerdas del arco», como confidencialmente escribe a su madre, se veía obligado a trabajar diez horas por día, sin contar las horas dedicadas a los cursos. En los meses cercanos a los exámenes, ascendían a catorce o quince las horas dedicadas al estudio. Solía él decir que, con la prudencia debida, se puede lograr no dañar la salud con semejantes excesos y aseguraba que, poco a poco, la naturaleza se acostumbra a ello.

1. En la Cuaresma de 1835, quedaron inauguradas, en la catedral de Notre Dame, las conferencias dominicales del P. Lacordaire. Sabiendo la parte que corresponde a Ozanam en tan importante suceso, nos será fácil comprender el consuelo que sentiría su corazón ante el éxito con que esas conferencias fueron acogidas. Con interés, y entusiasmo acudían a escuchar al insigne orador lo más escogido de la capital: Allí se podía ver al gran Lantartine, a J. Berrier, a innumerables literatos y sabios y un gran número de estudiantes. Le tocó a Ozanam hacer el análisis de esas conferencias para el

periódico «L'Univers». Le pagaban por cada análisis veinticinco francos. El decía que, si con eso no aumentaba mucho el peso del bolsillo, a lo menos el espíritu ganaba algo.

2. Con el fin de procurarle algún reposo, insistieron sus padres en que Ozanam pasase las futuras vacaciones con ellos en Lyon. Acude Ozanam presuroso, ardiendo en deseos de ver a los suyos, ansioso de saborear de nuevo las caricias de su madre, que tan tiernamente amaba.

El viaje de París a Lyon requería, por aquel entonces, dos días y una noche. Durante el viaje se le presentó a Ozanam la ocasión de dar pruebas de la virilidad cristiana que adornaba su carácter:

Le tocó por compañeros de viaje una familia alemana que se dirigía a Macon, la cual se componía del padre, madre y varios hijos. En una de las paradas que hizo diligencia sucedió que, habiéndose asomado al umbral de una casa una joven de singular belleza, le dirigió el alemán a Ozanam, con vulgaridad y descaro, ciertas insinuaciones incorrectas, en un mal francés... Ozanam que se juzgó ofendido, supo poner al alemán en su puesto con muy pocas palabras. Llegada la noche, quiso nuestro alemán divertirse de nuevo, esta vez con los suyos, abordando el mismo tema y burlándose cínicamente de la casta necedad del joven francés. Ozanam no se inmutó, pero como dominaba perfectamente el alemán, preparó su réplica y esperó el nuevo día. Llegado éste, se plantó ante nuestro hombre y en un alemán bien claro le dijo que "ninguno que se respete debería usar jamás semejantes bromas en una diligencia y que para todo padre de familia debería ser bochornoso el hablar de ese modo delante de su mujer y de sus hijos. Asombrado y avergonzado, se excusó el interpelado con palabras de respeto, llegando hasta a invitar a Ozanam a desayunar, al llegar a Macon. Ozanam rechazó esa invitación, ya que, siendo el día de la Asunción, quería comulgar en la iglesia más cercana. Quiso la suerte que poco después, un joven italiano, que iba en la misma diligencia, se dirigiese a Ozanam en solicitud de algunos informes que nuestro joven poliglota supo contestar con facilidad y elegancia en la lengua del extranjero. Creció con esto el asombro del alemán al ver que aquel joven, tranquila y sencillamente, hablaba tres idiomas.

En esos días se cernía sobre Francia el terror de la epidemia de cólera, lo cual entristecía los espíritus y ensombrecía toda alegría. Por eso, durante estas vacaciones, sólo pudo Ozanam disfrutar de los goces de la familia y de alguna que otra excursión. El temor del cólera mantenía congelados los espíritus y alejados amigos.

3. Aprovechó Ozanam este tiempo de aislamiento para dedicarse a un trabajo que había de ser su primera obra escrita de Historia y Literatura religiosa. Y fue allí, cerca de su madre, que empezaba ya a sentir los síntomas de la enfermedad que la llevaría a la tumba; cerca de su madre, bajo el calor de su mirada, cuando empezó a escribir ese gran ensayo moral, histórico y crítico, que llamó «Dos cancilleres de Inglaterra». Primera manifestación del obrero, cuya magnífica talla se mide ya en esta primera obra.

Al mismo tiempo vemos que, apenas terminada la Licenciatura, y en vísperas de vestir la toga del abogado, no ocupa esto su mente, no llena su corazón. Lo que embarga su ánimo es la pasión de las Letras.

Pero no son las Letras por ellas mismas. Son las Letras consagradas a demostrar la trascendencia moral del Cristianismo en la conciencia humana. Por eso, si este primer trabajo de Historia no pasa de ser el ensayo elocuente de un erudito, es ya la obra de un fuerte apologista, que magnifica la acción superior de la religión poniendo de manifiesto esas dos figuras para, al compararlas, probar la evidencia de una tesis.

Sí. Al estudiar aquel poderoso genio de los tiempos modernos, aquel canciller de la Inglaterra de Isabel y de Jacobo I, al estudiar la vida de Bacon de Berula, y aquella inteligencia de primer orden, y encontrarse con un carácter rebajado hasta la abyección, esclavo de su propia fortuna, carácter que lo precipita en abismos tan vergonzosos que hacen enrojecer la Historia, Ozanam no puede menos de retroceder a la Edad Media, hasta encontrarse con otro canciller de la misma Inglaterra, bajo el reinado de Enrique II, Tomás Becket, hombre de la Corte transformado por la religión y la gracia del Episcopado en hombre de Dios, el Arzobispo de Caterbury, fiel hasta el heroísmo, sublime hasta el martirio.

Encontró Ozanam en estos dos personajes la representación del principio racionalista y del principio cristiano. En uno vio la razón elevada hasta su más alto grado por la intuición. En otro, contempló la fe sometida a su más ruda prueba por la más cruenta persecución. Y al ver al uno y al otro, quiso medirlos. Medir a un gran hombre con un gran santo, para descubrir en cuál de los dos se eleva más alto la naturaleza humana, en cuál de los dos se corona de más gloria esa misma naturaleza. Quiso experimentar de esa manera cuál de los dos principios —el de la filosofía o el de la religión—es más fecundo en virtud y más profundo en grandeza.

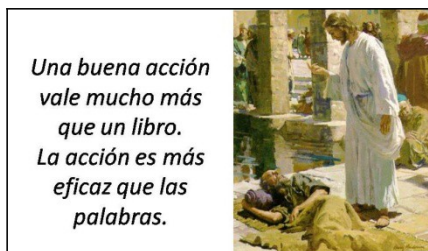
¡Tal es el trofeo que se esfuerza en levantar a la gloria del Evangelio ese joven conscripto que apenas cuenta veintidós años de edad!

Inútil es enumerar las dificultades que tuvo que vencer y los archivos que tuvo que consultar el concienzudo historiador para llevar a cabo su empresa. Hubo días de oscuridad completa en los cuales, no logrando escribir una sola línea, buscaba refugio en el amor de su madre, con quien pasaba largas horas, tratando de olvidare la ardua tarea que se habla impuesto. Buscaba también refugio en los brazos de otra Madre, la Virgen de Fourvière, en cuyo santuario se rendía gran culto al Obispo de Canterbury, recordando siempre que el santo varón, al ser proscrito, dirigió sus pasos a Lyon.

Leamos las líneas con las cuales cierra Ozanam su precioso estudio: «Ahí tenéis, ante vosotros, dos grandes figuras: el racionalismo creó la una; la otra, es hija del Cristianismo. A vosotros toca el comparar las dos vidas y decidir cuál de las dos debéis imitar.» Y termina su estudio con esta oración, que es un cántico a la inmortalidad del héroe, inmolado en aras del Derecho cristiano: «Hace seiscientos años que millones de católicos rodean de respeto y de amor la memoria de este Obispo de otra época. Y cuando, en

las rogativas solemnes, repetimos la larga letanía de nuestros santos, no falta allí el tuyo, ¡oh Tomás de Canterbury! A ti también te invocamos y te saludamos con el más bello título que pueda pronunciar la lengua humana, al dirigirnos a ti, ¡oh Tomás Becket!, con el nombre de mártir.»

Ozanam recibió por este trabajo muchos más elogios de los que deseaba, ya que lo que buscaba no eran alabanzas. Todo su esfuerzo se habla encaminado a defender la religión. Por eso, una vez terminada su obra, la encontró pequeña al compararla con la obra de caridad que no lejos de él acaba de realizar Paul de La Perrière. Lleno de confusión, se dijo que una buena acción vale mucho más que un libro, que la acción es más eficaz que las palabras y casi se avergonzó de su papel de *escribidor*, como decía él.



No sospechaba el fruto que de su esfuerzo se había de cosechar. Además, para él mismo no fue en vano vivir la vida de aquel santo. Su recuerdo habla de ser luz y fuerza para los futuros combates de su propia existencia.

4. Después de cuatro meses de largas, pero laboriosas vacaciones, regresa Ozanam a París. ¡A París!, donde le esperaban, es cierto, las duras tareas precursoras de su doctorado en Leyes y de su doctorado en Letras. Fiero, sobre todo, ¡París!, donde encontraría su Obra por excelencia. La Obra de la caridad que él colocaba por encima de todas las demás.

En efecto, las Conferencias constituyeron la preocupación constante de Ozanam. Para atenderlas mejor, se había impuesto la costumbre de vivir por épocas con alguno de sus socios. Por eso se las había arreglado para pasar este año 1835-1836, último de su estancia en París, con su amigo Lallier, como había vivido el año anterior con Le Taillandier, el cual regresó después a Rouen, su ciudad natal.

Estrecha amistad unía a Ozanam y Lallier. Tenían más de un motivo para entenderse. Vivieron juntos como dos hermanos que se compenetraban, como dos amigos capaces de practicar la amistad, ya que saben cuál es su fin. Aspirando ambos a la perfección, se ayudaban mutuamente y vemos cómo Ozanam suplicaba a Lallier su ayuda para dominar su indomable amor propio. Sabemos también que Ozanam poseía en alto grado cualidades de talento, de elocuencia y de cultura, pero no convertía él esas cualidades en cadena de púas con que azotar a su amigo. Lallier, por su parte, admiraba con satisfacción la superioridad de Ozanam, superioridad que le ayudaba a él mismo a ganar terreno en el camino de la perfección.

Veamos cómo definieron estos dos caracteres Lamache y La Perrière, amigos de entrambos: Ozanam era la iniciativa ardiente, la ciencia precoz, la franqueza que encanta y que conquista, ayudada por la seducción de los grandes pensamientos y de los sentimientos elevados. Fue siempre entre nosotros *primus inter pares*.

Lallier fue siempre su segundo: fuerte inteligencia, bondad profunda, gran sentido común, mayor juicio que imaginación, mayor solidez que brillo. De apariencia reservada, casi fría, pero con un corazón ardiente y, para los íntimos, lleno de ternura. A pesar de sus veintidós años, tenía la gravedad de un magistrado, con un natural tan bondadoso y lleno de afecto, que le valió el mote de *Papá Lullier*.

La amistad de estos dos jóvenes llegó a ser tan estrecha, que Ozanam confiesa que le era duro vivir sin él. Necesitaba tener su aprobación, sentir su cariño. Años más tarde le dice en una de sus cartas: «¡Qué egoísmo el mío! Ya sabes cuántas veces en París, en medio de nuestras conversaciones, mendigaba yo, por decirlo así, tus elogios y de cuántas mañas me valía yo para recibir testimonios de esa amistad con que tú me colmabas. Recuerdo que una tarde me dijiste que solías nombrarme especialmente en tus oraciones. Esas palabras se trabaron para siempre en mi corazón.»

5. Había sonado una hora solemne para la Sociedad de San Vicente de Paúl. Las cuatro Conferencias de París: Saint Etienne du Mont, Saint Sulpice, Saint Philippe du Roule y Notre Dame de Bonne Nouvelle, marchaban unidas por la más perfecta armonía. Pero ya la corriente de caridad arrastraba la Obra fuera de París. Ya sabemos que Leonce Curnier la fundó en Nimes; el joven pintor Janmot la había trasplantado a Roma, donde poco después se le juntó Claudius Lavergne. El mismo Ozanam había sembrado ya la primera semilla en la tierra lionesa, donde la veremos, aunque entre espinas, producir los más preciosos frutos. Ya se podía prever su total expansión por toda Francia, donde, al regresar a sus hogares, la implantarían todos esos estudiantes cristianos que pertenecían a las Conferencias de París. Había llegado el momento de realizar aquel ideal soñado por Ozanam de unir entre sí todas las Conferencias en una especie de confederación fraternal que tuviese un solo reglamento y una sola ley y que, igualmente, conservase también su sede central, a manera de hogar familiar, en París, lugar de su nacimiento.

6. Ese reglamento se elabora ya piadosa y concienzudamente por M. Bailly y por Lallier, los cuales habían consagrado a su elaboración las vacaciones del año 1835.

En la primera Asamblea general de 1836, que se llevó a cabo el día 21 de febrero, presentó M. Bailly el reglamento ante los socios. Tuvo buen cuidado M. Bailly de explicar que tal reglamento no era fruto de hipotéticas teorías, sino fruto de la experiencia adquirida y que había sido ya concertado entre los miembros de las Conferencias antes de la división. Las consideraciones preliminares, escritas por él, impregnadas del espíritu de humildad, de unión y de caridad, que necesariamente debe reinar entre los socios, así como el

espíritu de sumisión hacia las autoridades eclesiásticas, habían sido tomadas de los escritos y palabras de San Vicente de Paúl. Puede decirse, por tanto, que el verdadero legislador de la Sociedad de San Vicente de Paúl, es el mismo Santo.

El reglamento propiamente dicho, redactado por Lallier, secretario general, tiene en el Manual de la Sociedad la fecha de diciembre de 1835, exactamente la misma fecha en que Ozanam, de regreso a París, acaba de instalarse al lado de su amigo. Ni su nombre, ni su letra, aparecen en ninguna página. Pero se siente su espíritu en cada línea... Conocemos su satisfacción por esta carta, escrita en esos días: «Ya tenemos, al fin, esa organización escrita que tanto deseábamos». Luego continúa más abajo: «¡Por tanto, valor! Unidos o separados, de cerca o de lejos, tengamos un solo corazón. Un corazón siempre dispuesto a servir a los pobres. Un corazón lleno de amor para nuestra pequeña Sociedad que nos ha permitido conocernos los unos a los otros y que nos ha colocado en la senda de una vida más caritativa y más cristiana. Amemos sus costumbres. Respetemos sus reglas. La fidelidad en su observancia es la mejor garantía que podemos tener de la conservación de nuestra Obra. Ya que se dice que es mucho el mal que se hace, hagamos nosotros un poco de bien. ¡Cuánto nos felicitaremos más tarde de haber sabido aprovechar los años de nuestra juventud! La juventud es un campo que hay que saber cosechar. Estemos alerta y recojamos cuidadosamente las espigas que caen a nuestros pies. Esa hierba bendecida por el Señor, será provisión para nuestra vida entera.»

*Tengamos un solo corazón.  
Un corazón siempre  
dispuesto a servir a los  
pobres. Ya que se dice que  
es mucho el mal que se  
hace, hagamos nosotros un  
poco de bien. ¡Cuánto nos  
felicitaremos más tarde de  
haber sabido aprovechar los  
años de nuestra juventud!*



Esta es una de las pocas cartas que escribió Ozanam en 1836. Agobiado por el doble trabajo que se había impuesto, tiene momentos angustiosos en los que cree no va a poder cumplir satisfactoriamente su tarea. El tiempo se le escapa traidoramente y renuncia a los deberes de la amistad para poder consagrarse tenazmente a los libros.

7. El 30 de abril de este año logró coronar con el doctorado sus estudios de Derecho. Pocos eran entonces los estudiantes de Derecho que llegaban hasta el doctorado, el cual tan sólo les confería la prerrogativa de facultarlos para la enseñanza superior. Había de llegar el día en que Ozanam se beneficiara de esa facultad.

Poca alegría sintió Ozanam por su éxito. Doctor en Leyes, pertenecía, en adelante, al foro, al tribunal, a la carrera cuya vocación no sentía. Y por esa carrera, la del pleito, se vería obligado a abandonar para siempre la carrera, el apostolado de las Letras, esas Bellas Letras a las que se había sentido unido desde su infancia, desde su juventud, a las cuales había consagrado tantos desvelos y que le habían proporcionado tan nobles y santas alegrías. ¡Escribir para Dios! ¡Hablar para Dios!... Es ésta una de las horas más dolorosas de la vida de Ozanam.

8. Su regreso a Lyon lo turba. Abandona París y, ¿para qué?... Se pregunta aterrado si tendrá que encerrarse en la estrecha esfera de la abogacía. Siente una repugnancia invencible por las luchas del tribunal y no sabe si su repugnancia se debe a orgullo. Tampoco sabe si es vocación esa predilección tan definida que siente por los estudios superiores... Combinando las cosas, tal vez pudiera hacer de las Letras su distracción, ya que no puede hacer su profesión. Pero aquella naturaleza enérgica, pletórica de voluntad, nunca quiere nada a medias. Además, la pasión que le inspiran las Letras, pedía, para quedar satisfecha, que consagrarse a ellas su vida entera, así como les había consagrado su alma. Sin embargo, no encontrando otro medio de conciliar las cosas, resolvió aplazar su regreso a Lyon hasta después de las vacaciones y aprovechar ese plazo para preparar su doctorado en Letras.

9. No hay que suponer que la idea de regresar al hogar no fuera grata al corazón de Ozanam. Sin duda que deseaba con ardor reunirse con los suyos. Sentía, además, que sus padres necesitaban su presencia. El, a su vez, anhelaba su compañía. Pero nada de eso disminuía el sacrificio que le costaba dejar su destierro de París, separarse de los que supieron endulzado y, sobre todo, renunciar a aquellas reuniones fraternales que con nada podría reemplazar.

En París quedaban todavía los queridos y venerados maestros que, cual fuertes cadenas, lo retenían allí. El más grande y más tierno de entre ellos, desapareció en esos días. Sí. El 10 de junio murió, en Marsella, André Marie Ampère, aquél a quien Ozanam llamó siempre su segundo padre.

10. La muerte de este gran sabio y profundo cristiano fue preciosa ante Dios. Ozanam colocó sobre la tumba de ese amigo paternal un homenaje que fue, ante todo, un homenaje a la religión que lo hizo tan bueno y al mismo tiempo tan grande. Oigámoslo: «¡Qué bella era la obra que el Cristianismo había realizado en aquella gran alma: su admirable sencillez, pudor del genio que todo lo sabe y tan sólo ignora lo mucho que vale; su caridad afable y comunicativa, y su benevolencia que sabía adelantarse a todos y a todos recibir en sus brazos!». Y Ozanam lo llama de nuevo su segundo padre, que no otra cosa fue para él.

## CAPÍTULO IX

### LA CONFERENCIA DE LYON

*¿Rencores? ¿De qué sirven?*

*¿Qué logran los rencores?*

*Ni restañan heridas,*

*Ni corrigen el mal.*

*Mi rosal tiene apenas*

*Tiempo para dar flores*

*Y no prodiga savias*

*En pinchos punzadores.*

Amado Nervo.

- 1.— Ozanam y Lamartine
- 2.— Fundación de la Conferencia de Lyon
- 3.— Sus actividades
- 4.— Su progreso
- 5.— Oposición y contrariedades
- 6.— Fortaleza de Ozanam
- 7.— Fraccionamiento de la Conferencia de Lyon
- 8.— Círculo para militares
- 9.— Escuela y biblioteca
- 10.— Institución de las circulares
- 11.— Insistencia de Ozanam sobre el espíritu requerido en las Conferencias

El regreso de Ozanam a su hogar, después de cinco años de ausencia, colmó de felicidad el corazón de sus padres. El también se entregó a compartir sin reservas ni medida la dicha de su familia, cuya mayor felicidad consistía en volver a encontrar a su mismo Federico, sin que la ausencia lo hubiese cambiado en lo más mínimo: su frente siempre coronada de pureza; su corazón siempre repleto de fe cristiana.

Por disposición de su padre, debía Ozanam instalarse como futuro abogado de la Corte Real de Lyon, pero faltaban cuatro meses para que dicho proyecto pudiese realizarse. Aprovechó Ozanam este lapso de cuatro meses para fundar en Lyon la primera Conferencia de San Vicente de Paúl.

1. No tenemos datos fijos sobre cómo se llevó a cabo esta fundación, ya que la correspondencia de Ozanam en esos días está llena con el dolor que le causan los errores de Lamartine, que tuvieron por resultado la condenación de su *Jocelyn*, y la publicación que salió en esos días de las «Paroles d'un croyant», de Lammenais.

Dolor grande sintió el joven creyente. Pero dolor fuerte y admirable por su enérgica adhesión a la Santa Sede, la cual se tradujo en esta espléndida profesión de fe católica, romana: «Roma —escribe a Lallier—, Roma mostró su valor al herir al primero y mostró que no teme al segundo. El genio no le inspira ningún temor, ya que ella tiene continuamente junto a sí al mayor de



los genios que siempre la inspira. Pero es doloroso contemplar al genio desertor pasarse, como tráfuga al campo opuesto. Tráfuga impotente, ya que, al abjurar su fe, abdica su gloria y su fuerza, doble motivo de llanto para aquellos que lo admiraban.»

Por su parte, no escondía Lamartine su predilección por aquel joven sabio que había sabido acaparar su atención y merecer su admiración. Oigamos lo que, entre otros elogios, dijo de él: «Aunque su filosofía y la mía divergían en varios artículos, esa diferencia no establecía ninguna separación, ninguna frialdad entre nosotros. Se podía discutir, pero nunca pelear con aquel joven sin hiel. Su tolerancia era concesión, era respeto».

2. El 4 de diciembre del mismo año 1836, rinde cuentas Ozanam a la Conferencia de París, con el siguiente informe: «Varios jóvenes formaban parte de las Conferencias de París, al encontrarse reunidos aquí, en Lyon, de regreso en sus hogares, después de haber terminado sus estudios, recordando los amigos que habían endulzado su destierro en la capital y recordando la felicidad que experimentaron al hacer reunidos un poco de bien y al evitar un poco de mal, se apresuraron a reanudar los lazos que acababan de romper y acordaron el reunirse, fundar, aquí, según el modelo de París, una Conferencia de Caridad.»

La primera reunión tuvo lugar el día 1 de agosto.

Fue poco numerosa. Algunos días después, se sumaron otros, que elevaron el número a trece. Y así, sucesivamente, llegaron a veintidós. Todos ellos compañeros de oración y de limosnas. Animados del mismo espíritu primitivo de la Sociedad, espíritu de fe y de piedad para sí mismo, espíritu de caridad corporal y espiritual para los pobres y espíritu de celo que los impulsa a reclutar para las Conferencias de París a todos los jóvenes lioneses que cursaban sus estudios en aquella capital. «Así, regresarán un día formados por vosotros —escribía Ozanam a sus amigos—, trayendo en sus corazones el fuego sagrado que habréis sabido conservar».

3. Esta Conferencia de Lyon prodigaba sus cuidados a veinte familias. «Edificándose los unos a los otros, tanto los visitados como los visitantes, y viviendo así unidos y como arropados por el manto de San Vicente de Paúl.»

La cuenta rendida por Ozanam debía ser leída en París el 8 de diciembre. La Obra comienza. Acaba de nacer. Pero ya está viva. Es débil, pero llegará a ser fuerte, manteniéndose injertada en la Obra de París. Gran necesidad tiene de esa unión para resistir los obstáculos que encuentra a cada paso, sobre todo, entre la gente buena que siente miedo, que no tiene confianza. Por todas esas dificultades, dirige Ozanam esta especie de plegaria a M. Bailly:

«Trabajad para que nuestro número se multiplique. Y esforzaos también en hacernos mejores, más tiernos y más fuertes, ya que a medida que los días se agregan a los días, vemos que el mal se agrega al mal y la miseria a la miseria. ¡Ya las luchas políticas se ven eclipsadas por las luchas sociales!... Lucha entre la pobreza y la riqueza. Entre el egoísmo que quiere

arrebatarse y el que no quiere soltar. Terrible habrá de ser el choque entre esos dos egoísmos, si no se interpone entre ellos la caridad cristiana, si no se convierte ésta en medianera, con la omnipotencia del amor, entre el pobre, poderoso por su número, y el rico, fuerte por su poder. Dios, en su misericordiosa Providencia, por una razón poderosa, despertó en Vd. el deseo de fundar esa Obra que ha hecho crecer bajo su tutela.»



4. Ya para el mes de julio podía anunciar Ozanam a la Asamblea general, que se reunía con ocasión de la fiesta de San Vicente de Paúl, que la joven Conferencia de Lyon contaba con cuarenta miembros, los cuales visitaban setenta familias. Cerraba estas buenas noticias con las siguientes palabras: «Todos acudiremos a esa fiesta. Todos acudiremos a esa cita de las almas. Allí estaremos todos presentes ante la mirada de San Vicente de Paúl, nuestro padre; de la Santísima Virgen, nuestra Madre, y de Jesucristo, nuestro Dios.»

Aunque las Conferencias fuese una Sociedad seglar, contaba con el apoyo decidido de la mayoría del clero. Varios párrocos la veían con especial interés.

5. Sin embargo, la Sociedad encontró en muchas partes la desconfianza. Ya oímos quejarse a Ozanam por los obstáculos que les suscitaba en Lyon «la gente buena». En el boletín de 1837, se puede ver por qué les ponían dificultades. Les censuraban, ante todo, su origen extranjero y, sobre todo, parisién. Igualmente, su novedad, mal vista en una ciudad no menos apegada a sus instituciones y a sus costumbres del pasado que a sus piadosas creencias y a sus modas antiguas. Y puede decirse que se veían atacados por la piedad rutinaria de muchos, sombría en sus sospechas e inconsideradamente absoluta en su celo.

Al contar Ozanam a los socios de París estos laboriosos comienzos, les describe la modestia tradicional de las reuniones y los ciegos prejuicios de los

adversarios. Y no calla los procedimientos cristianos con que se defendía aquella honrada y pacífica juventud: «Nos reunimos martes por la noche, a las ocho. Tenemos, como en París, la mesa con su carpeta verde, los dos candeleros, el ropero, bueno y viejo. Pero la sala no llega a llenarse. Y la bolsa tampoco. Ya hemos soportado las pequeñas contrariedades que habíamos previsto. Hemos encontrado personas piadosas que se han asustado y han gritado. Han dicho que una camarilla de jóvenes «Menesianos» que había logrado imponer el P. Lacordaire al Arzobispo de París, querían establecerse como dueños y señores de Lyon, que habían pedido listas de pobres a todas las Hermanas de Caridad de la ciudad, que por lo menos, eran treinta, que había entre ellos nos que no eran cristianos y que iban a desacreditar a todas las demás Obras, por la manera incorrecta como erigían ésta, etc.

«Obedientes a la ley de nuestro reglamento, nos hicimos pequeñitos, muy humildes. Aseguramos que nuestras intenciones eran inofensivas y que veíamos con gran respeto las demás Obras..., y al fin hemos logrado que no hablen más de nosotros, como no sea para asegurar que pronto fracasaremos... Yo espero que, a pesar de las siniestras profecías, triunfaremos, no por el misterio, sino por la humildad, no por el número, sino por el amor; no por las protecciones, sino por la gracia de Dios.»

*Yo espero que, a pesar de las  
siniestras profecías,  
triunfaremos, no por el misterio,  
sino por la humildad, no por el  
número, sino por el amor; no por  
las protecciones, sino por la  
gracia de Dios.*



Tal fue la carta oficial. En otra íntima a Lallier, da Ozanam rienda suelta a su numen describiendo esos «caciques laicos de la ortodoxia, Padres de Concilio con frac y pantalones rayados», doctores infalibles que pronuncian su «ex cátedra» entre plato y plato, puritanos de provincia que sólo ven perversidad en todo lo que venga de París, grandes acaparadores de todas las Obras de cuyo monopolio quieren apoderarse. «No podría imaginarse — le dice a su amigo— las mezquindades, los ultrajes, las vilezas, argucias y bagatelas de que se han valido estas buenas gentes, con la mejor buena fe del mundo, para atacarnos. Chaurand y yo, en nuestro carácter de principales fundadores y directores de la Obra, hemos sido el blanco de todas las saetas. Y esta lucha nos fatiga mucho. Pero lo más lamentable es que todo eso deja siempre un poco de acritud en el espíritu y la víctima de todas esas discusiones resulta ser la caridad. Discusiones que, por otra parte, no se pueden evitar, por el interés del bien y de la verdad».

6. Vemos, por lo tanto, cómo Ozanam encontró también mezquindades y vejaciones en su apostolado. Encontró él también en su camino la fatal incompreensión, tal vez negra envidia que quiso obstaculizar sus pasos. Pero, si tropezaron sus pies, supieron sostenerse, no ya para no caer, sino más bien para ni siquiera detenerse. La fuerza que animaba la voluntad y la luz que iluminaba su espíritu eran dos alas que sostenían su ideal. Luz y fuerza que, haciéndolo superior a las circunstancias, lo obligaban a vencer el obstáculo, a seguir siempre adelante en la realización de su plan. Y su plan era amar a Dios y hacer efectivo ese amor para sus obras de amor. Amar a Dios con el sudor de su frente, con la fatiga de sus brazos. Por eso, si se queja, no lo hace impulsado por el desaliento. Testimonio de esto tenemos en el final de su misma carta:

«El número de socios es, por hoy, de cincuenta, de los cuales treinta y cinco trabajan asiduamente». En la cuenta rendida en diciembre, dice así: «Gracias al rigor de la presente estación hemos sido muy bien acogidos en todas partes, encontrando mayor fe en nuestros pobres, y en nosotros mismos tesoros de alegría y resignación. Así, en este dulce comercio de la caridad, supera en mucho el beneficio al esfuerzo.»

7. Continuemos nuestra relación: En vista del aumento considerable de sus miembros y de la distancia que separa los barrios entre sí, decidió la Conferencia dividirse en dos: una para el Norte y otra para el Sur. Una en la parroquia de San Pedro y otra en la parroquia de San Francisco. Eran ya setenta y cinco las familias visitadas. Entre éstas, hay una que fue arrancada del protestantismo, hay un niño bautizado y hay varios hombres atraídos a frecuentar los Sacramentos. Con razón podían pensar los socios de las Conferencias que la gracia divina ayudaba sus esfuerzos.

8. Pero la obra principal de las Conferencias de Lyon, obra muy conforme con el espíritu de San Vicente de Paúl, fue la instalación de un «Círculo» o lugar de reunión para los militares que custodiaban la ciudad. Encontraron los socios a un buen sacerdote que los se secundó en sus esfuerzos y consiguieron también un local. Lograron establecer una biblioteca con quinientos volúmenes. Estos libros se prestaban y circulaban. Más de mil soldados se aprovecharon de esta institución.

9. Poco después, no les bastó la biblioteca y le agregaron la escuela, donde dos veces por semana daban los socios de las Conferencias clases de escritura, lectura y cálculo. Los soldados acudían allí con entusiasmo y, al mismo tiempo que se instruían, cobraban confianza con sus maestros, les abrían el corazón y recibían sus consejos. Más tarde, agregaron a todo esto una reunión dominical que terminaba con palabras del sacerdote y bendición la bendición los Santísimo. Podemos leer en una carta de Ozanam los frutos de de moralización y de conversión obtenidos por este medio. Dice así: «Hemos aprendido muchas cosas en el trato íntimo con el soldado. Nunca hubiéramos sospechado cuán grandes son los corazones que palpitan bajo ese uniforme y hasta qué punto se encuentra allí viva y escondida la fe enseñada por la madre y practicada en el hogar.»

En su respuesta a Ozanam, le participa M. Bailly que ha mostrado al Arzobispo la carta en que le habla de la obra del soldado, por la cual se mostró Monseñor muy interesado y conmovido. Le ruega, al mismo tiempo, más detalles sobre esta bella misión, detalles que desea tener antes del 10 de diciembre, fecha de la próxima junta.

Cuando recibió esta carta, ya les había enviado Ozanam todos los datos concernientes a la obra, instando a las Conferencias de París y de los otros lugares para que hicieran lo mismo que hacían ellos en Lyon, para que por este medio, lograsen los soldados, al cambiar de guarnición, encontrar siempre el mismo refugio. En la misma carta, les indica a un sacerdote muy fervoroso que vive cerca de los Inválidos y que le parece muy a propósito para la obra.

Como la perseverancia con que trabajaban nuestros jóvenes no era menor que el ardor que en su labor ponían, resultó muy fructuosa la cuenta rendida el año siguiente. En ella se ve el progreso obtenido por las dos Conferencias y por sus obras anexas. Ya estaba asegurada la asistencia facultativa por la colaboración de los jóvenes médicos inscritos en la Sociedad, y asegurada también en dos farmacias la distribución gratuita de los remedios. Y aquí repite Ozanam su idea de siempre: «Esperemos que así, por la generosidad de los bienes materiales, podamos multiplicar el bien de las almas. Es asombroso —agrega— el bien que puede realizar un médico piadoso, ante el lecho de un moribundo.» En esa misma carta, relata las conversiones obtenidas entre los soldados.

Pero en medio de cosecha tan óptima, Ozanam no está satisfecho y exclama: «¿Quién podría decir los resultados que podríamos obtener si tuviéramos una piedad más sincera, si no fuéramos tan inferiores a nuestra vocación?... Podríamos santificar el mundo. Pero, ¡ay!, ¡lo podríamos, si nosotros fuéramos santos!... ¿Cómo predicar al desgraciado las virtudes de las cuales nosotros mismos carecemos? Virtudes que ellos practican mejor que nosotros, ya que tenemos que reconocer, con San Vicente de Paúl, que esos desgraciados son superiores a nosotros. Esos pobres de Jesucristo son nuestros señores y maestros, decía el Santo, y nosotros no somos dignos de atenderlos.»

*¿Quién podría decir los resultados  
que podríamos obtener si  
tuviéramos una piedad más  
sincera, si no fuéramos tan  
inferiores a nuestra vocación?...  
Podríamos santificar el mundo.  
Pero, ¡ay!, ¡lo podríamos, si  
nosotros fuéramos santos!...*



Mientras Ozanam trabajaba asiduamente en Lyon, seguía los pasos de las Conferencias de París, con la continua solicitud del fundador ausente. Se dirige sin cesar a Lallier, secretario general y brazo derecho del venerable presidente, para recordarle las obligaciones de su cargo. Le escribe que la primera de esas obligaciones consiste en establecer la unión de todas las Conferencias entre sí y de todas ellas con la de París, centro y hogar de donde todas deben recibir luz y calor. «No basta crecer —dice—, preciso es unimos y establecer el contacto continuo de la circunferencia con el centro. Nuestra pequeña Sociedad de San Vicente de Paúl ha tomado proporciones tan considerables, que bien podemos considerar que es obra de la Providencia y no ha de ser para nada que Vd. ocupe en ella un puesto tan importante. No se engañe, señor secretario general; después de M. Bailly Vd. es el alma de la Sociedad. De Vd. depende la unión de las diversas Conferencias. Y de la unión depende el vigor y la estabilidad de la Obra.

»La rendición de cuenta anual está muy bien. No hay duda de que ya es éste un punto de contacto que tienen las Conferencias entre sí. Pero no basta.»

10. Bien pronto indicó Ozanam un nuevo medio eficaz para aumentar ese contacto. Ideó la institución de las Circulares que irían a recordar a todos el espíritu, las reglas y el fin supremo de la Sociedad.

En 1837, inauguró Lallier la serie de Circulares del Consejo General, las cuales habían de contribuir tan eficazmente a propagar la corriente de caridad cristiana por todos los extremos del Universo.

La primera de estas circulares, decía así: «Bien sabéis que si hay algo en el mundo que vigoriza y ayuda, es el pensar que no estamos solos y que estamos rodeados de consejos y de ejemplos. Vive doblemente aquel que vive entre sus amigos. Las sociedades de caridad viven también doblemente cuando se saben acompañadas y ayudadas por sociedades hermanas.»

11. Ahora bien, el tema principal de Ozanam, el que recomienda con mayor interés en sus cartas al secretario general, es la conservación del espíritu primitivo de la Obra, que es el mismo espíritu de San Vicente de Paúl. La virtud que más recomienda es la humildad. Humildad que exige para la Obra en general y que juzga imposible lograrla sin la humildad de los miembros en particular. Es tal la insistencia de Ozanam sobre este punto, es tal la ansiedad con que reclama esta virtud, que parece casi imponer la retirada a un miembro que se sienta incapaz de albergarla en su pecho.

¡Atrás!, parece decir, frentes erguidas por la soberbia. Vuestro puesto no está aquí. Atrás, rostros contraídos por la jactancia, ¡adulteráis nuestra labor! Semejantes modales lastiman el corazón de nuestro Dios, desgarrado en la persona del pobre. Semejantes modales podrán encontrar su campo de acción en otras obras, pero no en ésta, que obedece tan sólo al más dulce de los mandatos: «Amaos los unos a los otros...», y por eso requiere corazones puros que, sin reparar en la joya, sin mirar el andrajo, sepan descubrir la imagen de Dios en cada uno de sus semejantes.

Nuevo Ignacio de Loyola por el espíritu, teme más para su Obra la exaltación que la contradicción. Y desea más para ella la oscuridad que la prosperidad. Sí, la oscuridad en el ejercicio del bien. Veamos cómo se expresa sobre este punto en su carta a Lallier:

«Apruebo de corazón su intención de recalcaros en su próxima circular lo provechoso que es para nuestra Obra que pasemos inadvertidos y que permanezcamos en la oscuridad. Yo llegaría hasta proponer este principio: que la humildad sea obligatoria tanto para la Asociación como para cada miembro. Me apoyaría, para esto, en el ejemplo que nos dejó San Vicente de Paúl, quien reprendió a un sacerdote de la Misión por haber dicho, al hablar de su Congregación: «Nuestra santa Congregación». Nuestra divisa podría ser: no hacerse ver, ni dejarse sentir.»

Tenemos que reconocer que este joven Salomón había recibido de lo alto el espíritu de sabiduría para guiar esas tribus de jóvenes con quienes pretendía levantar y sostener el gran templo de la caridad.

A fines de 1838, habiendo logrado a su vez Lallier el título de doctor, abandonó París, para establecerse definitivamente en Sens, su ciudad natal, donde ejerció las funciones de juez del Tribunal y donde debía fundar un hogar verdaderamente modelo.

Ozanam, por su lado, hace un año que está también entregado al ejercicio de su profesión. Ahí le encontramos en el próximo capítulo.

**La virtud que más  
recomienda es la humildad.  
Humildad que exige para la  
Obra en general y que  
juzga imposible lograrla sin  
la humildad de los  
miembros en particular.**



## CAPÍTULO X

### EL TRIBUNAL

*«Los dos tercios de mi vida, se han pasado ya y el tercio que falta lo quiero emplear en cuidar mi alma y mi reputación: porque yo tengo que dar cuenta a Dios y al mundo de mi vida pasada y no quiero morir sin dejar antes mis cuentas corrientes.»*

Simón Bolívar. Carta escrita al general Santander en Guayaquil el 27 de agosto de 1822

1.— El Tribunal 2.— Sus abusos 3.— Muerte del padre de Ozanam 4.— Duelo y ocupaciones 5.— Justicia y caridad, practicadas en el hogar de Ozanam 6.— Ozanam, defensor de la Iglesia 7.— Obra literaria de Ozanam.

Ozanam había cumplido la formalidad de inscribirse en el cuadro de abogados de Lyon. Acto solemne que despertó tristezas en su corazón, ya que ese lazo de unión contraído con su profesión era como el adiós definitivo que daba a aquella otra profesión, la de las Ciencias y las Letras, profesión que fue siempre su predilección y en la cual no habría encontrado mayores bienes, ni mayores honores, pero en la que su alma de apóstol vislumbraba un campo más amplio al servicio de Dios.

1. Cada día le parecía menos seductora la carrera del Tribunal, sobre todo desde que algunos de sus colegas le habían mostrado más de cerca las tareas del empleo y las cadenas del oficio.

No disminuyeron, con el tiempo, sus prevenciones. Antes bien, ciertos procederres en las defensas, lo decepcionaron más aún.

2. Encontraba Ozanam que no hay causa, por buena que sea, donde no exista algún error y donde no haya que reconocer un punto débil. Pero el abogado no debe encontrar error alguno en su cliente y toda la culpa ha de ser del contrario. De ahí que existiesen arraigadas en los Tribunales costumbres de violencias, de hipérbolos y de reticencias de las cuales no estaban exentos ni aún sus miembros más respetables. ¿Tendría que someterse él también a semejante vasallaje?

Por otro lado, le causaba horror esa manera de discutir los asuntos pecunarios. Y le causaba horror, por sus condiciones habituales de engaño y de astucia. Ese pedir doscientos para obtener cincuenta. Esa necesidad de



acabar con el adversario y arrojarlo al suelo, desechando todo arreglo equitativo que tal vez podría convenir a ambas partes.

Todo ese cúmulo de circunstancias le mostraban muy claro que no era ése el ambiente en que podría luchar. Así nos explicamos cómo Ozanam, cuando apenas acababa de entrar en los Tribunales, ya buscaba la manera de abandonarlos.

Una nueva perspectiva se le presentó: llegó a su noticia que la Cámara del Comercio de Lyon gestionaba del Gobierno la creación de una cátedra de Derecho Mercantil y que se había pensado en él para regentarla. Con tal motivo se trasladó a París, en la primavera de 1837, para activar la realización del deseo de los comerciantes lioneses, ayudándolo mucho en sus gestiones Juan Jacobo Ampère, hijo del físico insigne, cuya muerte había estrechado más la amistad que había existido siempre entre ambos jóvenes.

En París, no sólo se entrega Ozanam a gestiones, sino que aprovecha el tiempo libre para dedicarlo a los estudios que satisfacían su espíritu y regocijaban su corazón.

Además, allí encontraba a sus antiguas amistades, sobre todo, encontraba sus obras... Mas he aquí que, como un rayo cae y destroza, recibe una tras otra, cartas que le anuncian que su padre está moribundo.

3. El 12 de mayo de 1837, aquel hombre de gran corazón, que se llamó el doctor Ozanam, habiendo acudido a la cabecera de uno de sus enfermos pobres que vivía en una buhardilla, sufrió una caída que le ocasionó la muerte pocas horas después. Broche de oro con que este apóstol de la caridad cerró su vida bienhechora.

Entonces no había comunicación telegráfica entre París y Lyon. No se había inaugurado todavía en Francia el primer ferrocarril. El 15 de mayo, Lallier, triste y silencioso, acompañaba a su amigo a la diligencia, sin atreverse a participarle el fatal desenlace que le había sido comunicado confidencialmente.

Tres o cuatro días necesitó Ozanam para llegar cerca de su madre y hermanos. Sólo ante el espectáculo de sus lágrimas, sólo al caer en sus brazos, pudo convencerse de su inmensa desgracia. Su dolor no tuvo medida. Y no es sólo dolor lo que siente. Siente también el horror del desamparo. El mismo se compara con un niño a quien dejasen solo en una habitación oscura y que, aterrado, llora y grita, destrozado por su debilidad y su soledad. Sólo aquél que haya sentido ese dolor que convierte al hombre en niño que se aterra, podrá pesar lo que es ese dolor.

4. El pensamiento de su madre lo sostiene. El tendrá que ser su fuerza, ya que entre un hermano misionero, que se debe a su vocación, y su otro hermano Carlos, que tan sólo cuenta doce años, le corresponde a él —a él, que se siente tan débil— sostener a su madre, que es todavía más débil.

5. Le tocó también a Ozanam el arreglo de los bienes de la familia. Tuvo que pasar por todas las penas que esa labor encierra. Y las probó todas, excepto los disgustos que, en esos casos, se suscitan entre hermanos. No

experimentó ese dolor porque, en aquel hogar cristiano, se respetaba la justicia y se practicaba la caridad.

Rudas fueron estas horas para Ozanam, quien no sólo tenía que llorar al mejor de los padres, sino que también tenía que hacer sus veces en un hogar que quedaba no sólo sin amor, sino también sin apoyo.

Pero entre todas esas angustias, la mayor para Ozanam, la que más hondo le hería en el corazón, era la incertidumbre que le inspiraba la salud de su madre. De su madre, admirable en su vida por su virtud y admirable, en su dolor, por su resignación. Sí, ¡admirable! Pero, ¡hay!, que a medida que la aureola de la santidad se hace más patente sobre su frente, la sombra de la muerte parece también cobijarla más.

Veamos con qué bellas palabras termina, en esos días, Ozanam una carta a su amigo Lallier: «Hagámonos fuertes hasta contra el dolor, ya que la enfermedad de este siglo es la debilidad. Pensemos que ya hemos recorrido más de la tercera parte de nuestra existencia (tenía veinticuatro años). Pensemos que hasta ahora hemos vivido a costa de los demás y que ya es hora de que empecemos nosotros a dar, en vez de recibir. Hagamos, por lo tanto, el bien con todas nuestras fuerzas, tal cual se nos presente y sin retroceder jamás.»

*Ya es hora de que  
empecemos nosotros a  
dar, en vez de recibir.  
Hagamos, por lo tanto,  
el bien con todas  
nuestras fuerzas, tal  
cual se nos presente y  
sin retroceder jamás.*



Fuerza para sufrir y fuerza para obrar. Sufrimiento interior y sufrimiento exterior. Caridad por la acción y caridad por la pluma. Caridad que alivia y consuela. Caridad que enseña e ilumina. Caridad que de Lyon pasa a París y que allí no se estanca, sino que sigue su curso potente. Tal fue la vida de Ozanam durante los años de su estancia en Lyon.

Dispuesto siempre a defender la religión, no le faltaron en esos días adversarios con quien batirse. Pero tenemos que reconocer que estaba bien preparado para la lucha. Entre esos adversarios no era raro ver pastores protestantes de Lyon, deseosos de discutir con el joven y sabio campeón de la Iglesia romana.

6. La señora Ozanam, con el orgullo propio de la madre, se complacía en contar cómo uno de esos pastores tuvo discutiendo con él durante cuatro horas seguidas un pasaje de la Biblia, cuya interpretación los dividía. El

pastor se defendía con un texto de traducción francesa, hecha en 1700, por el sabio protestante David Martin. Ozanam le oponía el texto latino de la Vulgata, autorizado por el nombre de San Jerónimo, su autor, y respaldado por la declaración del Concilio de Trento, que lo reconoció como auténtico y lo adoptó. El protestante citó entonces el texto griego de los Setenta que, según su criterio, San Jerónimo no supo traducir. Tomó inmediatamente Ozanam de su mesa la Biblia griega y, buscando el texto discutido, lo tradujo palabra por palabra, demostrando de esa manera que San Jerónimo lo había interpretado en su verdadero sentido. El ministro protestante no quiso darse por vencido y creyó salir airoso alegando que el mismo texto griego era, a su vez, tan sólo una traducción. La Biblia hebrea estaba también allí, en el escritorio de Ozanam. Y el texto hebreo fue también traducido, lo mismo que lo había sido el texto griego, literalmente, por Ozanam. El temerario adversario tuvo que confesar que no sabía el hebreo y se apresuró a retirarse, ofreciendo volver. «No lo hemos vuelto a ver», agregaba la señora Ozanam, no, sin un poquitín de orgullo.

7. Esperando la creación de la cátedra que le habían ofrecido, se entregó Ozanam a ciertos trabajos que, según decía, le procuraban los mayores consuelos. Entre otras cosas, publicó un libro titulado *Los bienes de la Iglesia*, en el cual aparecía su protesta por la rapiña de la Revolución y demostraba la santidad del origen de esos bienes y el buen uso que de ellos hacía tan santa poseedora.

Colaboró también con ardor y devoción en los Anales de la Propagación de la Fe, encargándose de la revista extranjera, que estuvo a su cargo durante ocho años. Veamos cómo invita Ozanam a los seglares de Europa a colaborar en esta Obra, valiéndose para ello de las grandes figuras que le ofrecen la Iglesia y el Evangelio:

«Viejos cristianos de Europa, comprometidos ya en las piadosas fundaciones que devoraron las tempestades de nuestro tiempo, venid a ocupar vuestro puesto en ésta. Sois vosotros los padrinos naturales de los lejanos pueblos niños que esperan el Bautismo. El agua purificadora está preparada. La Iglesia está en pie, sosteniendo en una mano el libro del Evangelio y llevando en la otra la antorcha de la luz. Apesuraos y acudid a esta sagrada cita en la que el seglar se encuentra asociado al sacerdote en la obra de la Redención universal. Enviad a esos pueblos los sacerdotes que necesitan, sin olvidar que ellos cuentan con vuestro auxilio, así como contaba el Divino Maestro con aquellos Discípulos que llevaron ante su presencia la cesta del pan milagroso, como contaba con aquella desconocida que le enjugó su rostro bañado en sangre y como contó con el Cirineo, que compartió con Él el peso de la cruz y le alivió la carga en el camino del Calvario.»

Otra vez, hablando del heroísmo de los misioneros, se expresa así: «Y, ¿qué hacemos nosotros, entretanto?... ¿Creéis que Dios ha impuesto a unos el deber de morir en servicio de la civilización y de la Iglesia, mientras concede a otros la gracia de vivir en la holganza y en placeres? ¡Señores!

¡Hombres de ciencia! ¡Literatos! ¡Cristianos! No seamos tan cobardes que nos resignemos a esta distribución de destinos, que sería una acusación contra Dios, si Él la hubiera hecho, y una vergüenza para nosotros, si es que la aceptamos».

Vemos, pues, cómo estuvo siempre Ozanam dispuesto a luchar por Jesucristo y a defender su Iglesia. Reconociendo, en su humildad, que ni Jesucristo ni la Iglesia necesitaban de sus servicios, no se permitió jamás una tregua en el combate. Bien sabía que, cuando el Salvador murió en el Calvario, hubiera podido tener a su disposición legiones de arcángeles... Sin embargo, sólo quiso a Simón el Cirineo, un hombre oscuro, para que le ayudase llevar la Cruz, para que contribuyese con Él a la redención del Universo.

*¿Qué hacemos nosotros, entretanto?... ¿Creéis que Dios ha impuesto a unos el deber de morir en servicio de la civilización y de la Iglesia, mientras concede a otros la gracia de vivir en la holganza y en placeres?*



# CAPÍTULO XI

## DOCTORADO EN LETRAS

*Virgen madre, hija de tu Hijo,  
humilde y excelsa más que ninguno,  
término fijo del eterno consejo.  
Tú eres aquella que ennobleciste  
tanto a la naturaleza humana,  
que no tuvo a menos su Creador  
convertirse en su criatura.*

Dante (Paraíso, c. 33, 1-6)

1.— El cuadro de Rafael 2.— Dante y la filosofía católica 3.— Ozanam y la Edad Media 4.— Defensa del poema de Dante 5.— Tesis de Ozanam 6.— Defensa de la tesis 7.— Éxito de Ozanam 8.— Muerte de la madre de Ozanam.

1. El viaje que, en 1833, realizó Ozanam a Italia y los días que pasó en Florencia, lo habían colocado frente a la figura del Dante. Recuerdo imborrable dejó en su memoria esa figura que aparece pintada por Rafael con la cabeza coronada de laureles y rodeado de pontífices y de doctores, en el celeberrimo cuadro «La disputa del Santísimo Sacramento».

¿Quién, al visitar Roma, y al subir, con el ánimo embargado por la curiosidad, la gran escalera del Vaticano y, habiendo recorrido las galerías que guardan con generosa hospitalidad las maravillas de todas las Edades y de todas las naciones, no ha sentido el corazón estremecido por la mayor emoción, al encontrarse en aquel lugar, que bien podríamos llamar el santuario del arte cristiano, al llegar a las galerías de Rafael?... Allí están encerrados, en una serie de frescos históricos y simbólicos, las grandezas y los beneficios del catolicismo. Pero, entre esos frescos, hay uno que arrebató la mirada del visitante e inflama su corazón con un amor mayor, no sabemos si por la magnificencia del tema o por la maestría de la ejecución. En este fresco se encuentra el Santísimo Sacramento, representado sobre un altar colocado entre el cielo y la tierra. El cielo, entreabierto, deja ver, en todo su esplendor, la Divina Trinidad, los ángeles y los santos, mientras que la tierra está coronada por una numerosa asamblea de pontífices y de doctores. En medio de estos grupos, se destaca, por la originalidad de su carácter, una figura cuya frente no está cubierta por la tiara ni por la mitra, sino tan sólo circundada por una corona de laureles. Sin mucho trabajo, descubriremos en sus rasgos a Dante Alighieri.

Allí se preguntó Ozanam, confundido, con qué derecho pudo el pintor colocar la imagen del poeta entre los venerables testigos y defensores de ese divino Misterio, en ese cuadro pintado bajo la mirada de los Papas, conservado en la propia ciudadela de la ortodoxia.



2. Ozanam no se permitió descanso hasta no encontrar la respuesta de ello en la vida y en las obras del gran florentino.

Un estudio literario, filosófico, histórico, que obligase al escritor a sumergirse en plena Edad Media, con sus ciencias, sus santos, sus instituciones, sus costumbres, su poesía y su arte, no podía menos de deleitar a un joven y apasionado discípulo de la escuela arcaica de 1830, que, junto con Montalembert, Rio, Overbeck, Víctor Hugo, resucitaba por todas partes los monumentos olvidados o despreciados y aún los mutilados. En su entusiasmo por la Edad Media, escribía Ozanam a Janmot que aquellos tiempos se le antojaban iguales a esas islas encantadas de que hablan los poetas. «Se llega a ellas de paso, sólo por pocas horas, pero ofrecen tales frutos a nuestro paladar y tales aguas a nuestra sed, que hacen olvidar la patria, es decir, los tiempos presentes. En ellas queda preso el espíritu por la multitud de sus monumentos, por el encanto de sus hechos, por lo ejemplar de sus costumbres y por la poesía de sus tradiciones.»

Pero no era sólo el atractivo intelectual lo que halagaba a Ozanam. Mayor era para él el interés religioso que le ofrecía un estudio que encerraba materia tan copiosa sobre la acción de la Iglesia a través de esos oscuros siglos que él se proponía revivir e iluminar con su verdadera luz.

3. Lo que menos se había observado, hasta entonces, en el poema del Dante, era su filosofía. De la Edad Media nada había sido más descuidado, despreciado y por lo tanto ignorado, aun por los católicos, que aquella

filosofía escolástica, juzgada como incomprensible, abstracta, árida, vacía y de una sutileza tal que rayaba en lo pueril.

Pero Dante nos presenta esa filosofía de la Edad Media, desplegada en toda su magnitud: Vasto sistema de ideas que abraza en su seno todos los conocimientos, ya sean divinos, ya sean humanos. Filosofía que conduce a la Teología. Sabiduría de la naturaleza que implora a la sabiduría de la gracia y la sabiduría de la gloria. Cadena sublime que sube de la tierra al cielo y que une el tiempo con la eternidad.

4. Es cierto que se encuentran en su poema invectivas contra Roma y contra los Papas de su tiempo. No se le ocultan a Ozanam los ciegos arrebatos del desterrado contra aquellos que creía enemigos de su patria. Reconoce que muchas veces cubrió de injurias las cabezas de aquéllos cuyos pies debió besar, que muchas veces, arrastrado por su partido, repitió las calumnias que contra los Papas proferían los que a los Papas calumniaban y que no supo apreciar la piedad de Celestino, ni el celo de Bonifacio VIII, ni la ciencia de Juan XII. Pero también es cierto que, si en todo eso hubo imprudencia y cólera, error y falta, jamás fue por herejía.

Ese mismo Bonifacio VIII, a quien persiguió con sus venganzas de poeta, al caer víctima augusta entre las manos de los secuaces de Felipe el Bello, no fue ya para Dante más que el Vicario y la imagen de Cristo, por segunda vez crucificado. Si censura con violencia la falta en la persona del hombre, se inclina reverente ante el poder del sumo sacerdote. Para él, el Papa fue siempre Pedro, con las llaves del cielo en sus manos. Y fue siempre la Santa Sede romana el fundamento sobre el cual hace Dios reposar los destinos del mundo. Para él, esa Iglesia romana, Esposa, intérprete y secretaria de Jesucristo, es incapaz de mentir ni de errar.

Dante reconoce a la Iglesia la soberanía sobre las conciencias, describe con complacencia la economía del sacramento de la Penitencia, no duda del poder de la excomunión, ni de la legitimidad de las indulgencias, ni del mérito satisfactorio de las obras, no se cansa de recomendar a los vivos las almas de los que expían, y pone su confianza en la intercesión de la Santísima Virgen y de los santos.

Celebra con entusiasmo las órdenes religiosas con su canto incomparable a San Francisco de Asís. Y alaba a Santo Domingo, a quien llama «amante celoso de la fe cristiana, dulce con sus discípulos y temible con sus enemigos».

En fin, aquél a quien quisiera el protestantismo presentar como su satélite, dejó a la posteridad un himno que es uno de los más sublimes homenajes que de los fieles haya recibido la Madre de Dios: «O madre de virtute, tu del ciel donna e del mondo superna, etc.»

5. Al descubrir la belleza de este poema, quiso que fuese el tema de su tesis para el doctorado en Letras. La filosofía de Dante fue, después, también tema de su enseñanza.

La tesis de Ozanam fue engendrada en el dolor. La empezó en París, rodeado de las espinas de sus estudios de Derecho. Al regresar a Lyon, esperó encontrar allí la paz y el descanso necesarios para entregarse a su labor. Pero en Lyon tuvo que sufrir, primero, por la falta de documentos y de datos. Además, allí lo aguardaba su madre enferma, los asuntos de familia, las solicitudes para lograr la hipotética cátedra de Derecho. Ante tantas dificultades, se preguntó muchas veces Ozanam si no era temeraria seguir luchando por ese doctorado en Letras, seguir persiguiendo ese ideal de tan difícil realización. Pero no. Necesitaba de esa herramienta, que utilizaría al servicio de Dios.

6. Por fin, el 17 de mayo, pudo salir la tesis camino de la Sorbona. Iba encomendada a Lallier, quien debía hacerla llegar hasta Le Clerc, «aunque la Sorbona no era un lugar desconocido para el poeta medioeval», decía el autor a su amigo. En efecto, consta que hacia el año 1230, pasó Dante una temporada en París y que asistía a las clases de un tal Sigier (el Cousin de aquel entonces), en la calle Fouarre.

La defensa solemne de su tesis tuvo lugar el 7 de enero de 1839, después de varios meses pasados en París y dedicados a la impresión y a las últimas correcciones. La tesis latina la dedicó a la memoria de su padre, y el tema era: «*De frequenti apud veteres poetas heroum, ad inferos descensu*» (sobre la bajada frecuente a los infiernos de los poetas de la antigüedad).

El título de la tesis francesa era: Sobre la Divina Comedia y sobre la filosofía de Dante. Esta tesis estaba dedicada a Lamartine, a Ampère y al P. Noirot, su antiguo profesor de Filosofía.

La defensa de esa tesis se vio rodeada de una pompa poco común. Un público muy numeroso se apretujaba en el anfiteatro, viéndose allí muchos estudiantes. El jurado fue excepcional. Constaba de nueve profesores, todos de renombre y algunos de entre ellos, ilustres. Estaban además presentes Cousin y Villemain, los cuales no tomaban parte en los debates, desde 1830.

El candidato que tenía ante la vista era un joven excesivamente modesto y poco confiado en sí mismo, pero no era tímido. Y tampoco era medroso. Le bastaba saber que estaba en la verdad y que debía defenderla. Las dificultades de un examen, la emoción de hablar en público, despertaban sus facultades en vez de embotarlas y las hacían más brillantes. La palabra hablada, más que la palabra escrita, tenía el poder de elevarlo, y de inspirarlo. Era un orador.

Quiso uno de los examinadores que hablara sobre los maestros de la Lengua y de la Literatura francesa en el siglo XVI. Luego quiso embrollarlo por la admiración que demostró hacia San Francisco de Sales. Pero Ozanam supo defenderse. Y lo hizo tan bien, que fue un triunfo para sí y también para el Obispo de Ginebra

7. Mas el gran éxito del día fue la argumentación sobre Dante y su filosofía. Ozanam se superó a sí mismo en ese tema, fruto de seis años de estudio y de meditación. Fue tal su elocuencia, su palabra se elevó tan alto,



que Cousin, ministro de Instrucción por esa época, sin poder contener su admiración, lo interrumpió exclamando: «¡Eso sí que es elocuencia!» Palabras éstas que fueron aprobadas por todo el auditorio, que no se cansó de aplaudir.

Fue más que éxito, dice el P. Lacordaire. Fue una revelación. La figura austera del siglo XIII, evocada por Ozanam con su triple aureola de poeta, de doctor y de proscrito, pareció sobreexcitar su genio. Nunca se vio un examen tan glorioso en la Sorbona.

Eso dice el P. Lacordaire. Las cartas de Ozanam ni siquiera mencionan el hecho. El mismo desapareció silenciosamente de París, al día siguiente de su grado. La salud de su madre lo tenía inquieto.

El esplendor de aquel éxito repercutió en Lyon, donde el Concejo Municipal le ofreció por mayoría la cátedra de Derecho Comercial. Por lo tanto, faltaba sólo para su nombramiento, la anuencia del Ministro de Instrucción Pública. Éste era Cousin, quien todavía bajo la impresión de la brillante tesis y de la palabra ardiente que había aplaudido, se apresuró a ofrecerle a Ozanam la cátedra de Filosofía del Colegio de Orleans. Esto último satisfacía mucho más la inclinación de Ozanam. Sin embargo, no titubeó en aceptar lo primero, por no separarse de su madre, cuya salud le inspiraba gran temor.

8. Pocos días tan sólo le quedaban de vida a aquella santa mujer que, el 14 de octubre, debía dormirse en el Señor, con la paz de los que han sabido vivir bajo su ley. De rodillas ante su lecho, lloraban desconsolados sus tres hijos, tres hijos que bendecían la memoria de aquélla que supo sembrar en ellos la semilla del honor, que supo inculcar en sus corazones el amor a Dios que obliga a respetar su ley, y el respeto al pobre que impulsa a besar el pan que se da con amor.

## CAPÍTULO XII

### CURSO DE DERECHO COMERCIAL. VOCACIÓN

*Te conviene tomar otro camino*

Dante (Int. cap. 1, 91)

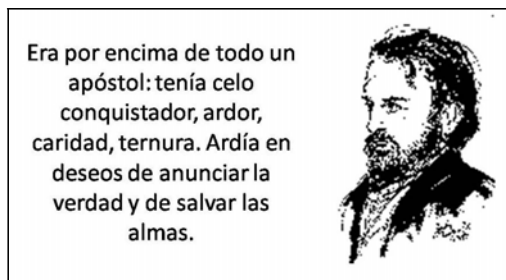
1.— Ozanam escritor 2.— Dudas de Ozanam sobre su vocación 3.— El P. Lacordaire 4.— Misión seglar de Ozanam 5.— Progreso de la obra de San Vicente 6.— La cátedra de Derecho comercial 7.— Ozanam, precursor 8.— La cátedra de Literatura extranjera 9.— Proposición del ministro Cousin 10.— Ozanam ante el Tribunal 11.— Triunfo de Ozanam ante el concurso.

Ozanam quedó como anonadado por la muerte de su madre. Después de cinco años de estudios ardientes, al recibir el doctorado de Letras, cumbre de sus ideales, se encuentra solo y no sabe a quién presentar sus laureles. Ni siquiera sabe hacia dónde dirigir su vida. Montalembert le exigía con insistencia su colaboración para el «Universo religioso». El P. Lacordaire le imponía como un deber que se dedicara a escribir. «No hay excusa que le permita guardar su pluma —le escribía este sacerdote—. No niego que el oficio de la pluma es rudo, pero la Prensa se ha convertido en una fuerza poderosa, tan poderosa que no podemos abandonarla. Escribamos, no para nuestra gloria, sino para la gloria de Jesucristo. Crucifiquémonos en nuestra pluma, y si son pocos los que nos leen, ¿qué importa? La gota de agua que llega al mar, contribuyó a crear el río, y el río no muere... En cuanto a Vd., debe encontrar motivo de aliento en todo lo que ha publicado hasta ahora. Su estilo tiene vida y esplendor, y posee, además, una erudición que lo ayuda. Yo lo insto a que trabaje. Si yo fuera el director de su conciencia, no lo instaría, le obligaría.»

1. Ozanam se resolvió a escribir. Prestaría su colaboración a la Prensa católica, aunque sea de una manera intermitente. Por el momento, empezó a publicar un estudio histórico sobre el protestantismo, demostrando que el protestantismo es tan sólo un ruin servidor del despotismo opresor de las conciencias, en todos aquellos lugares en donde estas conciencias no se encuentran defendidas por la fe católica.

Pero, ¿serán suficientes estos estudios literarios para llenar la vida de un Ozanam que se sentía llamado al apostolado por toda la fuerza de la naturaleza y de la gracia? Además, él era, indudablemente, un orador de fuerza. Poseía en alto grado el don de la palabra. Y su palabra hablada resultaba mucho más poderosa que su palabra escrita. Se diría que su verdadero puesto no estaba en el tribunal, sino más bien en la tribuna o en la

cátedra. Pero, sobre todo, en la cátedra, ya que su palabra, aun siendo seglar, tenía casi el sonido de la palabra sagrada. Y él era, por encima de todo y por la gracia de Dios, un apóstol. Tenía del apóstol el celo conquistador, el ardor, la caridad, la ternura. Ardía su voluntad con el deseo de anunciar la verdad y de salvar las almas.



2. Así empezó a germinar en la mente de Ozanam la idea de una vocación superior. Además de lo que acabamos de decir, lo inducían también a este pensamiento su genuina piedad, su amor ardiente a Jesucristo y el deseo de imitarlo mejor en una vida más perfecta. Y no hay duda que lo inducía por encima de todo, la gran pureza de su vida interior y la gran admiración que le inspiraba la integridad virginal de un joven, aquella virtud que fue la que conquistó el corazón del Maestro, que no disimuló su preferencia por su discípulo amado.

3. Pero, ¿hacia qué orden religiosa se dirigen sus pensamientos?... Las circunstancias del momento fijaron su dirección: en esos días le anuncia el P. Lacordaire su resolución de dirigirse a Roma para ingresar en la Orden de Santo Domingo. Debe salir de París el 7 de marzo, día de Santo Tomás de Aquino. Día grande en la tierra, que ha sido escogido por más de uno para sellar su inmolación...

El P. Lacordaire no había sido tan sólo para Ozanam, durante sus años de estudiante, un objeto de entusiasmo. Había sido también el objeto de sus mayores ternuras. Por lo tanto es natural que esa decisión del insigne sacerdote inclinase sus ideas hacia la misma Orden, y más cuando el P. Lacordaire lo invitaba a seguirlo.

4. Mucho titubeó Ozanam. A punto estuvo de correr a Roma a reunirse con él. Pero después de madura reflexión, después de oír los consejos de su sabio director, comprendió que la vida monástica no era para él. Tal vez lo que más lo decidió fue el convencimiento de la gran misión seglar que le tocaba cumplir. Sí. Entre diversas razones de orden privado, la que tuvo más peso en el fuero de su conciencia y de su fe, fue el convencimiento de que él, moralmente, no era libre. Se sentía ligado a la Sociedad de San Vicente de Paúl por un lazo indisoluble. A ella debía consagrar su vida, permaneciendo él en ese terreno del mundo en donde la había engendrado, para organizar y desarrollar esa Obra de apostolado. Apostolado seglar, es verdad, pero también apostolado sagrado, cuyo abandono sería una traición, ya que

siempre, y a pesar de la distancia que lo separaba de París, seguía siendo él su primera luz y su mejor fuerza.

5. Las filas de la pequeña Sociedad de San Vicente de Paúl crecían de manera sorprendente. Se acababa de fundar en París una nueva Conferencia, formada por los alumnos de las Escuelas Normales y Politécnicas. Estaba constituida esta nueva Conferencia por quince jóvenes que representaban la tercera parte de la Universidad y los cuales pedían, como un favor especial, que se les permitiera dedicar dos o tres horas cada domingo —por ser éste su único día libre— al servicio de Dios y de los pobres. Ya para el año siguiente, contaría París con catorce Conferencias, pudiéndose augurar un número igual para la provincia, lo que vendría a sumar un total de mil católicos, impacientes por tomar parte en esa cruzada de amor.

Ese progreso maravilloso no sólo llenaba de felicidad el corazón de Ozanam, sino que también le hacía medir la responsabilidad que pesaba sobre los promotores de semejante Obra.

En Lyon, las dos Conferencias que había fundado allí el mismo Ozanam, encontraban, cada día, nuevas dificultades. Razón de más para no abandonarlas, decía el mismo Ozanam. El ejercía allí el cargo de presidente, a pesar de que juzgaba que carecía de la energía necesaria y de la libertad de espíritu requerida para esas funciones. Pero las circunstancias del momento le obligaban a no dimitir ese cargo. Esas circunstancias eran las mismas que prohíben a un comandante romper su espada en el campo de batalla.

6. En esos días, recibió Ozanam el nombramiento de catedrático de Derecho comercial. Ya lo tenemos en ese puesto que, aunque lo retiene en Lyon, le permite seguir su irresistible vocación filosófico-literaria. Vocación que él muchas veces se reprueba por arrebatarle un tiempo que podría tal vez ocupar en cosas más útiles para el servicio del prójimo.

El 16 de diciembre de 1839, el profesor Ozanam pronunció su primer discurso de apertura del curso comercial, con un éxito pocas veces igualado. Una muchedumbre inmensa se congregó en la gran sala. Rompieron puertas y ventanas y, desde ese día, no hubo nunca un puesto vacío en aquella clase, teniendo presente que podía contener la sala unas doscientas cincuenta personas.

Todos quedaban dominados por aquel espíritu penetrante, por aquella erudición, por aquella rectitud de corazón y por aquella conciencia tan alta, al mismo tiempo que todos también se deleitaban con los destellos de su elocuencia.

Atribuía Ozanam semejante éxito al respeto que en Lyon existía por la memoria de su padre, al poder de la amistad que sabe engendrar triunfos y, por encima de todo, a Dios que, como decía él, «concede su parte de aire a la oveja esquilada y quiso ahorrarme la dura prueba del fracaso».

7. A principios de 1840, Ozanam, adelantándose en mucho a las futuras iniciativas universitarias, escribió en el «Contemporain» un informe considerable sobre la Enseñanza especial superior que —por las transformaciones del siglo en el orden económico— consideraba él que urgía ofrecer a esa porción de la juventud destinada a la industria y al comercio. Enseñanza que, según su criterio, debía marchar paralela con la enseñanza clásica y tradicional, reservada a las profesiones llamadas liberales. De este modo —decía él generosamente—, veríamos la industria oficialmente consagrada por la ciencia y sin desertar de la posición social donde la Providencia la colocó, salir del estado llano, ennoblecida por una alianza con las altas disciplinas intelectuales.

Años más tarde, asombrado por la precoz sabiduría y por el sentido profundamente práctico de estas páginas, inspiradas únicamente en el deseo de la mejoría progresiva de las clases, dijo Agustín Cochin, sinceramente emocionado: «La visión y los deseos de Ozanam se adelantaron, en mucho, a los ensayos de nuestros gobernantes y de nuestros ministros... Fue un precursor».

8. Por entonces, quedó vacante la cátedra de Literatura extranjera, recientemente fundada en Lyon por Edgard Quinet, quien pasaba a ocuparla en el Colegio de Francia. El rector de la Academia, León Soulacroix, bien informado de la preferencia de Ozanam por la enseñanza de las Letras y deseoso como estaba de retenerlo en Lyon, concibió el proyecto de lograr para él la cátedra de Literatura que iba a quedar vacante, sin que perdiese por eso la de Derecho comercial. Podría así Ozanam consolarse de la aridez del Derecho por el irresistible atractivo de las Letras. Además, hijo de Italia por nacimiento, poseedor del alemán, lector asiduo del español y del inglés, dominador del público por la gracia de su decir, ¿qué le faltaba a aquél joven para reemplazar a Quinet en la Literatura extranjera? Le faltaba compartir con Quinet las ideas revolucionarias. Le faltaba, sobre todo, la impiedad de Quinet. Y ésa fue la causa de la oposición que encontró el proyecto.

Al saber Ozanam que era al cristiano al que rechazaban, que por su fe religiosa pretendían negarle la entrada a la Facultad de Letras, no titubeó un instante en declararse irreductible a ningún precio. Así se lo escribió al hijo de su segundo padre de antaño, a Ampère. Con frases enérgicas, llega hasta a reclamar que si el ostracismo está pronunciado contra los católicos, preciso es que lo proclamen con claridad para que éstos sepan a qué atenerse. Y no disimula su resolución de alejarse para siempre de un recinto cuya puerta es de tan diminutas proporciones que obliga a encorvarse para penetrar en él.

¿Qué supo el Ministro de todo esto? Tuvo tal vez conocimiento de lo escrito por Ozanam a Ampère. Lo que sabemos de cierto es que en esos días recibió Ozanam una llamada categórica que decía así: «Puede contar conmigo, venga a verme.»

9. Ozanam se trasladó a París. Fue muy bien recibido por Cousin, quien le invitó a su casa, se informó con interés de sus proyectos y le ofreció la cátedra de Quinet, pero... con una condición: que tomase parte en un

concurso de admisión que acababa de abrirse para una cátedra de Literatura extranjera en la Sorbona.

La fecha del concurso estaba fijada para septiembre. Ozanam tenía tan sólo cinco meses para prepararse. Sus competidores se preparaban desde hacía más de un año. Después de explicarle todo esto, le dijo el Ministro: No es que haya ninguna probabilidad de que Vd. Logre esa admisión. Lo que me mueve a instarle a tomar parte en el debate es el deseo de que ese concurso, al efectuarse por primera vez, resulte brillante y que esté formado por una selecta reunión de jóvenes de talento. Haga eso por mí. Después, suceda lo que suceda, Vd. tendrá su cátedra en Lyon.»

Es verdaderamente asombroso que, en menos de seis meses, pudiera Ozanam siquiera desflorar el programa de las tres literaturas clásicas y de cuatro literaturas extranjeras. Fue para él un sufrimiento ese pasar sin detenerse ante todas aquellas maravillas, ese arrancar con apurada mano, aun a riesgo de marchitarlas, tantas bellezas poéticas, formando con ellas, decía él, no ya una corona sino un pesado fardo.

Sacrificó, para hacer estos estudios de repaso, un viaje que tenía proyectado a Suiza y a Alemania. Se impuso la fatiga de dieciocho horas de trabajo diario, sin menoscabo para sus clases y sus obras. Sí; sin menoscabo de sus obras, ya que en ese pelear de las horas, encontró tiempo aquel infatigable trabajador para no descuidar las clases de escritura y dé cálculo que daba a los soldados.

10. En la fecha fijada se presentó al concurso, después de tres días de viaje casi sin dormir, extenuado, con fiebre. Además, aunque estaba lleno de valor, no tenía ninguna esperanza. Frente a sí tenía siete competidores que gozaban ya de buena fama en el profesorado de París. De París, es decir, con la fuente de los documentos a pedir de boca y en los cuales se habían sumergido ellos desde hacía más de un año.

Comenzó la interminable serie de pruebas. Los ejercicios escritos consistían en una disertación latina y otra francesa, cada una de ocho horas. La latina era: «Sobre las causas que detuvieron el desarrollo de la tragedia entre los griegos». La tesis francesa del día siguiente era: «Sobre el valor histórico de las oraciones fúnebres de Bossuet».

Sabidas por demás tenía Ozanam las respuestas. Pero, urgido por el tiempo y acostumbrado como estaba a pulir a su gusto todo lo que escribía, apenas si pudo bosquejar dos borradores incompletos que, a última hora, se vio obligado a entregar. Abochornado, casi desesperado, se sintió con deseos de abandonar el concurso. Y lo hubiera hecho si su amigo Ampère no le hubiera detenido murmurándole al oído que la partida no estaba perdida, sino al contrario.

Hubo después tres días de argumentación, de tres horas cada una, sobre textos de autores griegos, latinos y franceses. Airoso salió Ozanam de esos tres días de prueba. Vino luego un día muy recargado que estuvo dedicado a las literaturas alemana, inglesa, italiana y española. El único candidato que

pudo responder a esta parte del programa fue Ozanam. Se valió de Schiller, de Klopstock, de Shakespeare, de Dante y de Calderón.

Quedaban todavía para cada uno de los rivales dos pruebas más que habría de designar la suerte, una con veinticuatro horas de anticipación y otra con una hora. Quiso la suerte maliciosa otorgarle un tema inesperado a Ozanam: «La historia de los escoliastas griegos y latinos». El público sonrió. Ozanam se creyó perdido. No podía haberse imaginado especialidad filológica más ignorada, ni más árida que ésta. Y aunque uno de sus competidores, Emile Egger, tuvo la generosa caballerosidad de prestarle excelentes libros, sobre los cuales pasó Ozanam toda una noche y un día de angustias, cuando llegó el momento de tomar la palabra, estaba más muerto que vivo.

Puso entonces toda su confianza en Dios, y Dios le recompensó con una tranquilidad poco común. Habló sobre los escoliastas. Enumeró sus servicios. Recordó la labor de esos hombres, cuyo pertinaz comentario parece encarnizarse como mi gusano roedor en los pergaminos del pasado. Demostró cómo, gracias a esa labor por ellos realizada; se ha mantenido la pureza de los textos, se ha conservado el recuerdo de las costumbres borradas y se han podido interpretar las alusiones más oscuras, y cómo sólo a ellos debemos el beneficio de poder leer aquellos hombres que fueron sus maestros y son también los nuestros. Desarrolló ese tema durante siete cuartos de hora con una competencia, con una seguridad y facilidad que a él mismo asombró. Y, sobre todo, con un derroche de elocuencia que conquistó la simpatía de los jueces, la admiración del auditorio y aún el perdón de los normalistas quienes, hasta ese momento, sentían poca inclinación hacia aquel intruso que venía de la provincia a pelear y a arrebatar a la Escuela aquella palma de la victoria que hasta entonces había sido irremisiblemente suya.

11. El escrutinio declaró a Ozanam primero del concurso, sin que para ello fuera preciso tomar en cuenta el suplemento facultativo de las lenguas extranjeras. Los que le seguían de cerca en el triunfo eran los señores Egger y Berger, dos nombres célebres en las Letras; Cinco fueron los jueces que calificaron este concurso y entre ellos estaba Ampère, el hombre que más gozó con este triunfo, después de Ozanam.

No podemos pasar en silencio la manera encomiosa como termina el comunicado hecho por el decano de los jueces al Ministro de Instrucción, el 30 de octubre de 1840. Dice así: «Por sus conocimientos clásicos tan profundos, por su manera amplia y firme de interpretar los autores y de concebir una idea, por la claridad de sus comentarios y de sus definiciones, por sus concepciones atrevidas y justas y por su lenguaje, en el cual se juntan la originalidad y la razón, la imaginación y la seriedad, juzgamos que el señor Ozanam tiene en sí las cualidades requeridas para el profesorado público. Juzgamos también que pasará mucho tiempo antes que el concurso que acaba de inaugurarse bajo sus auspicios, señor Ministro, pueda ser superado por otro.»

Fue notorio para todos la franqueza y la libertad con que Ozanam hizo profesión de su cristianismo, ya en sus pensamientos, ya en sus opiniones. Al referirse a Montesquieu y el Espíritu de las leyes, recordó la definición que de la ley hace Santo Tomás de Aquino. Al tratarse de la crítica literaria en el siglo XIV, hizo una brillante disertación contra la escuela jansenista y su funesta influencia sobre la poesía francesa. Sin tomar en cuenta la opinión de tal o cual juez, para quien ciertamente *La Vida devota* no era cosa conocida, mostró sin disimulo la religiosa admiración que siempre sintió por San Francisco de Sales.

En la carta que escribe a su hermano, podemos ver cuáles fueron sus impresiones: «Convencido como estaba de lo insuficiente de mi preparación y bien persuadido, como lo había dicho el ministro Cousin, de que no podía aspirar al triunfo, me presenté al combate, resuelto a conservar a lo menos mi completa personalidad así como la perfecta libertad de expresar mis sentimientos, ya que no tenía nada que perder ni nada que exponer. De esta manera me fue posible hablar con mayor atrevimiento. Con todo descaro pude hacer profesión de mi cristianismo. Hubo un momento en que asustó mi propia audacia. Temí haber ido demasiado lejos. Felizmente, tan sólo vieron en ello el ardor de mis propias convicciones. Es que, convencido como estaba que no podría obtener la victoria, como muy claro me lo había dejado comprender el ministro. Cousin, me sentí más obligado a combatir con entera libertad por el honor: El de Dios ante todo. Lo demás me fue dado por añadidura.»

Apenas proclamado el resultado del concurso, uno de los jueces, el señor Fauriel, profesor de Literatura extranjera en la Sorbona, pidió y obtuvo de Ozanam le supliera en esa cátedra al abrirse el nuevo curso. Desde ese momento pertenecía Ozanam a las Letras y a París, y pertenecía más que nunca a Dios.

«Si todo esto no es un sueño —escribía él en esos días a Lerner—, no encuentro para todo sino una sola explicación: Dios me armó para esa lucha con aquella fe que, sin pretender exhibicionismo, anima y fortifica el pensamiento, conserva en la inteligencia la armonía de las ideas e inflama el discurso, infundiéndole calor y vida. Así puedo decir: *In hoc vid*. Este pensamiento propio para humillarme, es, sin embargo, el que me da paz y regocijo.»

Reconoce, por lo tanto, que es a Dios a quien debe este beneficio que sobrepasa sin medida todas sus facultades. A Dios se dirige también para darle gracias y pedirle su luz y el valor necesario para defender la fe y la Iglesia en todo momento. Cumplir con ese deber en la cátedra de enseñanza superior, instruir a los hombres en la verdad, fue el ideal de aquella vida. Empresa sublime, cuya magnitud supo medir y apreciar. Cual nuevo Descartes, se dirige él también al templo y, postrado allí ante la Madre de la Sabiduría, implora de Ella la gracia de no enseñar jamás el error, la gracia de no engañar nunca al género humano.



## CAPÍTULO XIII

### MATRIMONIO

*El mayor tesoro para el hombre es una mujer comprensiva.*

1.— Bélgica 2.— Los Niebelungen 3.— Las orillas del Rin 4.— Proyectos de matrimonio 5.— Incertidumbre entre Lyon y Paris 6.— Matrimonio 7.— Viaje de novios,

Hubiera querido Ozanam regresar a Lyon inmediatamente, para disfrutar entre los suyos de los triunfos obtenidos, pero ante la perspectiva del nuevo cargo que, como suplente de Fauriel, esperaba ejercer, prefirió dirigirse seguidamente a las orillas del Rin. Eran los Niebelungen y el libro de los Héroes el tema que había escogido para iniciar sus lecciones sobre Literatura alemana, y esto por consejo de Ampère y aun del mismo Fauriel.

Tenemos sus impresiones de este viaje, gracias a una carta que desde Maguncia escribiera a Lallier, carta en la que se lee una descripción en extremo interesante, pero más bien parece el relato de un peregrino que el de un turista o literato.

1. Vemos en ella la impresión que sintió Ozanam ante el recién nacido reino de Bélgica, que lo dejó asombrado por su actividad y prosperidad. Luego se detiene con especial interés para hablar de Lovaina, la Sorbona de los Países Bajos, cuya cuna no sólo saludó en otro tiempo con entusiasmo el joven estudiante de París, sino que, además, la defendió con ahínco.

Habla luego ligeramente sobre Aix-la-Chapelle. Se detiene en seguida para describir a Colonia. Celebra sus grabados antiguos. Saluda reverentemente la heroica actitud de Mgr. Dreste zu Wischering, víctima todavía de la prisión que Prusia le había impuesto. Ve allí que el trono arzobispal está vacío. Pero ve también allí que la Iglesia está llena. Esa Iglesia viuda, con sus ojivas que brillan en medio de los escombros, y que se le antoja cual nueva Andrómaca, sonriente en medio de sus lágrimas.

Se arrodilló ante la tumba de Santa Úrsula, sin ocuparse de contar sus once mil compañeras. Habla con admiración exaltada de los monumentos sagrados que a su paso encuentra, complaciéndose en recordar que esas maravillas de arte se deben a los germanos de los siglos VIII y IX, a quienes doscientos cincuenta años de Cristiandad habían revelado los sublimes misterios de la verdadera belleza.

2. Fácil es comprender la importancia que concede el futuro profesor a los lugares que sirvieron de escenario a las grandes epopeyas de germanos y de

francos. Vio con interés Xanten, la patria de Sigfrido. Y Worms, donde creció Kriemhild en compañía de sus hermanos. Y con facilidad reconstruía su imaginación las escenas que tal vez fueron: ora se imaginaba la desesperación de Gibich por el rapto de Kriemhild, ora veía a Sigfrido, el invulnerable, en lucha con Kuperan. Y lo veía también resguardado por la capa encantada con que Eugel lo amparó. Y se representaba la dicha de Kriemhild, al verse rescatada. Y veía a los dos jóvenes regresando gozosos a la Corte de Gibich, cargando entre los dos el precioso tesoro que, sin robar, robaron a los asustados enanos que tan sólo supieron huir.

Así, fueron pasando ante su vista los Niebelungen, la epopeya carolingiana y el ciclo del Santo Graal. Pobladas por los genios, los dragones y los enanos, contempló la colina de Lürdes y las cavernas de Kedrick, logrando localizar en su espíritu los recuerdos bárbaros que más tarde habrá de evocar en la cátedra.

3. Desciende en seguida el peregrino a la Edad Media, poblada ésta de santos y de leyendas inscritas en los castillos y monasterios. Se complace al seguir aquella carrera del río que se efectúa toda por un suelo católico. Y se complace más aún al contemplar las imágenes de los Santos Protectores de la Navegación, la Bienaventurada María, San Pedro y San Nicolás, cuyas efigies van apareciendo a cada lado del Rin. Y contempla en todas partes, como corona de toda altura, la Cruz.

Rápida fue la mirada que sobre esos lugares lanzó Ozanam. Pero, por rápida que fuera, no dejó de tener su utilidad para las labores que preparaba. El mismo se comparaba al joven Calígula, el cual, habiendo llegado hasta el Rin, recogió allí algunos guijarros y regresó a Roma, logrando por ese viaje que Roma lo aclamara y lo consagrara con el nombre de Germánico.

Termina Ozanam diciendo a Lallier que regresará a Lyon por Strasburgo. Sí; Lyon, donde tendrá que resolver un asunto muy importante.

Consagrado completamente a su vida intelectual y sostenido por la gracia abundante de su vida espiritual, Ozanam hasta ahora nunca pensó en el matrimonio. Hasta ahora no ha conocido más afectos que los de la sangre y la amistad. Pero ya empieza él a sentir que estos afectos no logran llenar el vacío que siente en su corazón. Además, todos le aconsejan el matrimonio, porque todos se dan cuenta de la soledad que rodea su vida. Bien triste se siente el infeliz huérfano cuando, al regresar de sus discursos y lecciones, encuentra únicamente en su solitario hogar a la vieja Guigui, que sabe llorar y recordar sin tregua a los ausentes, pero que ¡ay!... no los puede reemplazar. Ya empieza a sentir en su alma ese gusano roedor que se llama fastidio. Y, por eso, pide a Dios que le muestre su voluntad, y energía para cumplirla.

Habiendo renunciado a la idea del claustro, como vimos, por sentirse ligado con fuertes lazos a la Obra las Conferencias, estas mismas obligaciones lo alejaban del matrimonio. ¿Sería compatible la vida del matrimonio con la vida consagrada al ejercicio de la caridad? Pero esta prevención se había visto vencida por el espectáculo que le ofrecían aquellos hogares lioneses cuyos jefes habían continuado siendo las más fuertes

columna de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Y él veía a Arthaud y a Chaurand y a muchos otros, continuar perseverantemente su obra de apostolado. Veía sobre todo a Lallier, cuyo matrimonio no le había alejado en absoluto de la casa del pobre ni había extinguido en su corazón el deseo de consagrarse a la gran obra de la regeneración de su patria.

4. La divina Providencia, madre amante de todo corazón puro y recto, se encargó de dirigir los pasos de Ozanam, por la senda que le tenía preparada. Así, lo vemos a su regreso de París, correr presuroso a la casa del señor Soulacroix, rector de la Academia de Lyon, para colocar sus laureles entre las manos de la que hacía algún tiempo poseía su corazón.

Pertenecía la señorita María Soulacroix a una familia que le supo legar al nacer el tesoro de las más bellas cualidades que, cultivadas con esmero, hicieron de ella una criatura digna de ser comparada con los ángeles, por su genuina virtud y por su desarrollada inteligencia.

5. Los triunfos conquistados en París procuraron gloria a los futuros esposados, pero levantaron también problemas que era preciso resolver. Con angustiosa urgencia, se presentó ante ellos la cuestión de la residencia. Había que escoger entre París y Lyon. En Lyon podían contar con la cátedra de Derecho comercial y la cátedra de Literatura extranjera, con lo que lograrían redondear la bonita suma de mil quinientos francos al mes. Además, en Lyon se encontraban las familias e ambos esposos y gozaban de la consideración de todos. En Lyon, se encontraba, sin duda, la seguridad hasta el fin de la carrera.

París le ofrecía tan sólo un cargo de suplente, con un sueldo módico, una posición precaria, una vida estrecha e incómoda. Pero, por otro lado, París era el teatro de la gran acción católica. Era el campo de batalla de la defensa religiosa. En París se encontraba la obra de verdad que había que cumplir, la obra de caridad que había que proseguir, la obra de restauración del reino de Dios en la Filosofía, en la Historia, en las Letras y en la Sociedad. Obra inaugurada por Ozanam en su primera juventud, cuya flor le consagró. Esa Obra lo llamaba a París.

El futuro suegro luchaba con toda su influencia para que permaneciese en Lyon. Juzgaba que lo contrario era preferir la sombra a la presa, lo incierto a lo cierto, desechar la seguridad y la paz por correr tras lo inseguro y el dolor. Ozanam se defendía presentando las mayores probabilidades que ofrecía París para lograr triunfos mayores, las mayores facilidades que para los estudios allí se conseguirían y, por fin, las perspectivas de gloria que allí, ante su paso, se abrirían... Soulacroix optó por callar, comprendiendo que en este mundo también el heroísmo tiene sus derechos.

Al fin, resolvió Ozanam que fuera su prometida quien resolviese tan delicada materia. Expuso honradamente todas las circunstancias ante sus ojos: Sí, ellos dos, él y ella, podían fundar su hogar en Lyon. Allí tendrían las alegrías de la familia, la comodidad, la felicidad y la tranquilidad. Todo los convidaba a esto.

Pero esto significaba para él renunciar a la parte más bella de su tarea en esta vida, al motivo de sus trabajos, a la causa de su existencia. Era abdicar la noble misión que él había soñado realizar junto a ella, con ella, sostenido por ella. Es cierto que en una condición modesta, en una vida de abnegación y sacrificio, pero de amor y de lealtad.

La joven supo contestar colocando su mano en la mano de Ozanam y diciéndole antes con la mirada que con los labios: Confío en ti.

6. El 23 de junio de 1841, se realizó el matrimonio del señor Antonio Federico Ozanam, de veintiocho años de edad, con la señorita María Josefina Amelia Soulacroix, de veintiún años de edad.

La ceremonia tuvo lugar a las diez de la mañana, en la iglesia de Saint Nizier. Celebró la misa el hermano mayor, mientras el menor respondía a las palabras litúrgicas. Esos dos seres componían toda la familia de Ozanam sobre la tierra, pero hay que advertir que las naves del templo estaban llenas por los socios de las Conferencias, que venían a acompañar a su amigo y compañero en su hora de felicidad.

7. Los jóvenes esposos pasaron un mes en las aguas de Alleverd, buscando alivio a una laringitis que padecía el profesor. El verdadero viaje de novios fue a Nápoles y Sicilia, coronado con una estancia de diez días en Roma, donde el 5 de noviembre contemplaban la catedral de San Pedro, cuya cúpula aparecía ante Ozanam: «Como diadema papal suspendida entre el Cielo y la tierra, como emblema admirable de esa institución sagrada que contemplamos siempre erguida y siempre inmutable, mientras que nosotros pasamos arrastrados por las olas del tiempo. Institución sagrada sobre la cual se esconderá también el último sol de la Humanidad.»

El Papa Gregorio XVI recibió paternalmente a los jóvenes viajeros, haciéndoles sentar a su lado. Los detalles de esa conversación, de la cual fue Dante el tema principal, no se borraron nunca del corazón de aquellos fervientes católicos, y menos aún la bendición solemne que el Santo Padre les concedió antes de partir.

En Roma, encontró Ozanam a varios de sus amigos. Encontró al P. Gerbet, que hacía entonces allí sus estudios para su «Roma cristiana». También vio a Cazales, que estaba allí con motivo de su ordenación. Conoció y trató altas personalidades eclesiásticas y seglares. El cardenal Paca lo recibió con paternal afecto. Conversó largamente sobre los asuntos de Oriente con el cardenal Mezzofante, de quien decía Ozanam: «Los antiguos habrían hecho de él un dios. Dios hará de él, sin duda, un santo.»



## CAPÍTULO XIV

### LA SORBONA. LA GERMANIA. EL PROFESOR

*Todos lo admiran, todos lo honran y lo aclaman.*

Dante (Inf., cap. 4, 133)

1.— Despertar católico 2.— La Conferencia de París 3.— La Sorbona  
4.— Primera clase de Ozanam en la Sorbona 5.— Éxitos del profesor  
6.— Ideales de Ozanam 7.— Teutonismo y Cristianismo 8.— El  
historiador 9.— Derechos y deberes del escritor 10.— La clase de la  
Sorbona 11.— Cortejo de discípulos 12.— La admiración por el  
maestro.

Después de seis años de ausencia casi completa, vuelve Ozanam a instalarse en París, y vuelve revestido con el alto cargo de profesor de la Sorbona. Sus amigos lo acogieron como una nueva fuerza que venía a sumarse a la gran causa. Allí están todos combatiendo y pretendiendo, bajo diversas formas, encauzar los destinos del siglo.

1. Al alistarse de nuevo en la lucha, observa Ozanam que el partido católico, como decían entonces, no ha cesado de ganar terreno. La Prensa cuenta con nuevos colaboradores, entre los cuales se destaca Veuillot. ¡Veuillot!, pérdida importante sufrida por el enemigo, al sumarse semejante pluma a la buena causa. Y ¿no se ha oído ya a Buloz pedir para su *Revue des Deux Mondes* colaboradores reclutados entre los que él llama ala gente honrada»? La cátedra sagrada se ve ocupada por brillantes oradores, como Ravignan y Desgenettes, quienes aumentan sin cesar el número de convertidos.

Sí. Bien puede decirse que todos estaban armados para el combate. Existía un movimiento empeñado en imponer el bien y vencer el mal. Como prueba de esa lucha, se podía señalar el «Correspondant», el «Avenir» y el «Univers», y las Conferencias de Nuestra Señora y tantas y tantas Obras, entre las cuales podía contarse hasta la pequeña Sociedad de San Vicente de Paúl, cuya labor, aunque oscura —decía Ozanam— ha servido de guía a mayores cosas y a mayores hombres.

2. Esta Sociedad de San Vicente, con su presidente a la cabeza, acogió a Ozanam con la mayor efusión, designándole inmediatamente un puesto en el Consejo General de la Obra. Cuando Lallier se ausentó de París, Louis de Baudicour lo reemplazó en el cargo de secretario general. Además, desde el año 1840, se había establecido una definida separación entre el Consejo particular que regía las Conferencias de la ciudad de París, y el Consejo general, encargado de los intereses generales de la Sociedad. Ya para esta fecha, 1842-1843, florecen ochenta y dos Conferencias, repartidas en 48

ciudades y 38 diócesis diferentes, las cuales trabajan con fruto, bajo la bendición de la Santa Sede y la protección de los obispos.

Espectáculo admirable el que ofrecía semejante Obra de caridad, con los innumerables actos de abnegación que para su fin requiere, en medio de una sociedad atormentada durante más de ciento cincuenta años por las doctrinas más perversas y sacudida por tantos y tan dolorosos escándalos. Viene esto a demostrar, una vez más, que la religión no pierde nunca su eficacia, conserva siempre su dignidad y merece todo respeto.

3. La Sorbona también abría sus brazos al nuevo profesor. El joven maestro debía comenzar su enseñanza desarrollando dos temas diferentes de Literatura extranjera. La una, italiana, debía referirse especialmente al Purgatorio de Dante. La otra, alemana, se concretaría al origen de las Letras en Germania, debiendo combinarse todo esto con el plan general de Ozanam sobre el origen de la civilización cristiana en las naciones europeas. El se proponía hacer resaltar la divinidad del catolicismo por la grandeza de su obra civilizadora en aquella tierra bárbara. Y sería éste el primer ábside de la vasta catedral cuya construcción, formada por partes diferentes y armónicas entre ellas, debía subir cada año un poco más arriba.

4. El primer sábado de enero dio Ozanam principio a su curso. Ese día la Sorbona, Facultad de Letras, vio entrar por sus puertas y colocarse en la cátedra que había dejado vacante Fauriel, a un joven profesor, cuyo rostro pálido traicionaba largas y recientes noches de estudio. Palidez que se hizo más visible cuando, al levantar la vista, pudo el nuevo catedrático ver el anfiteatro totalmente ocupado, desde el primer asiento hasta la última grada, por un auditorio atento que esperaba su palabra. Felizmente, entre esa multitud pudo descubrir infinidad de rostros que le eran familiares y, entre éstos, mayor número de amigos que de jueces.

Con voz insegura pronunció Ozanam las siguientes palabras: «En el momento de aparecer por primera vez en una cátedra de la antigua Sorbona, en medio de tantas viejas glorias rejuvenecidas por recientes eruditos, ¿cómo no habrá de agregarse a mi agradecimiento una gran dosis de timidez?... Pero en el fondo de todos mis temores, encuentro muchas esperanzas. Las encuentro hasta en esta mi edad que me asusta, pero que al mismo tiempo me iguala a la mayoría de mi auditorio. Tal vez encuentro también cierto lícito placer en subir a esta cátedra acompañado por los recuerdos y por las amistades que en días pasados conquisté sobre esos bancos.»

La amistad le contestó con un aplauso estruendoso que lo reanimó por un instante. Pero no por eso resultó menos laboriosa y menos dura la primera media hora de su clase. Paralizaba sus facultades el convencimiento de la importancia que habría de tener para su porvenir esta prueba decisiva. Por más que lo aplaudían, no lograban reanimarlo. El mismo se irritaba al sentir su palabra incolora, incorrecta. No obedecía a su pensamiento. Ese no era Ozanam. Sin embargo, llegó el momento en el que, logrando escapar del zarzal espinoso y confuso de la erudición, conquistó el orador el dominio de sí mismo y la libertad de su palabra. Confortado al mismo tiempo por la

simpática emoción que manifestaba su auditorio, pudo llevar a buen fin aquella lección tan frecuentemente interrumpida por el aplauso. Al terminar, se encontró entre los brazos de sus amigos, colegas unos, cofrades otros, los cuales a una voz le aseguraban que había triunfado, a pesar de todo. A ellos, a sus amigos, atribuyó Ozanam ese triunfo final.

5. Sin embargo, los triunfos se sucedieron unos tras otros. El público continuó siéndole fiel. El anfiteatro estuvo siempre lleno, aun en los ingratos días del carnaval, durante los cuales los estudiantes no quieren estudiar.

Le Clerc, Mignet, Cousin y otros, lo felicitaban entusiasmados. El Ministro también lo felicitó repetidas veces. No había pasado mucho tiempo cuando una delegación de la Escuela Normal empezó a acudir a sus cursos. El «Nouveau Correspondant» pidió autorización para tomar taquigráficamente sus lecciones. El «Univers» le colmó de elogios. Por último, la «Gazette de Augsbourg» reprodujo sus lecciones sobre Germania. El público, por su parte, seguía obstinado en su interés por aquella palabra que lo dejaba fascinado.

Cosa nueva fue ésta en la Sorbona: un profesor joven y cristiano debuta como maestro y como maestro que se escucha. Los católicos aplauden. Los escépticos, interesados por aquella elocuencia nueva, le prestan su atención. «Atenas lo escucha —escribirá el P. Lacordaire—, como hubiera escuchado a Gregorio o a Basilio, si éstos, en vez de regresar a los desiertos de sus patrias, hubiesen descubierto ante el Areópago donde predicó San Pablo, el tesoro de elocuencia y de saber que debía conceder la inmortalidad a sus nombres.»

El señor Soulacroix seguía con entusiasmo el hilo de esos triunfos. El estudio de Germania le interesaba de modo especial. No disimulaba su deseo de ver salir de allí un libro de erudición y de vulgarización a la vez, que cubriera de honor el nombre de su autor y que, al mismo tiempo, le proporcionara títulos académicos muy útiles para futuras promociones.

6. Los ideales de Ozanam eran otros. Otros los ideales que lo impulsaban a escribir y a abrazarse al deber sagrado de la enseñanza. El interés religioso era, para él, el motivo primordial. Más ahora, justamente en esos momentos, era ese terreno de los orígenes germanos el campo de contacto donde libraban candentes batallas de ideas el espíritu católico y el espíritu filosófico.

7. En efecto, ante el catolicismo se erguía entonces en Alemania una escuela retrógrada que, deseosa de deber únicamente a la antigua Germania pagana y bárbara su genio y su carácter étnico, acusaba al cristianismo de haberla desviado de su genuina fuente, deteniendo así el curso de sus grandes destinos. Al oírla, diríase que todo fue puro, gigantesco, heroico y sobrehumano en aquella edad desconocida en la que la nación orgullosa, virgen como sus bosques, no se había contaminado aún con los vicios de la civilización latina, ni enervado por un nuevo culto y una nueva fe.

8. Era, justamente, la Historia al revés. Preciso era enderezarla. Preciso era restituirla a la tan alabada barbarie de los antepasados su verdadera

fisonomía, con su brutal realidad: la corrupción de sus costumbres, la dureza de sus leyes, la ferocidad de sus guerras, la crueldad y la infamia de su culto y de sus dioses.

Preciso era también vengar la ingratitud con que el espíritu tudesco calumniaba a ese Cristianismo libertador, que convirtió aquellas tinieblas en luz y trocó aquel caos en orden, durante largos siglos de civilización y de honor.

Para Ozanam, el interés primordial de ese tema consistía en dejar comprobado que Alemania era deudora por su genio y por su civilización entera, a la educación cristiana que le fue dado recibir, que su grandeza creció paralela con su unión al Cristianismo, y que para ella, lo mismo que para todos, no hubo ni habrá grandes destinos más que en el seno de la unidad romana, depositaria de todas las tradiciones temporales de la Humanidad y de todos los designios eternos de la Providencia.

Todo esto parecía entonces sencillo, natural y hasta trivial, visto desde más acá del Rin. Pero del otro lado, el orgullo nacional se complacía en la quimera de una civilización autóctona, cuya decadencia causó el Cristianismo, de una literatura que, sin el contacto latino, se hubiera desarrollado con un esplendor nunca visto. Y, en fin, de un porvenir que aún podría resultar magnífico, siempre que la raza degenerada cobrase nuevo vigor en un teutonismo puro y absoluto. No se buscaba ya el tipo germano en Carlomagno. Se encontraba en Arminius.

Sabía muy bien Ozanam que tenía en contra suya todas las escuelas filosóficas, históricas y literarias de Alemania, desde Hegel hasta Goethe, y desde Goethe hasta Strauss. Sabía que tendría que sostener serias disputas con el orientalista Lassen y con el historiador Gervinus, enemigos irreconciliables de la mansedumbre cristiana que, según ellos, anuló la energía de sus grandes bárbaros. Ozanam les demostrará que serían todavía bárbaros si, por medio de la fe cristiana, no hubiesen entrado en posesión del patrimonio religioso, científico y político de los pueblos modernos. Les demostrará también que, al repudiar tan sublime patrimonio, tan sólo lograrán regresar a su atávica barbarie.

Considerada así, la Historia literaria era un drama cuya acción se desarrollaba entre alternativas de vida o muerte para las sociedades. Sin embargo, este estudio es solamente un prelude. Ozanam reservaba todas sus energías para el libro que más tarde reproduciría todas estas lecciones. Pero fortificadas, desarrolladas, ceñidas con todas sus armas, libro cuyo título será: «*Los germanos antes del Cristianismo*».

Luego, más tarde, ese primer cuadro habrá de tener su compañero en otro que demostrará la acción civilizadora del Evangelio, en la primera de esas tribus germanas que se sometió a su ley. Este libro será: «*El Cristianismo entre los francos*». Del contraste de ese doble espectáculo, habrá de resultar la demostración total y experimentada del progreso de las sociedades, gracias a la civilización cristiana, y sólo por ella.



¡Pero esos francos de ayer, son los franceses de hoy!... Y con orgullo reclama Ozanam para ellos el puesto que les corresponde, como primogénitos de la Iglesia. Encarece a sus compatriotas el deber en que están de conservar ese título, sobre todo en esos momentos, cuando es tesis favorita de la escuela teutónica el negar en absoluto todo lo que debe Alemania a la civilización latina, y especialmente, a la civilización cristiana.

Pero el profesor y el publicista no habrán de quedar satisfechos con esto. Estos dos cuadros que Ozanam llama su Germania, de la cual una es pagana y la otra cristiana, serán seguidos por un tercer ejemplar, en el cual se propone presentar y desarrollar la grandiosa concepción y la institución política de Carlomagno. Este estudio vendría a tener por cuadro seis siglos de la vida cristiana. Su título sería: «*El sacro Imperio romano*».

Veamos las impresiones que embargaban el ánimo de nuestro escritor, confiadas a su hermano Carlos, en carta del 23 de junio de 1843: «Estoy a punto de terminar la Historia literaria de Italia, desde la Era cristiana hasta Carlomagno. Este trabajo ha sido, tanto para mí como para mi auditorio, un estudio profundo y vivo del Papado, reconociendo lo que realizó en aquella época de transición entre la antigüedad y los tiempos modernos. He sentido, querido Carlos, cuánto se gana al ver el Cristianismo de cerca. No ignoraba sus beneficios, pero los he encontrado mayores de lo que nunca soñé. Más que nunca, comprendo ahora cuánto amor debemos a la Iglesia, que ha realizado tantos esfuerzos para conservarnos, para prepararnos y para procurarnos todo lo que poseemos de ciencia, de inteligencia, de libertad y de civilización.»

*Comprendo ahora  
cuánto amor debemos a  
la Iglesia, que ha  
realizado tantos  
esfuerzos para  
procurarnos todo lo que  
poseemos de ciencia, de  
inteligencia, de libertad  
y de civilización.*



Pero, este trabajo consagrado a la honra del Papado y de la Iglesia, ¿tendrá el poder de granjearle las simpatías de la escuela de la Historia y de los poderes públicos de la época? Creerlo así hubiera sido desconocer el espíritu que reinaba entonces. Ozanam no se hacía ilusiones. Por el contrario, se daba plena cuenta del recrudecimiento de mala voluntad que existía contra los espíritus conservadores. Pero él era de los que no saben odiar, pero saben combatir. Y, por lo tanto, ante la hostilidad que amenaza, se armará con su fe irreductible de cristiano católico y no disimulará nada de

esa fe. Y no sacrificará nada de lo que le imponga su digna condición de historiador.

La fuerza de sus convicciones supera en mucho la mala voluntad de sus adversarios. Sabe muy bien que nada ganaría disimulando esas convicciones. Antes al contrario, sabe que con ello perdería la confianza de sus superiores que bien conocido lo tienen y que perdería también la de aquella juventud que lo amaba. El sabía que es siempre oportuno y eficaz conservar la dignidad y la independencia. «Sin duda, decía él, no es necesario multiplicar las profesiones de fe. Pero, ¿quién tendría el valor de abordar los puntos más misteriosos de la Historia, de remontarse al origen de los pueblos y presenciar el espectáculo de sus religiones, sin tomar un partido definido sobre las cuestiones eternas que allí palpitan?»

La fuerza de sus convicciones supera en mucho la mala voluntad de sus adversarios. Sabe muy bien que nada ganaría disimulándolas; antes al contrario, perdería la confianza de aquella juventud que lo amaba.



9. Juzgaba Ozanam que el historiador católico tiene el derecho de hablar, según sus propias convicciones religiosas. A su vez encontraba que existen dos puntos que con derecho se le pueden exigir al escritor: Primero, que su convicción sea libre e inteligente, y el Cristianismo no acepta lo contrario. Segundo, que el deseo de justificar una creencia no arrastre al escritor hasta desnaturalizar los hechos, con el fin de arrebatarles pruebas. Pero, bien se sabe que semejante conducta no podrá ser jamás la de un escritor verdaderamente cristiano. Plenamente seguros sobre estas cuestiones supremas de Dios, del alma y de la eternidad, cuestiones que son motivo de tanta confusión para tantas inteligencias, los escritores cristianos deben penetrar en la ciencia con libertad y con respeto. Ellos saben que no les está permitido disimular ninguna verdad, por pequeña, por profana y aun por obstructiva que parezca. Deber de conciencia será para ellos no disimular ninguna mancha, para tener el derecho de no velar ninguna gloria. Si sus indagaciones los llevan a la justificación de un dogma revelado, ellos lo observarán y se alegrarán por ello, por amor a la verdad. Y si no les está concedido quitar los obstáculos y llevar a la ciencia hasta el punto donde se encuentra con la fe, no se perturbarán por eso, convencidos como están, de que vendrán otros que llegarán hasta allí. No se impacientarán, porque están seguros de que, si el camino es largo, en el fin de ese camino encuentran a Dios.

Mientras preparaba la gran obra, publicaba Ozanam trozos de ella en el «Correspondant», lo que lograba tan sólo a consta de grandes esfuerzos, ya que siempre tuvo empeño en que sus escritos resultasen con la mayor perfección posible, tanto en la forma como en el fondo. Para lograr esto, se consagraba con tenacidad al trabajo, negándose todo recreo y aun todo descanso. Pero él solía decir que encontraba su recompensa en la dicha que le proporciona la victoria conquistada por medio del esfuerzo, en la alegría experimentada ante la verdad descubierta o ante la belleza reproducida. Felicidad desinteresada que siente el espíritu ante la proximidad de la luz que lo visita. Luz que desciende de lo alto y embarga el ánimo con el presentimiento de la divinidad.

Por eso, nunca dejó Ozanam de invocar la ayuda de Dios, ya antes de acudir a la Sorbona, ya antes de entregarse al estudio. Cuentan sus amigos que siempre lo vieron, antes de dirigirse a la Universidad, implorar de rodillas el auxilio del Espíritu Santo, para que no dejase escapar de sus labios ninguna palabra que fuese contraria a la verdad.

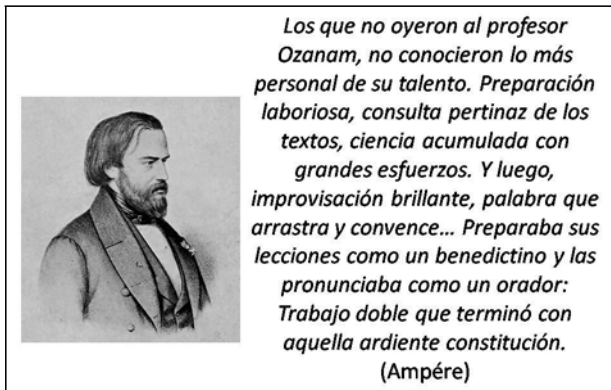
Siempre lo vieron, antes de dirigirse a la Universidad, implorar de rodillas el auxilio del Espíritu Santo, para que no dejase escapar de sus labios ninguna palabra que fuese contraria a la verdad.



10. Sus contemporáneos nos lo presentan atravesando a grandes pasos los jardines del Luxemburgo, originariamente entregado a la lectura, pero sin que esa aplicación le impidiese ver y devolver las innumerables muestras de simpatía que iba recibiendo a su paso. Cuando llegaba a la Sorbona, aparecía en su cátedra pálido, deshecho, nervioso, paseando su mirada sobre el auditorio con expresión benévola e inquisitiva. Declaran Caro y Sarcey, sus asiduos oyentes, que su voz era ronca, opaca, poco flexible, y que sus gestos carecían de gracia y de elegancia. Detalles sin importancia ante la figura de aquel hombre que, como decía el P. Lacordaire, «necesitaba verter toda su alma en el auditorio y exponer sus ideas con todo el calor y la fuerza que se pone al servicio de la verdad». Y por eso, las almas se entregaban a esta alma que se abría para recibir las.

De él dice Ampère: «Los que no oyeron al profesor Ozanam, no conocieron lo más personal de su talento. Preparación laboriosa, consulta pertinaz de los textos, ciencia acumulada con grandes esfuerzos. Y luego, improvisación brillante, palabra que arrastra y convence. Tal fue su

enseñanza. Preparaba sus lecciones como un benedictino y las pronunciaba como un orador: Trabajo doble que terminó con aquella ardiente constitución.»



Ahí estaba el peligro... Soulacroix le expresó repetidas veces su angustia por el exceso de fatiga que imponía a su naturaleza. Por otro lado, Victor Le Clerc, el decano de la Sorbona, le decía: «Tenga cuidado, Ozanam. Domine esos arranques que deleitan a su auditorio pero que acaban con Vd. Conserve mayor calma en el discurso. Esa palabra viva, emocionada, apasionada que lo domina y nos domina, es motivo de inquietud para sus amigos. Piense en el futuro. No queremos que se pierda nada de ese futuro que es suyo, sin duda, pero que también es nuestro.»

11. El trabajo del profesor no cesaba, al terminar la clase. Empezaba entonces otra labor, cuya simpatía no restaba nada al cansancio que producía. Aquella misma juventud que acababa de estar pendiente de los labios de Ozanam, lo aguardaba a la puerta del aula para seguir sus pasos. Lo acompañaba al salir de la sala, convertida en séquito de honor, íntimo, familiar... Eran sus discípulos y luchaban por abrirse paso y acercarse a él para recoger de sus labios la palabra personal, particular, la que no se olvida...; y así, lo acompañaban hasta su casa, atravesando las avenidas del jardín de Luxemburgo, gozando su última conversación. Pero, con esto, se prolongaba la lección durante cinco cuartos de hora más.

Otros discípulos, tal vez en mayor número, salían silenciosos de la Sorbona, meditando sobre lo que acababan de oír. Acababan de oír la verdad. Y esa verdad disipaba sus dudas y en los brazos de esa verdad se entregaban.

12. Un día encontró Ozanam en la portería de la Sorbona un billete dirigido a él, que decía así: «Señor profesor, acabo de oír su lección. Se me hace imposible dejar de creer en lo que Vd. expresa con poder tan convincente y con tanto fervor. Si puede Vd. experimentar con ello alguna satisfacción, ¿qué digo?, alguna felicidad, sépalo: antes de oír a Vd. yo no creía en nada. Lo que no habían logrado innumerables sermones, lo consiguió Vd. en un

día: Vd. me ha hecho cristiano. Por ello, reciba la expresión de mi dicha y de mi agradecimiento». Este billete le proporcionó una de las horas más felices de su vida, según testimonio de su hermano, a quien él se lo manifestó.

Ese acento de convicción que tenía, a veces, el poder de engendrar creyentes, impresionaba siempre, aun a los más irrespetuosos y escépticos. «Tiene el fuego sagrado —escribía Sarcey—. Es tal la convicción interior que posee este hombre que, sin arte aparente, convence a muchos y a todos conmueve. Posee una imaginación tierna y soñadora y encuentra expresiones admirables, llenas de sentimiento y poesía. Al oírlo acuden, a pesar nuestro, las lágrimas a los ojos». Y Sarcey lo compara y lo opone a Jules Simon, a quien juzga orador hasta la punta de los dedos, pero a quien «le falta, dice él, esa convicción interior, sin la cual es tan sólo un comediante». La convicción interior de Ozanam se llamaba fe.

Aquel curso de catolicismo, por medio de la Historia, fue algo nunca visto en la Sorbona. Curso profesado oficialmente, podemos decir, y acogido con beneplácito de una cátedra laica del Estado. No podemos negar que, en esos momentos, brillaba la enseñanza superior con resplandor incomparable, gracias al triunvirato formado por los señores Guizot, Cousin y Villemain. Pero si no podemos negar que el éxito obtenido por esos maestros se debía en alto grado a la elocuencia desplegada por ellos en sus clases, ¿no correspondería una parte no pequeña de semejante éxito a la política del momento que ellos, con el poder de su palabra, aprovechaban para halagar las pasiones e inflamar los ardores?...

El joven profesor, al contrario, se presentaba como defensor de las doctrinas austeras. Avanzaba en contra de la prevención popular, luchando por una victoria que lograría tan sólo por medio de la verdad, verdad fecundada por la fuerza de una convicción tal que podía sólo compararse con su tierna abnegación hacia sus discípulos, para los cuales representaba él la escuela de la verdad y de la caridad conjuntamente.

## CAPÍTULO XV

### MAESTRO Y DISCÍPULOS

*Ceux qui vivent, ce sont ceux qui luttent; ce sont  
Ceux dont un dessein forme emplit et le front,  
Ceux qui d'un haut destin gravissent time,  
Ceux qui marchent pensifs, épris d'un but sublime,  
Ayant devant les yeux sans cesse, nuit et jour,  
Ou quelque saint labeur ou quelque grand amour.*

Victor Hugo (71)

1.— Colegio Stanislas 2.— Maestro y discípulos 3.— Opinión de Ernesto Renan sobre Ozanam 4.— Opinión de Lamartine 5.— Ozanam, intransigente ante el error 6.— Opinión del P. Lacordaire sobre Ozanam 7.— Las Conferencias de París 8.— Idea pertinaz de Ozanam sobre el espíritu de humildad que ha de reinar en las Conferencias.

1. El señor Bailly poseía en la calle Fleurus una casa (que Ozanam llama palacio). Esta casa había sido construida por Murat, el futuro rey de Nápoles, y había servido de habitación al príncipe de Clermont Tonnerre. Con mucho gusto, alquiló M. Bailly un piso de aquella casa al joven matrimonio, al que tanto apreciaba. Allí acompañaban a Ozanam afectuosamente los estudiantes de la Sorbona al salir de la clase. Y no fueron éstos sus únicos discípulos. Aceptó también la clase de retórica del Stanislas, para complacer al director de dicho plantel, el P. Guitry, que así se lo había exigido bajo condiciones favorables, condiciones que venían a remediar la escasez de los ingresos de aquel hogar.

Ozanam, al encontrarse ante discípulos que casi lo igualaban en edad, supo asumir la actitud que convenía en tan delicada situación, ganándose el respeto y la confianza de todos. No pensó nunca en castigarlos. Y ellos lo sabían. Se sentían tratados como hombres y como hombres sentían también que habían de conducirse, comprendiendo que tal profesor no perdería el tiempo en niñerías.

2. Escuchemos a uno de ellos, tal vez uno de los más ilustres discípulos que tuviera Ozanam, a Caro, quien llegó a ser profesor de Filosofía de la Sorbona y miembro de la Academia francesa: «Siempre recuerdo —nos dice— como si fuera ayer, el día en que lo vimos aparecer por primera vez en la cátedra. Nuestra primera impresión fue de curiosidad y, tengo que confesarlo, curiosidad que encerraba su poquito de burla. Ozanam no tenía a su favor ni la belleza física, ni la elegancia, ni la gracia. De estatura mediana,

su actitud era más bien un poco tímida y hasta salvaje. A esto se agregaba un mechón de su cabellera espesa que, siempre rebelde, caía sobre su frente, lo que prestaba a su fisonomía un aspecto un poco original. Nuestra malignidad en el primer momento, sonrió. Pero esa malignidad se vio bien pronto vencida por la simpatía. Era imposible permanecer por largo tiempo insensible ante aquella expresión de bondad, en la que se descubría un gran corazón y una distinción refinada. Unid a eso una sonrisa especialmente expresiva que a veces iluminaba su fisonomía y lo transformaba como si hubiera, sido iluminada por un resplandor del alma. Además, él se permitía algunas veces esa franca alegría del espíritu que reposa en medio de la austeridad del estudio, ora dejándonos oír su risa tan confiada y natural, ora permitiéndose alguna broma, tan agradable y llena de chispa, que nos hacía saborear con placer aquellos momentos de abandono y familiaridad. A menudo lo incitábamos a la risa. Primero, resistía, atrincherándose tras la severidad del deber y la gravedad de su enseñanza. Más tarde, cedía, ¡y entonces daba gusto verlo!... ¡Qué juventud en aquel espíritu viejo ya por la ciencia! ¡Qué sagacidad en aquel candor! Cándido y sagaz. Ese era el contraste y el encanto de una naturaleza que había conservado la sencillez del corazón en el seno de la cultura más refinada del espíritu.»

Sabía además sentir profundamente. Se emociona y enternecía hasta derramar lágrimas ante ciertos pasajes de literatura, con lo cual sus discípulos aprendían también a sentir.

Sin la menor sombra de pedantería, sabía inspirar a su alrededor el amor al estudio. Se apoderaba de la voluntad de sus discípulos, convencidos por la razón, cautivándoles la imaginación y, sobre todo, usando de aquel arte que tenía de interrogar al alumno de una manera que le permitía la ilusión de haber sabido contestar lo que él le había puesto ante los ojos. Al mismo tiempo, su estilo tan variado y un poco dramático, aumentaba el vivo interés de sus clases, creando en ellas una cierta agitación que, bien reglamentada y dirigida, se trocaba en actividad fecunda. Ni aun los espíritus más estériles y más helados podían resistir al influjo de su palabra. Además, todos sus discípulos se sentían elevados a su mismo nivel. Ozanam tenía siempre la palabra de aliento para reanimar aún a aquellos que, dotados con menos facultades, contaban únicamente con su buena voluntad. ¡Buena voluntad!... Cualidad apreciada por Ozanam tal vez por encima de todas las demás.

Tenía siempre la palabra de aliento para reanimar aún a aquellos que, dotados con menos facultades, contaban únicamente con su buena voluntad. ¡Buena voluntad!...



Para demostrar la verdad de lo dicho, podemos citar el interés particular con que distinguió a uno de sus discípulos que, a pesar del ahínco con que trabajaba, no podía seguir el hilo de las clases. Ozanam lo llamó aparte y, a fuerza de ingenio y de trabajo, logró introducirlo en la inteligencia de las cosas. El muchacho, no sólo sorprendido por lo que comprendía, sino también emocionado y conquistado por la condescendencia del maestro, hace llegar a sus manos un billete en que le asegura que hará lo imposible por demostrarle su agradecimiento. En efecto, al fin del año logró un premio en el gran concurso. Más tarde, llegó a ser miembro del Instituto.

Durante los dieciocho meses de su profesorado en Stanislas, nunca tuvo que imponer el orden en su clase, ya que la veneración que inspiraba a sus discípulos era igual al amor que hacia él sentían. Estos sentimientos llevaron a muchos de ellos a pedir como una gracia el privilegio de pasar un segundo año de Retórica con él. Puede decirse que Ozanam logró, como ninguno otro lo había logrado antes, esa atención religiosa que suele llamarse aplauso silencioso. Sabemos también por Caro que aquellos discípulos, al convertirse en universitarios, se convertían también en sus amigos. Agrega Caro que nunca hubo maestro tan amado como lo fue Ozanam. La juventud acudía a él, impulsada por una atracción inevitable. Y no es sólo Caro quien así se expresa. Ahí está Heinrich, quien fue más tarde el Ozanam de la Facultad de Lyon. Ahí tenemos a Nourison, el filósofo cristiano del Colegio Stanislas y del Instituto del Colegio de Francia, para quien Ozanam fue siempre consuelo y fue siempre modelo.

3. Tenemos también a otro oyente de los primeros cursos, oyente que se diferencia en mucho de los discípulos hasta ahora citados, Ernesto Renan, quien habla de la manera siguiente, en los papeles de su juventud: «No salgo nunca de la clase de Ozanam sin sentirme más fuerte, más resuelto a lo grande, más valeroso y más dispuesto a conquistar el futuro». Y así escribía también Renan a «su buena madre» de Bretaña: «El curso de F. Ozanam es la apología constante de todo lo más respetable que existe». Más tarde, el mismo Renan es el hombre a quien se le oirá gritar: «¡Ozanam! ¡Ozanam! ¡Cuánto lo amábamos! ¡Qué hermosa alma tenía!» Conmovedor testimonio dado por el autor de *El porvenir de la Ciencia* al profeta de otro porvenir: ¡el de la Fe!



Tenía siempre la palabra de aliento para reanimar aún a aquellos que, dotados con menos facultades, contaban únicamente con su buena voluntad. ¡Buena voluntad!...



4. «Envolvía la palabra de Ozanam —escribía Lamartine— una atmósfera de ternura hacia los hombres, un aire balsámico como procedente del Paraíso. En cada uno de sus movimientos respiratorios, parecía que nos arrebatara el corazón, dándonos el suyo.»

Como examinador, Ozanam era severo, especialmente con aquellos candidatos que le inspiraban mayor interés. Más severo todavía cuando se trataba de eclesiásticos a quienes, según su criterio, incumbía en mayor grado el buen ejemplo del saber:

Habiendo suspendido en un examen a un seminarista, vino éste a inquirir la causa de su reprobación. Ozanam lo recibió con la mayor bondad y le mostró las faltas de su composición. Luego le dijo con severidad: «Monsieur l'Abbé, la sotana que Vd. viste nos permite, nos obliga a ser más exigentes. Cuando se tiene la honra de aspirar al sacerdocio, no está permitido el exponer su dignidad a semejante fracaso. Nobleza obliga.»

5. Por otra parte, cuenta Maxime de Montrond cómo nunca dejó pasar impunemente, siendo examinador, ninguna alusión cualquiera contra la religión o la Iglesia. Cierto día, un joven italiano, libre pensador y candidato al libertinaje, había logrado captarse las simpatías del Tribunal por la abundante facilidad y distinción de su palabra. Le tocó el turno a Ozanam: «Señor —le dijo él con voz firme, pero emocionada—, rindo tributo a su talento, pero no puedo admirar su saber. Vd. ha tratado brutalmente a los Padres de la Iglesia al acusarlos de haber entorpecido la civilización. Vd. está fuera de la verdad. Vd. estaría en ella, si dijera lo contrario, si dijera que ellos despejaron el camino». Sus palabras fueron recibidas con general anuencia.

6. En las notas escritas por el P. Lacordaire, señala éste a Ozanam como una de esas criaturas privilegiadas, creadas por las manos de Dios, cuando Dios, para conmover al mundo, quiere reunir en un corazón la ternura con el genio. Y admira él en Ozanam esa ternura, esa bondad, esa caridad y esa indulgencia que sabía conservar en lo más recio del combate cuando, como invencible bajo el escudo de la verdad, moderaba el impulso de su espada, temeroso de destrozar un alma que pudiera aún vivir.

Por ese año de 1840, se debatían los Partidos políticos y religiosos en medio de las más ardientes polémicas. Y no era raro el caso de que hasta los mismos católicos se permitiesen arranques de lenguaje o de pluma que no

podrían ser nunca justificados ni por la justicia de su causa, ni por los excesos de sus adversarios. El espíritu de equidad y de justicia que era natural en Ozanam, se sentía ofendido y receloso con semejante proceder. Muchos otros pensaban como él. Y él, el amigo de la juventud, se creyó en el deber de prevenir a esa juventud y conducirla fuera de esas vías ásperas que nunca llevan a las almas a la verdad. Muy pronto tuvo ocasión de manifestar sus sentimientos, con motivo de una reunión solemne, presidida por Mgr. Affre, en la cual le tocó a él el discurso de orden.

El discurso fue sobre *Los deberes literarios del cristiano*. Empezó Ozanam por declarar que la ortodoxia es el fundamento, la luz y la seguridad de las Letras. Luego, al referirse a la controversia y a la defensa de la verdad, aceptó como único buen espíritu aquél que se inspira en los preceptos del Evangelio. Señaló como única senda a seguir, la que lleva las huellas de los Apóstoles y de los apologistas de la fe. Manifestó con firmeza que la defensa de la verdad ha de tener necesariamente su fundamento en el doble amor de la verdad y de la caridad, de la misericordia y de la paz.

Inspirándose luego en un pensamiento de Pascal, declara que la religión debe introducirse en el espíritu por medio de la razón y en el corazón por medio de la gracia. Manifiesta, en seguida, detenidamente, la urgente necesidad que existe de tener, ante todo, compasión por los incrédulos, ya que de por sí son muy desgraciados, y la también urgente necesidad de no injuriarlos nunca, porque de la injuria no habrá de sacarse ningún provecho y más bien sí un gran perjuicio.

Examina después el caso de los que niegan y el caso de los que dudan: «No hay que creer, dijo, irremisiblemente perdidos a los que niegan. No debemos nunca mortificarlos, ya que lo que urge es convencerlos. Es preciso un gran cuidado en no herirles el amor propio con la injuria, no sea que entonces prefieran ellos condenarse antes de retractarse. Más aún, sea cual fuere la deslealtad o la brutalidad empleada por ellos al atacarnos, démosles nosotros el ejemplo de una polémica que, aunque llegue a ser recia, sea siempre generosa.»

En seguida, al referirse a los que dudan, dijo: «Muchos de ellos sienten el dolor por esa fe que no tienen. A ellos les debemos nuestra compasión, sin negarles por eso nuestra estima.» Terminó exhortando a todos aquellos que, habiendo avanzado más en el camino de la verdad, se sentían más seguros de la misma, para que tendiesen la mano a aquellos hermanos que se habían quedado por detrás.

Pero no hay que creer que Ozanam, entregado a la ciencia y a sus discípulos, se olvidaba por eso de sus pobres, de la caridad y de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Sabemos por su hermano que todos los días, al salir de Notre Dame, antes de entrar a su casa, se dirigía el piadoso comulgante a la casa de sus pobres de la Conferencia, devolviendo así a Nuestro Señor, en sus miembros doloridos, la visita que Él le había hecho en la Sagrada Eucaristía, manera fervorosa con que siempre terminaba su, acción de gracias.

7. A los tres meses de su regreso a París, el 28 de febrero de 1842, tuvo Ozanam el consuelo de asistir a una de las cuatro Asambleas plenarias anuales de la Sociedad. Ese día el vasto anfiteatro contenía tantos jóvenes cuantos podía --¡seiscientos!—, reunidos para tratar juntos sobre el poco bien que ya habían efectuado y del mucho bien que restaba por cumplir.

En la sesión, se expuso el estado general de la Obra: 2.000 socios entre París y las provincias. 1.500 familias socorridas. Una casa paternal, un patronato de aprendices. Y los beneficios sin número de una misericordia espiritual menos aparente, pero aún más eficaz que la otra.

«Sin, embargo —agrega Ozanam—, el cronista no expuso suficientemente la maravilla de aquella comunidad de creencias y de obras que prepara, para un porvenir cercano, una generación nueva, la que, en la ciencia, en la industria, en la administración, en la Universidad, en la Magistratura y en el Tribunal, llevará siempre la determinación unánime de moralizar el país y de ser ella misma cada día mejor, para contribuir así a la felicidad de todos.»

Todos los días, al salir de Notre Dame, se dirigía a la casa de sus pobres... devolviendo a Nuestro Señor, en sus miembros doloridos, la visita que Él le había hecho en la Sagrada Eucaristía.



Tres meses después, el primer domingo de mayo, en la iglesia de San Vicente de Paúl, rue de Sévres, comulgaba Ozanam ante la reliquia del glorioso apóstol de la caridad, acompañado de las delegaciones de las 25 Conferencias de París.

Aquella misma noche, en el anfiteatro donde se efectuaban las reuniones, habló Ozanam sobre la gran inundación acaecida en esos días en el Ródano y expuso cómo, habiéndose puesto de acuerdo el Prefecto de aquel lugar con el Arzobispo para encargarse a las Conferencias la distribución de los socorros en la región azotada con más rigor por las aguas, habían distribuido las Conferencias de Lyon 600.000 francos entre las víctimas del siniestro. El Patriarca de Antioquía, presente en la reunión, levantaba los brazos, entusiasmado, al oír todo lo que aquella juventud caritativa había realizado para aliviar a sus hermanos en desgracia.

La palabra emocionada de Ozanam no escondía su satisfacción, al revelar a la asamblea la marcha ascendente de la Sociedad. Pero, al mismo tiempo, dejó también oír algunas graves recomendaciones. En efecto, si presentó sin velos los progresos de la Obra, señaló también sin ambages el obstáculo que podría detener su progreso:

8. «Una sola cosa, señores, podría detenernos y perdernos. Y sería la alteración de nuestro espíritu primitivo. Sería el farisaísmo que sabe tocar la trompeta ante su paso. Sería la exclusiva estimación propia que desconoce la virtud y el mérito ajeno. Sería un aumento de exigencias y de prácticas que producirían la fatiga y la relajación de los socios. Sería una filantropía copiosa en palabras y más ocupada en hablar que en obrar. Y sería una burocracia que, al multiplicar las ruedas, dificultase nuestra marcha. Pero sería, sobre todo, el olvido de la humilde sencillez que presidió nuestras primeras reuniones, sencillez que tal vez fue la que nos obtuvo la gracia del desarrollo, ya que Dios se complace en bendecir todo aquello que es pequeño e imperceptible: El árbol en su semilla, el hombre en su cuna y la buenas obras en la timidez de sus primeros pasos.»

En estas palabras, se destaca una vez más la idea pertinaz de Ozanam acerca del espíritu de humildad que debe reinar en los socios de las Conferencias. Humildad que, según su criterio, viene a constituir una condición ineludible para todos los que quieran formar parte de esta Sociedad. Humildad que engendra la generosidad y el desinterés totalmente necesarios, ya que los socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl no podrán nunca actuar impulsados por ningún interés, ni personal ni político. En efecto, siendo esta obra esencialmente espiritual, está completamente vedado a sus socios toda mira personal y exigiéndoseles el completo olvido de sí mismos, deberán los socios actuar en ella impulsados únicamente por una heroica sumisión al mandato divino.

*Una sola cosa, señores, podría perdernos... el olvido de la humilde sencillez que presidió nuestras primeras reuniones, ya que Dios se complace en bendecir todo aquello que es pequeño.*



## CAPÍTULO XVI

### LA IGLESIA Y LA UNIVERSIDAD

*Poniéndose todos de pie, lo hicieron sentar entre ellos.*

Cicerón (De Séneca., cap. 18)

1.— Muerte de Fauriel 2.— Ozanam y las polémicas religiosas 3.— Deberes literarios del cristiano 4.— Ozanam, ante todo, católico 5.— Ozanam, profesor titular de la Sorbona 6.— Adiós al Colegio Stanislas 7.— Ozanam y los jesuitas 8.— Motines en la Sorbona 9.— El curso de Lenormant.

1. En julio de 1844 murió, inesperadamente, Fauriel, titular de la cátedra de Literatura de la Sorbona, donde Ozanam le suplía con tanto brillo. Esta muerte, que era un rudo golpe para el corazón de Ozanam, fue también una amenaza para su porvenir. Por una parte, después de cuatro años de enseñanza, coronados por un éxito nunca soñado, y durante los cuales había recibido pruebas de estimación y de cariño de todos los que le rodeaban, era lícito esperar que le conservarían un puesto donde todos lo querían. Sabía también Ozanam que la Facultad íntegra estaba de su parte y dispuesta a presentar su nombre en primera línea, pidiendo su nombramiento como titular, cuando se abriese el nuevo curso.

2. Pero, poco a poco, se levantó otra opinión, que, escudada en la juventud de Ozanam, escondía bajo este pretexto el móvil volteriano que lo impulsaba a oponerse al nombramiento del joven católico. Esos adversarios encontraban un apoyo no pequeño en la persona del ministro de Instrucción, Villemain, a quien tenían exasperado la resistencia que habían opuesto los católicos a sus recientes proyectos antirreligiosos de educación laica.

3. Nos dice el P. Lacordaire que Ozanam, en tan difícil situación, supo conservar su integridad, sin faltar, por eso, a la prudencia. «No rompió — agrega el mismo P. Lacordaire— ninguno de los lazos que, como jefe, lo unían a sus soldados y su Obra por excelencia no sufrió en lo más mínimo. No faltó a ninguna de las Asambleas, ni se negó a ningún acto de piedad, conservando el alto rango en que lo había colocado nuestra estimación.»

4. Veamos cómo se expresa el mismo Ozanam, en una carta de esa época: «Yo no sacrificaré nada: ni mis deberes de estado por una imprudencia, ni mis deberes de religión por pusilanimidad. Lo que pido a Dios es que sea Él mismo quien dirija esta difícil negociación. Tal vez a mí sea útil un fracaso. Y en este caso tan sólo pido a Dios la resignación y la firmeza, junto con la paz del corazón.»

Cousin, en difícil situación por su amistad con el joven maestro y por su partido político, pensó arreglar las cosas, ofreciendo la cátedra de Literatura, en calidad de titular a Ampère, el cual, no pudiendo ejercerla por sus continuos viajes, aceptaría gustoso, como suplente, a Ozanam, su íntimo amigo. Feliz y halagadora combinación para el titular. Mas, no así para el suplente, por lo precaria y revocable.

Jean Jacques Ampère no titubeó un momento y rehusó. Hizo más: se valió de esta misma circunstancia para apoyar el nombramiento de su amigo con todo el peso de su voto y todo el calor de su afecto. El triunfo fue completo. Pero Villemain no se atrevía a decir la última palabra, llegando hasta a proponer que se dejase en blanco el nombre del profesor, para darle tiempo a reflexionar... Pero, al fin, tuvo que ceder, gracias a los esfuerzos de Le Clerc quien, con celo y ardor poco comunes, arrancó materialmente la firma del Ministro.

5. El 23 de noviembre de 1844 prestó Ozanam su juramento ante el decano, y lleno de satisfacción, participa a Lerner que no le exigieron ninguna reserva y que no tuvo que hacer ninguna concesión: «Me tomaron tal cual soy, sin exigirme siquiera —como hubieran podido— un poco de más prudencia en mis lecciones.»

Ampère partía en esos días para Egipto. Ozanam le manifestó su agradecimiento en una carta exquisita. Desde ese momento, los lazos de amistad que habían existido siempre entre aquellos dos amigos, se hicieron fraternales. Se ocupaban de los mismos estudios: mientras que Ozanam preparaba la Historia de la civilización cristiana en tiempos de los bárbaros, acababa de publicar Ampère, en 1840, la Historia literaria de Francia hasta el siglo XII. ¿No resultaría semejante similitud un motivo de choque o, por lo menos, de molestia entre aquellos dos grandes espíritus?... No había lugar a semejante temor, ya que sus sendas eran en realidad completamente diferentes. Y tan diferentes que Ampère solía decirle sonriendo: «Ya le quité a Vd. todos los letrados y todos los hombres de Estado, pero ¡tranquilícese! ¡Le dejé todos los misioneros y todos los santos!» Sin embargo, a pesar de esa diferencia de sendas, tenemos que admitir que tenían rasgos literarios sumamente parecidos, tan parecidos, que uno de sus contemporáneos solía decir: «Nunca estoy seguro, cuando leo al uno o al otro, si la frase que el uno empieza no acaba de verse terminada por el otro.»

6. Como gloria propia recibió el Colegio Stanislas el nombramiento de Ozanam. Les parecía a todos aquellos jóvenes que, junto con Ozanam, subían ellos también a esa cátedra tan dignamente conquistada. Pero la consternación fue general cuando supieron que, según los reglamentos, Ozanam titular, tendría que renunciar a toda enseñanza que fuese extraña a la Sorbona. Los discípulos del Stanislas no se conformaron con esto y dirigieron una ardiente súplica a Villemain, rogándole que, por excepción, les permitiera conservar aquel maestro, preferido entre todos. No lo consiguieron... Villemain tenía, por entonces, otras preocupaciones que le embargaban el espíritu: algunos días después, el 30 de diciembre, supo el público que su

Ministro había perdido la razón. Obsesionado con el pensamiento de los jesuitas, los ve por todas partes. Los ve que lo persiguen para perderlo. Los ve hasta en el suelo que pisa ¡Los jesuitas!, ¡los jesuitas!

La guerra contra los jesuitas era la orden del día en el Consejo de gobierno, en el Parlamento y en el Colegio de Francia: Villemain, Cousin, Thiers, Dupin, Isambert, lo mismo que Quinet y Michelet.

7. Y fueron esos los días escogidos por Ozanam para hacer oír en una Asamblea general de las Conferencias de San Vicente de Paúl, la palabra elocuente de aquel célebre jesuita, el P. de Ravignan.

«Yo asistí a esa reunión —dice León Curnier—. Reunión que habrá de ser memorable. Siempre tendré presente la digna actitud del P. de Ravignan, su aire inspirado y el resplandor seráfico de su rostro cuando, al terminar su alocución, destinada a inflamar nuestra voluntad en el servicio del pobre, nos dijo mostrándonos el cielo: «¡Allá descansaremos!» Aquella voz no parecía de hombre. Era un ángel el que hablaba. Nunca había, experimentado tan fuertemente el poder del talento, realizado por la santidad.»

Aquel santo religioso predicó también el retiro pascual de ese año. A propósito de esto, escribe Ozanam: «Es maravillosa la manera cómo, a pesar de los esfuerzos realizados para perderla, acoge la juventud las verdades católicas.»

8. Eran muchos los que se esforzaban por desviar a aquella juventud, y justamente, no lejos de donde Ozanam actuaba. Difíciles fueron aquellos días para la Sorbona. La figura de Ozanam se destacó siempre, intrépida, en medio de los tumultos. Siempre tranquila. Siempre dispuesta a defender la verdad y a imponer la libertad.

Aunque su cátedra estaba protegida por la gran popularidad de que él gozaba, no faltaron sin embargo, algunos que quisieron lanzar en ella ideas contrarias que preparasen la discordia. Un día, por ejemplo, apareció borrado en la plancha exterior de la Facultad que llevaba el nombre de Ozanam, el letrero que decía: «Curso de Literatura extranjera»; En su puesto se leía: «Curso de Teología». Ozanam únicamente sonrió. Dio su lección como de costumbre y, sólo al terminar, dijo:

*«Señores, no tengo el honor de ser un teólogo, sí tengo el honor de ser un cristiano. Tengo también la ambición de consagrar toda mi alma, todo mi corazón y todas mis fuerzas al servicio de la verdad.»*

Un aplauso unánime acogió esta sencilla y clara profesión de fe.

Otro día se notó en la sala la presencia de figuras insólitas que, diseminadas por todas partes, cambiaban entre sí señales irónicas. Parecían esperar el momento propicio para armar el gran escándalo. «Nosotros estábamos con él, dice Dufieux. La clase estaba llena. La multitud se apiñaba en los pasillos. Todos esperaban algo. Ozanam, con la mirada más brillante que de costumbre, pero tranquilo, entró en su tema: la Iglesia, sus instituciones, sus obras, sus Papas, sus monjes, sus santos. Presente yo en

esa lección, oía decir a mi alrededor que la elocuencia no podría nunca ser llevada a grado más alto. Aquel día, el maestro se superó a sí mismo. La sala retumbaba por los aplausos. Y tengo que afirmar que los conjurados aplaudieron más fuerte que los demás. Estaban desarmados.

9. Entre los profesores de la Sorbona, se encontraba Lenormant, recientemente convertido al catolicismo. Los mismos que fracasaron ante la popularidad de Ozanam, empezaron a atacar a Lenormant, esperando obtener de esa manera un fácil desquite, en la persona de aquel neófito a quien llamaban despectivamente «el convertido de la Sorbona». Los tribunales del Colegio de Francia, los señores Michelet y Quinet, lanzaron a hurtadillas sus hordas insensatas contra esa cátedra donde se enseñaba la Historia tan bien como antes, pero realizándola en el honor de la verdad. Sin embargo, los cursos de Lenormant, antes tan concurridos, se veían convertidos en escenas de impía y salvaje violencia. Ozanam, que había visto de cerca aquellos motines, aseguraba que no se trataba en absoluto de tumultos escolares. El sabía que era un complot urdido sin pasión, pero sí con un cálculo indigno, fraguado en las oficinas de algunos periódicos revolucionarios. Como, al mismo tiempo, el Gobierno demostraba la debilidad que suele usar cuando se trata de proteger las creencias, había motivo para temer nuevos atropellos, siendo lo más triste en estos casos que, aunque los revoltosos sean pocos en número, hacen tanto ruido que, por poco que perseveren, terminan por lograr su objeto.

Felizmente, la juventud católica demostraba en esos momentos una fortaleza poco común, fortaleza que haría pagar al enemigo su triunfo y que, al mismo tiempo, contribuía con eficacia a fomentar la unión y fortificar los corazones.

Al enterarse Ozanam de los ataques preparados contra Lenormant, resolvió no perder uno sólo de sus cursos y usar de toda su influencia para rodearlo de un buen auditorio. Bien pronto tuvo que echar mano de aquella influencia para defender al profesor atacado.

En efecto, al aparecer Lenormant en una de las lecciones, se vio saludado por las vociferaciones más insensatas. Quiso hablar y los silbidos callaron su voz. Entonces Ozanam se puso de pie, subió a un banco y allí, erguido, quedó por un momento, contemplando con una mirada entre desdeñosa y compasiva, aquel desencadenamiento de pasiones. Ante aquella arrogante actitud, se oyeron algunos aplausos. Calló Ozanam con un gesto las aclamaciones que le tributaban. Luego se dirigió a los revoltosos y les reclamó que supiesen respetar en la conciencia ajena aquella libertad tan proclamada por ellos. Se hizo el silencio. Y, al influjo de la palabra de Ozanam, pudo Lenormant continuar o, mejor dicho, comenzar su clase aquel día.

De este armisticio hubiera podido lograrse la paz. Pero la autoridad universitaria cedió ante la violencia y se clausuró el curso por orden superior.



## CAPITULO XVII

### FAMILIA, TRABAJO Y CARIDAD

*Se vive bien con poco cuando en la  
modesta mesa brilla el salero de la casa  
paterna y cuando el tranquilo sueño no lo  
interrumpen ni el temor ni la sórdida  
codicia.*

(Horat. Libro 2, 16)

1.— Paternidad 2.— Ozanam, Caballero de la Legión de Honor 3.— Trabajo y felicidad 4.— Propagación de la Fe 5.— Renuncia de M. Bailly 6.— Gossin 7.— Conferencia fundada por Lallier 8.— Los obreros.

Desde el año 1844, se encontraban en París los hermanos de Ozanam, quienes compartían con él la casa de la calle Fleurus. Poco después, en carta a Lallier, le comunicaba Ozanam que ha llamado a su lado a su vieja Guigui quien, después de sesenta años de servicio, se encontraba feliz al lado de los hijos de sus señores. Ozanam decía que todo eso venía a aumentar la felicidad de su hogar, donde ya reinaba bastante la alegría. Un piano Pleyel contribuía también a las delicias de aquella casa. Ozanam no era músico, pero su alma de artista sabía saborear la belleza en todos sus aspectos, y la señora Ozanam sabía dejar pasar su alma a todo lo que tocaba.

Ozanam iba poco al mundo. Cuando era estudiante, Ampère, hijo, lo había presentado en los salones de Mme. Recamier. Fue allí pocas veces y luego no volvió más. El sabía apreciar mejor las reuniones íntimas, donde el corazón se expansiona sin dobleces, contando con la lealtad de los verdaderos amigos. Y nunca le faltaron amigos de esa clase, amigos fieles hasta el sacrificio, que sentían por él un afecto casi admirativo y que se complacían en demostrárselo.

1. A tal cúmulo de alegrías vino a sumarse la mayor de todas, la ardientemente deseada por Ozanam. El 7 de octubre de 1845 pudo, al fin, exclamar: «¡Soy padre!» Pudo apretar entre sus brazos la dulce criatura que el cielo le confiaba. Le pusieron el nombre de María, como homenaje a la celestial Patrona a quien atribuían aquel don precioso. Escogió Ozanam, para padrino de su hija, a Lallier, su gran amigo y uno de sus siete primeros compañeros de las Conferencias.

2. Queriendo sin duda colocar un presente en aquella blanca cuna, escogió el señor Le Clerc, esos días para ofrecer a Ozanam la condecoración de la Legión de Honor. Por delicadeza, pidió éste que semejante honra fuese

aplazada, ya que dado su reciente y precoz nombramiento de profesor, podrían juzgar que acumulaba demasiados honores sobre su frente. Tal delicadeza fue comprendida y apreciada, pero al año siguiente, el 4 de mayo de 1846, fue nombrado Ozanam Caballero de la Legión de Honor.

3. Años felices los de 1844 a 1846, dedicados a la familia, el estudio y las obras de bien. Ozanam tenía, en su manera de vivir, una especie de poesía y de delicadeza que lograba embellecer todo a su alrededor. La felicidad que en su hogar disfrutaba la tenía como comprada por su gran trabajo intelectual, y en ese trabajo, encontraba él una fuente nueva de felicidad. Dedicó gran parte de las vacaciones, que pasaron en Nogent-sur-Maine, después del nacimiento de su hijita, a la redacción y documentación de «*su interminable volumen sobre los germanos*», como decía él mismo.

4. Seguía prestando siempre su colaboración a los Anales de la Propagación de la Fe. Era tal el interés que esta obra le inspiraba, que los esfuerzos que realizaba por ella eran para él causa de gran satisfacción y motivo de mayor unión con Dios. El espectáculo de los mártires de Oceanía despierta en su memoria los célebres martirios de Lyon, en el siglo XI. Oigamos con qué ardor se expresa:

«Son las mismas escenas las que se repiten ante nuestros ojos. El pretorio sigue abierto. Las hachas continúan chorreando sangre. Las cartas de los misioneros nos permiten contemplar los interrogatorios y los suplicios de nuestros hermanos. ¿No sentimos, ante semejantes ejemplos, que la fe renace más ardiente en nuestros corazones y, orgullosos con el triunfo de nuestros hermanos, dejaremos callar esa voz que, a pesar nuestro, quiere gritar: Nosotros también somos cristianos?»

Ya lo hemos dicho: el trabajo formaba parte de su felicidad y era algo así como una batalla que sostenía con las horas del día para lograr un poco de tiempo que dedicar a las obras, a los pobres y a los amigos.

5. Pero entre todas sus ocupaciones, la más grata a su corazón y a la que dedicaba la mayor parte de su tiempo libre, era a las Conferencias de San Vicente de Paúl. El 9 de mayo de 1844, M. Bailly presentó su renuncia a la presidencia, dirigiendo una carta conmovedora a los socios, en la reunión del día 11. La carta de M. Bailly terminaba con estas palabras: «¡Adiós, señores y queridos hermanos, adiós!, y que este adiós, que no significa separación, nos una más que nunca en Jesucristo. Termino hoy con las mismas palabras que dije a los socios el día aquel en que el número nos obligó a dividirnos: Valor, señores, reunidos o separados, de cerca o de lejos, amémonos siempre. Amémonos y sirvamos a los pobres. Es mucho el mal que se hace, hagamos nosotros mucho bien.»

Cuando, después de ocho días de oraciones al Espíritu Santo y después de haber ofrecido la Santa Misa por esta intención, se reunió el Consejo general, durante tres días consecutivos, el 15, el 18 y el 21 de mayo, para deliberar sobre la elección del nuevo presidente, todas las miradas se volvieron espontáneamente hacia Ozanam. Pero en eso no había que pensar. El servicio, y servicio grande, que prestó entonces Ozanam a la

Sociedad, fue el de hacerle pasar felizmente aquella crisis delicada y penosa, abierta ante ella por la renuncia de su primer presidente.

*Amémonos y  
sirvamos a los  
pobres. Es mucho  
el mal que se hace,  
hagamos nosotros  
mucho bien.*



6. Ozanam y Cornudet hicieron elegir a Gossin. Cuando le propusieron a Ozanam que conservara la vicepresidencia, aceptó. Eso significaba también trabajo, pero trabajo más oscuro, con una abnegación constante hacia «su querida pequeña Sociedad», como él la llamaba. Vicepresidencia prorrogada sin cesar en sus funciones y que Ozanam abandonaría tan sólo al abandonar la vida.

La circular enviada por Ozanam, en la cual presentaba como nuevo presidente a Gossin, antiguo Consejero de la Corte Real de Paris, fundador y presidente de la Sociedad de San Francisco de Regia, decía así: «Su nombre lo conocen los pobres, lo aman los católicos, lo respetan todas las opiniones. Su energía natural es apta para toda labor. Su noble corazón está dispuesto a todos los sacrificios.»

Lallier, el número dos después de M. Bailly, según expresión de Ozanam, no estaba allí. No por eso dejó de estar al tanto de los nuevos cambios, ya que Ozanam le escribió informándole de todo, al mismo tiempo que le recordaba la mala cara con que lo recibieron los socios en 1833, cuando se presentó a una de las reuniones acompañado del pobre La Nou, quien pretendía elevar a nueve el número de los socios. «Hoy sumamos nueve mil», le decía Ozanam.

Lallier, por su lado, no estaba ocioso. En enero de 1844, había fundado en una modesta sala, cerca de Notre Dame, en Sens, la primera Conferencia de San Vigente de Paúl. Esta Conferencia se componía de dos miembros. Las sesiones, durante tres semanas, se ocuparon tan sólo de hacer las preces, seguidas de una lectura espiritual y terminando con una contribución mutua. El resto del tiempo lo dedicaban a preguntarse dónde podrían conseguir un tercer socio, a fin de crear, con su concurso, una de esas reuniones que Nuestro Señor ofreció bendecir y donde se pudiese poner en práctica la regla: *Tres facium capitulum*.

Ese tercer socio no se dejó esperar largo tiempo, prestando a la Conferencia recién nacida su vida normal. Cinco meses más tarde, el 26 de julio, la misma Conferencia presentaba a su Arzobispo 18 miembros activos,

17 miembros honorarios y 16 familias visitadas. Llegaría el día en que esta Conferencia contaría con cincuenta miembros.

Por ese tiempo, llegó también para Ozanam un gran día, y fue aquél en que le fue dado recibir correspondencia de la más alta dignidad terrena: Pío IX acababa de subir al solio. Veamos lo que el mismo Ozanam comunica a Lallier: «Ya sabe Vd. que el Consejo general de las Conferencias escribió una carta a Nuestro Santo Padre Pío IX para felicitarle por su consagración, ofrecerle un ejemplar del *Manual* y pedirle su bendición para nuestra Obra. Fue este servidor suyo quien redactó esa carta en su más bello latín. Tengo la ventaja de ser el latinista del Consejo, de la misma manera que soy a veces el teólogo de la Facultad. Por ahí verá Vd. que mis gustos procuran también sus satisfacciones.»

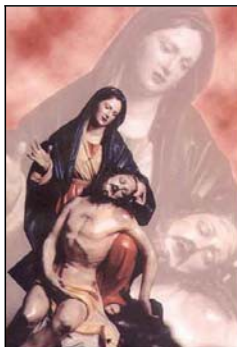
8. En ese tiempo, se ocupaba Ozanam, con su gran caridad habitual, de los obreros de San Javier, en la cripta de San Sulpicio. Casi todos los domingos les improvisaba un discurso familiar, lo que no restaba encanto a su palabra, que sabía hacerse paternal y, sobre, todo, sabía colocarse al nivel del obrero, ilustrando su inteligencia y satisfaciéndole el corazón.

A veces, con su gracia natural, les presentaba ante los ojos una de esas viejas leyendas irlandesas, daba vida a sus héroes y cantaba sus heroísmos, para terminar siempre con la sanción moral y la enseñanza cristiana. «Nosotros mismos —le decía—, labramos nuestra propia existencia, pero sin conocerla, algo así como trabajan en sus gobelinos los obreros de tapicería. Siguiendo dócilmente el dibujo trazado por un artista desconocido, se esfuerzan ellos en combinar al revés de la trama, los hilos de diversos colores indicados por el artista. Van así cumpliendo la voluntad ajena, ignorantes del resultado obtenido por su trabajo. Más tarde, cuando su labor haya concluido, podrán ellos admirar esas flores, esos cuadros, esos personajes y esas maravillas de arte que sus manos fabricaron y que irán a servir de adorno en los palacios reales. Así trabajamos nosotros, amigos míos, dóciles y subordinados a la voluntad de Dios, sin ver nada de nuestra labor. Pero Él la conoce. Él, el Divino Artesano, la ve. Y cuando, al terminar nuestra tarea, presente ante nuestros ojos toda nuestra vida de trabajos y de penas, caeremos, extasiados, y bendeciremos su paternal benevolencia que se dignó aceptar nuestra humilde labor para ser colocada en su eterna mansión.»

Tomaba también parte Ozanam en un círculo católico que contaba en su seno con un grupo de sabios eminentes, quienes se esforzaban, por medio de sus conferencias, en hacer fracasar las lecciones anticristianas de la enseñanza oficial. Le tocaba a Ozanam la conferencia semanal de Literatura. Su decir elocuente sabía elevar el alma de sus oyentes hasta las alturas del Cristianismo. Todos recordarán siempre la tarde en que, trémulo de emoción, los dejó fascinados con el poder de su palabra: «Señores, todos los días, nuestros amigos, nuestros hermanos, caen como soldados sobre la tierra de África o como misioneros ante el palacio de los infieles. Y nosotros, ¿qué hacemos mientras tanto?... ¿Creemos que Dios ha marcado a los unos,

como destino, el deber de morir al servicio de la civilización y de la Iglesia, y a los otros la facultad de vivir holgadamente, recibiendo de las rosas tan sólo el perfume?... ¡Ah, señores! ¡Obreros de la ciencia, gentes de letras, cristianos todos!, mostremos que nuestra cobardía no llega al extremo de creer en semejante distribución, que sería una acusación contra Dios, por haberla hecho, y una vergüenza para nosotros, por aceptarla. Preparémonos para demostrar que también para nosotros existe el campo de batalla donde, si es preciso, sabremos morir.»

Así trabajamos nosotros, dóciles y sujetos a la voluntad de Dios, sin ver nada de nuestra labor. Pero Él la conoce... Y cuando, al terminar nuestra tarea, presente ante nuestros ojos toda nuestra vida de trabajos y de penas, bendeciremos su paternal benevolencia



*Señores, todos los días,  
nuestros hermanos caen  
como misioneros ante el  
palacio de los infieles. Y  
nosotros, ¿qué hacemos  
mientras tanto?...*

## CAPITULO XVIII

### OZANAM Y EL PECULADO

*«Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública.»* Simón Bolívar

1.— Ozanam enfermo 2.— Reposo prescrito por el médico 3.— Frase lapidaria del Libertador 4.— Ozanam y el peculado.

1. Ozanam enfermó. Consecuencia natural de aquella vida de fatigas. Una fiebre perniciosa se apoderó de él. Los excelentes cuidados del Dr. Gouraud y la ternura inteligente y constante de su esposa, lograron sostenerlo en aquella prueba. Dura prueba, sin duda, para aquella naturaleza activa al ver que, después de vencida la enfermedad, no recuperaba las fuerzas que le permitiesen continuar la vida normal. De los bosques de Melun, lo hicieron pasar al clima más alto de Bellevue. El estado de postración continuó, sin embargo, hasta tal punto que ni siquiera podía salir a visitar a los pobres. Para desquitarse, compraba diariamente una gran cantidad de pan que distribuía entre los que venían a implorar a su puerta. A éstos, al darles la limosna, les suplicaba que rogasen por él.

2-3. Prescribieron los médicos un año de reposo. El reposo para él, en medio de la inmovilidad y la inacción, hubiera sido la muerte. El ministro de Instrucción Pública, de Salvandy, se propuso ayudarlo procurándole un viaje agradable y útil. Con ese fin, le confió una misión de estudios históricos en Italia. En la mente bondadosa del Ministro, era ese cargo tan sólo un pretexto para facilitarle un viaje de salud. Pero, ¿podría Ozanam aceptar semejante arreglo y recibir los honorarios por una misión que no habría de cumplir? Era Ozanam la antítesis de aquellos que sepultara en su sitio con su frase lapidaria el genio de nuestra América: «El talento sin honradez es un azote» (Simón Bolívar).

4. Con su conciencia delicada, sabe Ozanam medir el peculado como el más siniestro de los robos. Y lo es porque no es tan sólo al poderoso a quien despoja el peculado de los bienes que posee, sino que es un crimen que corroe a la sociedad entera. Y como la sociedad está compuesta, en su mayoría, de pobres y miserables, son los pobres y los miserables los mayormente defraudados con el robo público. A ellos despoja el peculado del orfelinato que su desgracia exige. Son ellos los que se ven privados de la escuela que con urgencia necesitan. Son ellos los que habrán de padecer la enfermedad sin que exista en el hospital la cama que, por derecho, les toca..., y tanto infortunio, tanta desgracia por esos infelices padecida, para que logren gozar de mayores comodidades, a las que no tienen ningún derecho, unos pocos a quienes la pluma se niega a llamar afortunados. *Ditior*

*est virus qui ea aequo animo carere potuit, quam qui obtulit* (Plutarco. Phoc.—Aelian. I, 25).

Por lo tanto, no podía Ozanam --alma recta, noble y justa— presentarnos la triste caricatura del que pretende socorrer al prójimo con aquello que en realidad le arrebatara, del que pretende practicar la caridad cuando no sabe respetar la justicia. Aceptó, por lo tanto, el cargo que por tantos motivos le convenía, pero desempeñó como debía su misión.

Ese medio año pasado en Italia fue el más feliz de su vida y dejó en su alma una huella indeleble y deliciosa a la vez.

Hay que convenir en que realizó ese viaje en unas condiciones y bajo unas circunstancias excepcionalmente felices. Se sentía renacer a la vida, después de una grave enfermedad. Iba acompañado por los dos seres que más amaba en la tierra. A cada paso sentía que su nombre era conocido, que su título era apreciado. Llevaba además el encargo de una misión que había de abrir ante él todos los santuarios de la ciencia y de las artes.

A todo esto se agregaba que era aquella una hora solemne para toda Europa y en particular para Italia. El peregrino de la Historia iba a presenciar uno de esos cambios en la vida de las naciones, cuyos nuevos y brillantes horizontes deslumbran las miradas y embargan el ánimo de entusiasmo y de esperanza. El alma ardiente y generosa de Ozanam debía vibrar de emoción ante semejante espectáculo.

Efectivamente, aquel memorable viaje, como dice Ampère, fue una sucesión constante y renovada de felicidad. Ozanam contribuía a aumentar esa felicidad con su invariable buen humor y con aquella franca alegría que era uno de los grandes encantos de que se gozaba en su compañía. Su espíritu curioso y entusiasta no se cansaba de aprender y de admirar tanto las obras de la Naturaleza como las creaciones del arte. Tomaba nota de todo. Estudiaba las inscripciones. Se recreaba con deleite en los lugares de recuerdos célebres, los cuales presentaba revividos ante la vista de su compañera, entusiasmada.

Llegaron a Florencia en enero de 1847, admirando allí el derroche de arte que esa ciudad encierra. Dada la disposición de su espíritu, tal vez lo que le causó mayor emoción en aquel lugar incomparable, fue la altiva inscripción que leyó sobre la torre del viejo palacio: «*J. C. Rex Flor. elect. S. P. Q.*» «Jesucristo, Rey de Florencia, elegido por el Senado y por el pueblo.»

# CAPÍTULO XIX

## ROMA

*Ten presente, oh romano, que es tu destino gobernar los pueblos con tu imperio. Ese será tu oficio: imponer normas de paz, ser generoso con los vencidos y aplastar a los altivos.*

Virgilio (Eneida. Lib. 6º)

1.— Pío IX 2.— Roma 3.— Las catacumbas 4.— Monte Casino 5.— Audiencia papal 6.— Ovación del pueblo de Roma a Pío IX 7.— Venecia.

1. Al fin, el 2 de febrero, puede contemplar los rasgos del Vicario de Cristo y esta vista le arranca lágrimas de emoción.

El 13 de febrero, arrodillado al lado de su esposa, besó el anillo del Pescador que ha sellado durante diez y ocho siglos actas tan inmortales, y recibió de sus manos el Cuerpo del Salvador. Unas horas más tarde, fueron recibidos los esposos en audiencia privada. El Santo Padre les habló de Francia, de los estudiantes, de los deberes de la enseñanza. Y todo, con una nobleza, con una emoción y con una gentileza que conquistó el corazón de Ozanam. Aprovechó éste el momento oportuno para hablarle de las Conferencias de San Vicente de Paúl. El Santo Padre dijo que las conocía y que estaba enterado del bien que hacían esos jóvenes, en sus visitas a los pobres y a los enfermos.

Arrodillado al lado de su esposa, besó el anillo del Pescador... Unas horas más tarde fueron recibidos en audiencia privada.



2. Encerraba Roma para Ozanam, además del interés primordial del Papa, el interés bien grande también de visitar las tumbas y contemplar las huellas que encierra esa ciudad de tantos santos y tantos mártires. Largas



horas pasaron ambos esposos cerca de la tumba de aquellos grandes hombres y santas mujeres, cuyas virtud parece mejor comprendida y apreciada, al contemplar los lugares donde vivieron y reposan.

3. Los esposos Ozanam habían encontrado en Roma al hombre, al sacerdote mejor capacitado para introducirlos en el alma de la Roma cristiana. En la catedral de San Pedro, sobre la tumba de los Apóstoles, oyeron la misa del abate Gerbet. Cinco veces bajaron a las catacumbas, acompañados por él. Y él les fue mostrando detalladamente las maravillas encerradas en aquellos museos de arte divino: ya era toscamente grabada en la piedra la imagen del Buen Pastor quien, llevando en la mano su largo cayado, está dispuesto a pasar todo lo que sea necesario, con tal de lograr que todo el rebaño se recoja en su redil; ya eran las líneas definidas con que el artista quiso recordarnos, es verdad, que la mirada del Juez por doquier nos persigue, pero quiso también decirnos que hay un Padre que nos mira y pesa nuestros esfuerzos, que oye nuestros gemidos y recoge nuestro llanto... Ya era también la cándida paloma que lleva en el pico la rama de oliva y viene a ofrecernos que siempre habrá paz para todos aquellos que el Cordero redima. Y luego el Pez simbólico, al que cupo en suerte encerrar en su nombre el más excelso nombre que en la tierra se oyera y definir en síntesis la misión divina que el Hijo del Altísimo cumplió por nuestro amor. Y, más allá, el ancla que lanza el cristiano, con todo su afán, hacia el más hondo Cielo y que, encajando en la altura su diente corvo, nos indica claramente que allí está el consuelo. Y todavía más lejos, la noble figura de aquella mujer que yace en tierra y que aún después de muerta, con sus dedos grita la fe que profesa.

**El Buen Pastor quien  
está dispuesto a pasar  
todo lo que sea  
necesario, con tal de  
lograr que todo el  
rebaño se recoja en su  
redil.**



La palabra enternecida del abate Gerbet les hacía comprender mejor la inocencia, la sencillez y el invencible valor de aquel nacer de nuestra Iglesia y de todo lo que nos revela su divinidad.

Ozanam consideró siempre como una de las mayores gracias de su vida, aquella visita a Roma, en el invierno de 1847. Durante su estancia, pudo apreciar, en su justo valor, los primeros pasos de Pío IX en su pontificado y pudo ver de cerca el entusiasta despertar de toda Italia. «Ciertamente —decía él—, que no es la popularidad de un Papa, ni su impopularidad, lo que

debe reafirmar quebrantar nuestra fe. Pero el corazón se siente confortado, con un dulce y tierno orgullo, al contemplar al Padre en quien firmemente se cree, rodeado de admiración y de amor.»

4. No quiso Ozanam despedirse de Roma, sin antes visitar el Monte Casino. Allí fue solo. Y solo se detuvo en ese lugar sagrado durante treinta y seis horas. Dichoso se sintió, al comulgar en la tumba de San Benito y al encontrar todas las tradiciones benedictinas en la admirable biblioteca de la Abadía. Los monjes, con un interés muy comprensible, ya que iba Ozanam recomendado por el Papa, le mostraron algunos manuscritos que tenían para él una importancia suma.

5. Nueva audiencia obtuvo Ozanam del Papa con motivo de esta visita al Monte Casino. Aprovechó Ozanam esta visita para entregar al Santo Padre las cartas de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El Santo Padre lo acogió con la misma benevolencia que la primera vez, le habló de muchas cosas interesantes, con gran confianza y afecto.

Una sola cosa faltaba para coronar su estancia en Roma. Hubieran querido los dos esposos presenciar una de aquellas maravillosas ovaciones con que el pueblo solía manifestar su amor a Pío IX. Ese deseo iba a verse realizado.

En esos días, celebraba Roma, con gran majestad y con un esplendor inusitado, el 26.º centenario de su fundación. El jueves, 22, avisaron a Ozanam que, para clausurar esas fiestas y dar al mismo tiempo las gracias a Pío IX por su último edicto, se preparaba una de las mayores manifestaciones habidas hasta entonces, seguida de una bellísima procesión de antorchas. Veamos cómo relata el mismo Ozanam sus impresiones de esa noche:

6. «Nos precipitamos a la Plaza del Corso, con el abate Gerbet y otros amigos, que habían venido a despedirnos. El punto de reunión general era en la Plaza del Pueblo, donde distribuían las antorchas. Desde allí vimos desfilar aquella marcha triunfal compuesta, primero, de un cuerpo de música militar, seguida por una columna de 6.000 personas armadas de antorchas, las cuales marchaban en perfecto orden. Entre ellas, se veían burgueses, obreros, sacerdotes revestidos, unidos todos por un mismo sentimiento: ¡Viva Pío IX!...

»A medida que el cortejo avanzaba en el Corso, se iban iluminando las casas que se encontraban a su paso, pudiéndose ver en todos los pisos el ondear de las banderas, y todos los balcones cubiertos de insignias. Seguimos a la multitud hasta la Plaza Colona y desde ahí nos adelantamos a ella por medio de un rodeo, para esperarla en la Plaza del Monte Cavallo, que ya estaba llena de gente. Pudimos ver llegar las antorchas y la música, las cuales lograron abrirse paso y colocarse en cuadro, frente a la puerta del palacio papal, rodeando al edicto, que era llevado con gran pompa. Primero, tocaron algunos cantos. Luego se dejó oír un gran grito: era el grito de 5.000 hombres allí reunidos. La ventana del balcón se había abierto y frente a todos nosotros estaba la figura del Santo Padre, acompañado de dos prelados y de

algunos servidores, con antorchas. Saludó a la derecha y a la izquierda con una dulzura que arrebató los corazones. Redoblaron los aplausos y las aclamaciones. Pero he aquí lo que más me conmovió: hizo el Papa un gesto y en seguida tan sólo se oyó una palabra: ¡Zitto! (chitón). En menos de un minuto, reinó el más completo silencio en medio de aquella multitud delirante. Entonces se pudo oír la voz del Pontífice que se elevaba para bendecir a su pueblo. Y, cuando al levantar la mano y hacer el signo de la Cruz, hubo pronunciado las palabras solemnes, de una a otra parte de la plaza se oyó tan sólo un solo grito, una sola voz: Amén.

»Nada más bello que esa oración de una ciudad entera con su Obispo, a esa hora tardía de la noche, bajo un cielo soberbiamente adornado con la luz titilante de las estrellas. Y fue en realidad un acto religioso, ya que al retirarse el Papa del balcón, todas las antorchas se apagaron al instante y la escena quedó tan sólo iluminada por el resplandor de algunas luces de bengala prendidas en las azoteas de los palacios vecinos...

»A las nueve y media salimos de la Plaza del Quirinal y regresamos por las calles tranquilas y silenciosas, como calles de media noche. Los romanos habían ido a acostarse como buenos muchachos que, antes de dormir, piden la bendición a su Padre.»

7. Al día siguiente salió Ozanam de Roma. No lo seguiremos en su peregrinación por Asís, Ravena, etc. Los diez días que pasó en Venecia fueron, para él, como un sueño. Le parecía que contemplaba un cuento de hadas que se desvanecería al despertar. El Campanil, el fondo de la Plaza de San Marcos, el palacio del Dux, el mar y las góndolas fantásticamente iluminadas durante la noche, mientras los trovadores cantan, paseando por el Gran Canal. Recuerdos imborrables para todo aquél que una vez lo contempló.

## CAPÍTULO XX

### LA REVOLUCIÓN DE 1848

*Oh perverso error, hijo de la melancolía, ¿por qué presentas a la mente sana del hombre las cosas que no son?*

Shakespeare (Julio César. Act. V; Sec. 3)

1.— Ozanam: en su vida de familia 2.— Política pontificia 3.— Programa político de Ozanam 4.— Lucha de clases 5.— La Revolución de febrero 6.— Ozanam por el pueblo.

Ozanam regresó a París con el corazón henchido de esperanza. Veía en Pío IX el astro naciente ante cuyo resplandor debían palidecer todas las modernas apostasías. Y como transfigurado por la luz de ese astro, se presentó delante de sus discípulos de la Sorbona, el 21 de octubre, para dar comienzo al nuevo curso. La sala rebosaba de alumnos, los cuales tributaron una ovación afectuosa al querido maestro.

1. Los primeros meses de 1848 fueron para Ozanam y los suyos una de esas raras épocas de la vida, llenas de paz y felicidad, épocas que es preciso aprovechar, porque siempre son fugaces.

Poseía Ozanam cualidades que contribuían mucho a crear la felicidad en su alrededor. Además de gozar de un constante buen humor, tenía en su manera de vivir una especie de poesía y de delicadeza que embellecía todo lo que lo rodeaba. Así, él tan sobrio en el comer que a veces ni sabía lo que comía, tenía especial cuidado en procurar que los domingos y días de fiesta hubiese siempre en la mesa algo nuevo y diferente, para festejar el día.

Hasta su muerte supo obsequiar a su esposa con flores y plantas en cada fecha memorable, y había en sus actos siempre algo espiritual como para embellecer la vida. Podemos, pues, decir que en aquel hogar hubo largas temporadas de completa felicidad. Y Ozanam saboreaba esa felicidad y al mismo tiempo dirigía su espíritu hacia el Altísimo, Autor de todo bien: «Bien maluco soy —solía decir a veces— al no mostrar mejor mi agradecimiento a Dios. La juventud se escapa y me doy cuenta de que no avanzo en la virtud. Ya pronto tendré treinta y cinco años: *Nel mezzo del camin di nostra vita*. Suponiendo que llegue a andar todo el camino, tendré siempre que llegar al fin y mucho me temo llegar allí con las manos vacías.»

Dijimos que Ozanam saboreaba su dicha. Sin embargo, no estaba lejos la hora en la cual la política lo abrumaría con su peso.

2. En esos días, el conde de Montalembert pronunció un soberbio discurso sobre Pío IX y su Italia, que hizo vibrar de entusiasmo el corazón de Ozanam, quien al mismo tiempo se quejaba de la tibia indiferencia con que la Prensa católica acogió ese discurso. No pudiendo contenerse, se quejó a Foisset de que el *Correspondant* no hubiera publicado un artículo serio a ese respecto. Quejarse era, al mismo tiempo, ofrecerse a hacerlo. Y lo hizo. Primero, bajo la forma de un discurso, y luego de un artículo que completaba el discurso. Todo lo publicó en el *Correspondant* del 10 de febrero de 1848.



3. Establecía Ozanam en ese artículo la balanza entre los peligros y la esperanza que veía en la obra de Pío IX. Los peligros los encuentra afuera y también adentro. Y los enumera con calma y buen juicio. Al bendecir a Pío IX, no dejó de defender a Gregorio XVI. Rindió también plena justicia a la Compañía de Jesús, reprobando el reciente libelo del abate Gioberti: *il Gesuita moderno*, cuyas hojas habían sido utilizadas en pasquines incendiarios.

Dejando a un lado los peligros, empezó Ozanam a referirse a las esperanzas y las encontró numerosas. Pero lo que él coloca al fin y al principio de sus esperanzas es la persona misma del Papa. Su entusiasmo por Pío IX nace de la admiración que le inspira porque es bueno y porque quiere el bien. Y también porque es sabio. Ozanam lo encuentra coronado por todas las virtudes: pureza, caridad, fuerza. Su humildad le confunde. Su piedad le conmueve. Su oración le edifica. Ve que cada una de sus resoluciones fue antes fortificada por el fuego de la oración y purificada por las lágrimas vertidas a los pies del Señor. «En fin —repite él—, ese Papa es un santo. Un santo cuyo semejante lo encontraremos únicamente retrocediendo hasta Pío V.»

Ese vibrante artículo debía tener una conclusión aún más ardiente. Ozanam, el historiador de la conversión de los bárbaros, recuerda que, desde el siglo VI hasta el IX, los Papas San Gregorio el Grande y luego Gregorio III, rompieron con Bizancio, que había abandonado la defensa de la Iglesia, dirigieron sus miradas hacia los bárbaros quienes, al convertirse en sus hijos, se convirtieron también en su apoyo y en su defensa. Encontraba Ozanam cierta analogía entre esa antigua evolución de Roma y la que en sus días se efectuaba en favor de las masas populares. «Esas masas populares —decía

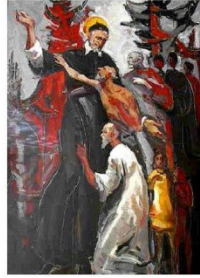
él—, tiernamente amadas por la Iglesia, porque representan el número, el número infinito de almas que es preciso conquistar y salvar. Porque representan la pobreza que Dios ama y el trabajo que Dios bendice». Luego, con mayor osadía, termina con estas palabras: «Sacrifiquemos nuestras repugnancias, y nuestros resentimientos, y vayamos hacia esa democracia, hacia ese pueblo que no nos conoce. Persigámoslo no sólo con nuestra palabra, sino también con nuestros beneficios. Ayudémosle no sólo con la limosna que ata al hombre, sino también con nuestros esfuerzos para lograr instituciones que, al independizarlos, los hagan mejores. ¡Pasémonos a los bárbaros y sigamos a Pío IX!»

Ozanam no fue comprendido. Su último grito causó espanto. La palabra democracia evocó el fantasma del terror. El nombre de bárbaros lo tradujeron por comunista, por falansteriano. No comprendieron la alusión histórica ni tampoco su intención. Esto causó a Ozanam más dolor que sorpresa. Por sabido tenía él que su artículo suscitaría quejas y amonestaciones. Le llegaron por cantidades. Pero, por otro lado, tampoco faltaron las adhesiones más sinceras de los católicos fervorosos. El venerable P. Desgenettes le escribió dándole su aprobación. El P. Lacordaire le manifestó que compartía sus opiniones, asombrándole únicamente que lo encontrasen exagerado. Foisset le hizo algunas amonestaciones, pero tan amigables, que Ozanam juzgó que nunca fue ni tan cordial ni tan benévolo.

Ya lo hemos dicho: Ozanam sabía que su sinceridad no había de ser del agrado de muchos. Pero, aunque no le gustaba provocar discordias, desafió la opinión pública, sabedor de lo que le aguardaba, pero convencido del deber imperativo que debía cumplir.

4. «Pasar de Bizancio a los bárbaros —explica él—, es pasar del campo de los hombres de Estado y de los reyes sojuzgados por sus intereses egoístas y dinásticos, a los intereses nacionales y populares. Ir al pueblo, es seguir el ejemplo de Pío IX. Es ocuparse de ese pueblo, que tiene tantas necesidades y tan pocos derechos; de ese pueblo que reclama una parte razonable en la administración pública, que reclama garantías para su trabajo y seguridades contra la miseria. Ese pueblo que sin duda corre tras los jefes malos, pero es porque no encuentra en ninguna parte a los buenos. Así es como pasarse al pueblo es pasarse a los bárbaros, pero para trancarlos de su barbarie., para transformarlos en ciudadanos, convirtiéndolos primero en cristianos y para hacerlos subir hasta la verdad y la moralidad, haciéndoles dignos y capaces de la libertad de los hijos de Dios.»

*Pasarse al pueblo es pasarse  
a los bárbaros... para  
transformarlos en  
ciudadanos, convirtiéndolos  
primero en cristianos y para  
hacerlos subir hasta la verdad  
y la moralidad, haciéndoles  
dignos y capaces de la  
libertad de los hijos de Dios.*



5. El 24 de febrero de ese año estalló la revolución que arrebató el trono a Luis Felipe y proclamó la República.

Muchos años antes; en 1834, contando Ozanam tan sólo veintiún años, formulaba su programa político en estos términos: «Ni niego ni rechazo ninguna combinación gubernamental. Pero las considero únicamente como instrumentos para procurar la felicidad a los hombres y hacerlos mejores. Juzgo que la autoridad es un medio. La libertad es un medio. La caridad es un fin.

»Existen dos clases de gobierno que obedecen a principios diametralmente opuestos: O la explotación de todos para provecho de uno sólo y es la monarquía de Nerón, ¡monarquía abominable!; o el sacrificio de uno sólo al provecho de todos y es la monarquía de San Luis, monarquía que merece reverencia y amor; o es también la explotación de todos al provecho de un Partido y es la república del terror, ¡república maldita! Por fin, es el sacrificio de cada uno en provecho de todos, y es la república cristiana de la Iglesia primitiva de Jerusalén. Será, tal vez, la del fin de los tiempos.»

En esos momentos, por encima del asunto gobierno, existía otro problema ligado más estrechamente aún a la cuestión religiosa. Veamos lo que escribía Ozanam a sus amigos: «Lo que agita al mundo en estos momentos, no es ni la cuestión de personajes, ni la cuestión de formas políticas. Es únicamente la cuestión social. Es la lucha de los que no tienen nada contra los que tienen demasiado. Es el choque violento entre la opulencia y la pobreza que hace temblar el suelo donde se posan nuestras plantas. Es deber nuestro, de los cristianos, el interponernos entre esos dos campos a fin de lograr, por medio de la caridad, lo que la justicia sola no ha sabido realizar.»

Eso era lo que él siempre había deseado y lo que deseaba más que nunca en los días que siguieron a la insurrección de 1848.

6. Siempre preocupado por las clases menesterosas, lo vemos en esos mismos días redactando una hoja sobre el trabajo dominical, hoja que hizo distribuir y que hizo exhibir, esperando animar con eso a los obreros a presentar una petición con tal objeto. Por otro lado, provoca una reunión de profesores, donde se ocuparán de la fundación de cursos públicos y de la creación de una especie de escuela nocturna para esa pobre gente. Todo

esto se lo comunica a su hermano sacerdote en una carta fechada el 16 de mayo:

«Bien sabes —le dice--, que siempre he aprobado y siempre he compartido con entusiasmo tu inclinación hacia esos hombres laboriosos, pobres y extraños a las delicadezas y finuras de la vida. Si fuese mayor el número de cristianos y, sobre todo de eclesiásticos, que se hubiesen ocupado de los obreros desde hace diez años, estaríamos hoy más seguros del porvenir. En la hora actual nuestra esperanza descansa únicamente en el poco bien que se ha hecho hasta ahora aquí, en París.»

A ese mismo hermano, ausente en Lille, donde fuera a predicar una misión, le recomienda Ozanam el ocuparse tanto de los criados como de los señores, de los obreros tanto como de los ricos. Y termina encontrando en esa conducta la única puerta de salvación posible para la Iglesia: «Precisa, dice, que los párrocos renuncien a sus pequeñas parroquias burguesas, rebaño selecto en medio de una inmensa población para ellos desconocida. Precisa, además, que se ocupen no sólo de los indigentes, sino también de toda esa clase pobre que no pide limosna, pero que sufre en silencio infinidad de privaciones y hasta de desprecios. Esa gente podría ser atraída por medio de predicaciones especiales y valiéndose de asociaciones piadosas de caridad. Se les podría atraer, sobre todo, por medio del afecto que se les demuestre, afecto que esa gente sabe agradecer mejor de lo que se cree.»

En otra carta de esos mismos días, le dice al mismo hermano: «En vez de buscar la alianza de la burguesía vencida, apoyémonos en el pueblo, que es el verdadero aliado de la Iglesia. Pobre como ella, abnegado como ella y, como ella, bendecido con todas las bendiciones del divino Salvador.»



## CAPÍTULO XX

### LA REVOLUCIÓN DE 1848

*Oh perverso error, hijo de la melancolía, ¿por qué presentas a la mente sana del hombre las cosas que no son?*

Shakespeare (Julio César. Act. V; Sec. 3)

1.— Ozanam: en su vida de familia 2.— Política pontificia 3.— Programa político de Ozanam 4.— Lucha de clases 5.— La Revolución de febrero 6.— Ozanam por el pueblo.

Ozanam regresó a París con el corazón henchido de esperanza. Veía en Pío IX el astro naciente ante cuyo resplandor debían palidecer todas las modernas apostasías. Y como transfigurado por la luz de ese astro, se presentó delante de sus discípulos de la Sorbona, el 21 de octubre, para dar comienzo al nuevo curso. La sala rebosaba de alumnos, los cuales tributaron una ovación afectuosa al querido maestro.

1. Los primeros meses de 1848 fueron para Ozanam y los suyos una de esas raras épocas de la vida, llenas de paz y felicidad, épocas que es preciso aprovechar, porque siempre son fugaces.

Poseía Ozanam cualidades que contribuían mucho a crear la felicidad en su alrededor. Además de gozar de un constante buen humor, tenía en su manera de vivir una especie de poesía y de delicadeza que embellecía todo lo que lo rodeaba. Así, él tan sobrio en el comer que a veces ni sabía lo que comía, tenía especial cuidado en procurar que los domingos y días de fiesta hubiese siempre en la mesa algo nuevo y diferente, para festejar el día.

Hasta su muerte supo obsequiar a su esposa con flores y plantas en cada fecha memorable, y había en sus actos siempre algo espiritual como para embellecer la vida. Podemos, pues, decir que en aquel hogar hubo largas temporadas de completa felicidad. Y Ozanam saboreaba esa felicidad y al mismo tiempo dirigía su espíritu hacia el Altísimo, Autor de todo bien: «Bien maluco soy —solía decir a veces— al no mostrar mejor mi agradecimiento a Dios. La juventud se escapa y me doy cuenta de que no avanzo en la virtud. Ya pronto tendré treinta y cinco años: *Nel mezzo del camin di nostra vita*. Suponiendo que llegue a andar todo el camino, tendré siempre que llegar al fin y mucho me temo llegar allí con las manos vacías.»

Dijimos que Ozanam saboreaba su dicha. Sin embargo, no estaba lejos la hora en la cual la política lo abrumaría con su peso.

2. En esos días, el conde de Montalembert pronunció un soberbio discurso sobre Pío IX y su Italia, que hizo vibrar de entusiasmo el corazón de Ozanam, quien al mismo tiempo se quejaba de la tibia indiferencia con que la Prensa católica acogió ese discurso. No pudiendo contenerse, se quejó a Foisset de que el *Correspondant* no hubiera publicado un artículo serio a ese respecto. Quejarse era, al mismo tiempo, ofrecerse a hacerlo. Y lo hizo. Primero, bajo la forma de un discurso, y luego de un artículo que completaba el discurso. Todo lo publicó en el *Correspondant* del 10 de febrero de 1848.



3. Establecía Ozanam en ese artículo la balanza entre los peligros y la esperanza que veía en la obra de Pío IX. Los peligros los encuentra afuera y también adentro. Y los enumera con calma y buen juicio. Al bendecir a Pío IX, no dejó de defender a Gregorio XVI. Rindió también plena justicia a la Compañía de Jesús, reprobando el reciente libelo del abate Gioberti: *il Gesuita moderno*, cuyas hojas habían sido utilizadas en pasquines incendiarios.

Dejando a un lado los peligros, empezó Ozanam a referirse a las esperanzas y las encontró numerosas. Pero lo que él coloca al fin y al principio de sus esperanzas es la persona misma del Papa. Su entusiasmo por Pío IX nace de la admiración que le inspira porque es bueno y porque quiere el bien. Y también porque es sabio. Ozanam lo encuentra coronado por todas las virtudes: pureza, caridad, fuerza. Su humildad le confunde. Su piedad le conmueve. Su oración le edifica. Ve que cada una de sus resoluciones fue antes fortificada por el fuego de la oración y purificada por las lágrimas vertidas a los pies del Señor. «En fin —repite él—, ese Papa es un santo. Un santo cuyo semejante lo encontraremos únicamente retrocediendo hasta Pío V.»

Ese vibrante artículo debía tener una conclusión aún más ardiente. Ozanam, el historiador de la conversión de los bárbaros, recuerda que, desde el siglo VI hasta el IX, los Papas San Gregorio el Grande y luego Gregorio III, rompieron con Bizancio, que había abandonado la defensa de la Iglesia, dirigieron sus miradas hacia los bárbaros quienes, al convertirse en sus hijos, se convirtieron también en su apoyo y en su defensa. Encontraba Ozanam cierta analogía entre esa antigua evolución de Roma y la que en sus días se efectuaba en favor de las masas populares. «Esas masas populares —decía

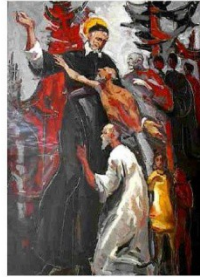
él—, tiernamente amadas por la Iglesia, porque representan el número, el número infinito de almas que es preciso conquistar y salvar. Porque representan la pobreza que Dios ama y el trabajo que Dios bendice». Luego, con mayor osadía, termina con estas palabras: «Sacrifiquemos nuestras repugnancias, y nuestros resentimientos, y vayamos hacia esa democracia, hacia ese pueblo que no nos conoce. Persigámoslo no sólo con nuestra palabra, sino también con nuestros beneficios. Ayudémosle no sólo con la limosna que ata al hombre, sino también con nuestros esfuerzos para lograr instituciones que, al independizarlos, los hagan mejores. ¡Pasémonos a los bárbaros y sigamos a Pío IX!»

Ozanam no fue comprendido. Su último grito causó espanto. La palabra democracia evocó el fantasma del terror. El nombre de bárbaros lo tradujeron por comunista, por falansteriano. No comprendieron la alusión histórica ni tampoco su intención. Esto causó a Ozanam más dolor que sorpresa. Por sabido tenía él que su artículo suscitaría quejas y amonestaciones. Le llegaron por cantidades. Pero, por otro lado, tampoco faltaron las adhesiones más sinceras de los católicos fervorosos. El venerable P. Desgenettes le escribió dándole su aprobación. El P. Lacordaire le manifestó que compartía sus opiniones, asombrándole únicamente que lo encontrasen exagerado. Foisset le hizo algunas amonestaciones, pero tan amigables, que Ozanam juzgó que nunca fue ni tan cordial ni tan benévolo.

Ya lo hemos dicho: Ozanam sabía que su sinceridad no había de ser del agrado de muchos. Pero, aunque no le gustaba provocar discordias, desafió la opinión pública, sabedor de lo que le aguardaba, pero convencido del deber imperativo que debía cumplir.

4. «Pasar de Bizancio a los bárbaros —explica él—, es pasar del campo de los hombres de Estado y de los reyes sojuzgados por sus intereses egoístas y dinásticos, a los intereses nacionales y populares. Ir al pueblo, es seguir el ejemplo de Pío IX. Es ocuparse de ese pueblo, que tiene tantas necesidades y tan pocos derechos; de ese pueblo que reclama una parte razonable en la administración pública, que reclama garantías para su trabajo y seguridades contra la miseria. Ese pueblo que sin duda corre tras los jefes malos, pero es porque no encuentra en ninguna parte a los buenos. Así es como pasarse al pueblo es pasarse a los bárbaros, pero para trancarlos de su barbarie., para transformarlos en ciudadanos, convirtiéndolos primero en cristianos y para hacerlos subir hasta la verdad y la moralidad, haciéndoles dignos y capaces de la libertad de los hijos de Dios.»

*Pasarse al pueblo es pasarse  
a los bárbaros... para  
transformarlos en  
ciudadanos, convirtiéndolos  
primero en cristianos y para  
hacerlos subir hasta la verdad  
y la moralidad, haciéndoles  
dignos y capaces de la  
libertad de los hijos de Dios.*



5. El 24 de febrero de ese año estalló la revolución que arrebató el trono a Luis Felipe y proclamó la República.

Muchos años antes; en 1834, contando Ozanam tan sólo veintiún años, formulaba su programa político en estos términos: «Ni niego ni rechazo ninguna combinación gubernamental. Pero las considero únicamente como instrumentos para procurar la felicidad a los hombres y hacerlos mejores. Juzgo que la autoridad es un medio. La libertad es un medio. La caridad es un fin.

»Existen dos clases de gobierno que obedecen a principios diametralmente opuestos: O la explotación de todos para provecho de uno sólo y es la monarquía de Nerón, ¡monarquía abominable!; o el sacrificio de uno sólo al provecho de todos y es la monarquía de San Luis, monarquía que merece reverencia y amor; o es también la explotación de todos al provecho de un Partido y es la república del terror, ¡república maldita! Por fin, es el sacrificio de cada uno en provecho de todos, y es la república cristiana de la Iglesia primitiva de Jerusalén. Será, tal vez, la del fin de los tiempos.»

En esos momentos, por encima del asunto gobierno, existía otro problema ligado más estrechamente aún a la cuestión religiosa. Veamos lo que escribía Ozanam a sus amigos: «Lo que agita al mundo en estos momentos, no es ni la cuestión de personajes, ni la cuestión de formas políticas. Es únicamente la cuestión social. Es la lucha de los que no tienen nada contra los que tienen demasiado. Es el choque violento entre la opulencia y la pobreza que hace temblar el suelo donde se posan nuestras plantas. Es deber nuestro, de los cristianos, el interponernos entre esos dos campos a fin de lograr, por medio de la caridad, lo que la justicia sola no ha sabido realizar.»

Eso era lo que él siempre había deseado y lo que deseaba más que nunca en los días que siguieron a la insurrección de 1848.

6. Siempre preocupado por las clases menesterosas, lo vemos en esos mismos días redactando una hoja sobre el trabajo dominical, hoja que hizo distribuir y que hizo exhibir, esperando animar con eso a los obreros a presentar una petición con tal objeto. Por otro lado, provoca una reunión de profesores, donde se ocuparán de la fundación de cursos públicos y de la creación de una especie de escuela nocturna para esa pobre gente. Todo

esto se lo comunica a su hermano sacerdote en una carta fechada el 16 de mayo:

«Bien sabes —le dice--, que siempre he aprobado y siempre he compartido con entusiasmo tu inclinación hacia esos hombres laboriosos, pobres y extraños a las delicadezas y finuras de la vida. Si fuese mayor el número de cristianos y, sobre todo de eclesiásticos, que se hubiesen ocupado de los obreros desde hace diez años, estaríamos hoy más seguros del porvenir. En la hora actual nuestra esperanza descansa únicamente en el poco bien que se ha hecho hasta ahora aquí, en París.»

A ese mismo hermano, ausente en Lille, donde fuera a predicar una misión, le recomienda Ozanam el ocuparse tanto de los criados como de los señores, de los obreros tanto como de los ricos. Y termina encontrando en esa conducta la única puerta de salvación posible para la Iglesia: «Precisa, dice, que los párrocos renuncien a sus pequeñas parroquias burguesas, rebaño selecto en medio de una inmensa población para ellos desconocida. Precisa, además, que se ocupen no sólo de los indigentes, sino también de toda esa clase pobre que no pide limosna, pero que sufre en silencio infinidad de privaciones y hasta de desprecios. Esa gente podría ser atraída por medio de predicaciones especiales y valiéndose de asociaciones piadosas de caridad. Se les podría atraer, sobre todo, por medio del afecto que se les demuestre, afecto que esa gente sabe agradecer mejor de lo que se cree.»

En otra carta de esos mismos días, le dice al mismo hermano: «En vez de buscar la alianza de la burguesía vencida, apoyémonos en el pueblo, que es el verdadero aliado de la Iglesia. Pobre como ella, abnegado como ella y, como ella, bendecido con todas las bendiciones del divino Salvador.»



## CAPITULO XXII

### L'ERE NOUVELLE

*¿Por qué me desgarras? ¿No existe en ti espíritu de piedad alguna? Ya debiera ser tu mano más piadosa, si fuéramos nosotros almas de serpientes.*

Dante (Inf. cap. XIII, 35)

1.— Artículos de Oxanam 2.— Miseria, sus causas y remedios 3.— El pobre es un sacerdote 4.— Oxanam y la doctrina del bien social 5.— Oxanam y la democracia 6.— Dificultades 7.— Retirada del P. Lacordaire de la redacción de l'Ere Nouvelle 8.— Incomprensión de Montalembert 9.— Oxanam herido, pero no vencido.

1. De la misma manera que la Sociedad de San Vicente de Paúl se acercaba al pobre para aliviarle sus miserias, *l'Ere Nouvelle* se dirigía a la caridad para provocarla y animarla. Oxanam consagraba a estos artículos la mayor parte del tiempo que le dejaban libre los exámenes de Bachillerato que tenían lugar en aquellos momentos. En diez días, entregó cinco artículos, que tuvieron la mejor acogida. Solamente en las calles de París se vendieron ocho mil ejemplares. En aquellos artículos, que una popularidad inesperada propagaba por los arrabales, se dirigía Oxanam a los insurrectos desarmados con un lenguaje que, sin irritarlos, no les ahorra ninguna verdad, mostrándoles al mismo tiempo los grandes culpables que los habían engañado.

La gente de orden alabó la firmeza de su palabra, encontrando en ella el eco de un corazón ardiente, sinceramente apasionado por los intereses del pueblo.

En un artículo publicado el 24 de septiembre, dio rienda suelta Oxanam a todos los sentimientos que embargaban su corazón de patriota y de cristiano. No se encontraba en ese artículo ninguna expresión académica, ni se encontraba la menor huella de literatura. Dijo las cosas más sublimes en el más sencillo de los lenguajes y, por consiguiente, el más elocuente y el más bello. Oxanam relata allí minuciosamente lo que sus ojos contemplaron en la mansión del pobre. Y lo relata para todos aquéllos que tienen o desean tener ese conocimiento del pobre que él mismo había adquirido a fuerza de tratar con él. Se dirige especialmente a los sacerdotes, a los ricos y a los representantes del pueblo. Y les habla especialmente en ese artículo de un

enemigo que, lejos de estar vencido, lejos de estar anonadado, se levanta, por el contrario, más temible y más amenazador que nunca: la miseria.

2. La miseria de 267.000 obreros de París que están sin trabajo y particularmente la miseria del Distrito XII, que fue uno de los lugares donde la insurrección se mostró más activa. Ozanam describe el horror y el dolor que reinan en ese barrio. Pero da cuenta también de la virtud que allí se esconde, del cristianismo, tal vez inconsciente, pero real, que allí se puede descubrir. Lágrimas de admiración y de dolor arrancó al público la lectura de estas páginas.

Después de describir con realidad aflictiva aquellos cuadros de miseria, pasó Ozanam a puntualizar las causas de semejante infortunio: Causas morales, cuya preservación y remedio se encontrarían en la reforma de las costumbres, reforma lograda más eficazmente con la educación que con la legislación. Educación cristiana, confiada a esos institutos religiosos donde el hijo del pueblo aprende algo más que a deletrear las sílabas de un diario, algo más que a tiznar con carbón, sobre las paredes, las órdenes del día, según su criterio.

Luego incluye, en esos proyectos de reformas, la creación de escuelas para adultos. Escuelas de aprendizaje y escuelas de artes y oficios. Incluye también las bibliotecas para el pueblo, los ejercicios militares, las sociedades de emulación y de asistencia mutua. Pero lo que Ozanam quiere ante todo, es convencer a los cristianos de buena voluntad que no han satisfecho su obligación de caridad para con los obreros sin trabajo, porque han votado la suma de 6.000.000 de francos en su favor, y que no les está permitido olvidarse de la miseria pública, de esa miseria pública que no abandona nunca a los pobres miserables.

Lamentamos no poder dar aquí más que una apagada idea de ese cuadro magistral presentado por Ozanam, sin que nos sea dado manifestar el color, la emoción, el resplandor y el movimiento, en fin, todo lo grande y poderoso que encierra ese artículo; todo lo que encierra de verdad y de vida. Lamentamos más aún el no poseer del artículo que al anterior sigue, sino únicamente su nombre: *De la asistencia que humilla y de la que honra*. Y tristemente, nos pasa lo mismo con este otro: *De la limosna*.

Sabemos, sí, que en todos ellos el punto de vista sobrenatural domina todo: «El pobre es un ser que intercede por el rico, por lo tanto devuelve más de lo que recibe. Si sabemos dar en nombre de Dios y si el pobre sabe pedir por nosotros, habrá, en ese caso, reciprocidad de servicios. Esa familia indigente a quien hayamos socorrido, habrá pagado su deuda en demasía cuando aquel anciano, aquella madre piadosa y aquellos pequeñuelos hayan pronunciado nuestro nombre ante el trono del Altísimo.»

3. En otra parte, dice así: «El pobre es un sacerdote. Su miseria, sus sudores y su sangre, son en realidad el sacrificio expiatorio y satisfactorio que contribuye a la redención de la Humanidad, y la limosna que, agradecida, le ofrece nuestra religión, no es más que los honorarios que le debemos,



honorarios iguales a aquellos que presentamos al sacerdote, besándole la mano, en señal de gratitud.»

Dar el nombre de artículos a semejantes trabajos, es no darles el título que en realidad les conviene. Son, más bien, una serie de estudios por los cuales va pasando sucesivamente toda la doctrina de la economía cristiana. Pero una doctrina vivificada por la elocuencia e iluminada por una luz de tal fe, que la hace semejante a las páginas del Evangelio.

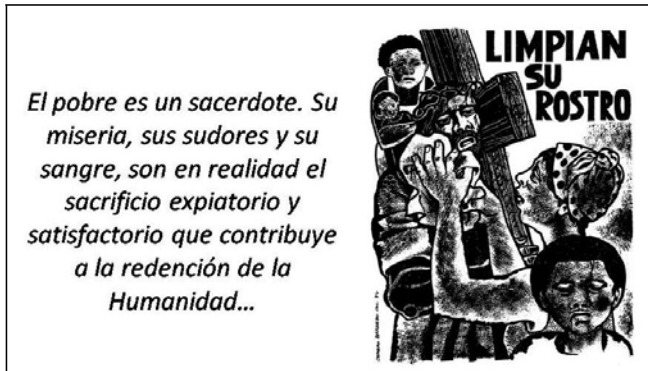
*El pobre es un ser que intercede por el rico, por lo tanto devuelve más de lo que recibe. Si sabemos dar en nombre de Dios y si el pobre sabe pedir por nosotros, habrá, en ese caso, reciprocidad de servicios.*



4. El último de esos ensayos que se encuentra en las Obras Completas, es un estudio filosófico e histórico sobre *Los orígenes del socialismo*. Asunto éste de primordial interés para Ozanam. Así, al principio de este trabajo, declara con energía que se puede defender la causa del proletario, que se puede consagrar la vida a aliviar las miserias del necesitado y que se puede proseguir con ahínco la abolición del pauperismo, sin que para esto sea necesario solidarizarse con esas predicaciones que han sabido tan sólo desencadenar tempestades en el mundo y que tienen todavía ensombrecido el cielo con negros nubarrones.

A las doctrinas funestas del socialismo falaz, opone Ozanam las eficaces doctrinas practicadas por la Iglesia y restablece la base sagrada de la ciencia social.

Ozanam *filósofo*, demuestra que desde Platón hasta Muncer y Jean de Leyde, todas las teorías sociales han resultado tan sólo una utopía, engendradoras de violencias y de desórdenes.



Ozanam historiador, hacer ver, por el contrario, todo lo que la Iglesia ha hecho por el mantenimiento y el respeto de la propiedad por un lado, y por el otro, para la organización del trabajo, asentada ésta en la doble base de la justicia y de la caridad cristiana.

Ozanam *teólogo*, si es que nos atrevemos a llamarlo con este nombre, deduce como una consecuencia natural, el principio siguiente: «En la sociedad cristiana están los intereses del cielo tan estrechamente ligados a los de la tierra, que nunca se ha podido tocar ninguno de sus dogmas, sin conmover hasta su base sus instituciones temporales: «Dogma de la caída del hombre y de su redención por el sacrificio y por el sufrimiento. Dogma de la vida futura, sanción y complemento de la vida presente, la cual dirige al mismo tiempo que consuela por medio de la esperanza.» Tal es la doble clave de esos grandes problemas, sobre los cuales dice: «Para resolverlos, precisa, sobre todo, contar con el Cristianismo que nunca ha cesado de rechazar con igual firmeza los errores socialistas y las pasiones egoístas; con el Cristianismo, único capaz de realizar el ideal de la fraternidad, sin inmolarse la libertad; con el Cristianismo, único capaz de empeñarse en procurar al hombre su mayor felicidad sobre la tierra, sin arrancarle el don sagrado de la resignación, panacea la más segura de sus dolores y última palabra de una vida que ha de terminar.»

Prácticamente, dice también Ozanam que «la ciencia del bien social y de las reformas bienhechoras no se aprende tanto inclinado sobre los libros o sentado al pie de la tribuna política, que subiendo los pisos de la casa del pobre, sentándose a su cabecera, sufriendo del frío que él sufre y compenetrándose con el secreto de su corazón desolado y de su conciencia arruinada. Solamente cuando se ha estudiado al pobre así, en su casa, en la escuela, en el hospital, en el taller, en las ciudades, en los campos y en todas las condiciones donde Dios lo colocó, solamente entonces, armados con todos los elementos de tan formidable problema, empezamos a comprenderlo y podemos pensar en resolverlo.»

*La ciencia del bien social y de las reformas bienhechoras no se aprende tanto inclinado sobre los libros o sentado al pie de la tribuna política, sino subiendo los pisos de la casa del pobre, sentándose a su cabecera, sufriendo del frío que él sufre y compenetrándose con el secreto de su corazón desolado y de su conciencia arruinada.*



Hubo entre los jóvenes socios de las Conferencias algunos que se dejaron fascinar por prestigiosas utopías. A éstos les opuso Ozanam su experiencia y sus recuerdos de estudiante: «Os dirán —les decía— y ya os lo dicen cada día: ¿Hasta cuándo pertenecéis a esas asociaciones católicas que practican la caridad del vaso de agua? ¿Qué podréis hacer, en medio de hombres que tan sólo saben aliviar la miseria, sin secar las fuentes de donde ella mana? ¿Por qué no venís más bien a sentaros entre nosotros y a formar parte de estas audaces reuniones donde el esfuerzo es para arrancar el mal de raíz y de un solo golpe, para regenerar el mundo y para rehabilitar a los desheredados?... Semejante lenguaje no es nuevo para nosotros. Es el mismo que oímos hace quince años, cuando así nos arengaban los sansimonianos y los falansterianos, al fundar nosotros, con número exiguo, las Conferencias de San Vicente de Paúl. ¡Líbrenos Dios de glorificarnos por nuestras obras! Pero cuando comparamos lo que hubiéramos hecho en las líneas de los que así nos infligían sus reproches, y las necesidades que hemos socorrido, las lágrimas que hemos secado, las uniones que hemos legitimado y los niños que hemos educado, tal vez los crímenes que hemos evitado y las discordias que hemos apaciguado, ¡ah!, no podemos sentir remordimiento por la elección que Dios nos inspiró. Escoged de la misma manera, señores, y dentro de quince años no os arrepentiréis de haberlo hecho.»

Hasta aquí *l'Ere Nouvelle*, periódico de pacificación social por medio del cristianismo, no había encontrado oposición alguna en las filas de los católicos. Movidos por ese imperioso interés de la defensa social, sus jefes se aliaron provisionalmente con la República conservadora, esperando todo de un Gobierno que, amando la justicia, practicase la caridad.

5. Ozanam, sin embargo, si aceptó la República, no fue por condescendencia. Ni la aceptó, como sus compañeros, como un régimen de transición. No. El la aceptó por convicción. Para él, la República no fue un expediente, fue una solución. Tal vez ni siquiera la había deseado, pero la

acogió como una enviada de la Providencia, con razones cuya precisión podría propugnarse, pero cuya religión y nobleza habría siempre que aceptar.

Esas razones, las encontraba en el pasado y las tenía en la punta de los dedos en esa historia de la civilización de los bárbaros por el Cristianismo, que había sido el tema de sus estudios profesionales y el objeto de sus enseñanzas. El veía en la Edad Media un movimiento continuo hacia la emancipación que le hacía decir: «Lo que he aprendido en la Historia me da derecho a creer que la democracia es el término natural del progreso político y que Dios conduce al mundo hacia ella.» A su parecer, la Iglesia era la engendradora de esa obra de manumisión. La Iglesia, que puso en los labios del obispo Remigio las palabras que dijo al jefe de los bárbaros: «Quema lo que adoraste y adora lo que quemaste».

Al asemejar los bárbaros de la antigüedad con las masas ignorantes y groseras del presente, no pasa Ozanam por alto los vicios aborrecibles que en esas masas reinan, y no sin temor, observa sus violencias. Pero, por otra parte, les reconoce un caudal de viriles energías que permite confiar en ellas como en el elemento vital y regenerador de la raza. Esa esperanza podría convertirse en realidad el día en que esas fuerzas todavía brutas, cayesen domadas y disciplinadas bajo la ley de Cristo Redentor. Perfección del Universo que logrará su progreso por medio del Evangelio.

Habría mucho que discutir sobre tal semejanza y también sobre semejantes conclusiones. Pero, mientras no hubiera fruto que permitiera calificar el árbol, la armonía con que los católicos acogían la República se debía, en gran manera, a esas ideas cuyos ecos resonaban por todas partes, gracias a *l'Ere Nouvelle*. Tristemente los acontecimientos se encargaron de anular todo esfuerzo y de cambiar la opinión pública. Desde ese momento, por más energías que desplegara Ozanam para prestar un sentido pacífico y cristiano a las palabras de igualdad y de fraternidad, la mayoría del público no veía en ellas prácticamente sino el sinónimo de demagogia, de comunismo, de socialismo y de anarquismo. Y todo eso lo veía con el mayor espanto.

Ese espanto reinaba en toda Europa, que se sentía apresada fuertemente por las garras de la revolución.

6. Puede decirse que todos estos acontecimientos, son los que dan el toque de entrada a las decepciones y a los dolores en el alma de Federico Ozanam. La empresa de armonía de todos los Partidos bajo la bandera de la República, intentada por *l'Ere Nouvelle*, se convirtió en señal de contradicción. Llegó a temerse que la religión, cuyo heraldo se proclamaba el periódico, sufriese algún descrédito por él, dirigido y redactado como estaba por notables eclesiásticos.

7. Debido a estas circunstancias, juzgó el P. Lacordaire que la prudencia le imponía renunciar a la dirección y a la responsabilidad del periódico. El 21 de agosto de 1848, anunció el P. Lacordaire su resolución —que era un sacrificio— a Ozanam. Reconoce, antes de retirarse, que ellos no han trabajado en vano y que han dado el ejemplo de una Prensa verdaderamente

cristiana, es decir: honrada, imparcial y caritativa. Reconoce que han contribuido a fomentar la unión de los espíritus alrededor de la Iglesia, en uno de los momentos más peligrosos de la Historia. En una carta a Mme. Swetchine, le dice que su retirada obedece tan sólo a una medida de prudencia, pero nunca a una retractación. En efecto, el P. Lacordaire se retiró del periódico, pero conservándole todo su afecto.

8. No pasó lo mismo con Montalembert, quien sólo veía una ilusión beata y peligrosa en el impulso tal vez demasiado generoso que arrastraba a *l'Ere Nouvelle* hacia la democracia. En la misma democracia veía tan sólo el advenimiento del despotismo del número, junto con la relajación de los caracteres y de las voluntades. Hora dolorosa fue, sin duda, para Ozanam aquélla en que vio a Montalembert aliarse, aunque sólo fuera momentáneamente, con *l'Univers* para derribar el humilde baluarte que, a pesar de todo, enarbolaba también el estandarte de la Cruz.

El terror causado por la revolución, cuya presencia destruía todo o cuya amenaza paralizaba todo, había preparado de antemano el lecho al despotismo. Ozanam, dado su amor ardiente por la independencia y la dignidad de la Iglesia, temía más que ninguno ese despotismo que avanzaba. A la luz de la Historia, había visto que siempre esos poderes absolutos se dieron a la tarea de avasallar a la Iglesia con el fin de anexionársela. «Son primero —dice él en una de las más bellas páginas de su juventud—, son primero los emperadores de Oriente quienes quisieron convertir la Iglesia en un patriarcado sometido a su autocracia. Luego son los bárbaros quienes la invitan a unirse a ellos para consumir el saqueo del viejo imperio romano. Luego, son los grandes señores feudales que intentan cubrirla con una coraza de hierro. Después, son los reyes los que la invitan a tomar asiento en aquellos parlamentos que ellos gobiernan con la fusta y la espuela. Y, finalmente, son los modernos fundadores de las constituciones representativas, quienes se dignan concederle un banco en medio de sus Cámaras, pero que se indignan porque Ella no se presta al mecanismo estrecho de su administración, y también porque no enarbola sobre sus basílicas seculares, sus efímeras banderas. Porque la Iglesia nunca quiso ser ni imperial, ni bárbara, ni feudal, ni realista, ni liberal. Porque Ella es algo más que todo eso: ...es católica. Siempre ha sido en vano que, cual nuevos pretendientes de Penelope, al verla sola en el mundo, pretendieron ellos seducirla para reinar en su nombre, ofreciéndole, con ese fin, riquezas y poder. La Esposa inmortal ha sabido rechazar siempre semejantes nupcias.»

La situación se fue haciendo cada día más difícil. Difícil para todos, intolerable para *l'Ere Nouvelle*. En vano el P. Lacordaire y Foisset se esforzaban con su palabra autorizada para aplacar los ánimos. Foisset se creyó en el deber de intervenir y de amonestar a Luois Veuillot, quien, desde las columnas del *l'Univers* atacaba con furia. Veuillot ofreció moderarse, por respeto a Foisset, a quien respetaba como a un padre. Más difícil resultaba convencer a Montalembert de que *l'Ere Nouvelle* podía haber cometido sus errores, podía merecer sus críticas, pero en manera alguna justificaba eso el

desprecio que él se complacía en manifestar «para ese puñado de periodistas que se empeñan, como decía él, en mantener un Gobierno sin mérito y que el país repudia».

Ozanam guardaba silencio. Tal vez juzgó era su deber envainar la espada ante el querido y gran amigo a quien no podía retirar su afecto. Pero su sufrimiento fue grande.

El confusionismo llegó a tal punto, que el 9 de abril de 1849, anunció *l'Ere Nouvelle* que clausuraba su imprenta. Así terminó aquel gran esfuerzo por llevar a cabo una obra que nunca fue un negocio.

9. Ozanam cayó herido, pero no vencido. Antes bien, se felicitaba al abandonar el terreno militante de la política y encontrarse de nuevo en la paz serena de sus estudios, de donde espera no volver a salir, sino para correr a donde lo necesite el pobre, para correr donde lo lleve aquella orden que nunca dejará de oírse en el correr de los tiempos: «*Evangelizare pauperibus*». Obra ésta más necesaria y eficaz que toda reacción extrema. Obra que habrá de destruir todas las prevenciones y todos los odios populares, siempre que logre tener en su seno miembros que se consagren sin medida al alivio de los que sufren.

El 2 de diciembre de 1851, ya no existía la República. Había cedido su puesto, no a la monarquía absolutista, sino al Imperio autocrático.

## CAPÍTULO XXIII

### FE Y TOLERANCIA

*Si necesario fuese cometer la injusticia o padecerla, escogería más bien padecerla que cometerla.*

De Sócrates (en la Gorgias de Platón)

1.— Ortodoxia de Ozanam 2.— Su tolerancia 3.— Su piedad 4.— Los protestantes 5.— Libertad, fraternidad, igualdad 6.— Ozanam, León XIII y Pío XI 7.— Ozanam y el liberalismo 8.— Ozanam, ultrajado por Luis Veuillot 9.— Generoso perdón.

Ozanam fue un hombre de fe. Oigamos lo que de él dijo J. J. Ampère: «Lo que Ozanam colocó por encima de todo en el mundo, lo que le hizo emprender profundos estudios y escribir obras grandes y sabias, lo que llenó su voz de elocuencia, lo que le impulsó a realizar infinidad de actos buenos, lo que marcó con un sello inefable todas sus palabras y cada una de sus acciones, fue su gran fe católica. Aquella fe católica, dueña y soberana de toda su vida.»

*Lo que Ozanam colocó por encima de todo en el mundo, lo que le hizo emprender profundos estudios..., lo que le impulsó a realizar infinidad de actos buenos..., lo que marcó con un sello inefable cada una de sus acciones, fue su gran fe católica. Aquella fe católica, dueña y soberana de toda su vida.*  
(Ampère)



1. Ya hemos visto cuán sagrada fue siempre para él la ortodoxia, la recta creencia, cuyo nombre se encuentra en cada línea de sus cartas y disertaciones, ya sea en las clases que daba a sus discípulos en la Sorbona, como en los discursos que dirigía a sus consocios de las Conferencias. Esa ortodoxia que para él debe presidir toda asociación; la ortodoxia, cuyos fieles, doctores, héroes y mártires celebra con entusiasmo; la ortodoxia ante la cual todo otro interés debe desaparecer, sin que ella pueda ser sacrificada a ninguno. «La ortodoxia cristiana —dijo él un día a los árbitros de su destino—, la ortodoxia cristiana vale para mí más que la misma vida y amo y sirvo a la

Iglesia católica romana con todo mi corazón.» A ella, a sus jefes y a sus ministros consulta y sigue. Y dispuesto estuvo siempre a quemar sus páginas más elocuentes, antes que ofender a la Iglesia, por una sílaba de sus labios o por un rasgo de su pluma.

«Ni traidores ni cobardes —decía él—. La fe católica es lo que es y de esa fe no podemos ni negar ni rebajar nada, ni por complacencia ni por cobardía. Pero, entre todos los peligros, el mayor sería el de la desidia que nos arrastrase a ceder en algo sobre la severidad del dogma en las discusiones, o ceder en algo de los derechos de la Iglesia, en lo que a ella se refiere.»



2. A esta estricta y necesaria intransigencia doctrinal, se unía en Ozanam una gran tolerancia apostólica, tolerancia que es uno de los rasgos característicos de su carácter. El P. Lacordaire supo cincelarnos esta característica con derroches de elocuencia. Ampère, a quien le tocó disfrutar en sí mismo de esa benéfica cualidad, nos la describe con términos más sencillos: «La tolerancia de Ozanam no tenía nada de común con la debilidad, antes bien provenía de una amplitud de miras que le hacía reconocer méritos, aun fuera de su campo de combate. Provenía de un conocimiento íntimo de los hombres, a quienes siempre lograría desarmar una paciencia dulce y discreta. Provenía de una imitación conmovedora de Nuestro Señor, quien nunca rompió la caña encorvada, ni apagó la lámpara que humeaba todavía».

Ampère tenía razón. La tolerancia de Ozanam no provenía tan sólo de su natural bondad. Era el fruto de la gracia del Evangelio que en él residía. Era el suave resplandor de la luz de su fe y el resultado de la condescendencia cristiana de su caridad.

3. Otro escritor de la misma escuela, Hipólito Rigault, atribuye esa tolerancia también a la piedad de Ozanam, piedad que siempre le edificó, y a su ortodoxia que siempre admiró: «Yo quisiera —dice ese escritor— insistir sobre el carácter de aquella piedad que se ganaba todos los corazones. Yo quisiera mostrar en él al cristiano indulgente con el prójimo y severo consigo mismo. Al cristiano, inclinado a las ideas generosas, defensor y modelo de tolerancia, pero inquebrantable en la línea de la ortodoxia que, desde temprana edad, se supo trazar.»



Esa bondad indulgente de Ozanam lo acompañaba en todas las costumbres de su vida: de su vida privada, de su vida de caridad y de su vida pública, como apologista y como defensor de la fe.

En su habitual trato con los socios de las Conferencias o con sus colegas o con las visitas que hacía o recibía, fuesen de la condición que fuesen, demostraba siempre aquella cordialidad definida y recomendada por San Francisco de Sales.



En sus juicios sobre los demás, siempre predominaba la misericordia, no prestándose con facilidad a formular semejantes juicios y encontrando más discreto el reservar ese papel a Dios, que es quien posee la clave de todo secreto.

4. En el ejercicio de la caridad no rehusó nunca el concurso de los disidentes, los cuales, conocedores de su generosidad, solían ponerse a su disposición. Ozanam aceptaba su ayuda y les prestaba la suya, teniendo para con ellos una delicadeza tal vez aún mayor.

Ozanam no cesó nunca de combatir el protestantismo pero, al elegirlo los protestantes como mediador entre ellos y los pobres, encuentran en Ozanam un servidor fiel y abnegado. Cuenta el P. H. Perreyve que, habiendo recogido un joven pastor protestante una suma de dinero entre sus correligionarios, decidió confiar esta suma a alguna asociación católica de caridad, para que fuese distribuida entre los pobres. Ozanam aceptó la suma con agradecimiento y emocionado y feliz la presentó a la Conferencia, participando a los socios de qué manos la había recibido. Uno de los miembros hizo en pocas palabras el elogio de la tolerancia en materia de religión. Luego, como hombre práctico, propuso dedicar ese subsidio extraordinario en primer lugar en socorro de los pobres católicos, después de lo cual se podría dar lo que sobrase a los pobres disidentes, olvidándose de agregar a su discurso la frase natural: si acaso sobra.

Mientras nuestro orador expresaba de esa manera su opinión, se pintaba sobre el rostro de Ozanam la emoción y el asombro, al mismo tiempo que, por el estremecimiento de la mano con que se alisaba sus largos cabellos, se podía adivinar fácilmente que ya su corazón no sabía dominar su impaciencia. Y esta impaciencia estalló: «Señores —dijo—, si esta proposición prevalece, si no queda definido que nosotros socorremos a los pobres sin distinción de culto, entonces iré inmediatamente a devolver a los protestantes el dinero que me confiaron y les diré: ¡Tomadlo! No merecíamos vuestra confianza». No fue preciso someter el asunto a votación, agrega el P. Perreyve.

Sobre todo, al demostrar o defender la verdad la palabra o por la pluma, aquel hombre, que poseía a fe intransigente, demostraba también poseer una caridad conquistadora. Los fuertes son dulces, dijo Platón. Y porque era fuerte en su fe, Ozanam tenía la dulzura de aquéllos de quienes dijo el Señor que poseerían la tierra.

Por eso, aquel manso reprobaba los procedimientos irritantes en toda polémica encarnizada, no sólo porque semejantes procedimientos hieren, sino también porque alejan los espíritus, en vez de atraerlos. Y él había manifestado claramente su criterio sobre ese particular, en la conferencia que diera, años atrás, sobre los deberes literarios del cristiano. Y recordaba siempre con especial complacencia cómo, al afirmar aquella noche que la controversia cristiana había de ser sin excepción respetuosa y compasiva hacia los que dudan, los que niegan y los que buscan, el Arzobispo había dado mayor fuerza a su palabra, al ponerse en pie y hablar a su vez en nombre del Dios de paz.

No sólo reprueba Ozanam los procedimientos irritantes en los demás, sino que se esfuerza él mismo por presentar ejemplo de lo contrario. «Uno de los mayores consuelos de mi vida —dirá él al declinar de su carrera—es la certeza que tengo de no haber insultado nunca a nadie y de no haber irritado nunca a nadie a pesar de haber defendido siempre la verdad con energía.»

*Uno de los mayores consuelos de mi vida es la certeza que tengo de no haber insultado nunca a nadie y de no haber irritado nunca a nadie a pesar de haber defendido siempre la verdad con energía.*



5. Con esas disposiciones de caridad conciliadora, no duda Ozanam en declararse partidario de los principios del 89, en tanto y en cuanto eran esos principios compatibles con el Evangelio. Era partidario de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad en las que veía partículas de ese todo que es la ley del amor y a las que consideraba como a tres hijas nacidas a la sombra

de la Cruz del Redentor del mundo y alimentadas con su sangre. El las mostraba en sus lecciones como adoptadas por la Iglesia y entronizadas por Ella en el seno de sus sociedades cristianas de los primeros siglos cuya historia había trazado él, y entronizadas por la Iglesia, catorce siglos antes de la Revolución francesa, la cual se apoderó de sus nombres pero deformando al mismo tiempo su sentido, por la aplicación que de ellos hizo. Y Ozanam se esforzaba en transformar los espíritus para que, tanto teórica como prácticamente, las obras de la sociedad contemporánea ostentasen el sello original y sagrado de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Semejantes ideas, que tenían su fuente en la magnanimidad de un gran corazón, no fueron comprendidas por todos. Muchos las interpretaron mal, llegando en su error hasta a imputar a Ozanam el profesor, ideas avanzadas más allá de lo que la Iglesia permite.

6. Sí. Tuvo ideas avanzadas. Pero no avanzadas en doctrina. Avanzadas para su tiempo, ya que Ozanam tan sólo templó el arpa de cuyas cuerdas debían arrancar las manos poderosas de León XIII y Pío XI aquellos acordes de justicia y caridad que habrán de revolucionar al mundo, convirtiendo en realidad las esperanzas de Ozanam.

7. El liberalismo de Ozanam, a base de fe y de celo, fomentado por su ardiente caridad, lo inclinaba a interpretar todo como fruto de la misericordia de Dios. Misericordia que juzgaba derramada con mayor abundancia sobre los que trabajan y sufren, es decir, sobre la mayoría de los mortales. Movido también por su caridad, rechazaba ese espíritu que pretende acaparar la verdad, dividir en vez de unir, que presenta la misma verdad bajo aspectos sombríos, en vez de presentarla sonriente, y que eleva entre los hombres de buena voluntad barreras infranqueables que se elevan hasta el cielo.

Así terminaba Ozanam, en junio de 1850, uno de sus artículos publicados en el «Correspondant», con un paralelo «entre las dos escuelas que, en nuestros días, han querido servir a Dios con la pluma. Valiéndose la una de las más osadas paradojas y de las tesis más rebatibles, parece proponerse como su fin contradecir el espíritu moderno. Presenta la verdad a los hombres, pero no por el lado que pueda convencerlos, sino por aquél que los rechaza. No se esfuerza por atraer a los incrédulos, sino que parece luchar para amotinar las pasiones de los creyentes.»

«La otra escuela —continúa Ozanam—, tiene por objeto buscar en el corazón humano todas las cuerdas secretas que puedan apegarlo al cristianismo, despertar en él el amor por la verdad, por el bien y por lo bello, mostrándole, en seguida, en la fe revelada, el ideal de esas tres grandes cosas a las que toda alma aspira.» Luego prosigue Ozanam hasta terminar felicitando a los que debiendo escoger entre la poesía de la cólera y la del amor, se deciden por esta última.

8. Estas líneas, que forman parte insignificante de un artículo bibliográfico, recibieron el 3 de julio una réplica larga y virulenta. Réplica editada en «l'Univers» con gran aparato y por el mayor de sus maestros. El artículo no estaba firmado. Pero no hacía falta la firma. La garra del león se veía bien

clara. Tal vez Luis Veuillot hubiera tenido derecho a quejarse por la severidad del primer paralelo. Nadie discute el derecho de defensa. Pero el mal estuvo en que el ardiente polemista hizo degenerar en personal una cuestión que tan sólo era de principios y de proceder.

Fue doblemente doloroso el espectáculo que sufrió en aquellos momentos. Doloroso el ver ultrajada de aquella manera la figura de aquel gran señor de la pluma y la palabra. Doloroso, el ver la figura tan altivamente cristiana de Ozanam, lo mismo que su escuela, abrumada bajo el peso de imputaciones que, desnaturalizando sus generosas intenciones, lo acusan cruelmente de cobarde deserción, de mórbida complacencia, de tímidos silencios, de adulaciones interesadas, de componendas, de claudicaciones y hasta de complicidades. Y todo eso en cuatro o cinco columnas, en las que el nombre del apóstol se ve entregado a la ironía más ultrajante... La pluma se resiste a continuar.

Pero, por otro lado, no es menos doloroso el ver a un gran cristiano, armado con un magnífico talento, notable por sus servicios, volver contra un hermano de igual batalla, los dardos abrasados de una cólera que le hizo perder el sentido de la verdad y de la justicia. Luis Veuillot, ¿no lloraría alguna vez, al releer semejantes páginas?...

Herido en lo que le era más precioso: su carácter, su conciencia, su dignidad y hasta su fe, experimentó Ozanam un vivo dolor y la herida tardó mucho en sanar. Este sufrimiento aumentó mucho cuando supo, por carta de Dufieux, la turbación y la inquietud que aquel artículo había producido tanto en él como en todos los amigos de Lyon. ¿No habían contado ellos siempre con él y con su gran talento para consolar los dolores de la Iglesia, herida por tantos otros hombres ilustres que la abandonaron y hasta renegaron de ella?

La respuesta de Ozanam lleva la fecha del 14 de julio. Es una respuesta quejosa y humilde, pero también fuerte y digna. Palpita en ella la más pura sangre del más puro honor que se escapa del corazón de aquel caballero sin reproche, traspasado por uno de los de su misma causa.

9. Así contestó Ozanam a sus amigos de Lyon. Y, a los que lo atacaron, ¿qué respuesta dio? Muchos le aconsejaron que se defendiese. Tenía derecho a ello. Preparó su respuesta, rechazando todas aquellas imputaciones que para muchos podían convertirse en motivo de escándalo. Pero, desconfiando del amargo dolor que siente un alma ofendida en aquello que le es más caro, quiso, antes de publicar su refutación, pedir consejo al señor Cornudet, entonces consejero de Estado. Este le escuchó, lo comprendió y al fin le dijo: «Amigo mío, Vd. es cristiano. Perdone. Su silencio, mejor que sus Palabras, darán testimonio de su fe.» Ozanam inmediatamente rompió el papel y lo tiró al fuego.

Cuando tres meses después, Mgr. Sibour, arzobispo de París, se vio obligado a censurar a «l'Univers», entre las adhesiones que por ello recibió el Prelado de varios de sus diocesanos, no se halló la de Ozanam. El seguía guardando silencio.

En la biografía que de Ozanam hace su hermano, nos dice éste que todas esas preocupaciones, cayendo en aquella alma tan recta y delicada repercutieron con fuerza en la salud que ya tenía tan quebrantada por el rudo trabajar de los últimos años.

## CAPÍTULO XXIV

### LOS POETAS FRANCISCANOS. LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA. EL SIGLO V

*...queriendo la certeza de aquella fe que  
vence todo error.*

Dante (Inf., cap. IV)

1.— Asís, los poetas franciscanos 2.— Jacopone de Todi 3.— Stabat Mater 4.— Edificio histórico 5.— Los bárbaros y el cristianismo 6.— Los filósofos de la vieja Roma y los primeros misioneros 7.— El obispo Remigio 8.— La conquista moral de los discípulos 9.— El amor de Jesucristo, Conquistador de pueblos 10.— Los errores de la Edad Media.

1. La Francia sombría de 1848 a 1850 no era capaz de borrar de la memoria de Ozanam la Italia llena de primavera que visitó en 1847. Y menos podía borrar de su memoria aquella visión de Asís, visión menos brillante que la de Roma, sin duda, pero que era un reposo delicioso para su corazón y para su espíritu. Tenía siempre presente en su memoria aquel día, pasado cerca del Santo, día que fue de religión y poesía. Allí nació la idea y formó el propósito de escribir un libro que reflejase sus impresiones.

San Francisco había dejado tras de sí una escuela de poetas, de los cuales fuera él inspirador y modelo. Ozanam se sentía ansioso de dar a conocer esos poetas, de dar a saborear sus cantos, que más bien fueron cánticos.

2. En enero de 1848, aparecieron en el «Correspondant» los dos primeros capítulos de *Los Poetas franciscanos*. Después de estudiar a San Francisco como poeta, pasó a estudiar a San Buenaventura y al hermano Pacífico, a quien llamaron rey del verso. Y luego se ocupó de Jacomino de Verona. Pero todas estas figuras le resultaban pálidas ante un poeta mayor: Jacopone de Todi. Confiesa Ozanam que no sin titubear emprendió la historia de ese hombre extraordinario que pasó del claustro a la prisión y de la prisión a los altares.

En esa vida se ven los tiempos difíciles: la Iglesia ardiendo y un gran religioso en lucha con un Papa. En ella se ve a un gran poeta desbordando en torrentes de amargura la elocuencia de su sátira y la llama de su cólera contra el ungido del Altísimo, inflamando contra él las pasiones populares y

llenando de escándalos la Iglesia toda del Señor. Pero la gloria de Dios no tuvo nunca empeño en ocultar las faltas de sus justos. La historia cristiana los presenta tal cual la naturaleza los engendró. Los presenta apasionados, falibles, pero también capaces de borrar, con un día de arrepentimiento, varios años de errores. Y para los errores implora Ozanam la misericordia. Y para el arrepentimiento el perdón.

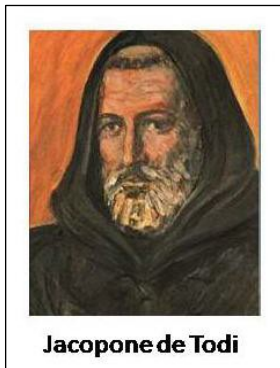
Ese monje rebelde fue un hombre de buena fe que creyó abatir con sus versos no al Jefe legítimo de la Iglesia, sino al usurpador de la Sede Apostólica. Fue una pasión ciega, pero santa, la que armó su pluma y extravió su mente. Y su corazón es el primero que sangra de dolor por los golpes que él mismo inflige a la Iglesia, su Madre.

«Tal vez otros —dice Ozanam— se escandalizarán ante ese espectáculo. A nosotros debe servirnos de lección para los tiempos de discordia, ya que debemos tener siempre presente que la virtud es posible también en filas que no son las nuestras. Y debemos acostumbrarnos a moderar nuestros golpes, en medio de la refriega, ya que, sin que lo sepamos, pueden caer sobre cabezas dignas de todo respeto.»

Jacopone de Todi fue poeta, y gran poeta. Y lo fue, sobre todo; por el amor y por las lágrimas. Y por eso ejerció tal atracción sobre el corazón de Ozanam.

3. Sus cánticos están incendiados por el amor a Jesucristo. Y el amor a la Virgen que palpita en aquel corazón se desborda en lágrimas a los pies de esa Madre de Dolores en aquella inconsolable secuencia del *Stabat*, en la que el poeta nos la pinta destrozada, pero de pie al lado de su Hijo.

«No debe la liturgia católica —nos dice Ozanam— nada más conmovedor que esa queja tan triste, cuyas estrofas caen monótonamente, cual un gotear de lágrimas.» Estrofas tan dulces que en ellas se reconoce un dolor que es divino y que los ángeles consuelan. Estrofas tan sencillas, en su latín popular, que las mujeres y los niños las comprenden, en parte por la facilidad de sus palabras y en parte por la música y el corazón.



Y finalmente, Jacopone, el poeta de la Madre Dolorosa, es también el poeta de los pobres. Es el amante de la pobreza misma a quien por eso cantó. Ozanam, entusiasmado, dice: «Honremos en ese poeta al poeta de los pobres, cuando canta la pobreza. El pueblo no tuvo nunca mayor bienhechor que los que le enseñaron a bendecir su destino, los que aminoraron el peso de la azada hasta hacerla liviana en el hombro del trabajador y que hicieron brillar la esperanza en la cabaña del artesano.»

Hacia fines del año 1306, Jacopone, encorvado por el peso de los años y unido con ardientes lazos al amor divino, enfermó y reconoció la cercanía de la muerte. El H. Juan de Alvernia llegó a tiempo para entregarle, junto con el beso de paz, el cuerpo de Jesucristo. Jacopone, en éxtasis de dicha, entonó el canto: *Jesu, nostra fidenza*, y levantando las manos al cielo, lanzó el último suspiro...

Era la noche de Navidad y el momento en que el sacerdote, a su vez, entonaba en la iglesia vecina el *Gloria in excelsis Deo*. Sí, así lo despide la tierra a quien había enriquecido con la belleza de su verbo, ¿cómo lo recibiría en el Cielo Aquélla, cuyo dolor supo tan bien agradecer que lo pudo interpretar?... ¿Aquélla, cuyas lágrimas supo recoger y entregarlas a la Humanidad, cristalizadas en los armoniosos acentos con que la Iglesia, dos veces cada año, gime acongojada por los dolores de su Reina?

4. Al mismo tiempo que Ozanam publicaba en el «Correspondant» *Los Poetas Franciscanos*, los presentaba a Foisset, en carta del 28 de enero de 1848, como una página episódica de una obra mayor, como una piedra esculpida, destinada a formar parte de un vasto edificio del cual sólo le trazaba las grandes líneas y cuyo plan de conjunto desplegaba ante sus ojos. Esta carta es como un faro ante la inmensidad: «Mis dos ensayos sobre Dante y los germanos, son para mí como las dos normas de mis lecciones públicas, que deseo reanudar para completar mi obra, obra que será la historia literaria de los tiempos bárbaros, la historia de las Letras y, por lo tanto, de la civilización, partiendo de la decadencia latina y de los comienzos del genio cristiano hasta fines del siglo XII. Yo haría de eso el tema de mi enseñanza durante diez años, si fuera necesario y si Dios me diera vida. Mis lecciones podrían ser tomadas taquígraficamente y, de esa manera, suministrar la primera redacción de un volumen que yo publicaría, después de retocado, al final de cada año.

»Esa manera de trabajar prestaría a mis escritos un poco de ese ardor que me embarga a veces en la cátedra y que, con mucha frecuencia, me abandona cuando escribo. Ese método tendría también la ventaja de economizar mis fuerzas, al no dividir las, y al llevar a un mismo fin lo poco que sé y lo poco que puedo.

»El argumento sería admirable, ya que se trataría de dar a conocer aquella larga y laboriosa educación que dio la Iglesia a los pueblos modernos. Empezaría por un volumen de introducción, en el que me esforzaría por demostrar el estado intelectual del mundo, al despuntar el Cristianismo; lo que pudo recoger la Iglesia como una herencia de la antigüedad y cómo lo

recogió (por consiguiente, el origen del arte cristiano y de la ciencia cristiana, partiendo de las catacumbas y de los primeros Padres). Todos los viajes que hice a Italia el año pasado fueron con ese objeto.

5. »Vendría en seguida el cuadro del mundo bárbaro, poco más o menos como se encuentra en mi libro sobre los germanos. Luego, la incorporación de ese mundo bárbaro a la sociedad cristiana y los prodigiosos trabajos de aquellos hombres como Boecio, Isidoro de Sevilla, Beda y San Bonifacio, quienes no permitieron que se hiciera la noche, y que llevaron la luz de un extremo al otro del Imperio invadido, la hicieron penetrar en los pueblos, hasta ese momento inaccesibles y, pasando la antorcha de mano en mano, la hicieron llegar hasta Carlomagno. Ahí me detendría a estudiar la obra reparadora de ese gran hombre y tendría que demostrar que las Letras que habían perdurado hasta él, no se apagaron tras él.

»Haría ver todo lo grande que en Inglaterra se hizo en el tiempo de Alfredo y en Alemania bajo los Otón y llegaría, al fin, a Gregorio VII y a las Cruzadas. Entonces tendría ante mí los tres siglos más gloriosos de la Edad Media: los teólogos, como San Anselmo, San Bernardo, Pedro Lombardo, Alberto el Grande, Santo Tomás y San Buenaventura. Tendría los legisladores de la Iglesia y del Estado: Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III e Inocencio IV, Federico II, San Luis y Alfonso. X. Tendría toda la contienda del sacerdocio y del imperio, el federalismo, las repúblicas italianas, los cronistas, los historiadores, las universidades y el conocimiento de la jurisprudencia. Tendría también toda esa poesía caballeresca, patrimonio común de la Europa latina. Y tendría, además, todas esas tradiciones épicas propias de cada pueblo y que son el principio de las literaturas nacionales. Asistiría a la formación de las lenguas modernas y terminaría mi trabajo con la Divina Comedia, el mayor monumento de este período, del cual es un compendio y es también su gloria.»

Entusiasmado por la amplitud de la obra y atraído por su belleza, Ozanam, al mismo tiempo, se aterra al pensar en la fragilidad del obrero y agrega melancólicamente: «¡Ahí tiene Vd., querido amigo, lo que se propone un hombre que estuvo a punto de morir hace dieciocho meses!, que todavía no está del todo bien, que está aún sujeto a infinidad de cuidados y a quien Vd., además, conoce lleno de irresolución y de debilidad.»

Ozanam, que se decía lleno de irresolución, comenzó inmediatamente a poner en práctica su idea y el curso de 1849 se abrió con una demostración en la cual él señalaba a sus discípulos el espacio vertiginoso y fascinador que con ellos deseaba visitar. Los que quieran seguirlo tendrían que recorrer un período como de mil años, la sexta parte y tal vez la más laboriosa del género humano.

Les propuso recorrer esa senda lentamente y con la pertinaz atención que se presta a un espectáculo. Y, ¿podría haber en realidad estudio más interesante que el de esas relaciones que ligan los años entre sí y que permite a los discípulos el tener por maestros a aquellos hombres ilustres que vivieron cientos de años antes que ellos? Estudio que, al mismo tiempo, les



irá demostrando por doquier el pensamiento, siempre triunfante sobre la destrucción.

No negó Ozanam a sus discípulos que para llevar a cabo semejante obra, necesitaba él sentirse sostenido y alentado por otros seres más jóvenes que él. Sintiendo ya que las fuerzas lo abandonan, habiendo oído ya los repiques de alarma con que la enfermedad lo alertó, confiesa sin embargo que, si alguna vez le fue fácil la inspiración, fue sin duda entre los muros de su clase, sea porque esos muros le repiten sin cesar el eco de otras voces potentes que allí resonaron, sea porque dentro de esos muros palpita el corazón de toda esa juventud que con simpatía le escucha.

Y Ozanam fue sostenido y comprendido. Ante el interés de sus lecciones, el auditorio fue cada día mayor. De la misma manera que anteriormente demostró las batallas del Cristianismo contra los bárbaros del Norte, lo muestra ahora luchando con los bárbaros del Occidente, en ese Imperio romano que, para educar aquellas masas indisciplinadas, sólo podía presentarles el escándalo de su propia decadencia moral; religiosa y política, peor aún que toda barbarie. ¿Cómo lograr la resurrección de ese mundo viejo que más que al golpe de los bárbaros sucumbía bajo el peso de sus propios vicios? ¿Qué podía hacerse con aquel Imperio que moría, pero que quería morir con la sonrisa en los labios?

6. Sólo se puede civilizar al hombre ocupándose de su conciencia — contesta Ozanam— y la primera victoria para conquistarle es la victoria conseguida sobre sus pasiones. Pero, ¿se inquietaron alguna vez los filósofos de la vieja Roma por las pasiones de aquellos millones de bárbaros que estaban sumergidos en la ignorancia y en el pecado?... ¡Esperad! Para eso, hay que esperar la llegada de aquellos misioneros cuyo celo los arrastra más allá de los ríos que no habían atravesado las legiones. Ellos piensan únicamente en salvar las almas, pero, junto con las almas, salvarán todo lo demás.

¡Y Ozanam va presentando aquella pléyade de misioneros lejanos, de obispos, de monjes, doctores, predicadores, vírgenes y, con frecuencia, mártires! Y es siempre Roma. Pero es una Roma nueva y diferente: una Roma espiritual que emprende de nuevo la conquista del mundo. Pero esta vez es la conquista del mundo por la conquista de las inteligencias y de los corazones. Tarea ingrata en la que se ve abandonada por aquellos mismos que a Ella se habían entregado. Entonces, mientras los godos, los vándalos, los lombardos se pasan al arrianismo, se adhiere la Iglesia con predilección a una tribu germana, en cuya grandeza trabaja todo el Occidente. Y urgía hacerlo. Llegó el momento en que, al terminar Ozanam una de sus lecciones, teniendo en la mano el libro de Salviano, no encuentra sobre el antiguo territorio del Imperio sino tan sólo paganos y arrios.

¡Doble barbarie!... ¡Es el caos! ¡La anarquía. ¿Qué mano podrá procurar el orden, la unidad y, con eso, la verdadera luz? Ante semejante desmembramiento del Imperio, ¿dónde encontrar la cabeza que reconstruya un cuerpo? ¿Dónde está la fuerza, el pensamiento, la esperanza y la vida?

7. Pero un día —contesta Ozanam en un arranque que recuerda los arranques del P. Lacordaire— un día de Navidad del año 496, el obispo Remigio espera en la puerta de su catedral de Reims. Espera de pie, con la cabeza erguida y la mirada en alto. Los velos pintados y suspendidos en las casas vecinas sombrean la majestad del atrio. Los pórticos están cubiertos con blancas colgaduras. Las fuentes están listas, los bálsamos, derramados sobre el mármol. Los cirios perfumados centellean por todas partes y fue tal el sentimiento de piedad difundido en el santo lugar, que los bárbaros creyeron encontrarse entre los perfumes del paraíso. Bajó a la pila bautismal el jefe de una tribu guerrera. Tres mil de sus compañeros lo siguieron y, cuando de allí salieron ya cristianos, se hubiera podido ver salir junto con ellos catorce siglos de imperio: toda la caballería, las cruzadas, la escolástica, es decir, el heroísmo, la libertad, las luces modernas. Era el comenzar de una gran nación en el mundo: la nación de los francos.

¡Los francos! Con ellos se inauguró una nueva era para la obra de la civilización, en ese siglo quinto en que el Cristianismo prodigó todos sus tesoros de ciencia, de caridad, de virtud y de gracia. En cada una de sus lecciones nos presenta Ozanam a la Iglesia derramando sus beneficios sobre la Humanidad.

**En cada una de sus lecciones nos  
presenta Ozanam a la Iglesia derramando  
sus beneficios sobre la Humanidad.**



Van apareciendo sucesivamente el derecho cristiano, iluminando primero con sus reflejos bajo los emperadores idólatras; luego con sus rayos directos, bajo los emperadores cristianos, pero siempre iluminando lo que hubiera podido destruir y que prefirió transformar.

Luego, las letras, penetrando, paso a paso, en la Iglesia, y la Iglesia facilitándoles la entrada y abriéndoles camino, como a una preparación humana del Evangelio.

La *teología*, oponiendo la solidez indestructible de sus dogmas a las fábulas del paganismo y a las sutilezas de la herejía.

La *filosofía cristiana*, renovando en San Agustín las más sublimes especulaciones y aspiraciones de Platón, iluminadas por las luces de la razón.

El *papado*, oponiendo al torrente de las invasiones la autoridad de su palabra y de su intervención.

Las *instituciones monásticas*, preparando a las razas nuevos instructores y bienhechores y apóstoles modelos.

Las *costumbres cristianas*, respetuosas del esclavo, del indigente, del obrero, de la mujer, rehabilitada en un/ matrimonio consagrado.

La *elocuencia, la historia, la poesía y el arte*, bautizados y ensayándose, muchas veces con esplendor, en celebrar lo que antes habían desconocido y en abatir lo que antes habían glorificado.

Así fueron sucediéndose las lecciones de Ozanam, lecciones que habrían de convertirse en los capítulos de un libro más elocuente que el discurso.

8. Pero la enseñanza de Ozanam no era tan sólo una lección de palabras brillantes. Eran, ante todo, una acción moral. Lo mismo que proclama de esa Iglesia civilizadora, quiere él también hacerlo, y así se dirige a la conciencia de los oyentes. Sobre ella quiere obrar. Su conquista es su anhelo. Por eso, el alma brota de aquellos labios inspirados. Sus lecciones tienen un sello personal de bondad y virtud, de ciencia y verdad. Y también por eso fue él para la juventud una verdadera autoridad, autoridad que fue discreta y bienhechora y, al mismo tiempo aceptada, aclamada y amada.

Montalembert, más de una vez, echando a la espalda sus años, vino a sentarse, mezclado entre los jóvenes, al pie de aquella cátedra, para disfrutar con deleite de aquella palabra tan generosa, tan sincera y tan atractiva. A sus ojos, era Ozanam el llamado a enarbolar mejor que ningún otro, el estandarte de la inteligencia católica. Era él, el capaz de preservar a aquella pobre juventud y de arrancarla del escepticismo, del libertinaje y de la idolatría de la raza. Y Montalembert encontraba que bien merecido tenía Ozanam el ser el guía de aquella juventud y el ser su oráculo.

Desarrolló Ozanam, entre otras, una bellísima lección sobre *las mujeres cristianas del siglo V*. En ella, habla a aquellos jóvenes del matrimonio, haciéndoselo considerar bajo el aspecto del sacrificio y mostrándoles el deber que existe de ir a él con la plenitud de virtudes que deben, al mismo tiempo, exigir en la mujer elegida: «Son dos copas —dice— que deben estar igualmente llenas, para que la unión sea equitativa y que el cielo la bendiga.» Al expresarse Ozanam así, ¿no piensa en su propia vida y no es su propia armonía la que recuerda, cuando canta las virtudes y la felicidad del matrimonio cristiano?...

Hubo también una clase cuyo tema fue *la caridad cristiana*, tema que no podría haber faltado en el programa de Ozanam. Comparando entre sí las dos religiones, la pagana y la cristiana, y lo que ambas han hecho en favor del trabajo, de la libertad del esclavo y de la asistencia al pobre, mira Ozanam, en uno y otro lado, los monumentos que dichas obras atestiguan:

«Sí —concluye él— la antigüedad nos sobrepujo en los monumentos que supo erigir para el goce y el placer. Comprendían ellos mucho mejor que nosotros el arte de gozar. Y, para ellos, ningún esfuerzo era grande, cuando se trataba de levantar coliseos, teatros y circos donde se podían sentar ochenta mil espectadores. Comprendían mejor el arte de gozar, pero nosotros los aniquilamos al presentarles esos innumerables monumentos, levantados por el cristianismo para consolar el dolor y amparar la debilidad. Esos monumentos que tan sabiamente bautizaron nuestros antepasados, con el simbólico nombre de *hôtels de Dieu*, hoteles de Dios!

»Los antiguos sabían gozar. Tenemos que reconocer que también, a veces, sabían morir. Pero morir es algo muy corto... Nosotros poseemos una ciencia que es distinta y que es mejor. Nosotros sabemos algo que dura tanto como la vida, algo que forma en sí la dignidad humana: sabemos sufrir y sabemos trabajar.»

*Los antiguos (paganos) sabían gozar.... también, a veces, sabían morir. Nosotros poseemos una ciencia que es distinta y que es mejor... Nosotros sabemos sufrir y sabemos trabajar.*



9. Aquel historiador de una Edad que hizo obras sublimes, sabe atribuirle todas esas obras al amor de Jesucristo. Y al amor de Jesucristo rinde homenaje como a la palanca única capaz de levantar el mundo y de mudarlo al cielo: «Mirad los tiempos cristianos —dice—y veréis ese amor convertido en amor del mundo. La antigüedad no conoció nunca nada semejante. Ignorante de Dios, no pudo amarlo y, por lo tanto, no supo amar al hombre. Y es el amor quien venció al paganismo en los anfiteatros y en las hogueras. Es el amor quien civilizó los pueblos nuevos, quien los arrastró a las cruzadas. Es el amor quien engendró héroes mayores que los mayores héroes de todas las epopeyas. Fue el amor quien encendió la antorcha de las escuelas, donde las Letras habían de sobrevivir durante los siglos de barbarie. Y fue él quien dictó, después de los Salmos de David, los himnos de la Iglesia, es decir, los cantos más sublimes que hayan consolado el desierto de la tierra.»

10. En esas lecciones, no dejó Ozanam, por otra parte, de dar su voz de alerta para todos aquellos que, con ciega pretensión, quieren colocar en la Edad Media el ideal de la perfección social: «Atención —les dice—; lograremos tan sólo con eso excitar los buenos criterios contra una época de la que se quieren justificar todos los errores. Con eso haríamos aparecer al Cristianismo como responsable de todos los desórdenes de una época en la

que pretenderíamos presentarlo como dueño y señor de todos los corazones. Precisa ver el mal tal cual fue, es decir, formidable. Y precisa verlo justamente para que podamos así conocer mejor los servicios prestados por la Iglesia, cuya gloria en esos siglos mal estudiados, no es el haber reinado, sino, más bien, el haber combatido.»

Las revoluciones y desastres de esos siglos de transición suministran a Ozanam el tema de una nueva instrucción para la época moderna, tan llena de pruebas. Era la instrucción de la tolerancia y de la esperanza en Dios. Veamos cómo dice a aquella juventud: «Por más que nos internemos en los bosques de la Germania y en las oscuridades de la Edad Media, no creáis que, por eso, serán nuestros estudios completamente antagónicos con las preocupaciones del presente, ni con sus peligros, ni con sus esperanzas. Antes bien, aprenderemos con ellos a conservar la esperanza, en medio de las épocas amenazadoras de nuestro siglo, épocas en las cuales la violencia se ha presentado como dueña absoluta de todo, despreciando la luz y detestando la ley. Seguros como estamos que la civilización no ha de desaparecer, aprenderemos también cómo puede ella vencer más con la palabra que con la espada. Y tanto por la caridad como por la justicia».

En otras de sus clases, reanima a sus discípulos de esta manera: «En medio de nuestra decadencia tan evidente, no neguemos el progreso que no queremos reconocer. Ya que nos tocaron días malos, no olvidemos que el Cristianismo, que es nuestro guía, los ha experimentado peores y digamos, como decía Eneas a sus abatidos compañeros: *O passi graviora, daba Deus his quoque finem*».

Así hablaba Ozanam, poniendo toda su alma en lo que decía. La taquigrafía arrebatava las palabras de aquellos labios inflamados, para devolvérselas al autor, quien, a su vez, las convertiría en una obra del arte más perfecto y más puro. Mas, ¡ay!... El águila real que baja a visitar la tierra, difícilmente se detiene largo tiempo en ella. Pronto sacude el polvo de sus alas y se remonta al cielo...

Al final de la XXI lección, la última del año académico, se despide Ozanam de sus discípulos y les deja entrever que no está seguro de llegar con ellos hasta la tierra prometida de sus pensamientos. A la vez, les manifiesta la seguridad que tiene de no haber perdido el tiempo, si ha logrado convencerlos de lo que el progreso adeuda al Cristianismo; si ha logrado, en tiempos tan llenos de dificultades, reanimar la esperanza en sus corazones. Esa esperanza, que no sólo es la inspiradora de toda belleza, sino también el principio de todo bien. Esa esperanza, que nos impulsa no sólo a emprender grandes obras, sino también a cumplir grandes deberes. Esa esperanza, necesaria al artista para manejar su pluma o su pincel, necesaria al joven que funda un hogar, necesaria al labrador que deja caer la semilla en el surco, necesaria a aquéllos que, renunciándose a sí mismos, se consagran a Cristo! Obedeciendo todos a la palabra de Aquél que dijo: ¡Sembrad!

## CAPÍTULO XXV

### DESCANSO. BRETAÑA. INGLATERRA. PUBLICACION DE LAS OBRAS. LAS CONFERENCIAS EN INGLATERRA

*Hay en el Cielo una gentil Señora que se conduce del trance en que te pongo.*

Dante (Inf. , cap. II, 94)

1.— Bretaña 2.— Publicación de las obras 3.— Hora difícil para todo autor 4.— Prólogo del siglo V 5.— Gibbon 6.— Jean Jacques Ampère 7.— Sceaux 8.— Inglaterra 9.— Las Conferencias de Inglaterra 10.— Fundación en Sceaux.

1. El débil organismo de Ozanam no se había repuesto de la crisis sufrida en 1846. El trabajo, las amarguras y las luchas, consumaron su ruina. Los mismos médicos que le habían prescrito el año anterior reposo absoluto, lejos de las bibliotecas, le imponen de nuevo tres meses enteros de reposo absoluto, a la orilla del mar. Y a Bretaña se dirige en compañía de su esposa y de su hijita, para disfrutar allí de los consuelos de la religión, del espectáculo de una imponente naturaleza y de las delicias de la amistad que con ternura les abría los brazos.

Se fueron, primero, a Saint Gildas de Ruiz, y allí llegó Ozanam a sentirse casi bien, logrando disfrutar de esos momentos de felicidad tan difíciles de obtener sobre la tierra. Luego, deteniéndose un poco en cada lugar que podía ofrecerles algún interés, continuaron su viaje hasta el castillo de Truscat, donde los esperaba el conde de Francheville, con quien estaban ligados por los lazos de la más estrecha amistad. En esos días pudo Ozanam, aceptando la invitación de Río, visitar la isla de Artz, el día de la fiesta patronal del lugar. Era Río aquel joven insurrecto que combatiera fuertemente contra Napoleón durante los cien días y que por ello mereció ser condecorado por los Borbones. Era también Río el cantor apasionado de las maravillas del arte cristiano, y era el gran amigo de Montalemnert y, en otro tiempo, había sido profesor de Albert de la Ferronays, cuya fe, que desfalleció en un momento de su vida, supo caldear al rescoldo de la suya propia, durante un viaje a Roma.

A fines de septiembre, se despidió Ozanam, con su familia, de su amigo de Francheville, para dirigirse al castillo de Kerbertrand, desde donde lo llamaba otro amigo ilustre, el vizconde de la Villemarque. Pasaron allí días inolvidables cerca de la hospitalaria y distinguida familia del autor de *Los Bardos* y de las *Leyendas célticas*. Los dos amigos disfrutaron durante largas

horas del intercambio mutuo de los tesoros de conocimientos que ambos poseían.

No seguiremos a Ozanam en todas sus correrías. Al sentirse mejor, aprovechaba sus fuerzas para admirar aquello que la Naturaleza le brindaba y, sobre todo, para estudiar los restos de tradición que, por todas partes, se encontraban en aquellas tierras de Duguesclin y de Anne de Bretagne.

Allí encontró Ozanam (¿dónde no se encontrarían hoy en día?) las Conferencias de San Vicente de Paúl. Fue en Morlaiz, donde fueron acogidos los viajeros por los miembros de la Obra con las muestras del mayor afecto, llegando uno de ellos hasta a instarlos para que se hospedasen en su propia casa, no teniendo con ellos más relación que la que procedía de las Conferencias.

El reposo del espíritu, el fuerte ejercicio y el aire saludable del mar, mostraban su eficacia, y la señora veía también, con gran satisfacción, los progresos de su marido, en cuyas mejillas se veían unos colores que antes no había. Así, pues, contentos y satisfechos, emprendieron el regreso por la vía de Nantes.

2. Ya más tranquilo por el estado de su salud, juzgó Ozanam que había llegado el momento de emprender la publicación, en capítulos y en volúmenes, de los dos últimos años de su enseñanza, 1849-1850, cuyas primicias habían aparecido ya en el «Correspondant». La codificación de semejante obra, exigía la revisión y más aún, exigía también una refundición casi total, lo cual significaba un trabajo que aterraba al escritor.

Ávido de perfección, descontento siempre de sí mismo, Ozanam tenía además —ya lo hemos dicho—, bastante dificultad para la composición literaria. Testimonio claro de ello lo tenemos en la letra de sus manuscritos: letra atormentada, desigual, muchas veces corregida. Se agregaba ahora a todo esto las intermitencias de una enfermedad cuyas recaídas arrancaban la pluma de su mano y paralizaban su inspiración. Angustiado, se preguntaba a menudo Ozanam si tendría fuerzas para cargar con el fardo de las Letras en los tiempos bárbaros. Y con dolor se preguntaba también si valdría la pena escribir para agregar unas hojas más a todas aquéllas que diariamente el viento barre de nuestros jardines y de la memoria de los hombres.

3. Había sonado para Ozanam esa hora que todo autor ha conocido, la hora en la que el escritor, perplejo, tiene que entregar en manos del público su obra, muchas veces corregida y nunca terminada. Obra, esta vez, en la que el autor trabajaba más por el honor de la verdad que por el honor de su nombre.

En la duda en que se encontraba Ozanam, no sólo sobre su trabajo sino también sobre él mismo, buscó la ayuda y el consejo de aquél en quien él confiaba más que en ningún otro: Ampère fue ese hombre lleno de autoridad y de bondad. Y el consejo le llegó, no de Berlín, donde Ozanam lo creía, sino de Roma, donde aquel nómada se encontraba. Y el consejo fue un consejo categórico de que la obra se realizase tal cual estaba. «Usted habrá hecho su

labor y Dios hará lo demás». Tales fueron las palabras con las que aquel amigo confortó a su amigo.

4. Pasó Ozanam bastante bien el otoño y el invierno de 1850, sintiéndose con fuerzas para recomenzar sus clases de la Sorbona. El prólogo de la historia de *La Civilización en tiempo de los Bárbaros*, lleva la fecha de la primavera de 1851. Puede decirse, sin temor de exagerar, que esas páginas preliminares son una obra de arte de la elocuencia, si es cierto que la elocuencia es el eco de un alma grande.

*Proyecto de una historia de la civilización en tiempo de les bárbaros.* Tal fue el título con que Ozanam encabezó su prólogo. Veamos cómo realiza tal designio:

«Me pongo a escribir la historia literaria de la Edad Media, desde el siglo V hasta fines del siglo XIII. Pero en la historia de las Letras, lo que estudio, sobre todo, es la historia de la civilización, de la que las Letras son las flores. Y en la civilización, lo que percibo, ante todo, es la obra del Cristianismo. Todo el objeto de mi libro es, por lo tanto, demostrar cómo supo el Cristianismo sacar de las ruinas romanas y de las tribus acampadas sobre esas ruinas, una sociedad nueva, capaz de poseer la verdad, de practicar el bien y de descubrir la verdadera belleza.»

*Todo el objeto de mi libro es demostrar cómo supo el Cristianismo sacar de las ruinas romanas y de las tribus acampadas sobre esas ruinas, una sociedad nueva, capaz de poseer la verdad, de practicar el bien y de descubrir la verdadera belleza.*



Luego nos explica Ozanam cómo brotó en su mente el proyecto de esa obra portentosa. Nos dice que tal idea tuvo su fuente en la fe de sus padres y en la de su hermana. En la fe de su infancia que, oscurecida por un instante, vaciló, y luego fue afianzada por la mano de un maestro, que era un sacerdote. «Desde entonces creí —nos dice él— con una fe firme y, agradecido por semejante beneficio, prometí a Dios consagrar mis días servicio de esa verdad que me había asegurado la paz.»

Vemos, por lo tanto, cómo ese trabajo fue el resultado de una promesa hecha a Dios y hecha a los hombres. Fue algo así como una misión de lo alto que, desde su juventud, quiso él aceptar y que, también desde su juventud, ejerció.



«Desde entonces han pasado veinte años —prosigue Ozanam— y a medida que he vivido, la fe mejor comprendida me ha ido apareciendo cada vez de más alto valor. He comprendido mejor lo que vale en los grandes dolores y en los grandes peligros. También he sentido una compasión mayor por los que no la poseen. Al mismo tiempo, la Providencia, cuya economía admiro, permitió que yo estudiase la Religión, el Derecho y las Letras, tres materias tan necesarias en mi labor.»

Sabe Ozanam que tendrá que refutar la ciencia negativa y hostil. Lo sabe y de su pluma brotan estos bellos acentos:

5. «El historiador Gibbon visitó Roma en los días de su juventud. Una tarde, con la mente llena de recuerdos, vagaba entre las ruinas del Capitolio. De repente, oye unos cantos de iglesia y de las puertas de la basílica de «*Ara Coeli*» ve salir una larga procesión de franciscanos, quienes barrían con sus sandalias aquel suelo en otro tiempo atravesado por tantos triunfos. Fue entonces cuando la indignación lo inspiró y bajo el influjo de esa indignación pensó en vengar la antigüedad ultrajada por la barbarie cristiana, y concibió la historia de la decadencia del Imperio Romano.

»Yo también. —prosigue Ozanam—, yo también he visto a los religiosos de «*Ara Coeli*» pisar los viejos suelos de Júpiter Capitolino y me he alegrado, porque he visto en ellos algo así como una victoria del amor sobre la fuerza, y resolví escribir la historia de esa época del progreso que el filósofo inglés llama de la decadencia: La historia de la civilización entre los bárbaros, la historia del pensamiento, atravesando las olas de la invasión y salvando con su poder los restos del imperio de las Letras.»

Pero Gibbon no ha muerto todavía. «Su tesis —continúa Ozanam— es la tesis de gran parte de Alemania. Es la tesis de todas esas escuelas sensuales que acusan al Cristianismo de haber ahogado el desenvolvimiento legítimo de la Humanidad, al oprimir la carne y al aplazar para una vida futura la felicidad que era preciso descubrir en la tierra. Y al destruir ese mundo encantado en el que Grecia divinizó la fuerza, la riqueza y el placer, para sustituirlo por un mundo triste en el que la humildad, la pobreza y la castidad velan al pie de una Cruz.» Es el paganismo eterno, inmutable en nuestra naturaleza caída, paganismo que no puede llamarse nunca progreso, porque, por el contrario, es el retroceso a la antigua barbarie.

Así sigue Ozanam en esas páginas maestras que no nos cansaríamos de citar. En una de ellas, refiriéndose a Dante, dice: «Era el gran jubileo del año 1300, Viernes Santo. Había llegado Dante, como él dice, a la mitad del camino de la vida y comienza su peregrinación al infierno, al purgatorio y al paraíso. En el umbral de la carrera, las fuerzas lo traicionan, pero tres mujeres benditas velan sobre él desde el cielo: la Virgen María, Santa Lucía y Beatriz. Virgilio dirigía sus pasos y, confiado en ese guía, el poeta penetra valerosamente en la tenebrosa senda. ¡Ah! —dice Ozanam—, yo no poseo un alma tan grande como la de Dante, pero sí poseo una fe tan profunda como la suya. Lo mismo que él, en la madurez de la vida, acabo de ver el año santo, ese año santo que divide este siglo tempestuoso y fecundo, el año

jubilar que renueva las conciencias católicas. Como él, voy a emprender la peregrinación a los tres estadios que se extienden desde la sombrías invasiones hasta Carlomagno, y desde Carlomagno hasta los esplendores religiosos del siglo XIII. Dante, mejor que Virgilio, será mi compañero hasta el fin de mi camino, hasta esas alturas de la Edad Media, donde él dejó su puesto señalado. Tres mujeres benditas me asistirán, con él: la Virgen María, mi madre y mi hermana, ya que la que para mí representa a Beatriz, me la ha dejado Dios en la tierra para que su mirada me sostenga, su sonrisa me conforte y pueda demostrarme así, bajo su imagen más conmovedora, el poder del amor cristiano, cuyas obras voy a relatar.» Pone fin Ozanam a su prólogo, imitando al viejo Alighieri, y termina como él terminó su Paraíso, poniendo el libro bajo la protección de Dios, bendecido por todos los siglos.

Tal es el fin del prólogo, con el nombre del Altísimo inscrito en el frontón del alto pórtico. Pero, ¿logrará Ozanam poner la última piedra de ese edificio que prepara?

6-7. En esos días, llegó a Francia, para una corta temporada, su gran amigo Jean Jacques Ampère, quien compartía su tiempo entre la Academia de París y la casa de Sceaux, donde se encontraba Ozanam y donde se hospedaba Ampère desde el lunes hasta el jueves. Preciosa sociedad ésta para ambos amigos, quienes se dieron a la revisión de los capítulos que no habían sido entregados al público. Ozanam le presentó primero *Los poetas franciscanos*, aquel hijo perdido en las colecciones del «Correspondant». Luego le presentó el *Quinto siglo* que Ozanam creía no poder terminar sin Ampère y cuyo éxito ante el público dependía también —según Ozanam— de Ampère.

No tuvo igual suerte su segunda obra y la más importante de todas. Ya tenía preparado el prólogo y las cinco lecciones preliminares estaban revisadas y reformadas. Este trabajo, según juicio de Ampère, forma uno de los trozos más elevados y acabados que salieron de la pluma de ese autor.

De las dieciséis lecciones siguientes, tenía tan sólo Ozanam copias tomadas en taquigrafía y completadas con sus notas, pero había que retocar, redactar y refundir. Y esto resultaba un trabajo superior a las fuerzas de Ozanam y a los días de vida que le quedaban. Además, Ampère debía ausentarse pronto para un viaje transoceánico, y el mismo Ozanam tendría que pasar el resto de sus vacaciones a la orilla del mar. Así que abandonó Sceaux por un mes, y las obras que había que retocar se quedaron allí. *Pendent opera interrupta...* ¡Si al menos, algún día se pudieran continuar!

Fue Dieppe el lugar escogido por Ozanam para pasar el mes de agosto, y a Dieppe se dirigió Ampère para despedirse de sus amigos, antes de embarcar para Inglaterra, adonde lo llevaba el deseo de asistir a la Exposición del Palacio de Cristal. Pero una vez en Dieppe, pareció Ampère ansioso de retardar, aunque tan sólo fuera por pocos días, aquel doloroso adiós a su amigo, adiós que en las actuales circunstancias le era particularmente penoso. Para lograr esto, convenció a Ozanam de la utilidad que encerraría para él, profesor de Literatura, visitar la patria de

Shakespeare. Y Ozanam se dejó convencer y juntos se embarcaron los dos amigos para la costa vecina. Pero, ya veremos, cómo una vez en Inglaterra, fueron distintos los motivos de estudio y de admiración que ocuparon la mente de estos dos intelectuales durante su permanencia allí.

8. El mismo Ampère nos dice que Ozanam se entusiasmaba menos que él ante las maravillas de la industria y que, en Inglaterra, sus espíritus no marchaban tan al unísono como cuando trabajaban sobre el Dante y los Niebelungen. «Mientras yo no me cansaba de admirar el Palacio de Cristal, él, con su corazón tan superior al mío, prefería dedicar su tiempo a visitar los sótanos habitados por los pobres católicos de Irlanda. De allí regresaba con la emoción pintada en el rostro y creo que también con el bolsillo más liviano que cuando entraba.»



9. En efecto, tuvo Ozanam ocasión de ver de cerca el pauperismo y la miseria que, en aquellos tiempos oprimían al pobre en Inglaterra. Pero pudo experimentar, al mismo tiempo, con emoción, el consuelo que recibían esos pobres por medio de las Conferencias de San Vicente de Paúl que en Inglaterra trabajaban. Acompañado por un miembro inglés de esa Conferencia, pudo Ozanam visitar los suburbios donde se apiñaban los obreros irlandeses. Allí le fue dado admirar la caridad cristiana que, por medio de los vicentinos, llevaba la limosna a esos tugurios donde gime el infortunio. Admiró y, sobre todo, comprendió el esfuerzo requerido por aquellos cofrades ingleses para vencer sus prejuicios y resolverse a apretar la mano de aquellos mendigos, en aquel país aristocrático donde el contacto con el indigente es algo que mancha y compromete. Prejuicios de nacionalidad y de nacimiento que, vencidos por aquellos héroes de la caridad, lograban realizar un bien que no es fácil medir. Ozanam se sintió feliz, entre aquellos socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Fue también motivo de admiración para Ozanam el respeto a la ley que observó en el pueblo inglés. Y también lo fue el gran amor que aquel pueblo profesa a su país. En cuanto al Palacio de Cristal, no habría de ser en ese edificio frágil y efímero donde fuera a buscar Ozanam el secreto de la grandeza británica. Allí encuentra demasiados objetos de lujo para los ricos y demasiados objetos de envidia para los pobres, demasiado incentivo a las necesidades ficticias y demasiada monotonía y uniformidad en ese

espectáculo mundial que pasaba sin cesar ante la vista objetos siempre similares. Y Ozanam, después de contemplar aquella síntesis del poder humano, se asombra de que el hombre pueda tan poco, de que el último esfuerzo de su genio se reduzca a entretrejer el oro sobre la seda o a mezclar flores de esmeraldas con flores de diamantes. Al salir de allí, se recreaba su espíritu con la contemplación del verde césped de los parques y de los grupos de árboles seculares y de las ovejas que pastaban a su sombra y de todo lo que no fuese hecho por la mano del hombre.

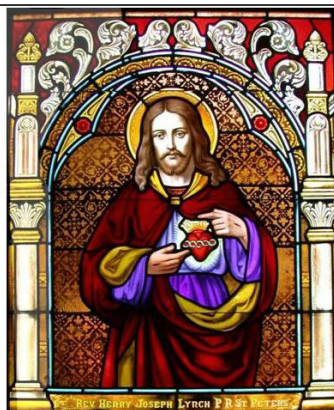
De regreso a Dieppe, se dedicó Ozanam con ahínco a fomentar en ese lugar la caridad, por medio de una Conferencia de San Vicente de Paúl que allí trabajaba. Esta recordó siempre las palabras ardientes con que Ozanam los urgía para que socorriesen a los pobres. Veinte años después, un panadero de aquel lugar repetía, todavía emocionado, aquellas palabras llenas de unción.

10. En octubre lo encontramos de nuevo en Sceaux. Allí no estaban fundadas las Conferencias y Ozanam se ocupó de fundar una. Pero cuando hubo reclutado los miembros, se encontró con que en aquel lugar no había pobres indigentes. «No importa —dijo Ozanam—, la asistencia material es tan sólo el fin secundario de la Obra. La santificación de las almas es el fin principal. Esa será nuestra labor aquí.»

Puede decirse que esta Conferencia fue su mayor consuelo durante los últimos días de aquellas vacaciones. Las fuerzas no volvían. Trabajaba un poco, pero muy lentamente. «Sin embargo —escribía él a Ampère—, encuentro dulzura y suavidad en este reposo del campo, en este retiro de Sceaux, de donde ya se van las hojas, pero donde se queda la paz.»

Esa paz tenía su razón de ser en el alma de aquel justo, en sus virtudes morales y cristianas, que hacían tan bella su vida íntima: vida de familia, vida de amistad y vida de caridad.

*La asistencia material es tan sólo el fin secundario de la Obra. La santificación de las almas es el fin principal.*



## CAPÍTULO XXVI

### VIDA ÍNTIMA

*Los amigos que escojas y cuya adopción hayas puesto a prueba, sujétalos a tu alma con garfios de acero.*

Shakespeare (Hamlet. Act. I, Sc. 3)

1.— Familia 2.— Religión 3.— Sometimiento a la voluntad de Dios 4.— Caridad 5.— Consuelo que se saca de la visita al pobre 6.— Ozanam engañado por el pobre 7.— El P. Ipiñazar 8.— La sopa del Seminario de Caracas 9.— Vida popular de San Eloy 10.— Ozanam y la amistad 11.— El P. Lacordaire.

Detrás de la vida de Ozanam, se cierne una nube que la ensombrecería totalmente si no viera él tras ella el sol resplandeciente de la voluntad de Dios. «Es tal mi estado de fatiga —escribe a Ampère—, que me prohíbe muchos deberes y me priva de muchos placeres. En todo eso hay que admirar el orden de la Providencia, que no permite que nos aclimatemos a la tierra. Yo tenía todo como para gozar de la vida, y gran parte de ese todo lo tenía gracias a Vd. Pero Dios no quiere que mis raíces arraiguen mucho en una vida tan cómoda. Me concedió las alegrías del corazón y me envía las penas de la enfermedad. Bendito sea Dios por esa distribución...»

*Dios no quiere que mis raíces arraiguen mucho en una vida tan cómoda. Me concedió las alegrías del corazón y me envía las penas de la enfermedad. Bendito sea Dios...*



1. En otra carta que escribe el 16 de febrero a Dufieux, encontramos el doloroso quejido, muy endulzado por el aspecto de general felicidad que contempla en su hogar. Felicidad que aumenta cada día con las gracias de

su pequeña María, que parece crecer en dulzura y encanto. Ozanam tiene para esta hijita delicadezas especiales y en ella encuentra inspiración para más de una bella estrofa.

2. La religión había convertido aquel hogar en un verdadero santuario. Ozanam fue un hombre de oración. Todas sus cartas se ven impregnadas de ese incienso: siempre pidiendo oraciones, siempre ofreciendo las suyas. Cada vez comulgaba con mayor frecuencia; por lo menos, todos los domingos y días de fiesta. Tenía la costumbre de hacer todas las mañanas media hora de lectura de algún capítulo de los Libros Santos; esto lo llamaba su pan cotidiano. Ordinariamente era en el Evangelio donde recogía ese pan. Lo leía en el texto griego, embriagándose con las palabras de Jesucristo y con sus hechos. De esa lectura debía sacar una traducción perfecta en los actos de su vida, ya que él no entendía de otra manera la piedad que la imitación de Jesucristo y el fiel cumplimiento de su Ley.

Tenía una idea completamente sobrenatural de la vida. Consideraba que, únicamente mirando las cosas desde arriba, se podía encontrar la luz y la firmeza requeridas para los deberes y para las necesidades de la tierra. Juzgaba también que para poder justipreciar los asuntos de la tierra en su valor real, preciso es considerarlos con calma y desinterés y mirarlos de lejos, como si de asuntos ajenos se tratase.

«La realidad de la vida está más arriba —decía él—. ¡Qué tendríamos si no fuera por nuestras obras que nos acompañarán! ¿Y qué seríamos sin Dios, que será nuestra recompensa, siendo aquí nuestra ayuda...?»

3. Tenía en su trato con Jesucristo el abandono más absoluto, la confianza más completa y la ternura de un hijo. Le había entregado su vida y se reprochaba el haber sentido en su juventud alguna inquietud por su porvenir.

Se reprochaba hoy el sentir inquietudes por su salud. Y a Jesucristo entregaba toda su vida, todo lo que constituye en sí el precio de la vida: la felicidad, el amor y la gloria.

En cada uno de sus deberes de cristiano, deberes de ciudadano y deberes de estado, veía él la voluntad de Dios. Pero quería, además, que fuese siempre su intención muy pura y muy alta: «El Señor nos enseñó a pedir que esa voluntad se cumpliera así en la tierra como en el cielo. Por lo tanto, no hemos de cumplir esa voluntad como se cumple en el infierno, por necesidad. Ni como se cumple entre los hombres, donde a menudo se murmura de ella. Ha de cumplirse con el amor y la alegría con que los ángeles la cumplen.»

4. Ozanam fue siempre juez severo consigo mismo: El mundo lo juzgó grande, él se juzgó pequeño. El mundo lo juzgó bueno, él se juzgó malo. Creyó siempre que lo que en su vida logró, lo logró gracias a la bondad divina. Nunca creyó en su genio, aunque sí creyó en su esfuerzo personal. No se creyó fuerte, sino débil. Su propia conciencia no fue nunca indulgente con él: se llamó a sí mismo irresoluto, indeciso, agitado por el soplo de vanas impresiones e inquietudes que ensombrecían sus horas de felicidad. En sus

irresoluciones se decidía por lo que más le costara, porque —decía— ése es el camino más seguro (lo que, tal vez, no es siempre cierto).

Aquel corazón de juez que para consigo mismo tenía, se convertía en corazón de hermano cuando de los demás se trataba. Además de la inmensa familia de San Vicente de Paúl, a cuyo servicio había consagrado su vida, tenía también Ozanam sus pobres, es decir, los que le correspondían por su Conferencia, a quienes visitaba y servía con la unción del que desempeña un acto religioso. Nunca entró en la casa del pobre con el sombrero puesto. «Yo soy vuestro servidor», solía decirles. Nunca les sermoneaba. Después de darles lo que les tenía dedicado, se sentaba y conversaba con ellos de todo aquello que pudiera interesarlos y distraerlos.

5. Semejantes visitas eran para él mismo instructivas y bienhechoras. Contaba que, un día en que se sentía de mal humor, resolvió salir a visitar a sus pobres y, que al regresar de esa visita, se sintió completamente transformado. ¡Qué lección tan eficaz había sido para él tal visita!... ¿Qué importancia podían tener sus miserias, hijas todas de su imaginación, comparadas con la espantosa realidad de esos males que acababa de contemplar?

«¡Cuántas veces —nos dice en otra ocasión—, agobiado por alguna pena interior, inquieto por el mal estado de mi salud, entré en la casa del pobre confiado a mi cuidado y allí, a la vista de tantos infelices más desgraciados que yo, tuve que reprocharme mi abatimiento, logrando al mismo tiempo sentirme más fuerte contra el dolor! Obligado me sentía en esos casos a dar las gracias al desgraciado que me había fortificado y me había consolado al ver sus propios sufrimientos. ¿Quién no comprenderá que, desde ese momento, se convirtiese aquel infeliz para mí en un ser acreedor a mi cariño?»

*¡Cuántas veces, agobiado por alguna pena interior, inquieto por el mal estado de mi salud, entré en la casa del pobre confiado a mi cuidado y allí, a la vista de tantos infelices más desgraciados que yo, tuve que reprocharme mi abatimiento, logrando al mismo tiempo sentirme más fuerte contra el dolor!*



Cuando los pobres se presentaban en su casa, nunca los dejó esperando largo tiempo, sino que los introducía inmediatamente en su despacho, donde les ofrecía un asiento confortable y usaba para con ellos de las mismas

atenciones con que se agasaja a aquellas personas con cuya visita nos sentimos honrados.

Motivo de gran placer fue siempre para él felicitar el Año Nuevo a sus pobres y repartir aguinaldos entre ellos. Cuenta el P. Lacordaire que en esa fecha del 1852, deseaba Ozanam ardientemente rescatar a una familia muy desgraciada un mueble que tenía empeñado y que era un recuerdo de familia. Había razones que justificaban el no meterse en eso, pero Ozanam pasó el día tan triste que al fin resolvieron él y su señora presentarse en la casa de la desgraciada familia con la tarjeta de rescate. Después de realizado esto, daba contento el ver la felicidad pintada en el rostro de Ozanam.

6-7. No quiere esto decir que no encontrara en su camino personas que intentaran y que, muchas veces, logran engañarlo para especular con su caritativo corazón. Pero sobre este punto pensaba Ozanam como aquel venerable y sabio jesuita que tantas veces, y con una generosidad igual a su modestia, socorrió a los pobres de Caracas, el cual solía decir que prefería que especulasen noventa y nueve veces con él y no correr el riesgo de rechazar una vez a uno verdaderamente necesitado. Y no paraba aquí la idea que sobre la caridad tenía el P. Ipiñazar: Cierto día, habiéndole manifestado una persona (justamente la misma que escribe estas páginas) la repugnancia que, a veces, sentía al dar una limosna y pensar que esa dádiva sólo serviría para que el favorecido tomara más aguardiente, se esforzó con ahínco y vehemencia este caritativo sacerdote en explicar a todas las allí presentes la compasión que merece nuestro pueblo «aun cuando esté ebrio, recordando que muchas veces, es justamente la falta de alimento lo que lo induce a beber. Es el frío del estómago, es la angustia del que sabe que en su hogar no hallará la sopa caliente que lo conforte, sopa que lo alejaría de la taberna y lo llevaría al hogar.»

8. Poco tiempo después de esta conversación, establecieron los Padres Jesuitas, por iniciativa de su Superior, que por aquel tiempo lo era el P. Ipiñazar, la Obra que ha dado en llamarse «la sopa del Seminario». Y es que, en efecto, sopa caliente y abundante encuentran allí, diariamente, alrededor de ciento cincuenta personas indigentes de nuestra capital. Sopa que viene a demostrar que aquel gran corazón se esforzaba por remediar el dolor ajeno, que como propio sentía. Y dio a esa institución mayor realce, cuando para unir a la obra de misericordia corporal, la espiritual, ordenó que al modesto pero suculento almuerzo precediera una explicación de Catecismo.

¡Sirvan estas líneas de piadoso homenaje a la recia virtud de aquel gran sacerdote, intérprete fiel de la voluntad divina!

Como ya dijimos, tampoco para Ozanam era la especulación del prójimo llave capaz de cerrar la fuente inagotable de su caritativo corazón. Así, parece que, en una ocasión, un italiano a quien había procurado Ozanam una colocación en una casa de comercio, traicionó odiosamente la confianza del patrón. Algún tiempo después, encontrándose en la mayor miseria, vuelve el italiano a implorar la asistencia de Ozanam quien, muy irritado, lo despidió de



su presencia. Pero no había terminado aquel desgraciado de bajar la escalera, cuando sintió Ozanam remordimiento por lo que había hecho y comenzó a decirse que él mismo necesitaría un día de que Dios no fuese tan inexorable con él como lo había sido él con su semejante. Sin poder contenerse, corrió Ozanam tras el italiano, a quien encontró en los jardines de Luxemburgo.

9. A medida que Ozanam subió más en categoría por sus escritos y por sus títulos académicos, pareció sentirse más inclinado hacia el mundo obrero. Cada día, dedicó mayor esmero en atender la sociedad de San Francisco Javier y el círculo de la cripta de San Sulpicio, no negándoles, en cuanto le fue posible, ni su presencia ni su palabra. Y tanto para ellos como para los pobres de las Conferencias, compuso, en los últimos días de su vida, *La Vida popular de San Eloy*, patrono de los obreros metalúrgicos, obra que no es otra cosa que la glorificación del trabajo cristiano en un estilo sencillo, pero bellissimo. Veamos cómo termina el libro:

«Si todos no pueden, como San Eloy, aconsejar príncipes, evangelizar infieles y rescatar cautivos, sí pueden todos, como él, servir a Dios con la oración y a su país con su trabajo. Todos pueden hacer honor al taller, llevando a él la honradez, la sobriedad y la caridad que respeta al patrón, une a los compañeros y protege a los aprendices. Todos pueden ayudar a los pobres, si no con su dinero, a lo menos con una buena palabra. En fin, no todos podrán llegar a ser grandes, pero todos pueden llegar a ser santos.»

Sentía gran satisfacción Ozanam ante el impulso que había dado a las Conferencias la presencia reciente de Baudon, lo que le permitiría a él desaparecer cada vez más. En el año 1851, se fundaron doscientas cuarenta y siete Conferencias nuevas entre los dos mundos. El progreso de la Obra en Inglaterra era asombroso. El delegado de crónica de la Obra decía, refiriéndose a Inglaterra, que de todos los telégrafos que la unían al continente, el más poderoso, sin duda, era el de la caridad, cuyo hilo eficaz tenía la facultad para unirlo todo. Unía y encadenaba los corazones, bajaba del cielo y al cielo conducía.

El amigo más íntimo que tuvo Ozanam, en los últimos días de su vida, fue Ampère, y Ampère se expresa así, hablando de él: «Los que han leído las cartas de Ozanam conocen la gracia incomparable de su espíritu, pero habrán visto también en ellas la invariable amenidad de su trato, en el que no existía tiesura de ninguna especie.» Junto a la seriedad de su pensamiento, se encontraba siempre la alegría de su carácter. «Nadie más dispuesto que él para divertirse con las tonterías (petites bêtises),» decía otro amigo que lo conoció también mucho. Nunca se creyó demasiado como para tener que prohibirse la risa, esa gran felicidad de la vida, y aun cuando los sufrimientos ensombrecían su frente, bastaba el más pequeño incidente para hacer estallar la chispa.

Pero no hay que creer tampoco que ese amable carácter no tuviera a veces que reprimir algunos movimientos de impaciencia irritada: «Terminad,

terminad o me enfado». Y se enfadaba. Pero pasado el primer momento, todo se acababa y sabía presentar sus excusas.

10. Con tal carácter y tan gran corazón, fácil es suponer cuán propicio sería Ozanam a la amistad. Se necesitaría un capítulo aparte para hablar de los amigos de Ozanam, de sus amistades. Las tuvo familiares, literarias, académicas, políticas, lionesas, parisienses y extranjeras. Y de todas esas amistades, siempre las más antiguas ocuparon el primer lugar:

Francisco Lallier fue siempre el alma piadosa y fuerte a la que el amigo confiaba todas sus debilidades y hacia el cual se sentía atraído por todo el fervor de su profunda ternura. Entre la correspondencia de Ozanam, hemos podido contar ochenta cartas de Lallier. Cartas reveladoras todas de aquel carácter, en el cual lo divino y lo humano se confundían armoniosamente. Existió también entre ellos un lazo sagrado, como decía Ozanam, al escogerlo él para ser padrino de su hija.

Juzgaba Ozanam como uno de los deberes de la amistad el no prodigarse alabanzas que no estuviesen basadas en la verdad. Más aún, creía que entre los amigos debía existir una cierta osada franqueza, con el fin de lograr por ese medio el conocimiento propio, tan necesario para la perfección.

11. Cierta día, el santo y humilde monje, P. Lacordaire, exigió a Ozanam que le indicase los defectos que podrían reprocharse a su predicación. Ozanam, azorado, empezó por negarse a contestar. Luego se arrepintió de su negativa, y en la tarde de ese mismo día, lunes 29 de septiembre de 1851, le envió la siguiente esquela: «Mi reverendo Padre: Vd. me hizo esta mañana una pregunta de amigo y yo se la contesté como un extraño, como uno a quien Vd. no le hubiera concedido el derecho de decirle todo. Me siento verdaderamente arrepentido de ello y, en realidad, siento un afecto tan grande por Vd., siento tal apasionada admiración por su predicación, que bien puedo repetirle las observaciones que sobre sus sermones haya oído, ya que Vd. así me lo exige y que eso puede servir al bien de las almas.» Y le repite esas observaciones con esta claridad:

«Le reprochan el neologismo, cierto atrevimiento en algunas comparaciones, las repeticiones demasiado frecuentes de alusiones profanas en los asuntos sagrados, un poco de romanticismo y, además, cierta negligencia en el texto impreso de sus conferencias, destinadas a la inmortalidad. Porque, mi reverendo Padre, ese gran auditorio de Notre Dame es muy pequeño si se compara con los que están ausentes y con las generaciones futuras, a quienes su elocuencia obligará a escucharlo.» El Padre Lacordaire se mostró muy complacido.

Antes de terminar este capítulo deberíamos citar algo Villemarque y con Eugène Rendu, y con tantos y tantos más, correspondencia que nos suministraría rasgos de aquella amistad que sabía ser tan edificante. Pero nos urge hablar del amigo por excelencia, del amigo de la familia, especialmente durante los últimos años, de Jean Jacques Ampère. Nos urge también el deseo de hacer resplandecer aquella llama de celo cristiano en que ardía el corazón de Ozanam y que constituye la señal suprema del amor.

## CAPÍTULO XXVII

### OZANAM, AMIGO

*«La amistad es preferible a la gloria.»*

Simón Bolívar. Carta escrita en Caracas al mariscal Sucre, el 8 de junio de 1827.

- 1.— Ozanam y su amistad con Ampère
- 2.— Apostolado en la amistad
- 3.— Carta a Ampère
- 4.— Respuesta a la carta.

1. Era la época en que Ampère iba a emprender su gran viaje al Canadá y a los Estados Unidos. Ozanam se mostraba inquieto por ese viaje, y esa inquietud tenía un fundamento profundo: hombre de mundo y muy dado a cambiar de residencia, muy dado también al escepticismo de las escuelas alemanas, entre cuyos maestros contaba con varios amigos, Jean Jacques Ampère no había recogido por entero la herencia religiosa que le legara su ilustre padre. Pero sí tenía, como él, un alma recta y sincera. Y por eso, a pesar de la actividad ardiente de su vida y de la fantasía de su imaginación, a pesar de los halagos con que el mundo lo cortejaba y de la curiosidad siempre renovada de su vasta inteligencia, su espíritu necesitaba esa fe. Y ese corazón que se sentía hecho para gozar de ella, no podía encontrar reposo sin ella. Y admiraba esa fe en Ozanam, cuya vida era para Ampère un Evangelio mudo. Nunca le había hablado Ozanam de esto. Pero, ¿podría seguir callando cuando su amigo se decide a poner la inmensidad entre ellos, Cuando se despiden, tal vez, para siempre?

2. Antes que Ampère saliese de Londres, le escribió Ozanam una carta desde Dieppe, el 21 de agosto. Carta admirable que citaremos casi entera.

Recordando primero las grandes y continuas bondades de que su amigo lo había colmado siempre, le pide autorización para tocarle un punto grave con la confianza de un hermano y al mismo tiempo con el respeto debido al que es hermano mayor.

2. «¿Se asombrará Vd. ahora de la tristeza que descubrió en mí al separarme de Vd.? No quise decirle entonces lo que sentía para no ponerlo en el compromiso de una rápida respuesta. Mientras que, ahora, pasará tanto tiempo antes de su regreso, que al volvernos a ver, habrá olvidado Vd. ya la impresión que mis palabras pudieran causarle.

»Vd. busca —dice Vd.— nuevos intereses que puedan cautivar su espíritu y, por eso, visitará medio mundo. Sin embargo, existe un interés soberano, un bien capaz de cautivar y de satisfacer su gran corazón, y yo temo, amigo mío, y ojalá que lo tema sin razón, que Vd. no se preocupe de eso. Vd. es

cristiano. Lo es por patrimonio, por la sangre incomparable de su padre. Vd. cumple todos los deberes que el cristianismo ordena para con los hombres, pero ¿no siente Vd. que hay también deberes que nos obligan para con Dios? ¿No cree Vd. que hay que servir a ese Ser Supremo y hay que vivir en trato íntimo con El? ¿No encontraría Vd. consuelo infinito en ese servicio? ¿No encontraría Vd., sobre todo, en ese servicio, la seguridad de la eternidad?

»Más de una vez me ha dado Vd. a entender que esos pensamientos no eran extraños a su corazón. ¡Su vida de estudio le ha hecho conocer tanto cristiano eminente y Vd. ha visto a su alrededor morir cristianamente a tanto hombre de valía! Esos ejemplos lo invitan a Vd., pero las dificultades de la fe lo detienen. Y yo nunca le he tocado el punto de esas dificultades, porque su saber y su talento son infinitamente superiores al mío:

»Pero hoy permítame que se id diga, amigo mío: No hay más que dos escuelas, la Filosofía y la Religión. La Filosofía tiene sus luces. Supo conocer, a Dios, pero no lo amó. Ella nunca ha hecho derramar una sola de esas lágrimas que el católico derrama en la Comunión y cuya dulzura incomparable merecería el sacrificio de la vida. Si yo, débil y malo como soy, he conocido esa dulzura, ¿qué no conocería Vd. con su carácter tan elevado y su corazón tan bueno? Vd. encontraría allí la evidencia interior, ante la cual todas las dudas se desvanecen. La fe es un acto de virtud, por tanto, es un acto de voluntad. Hay que esforzarse por practicarla; luego, entregarse a Dios y Dios dará la plenitud de la luz.»

*La fe es un acto de virtud,  
por tanto, es un acto de  
voluntad. Hay que esforzarse  
por practicarla; luego,  
entregarse a Dios y Dios  
dará la plenitud de la luz.*



En seguida, termina con esta frase que es el grito de un corazón cristiano: «Amigo mío, si algún día cae enfermo sin que haya un amigo que esté a su lado, recuerde que hoy en día en los Estados Unidos ningún lugar importante hay donde el amor de Jesucristo no haya colocado un sacerdote para consuelo del viajero católico.»

4. La respuesta no se hizo esperar. Dos días después, llegaba de Inglaterra la siguiente contestación: «Querido y excelente amigo: No quiero

que pase un minuto sin enviarle mi gratitud por su carta. ¿Ofenderme Vd.? ¡Ah Dios mío!; no sería Vd. mi amigo si no tuviera semejantes ideas en su corazón. Yo lo sabía, aunque Vd. no me lo hubiera dicho. Permítame que no le conteste y crea que el espectáculo de ortodoxia católica que ofrece una inteligencia como la suya, es para mí una predicación más elocuente que todas las palabras».

Luego trae la carta una post-data: «Encontré ayer en la calle al cojito del Puente de Waterloo y le di una limosna por nosotros cuatro».

Esas rápidas líneas fueron las últimas que en Europa escribió Ampère. Su próxima carta venía de Montreal, con fecha 2 de octubre. Preludiaba Ampère aquella correría de tres mil leguas que relata bajo el título de *Paseo en América*. En ninguna parte se olvidó de escribir a Ozanam. Y Ozanam contestó a cada una de esas cartas con toda la gracia de su espíritu y con las más sinceras manifestaciones de afecto y de fe.

Esos dos hombres, esos dos amigos, esos dos hermanos casi, no debían volverse a ver sobre la tierra. Cuando Ampère regrese a París, será en el momento en que Ozanam lo acaba de abandonar a su vez, pero ¡para siempre!

## CAPÍTULO XXVIII

### LA ENFERMEDAD. LOS PIRINEOS

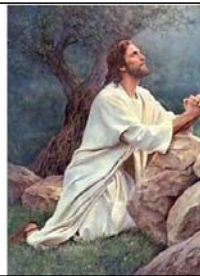
*Ahora precisa el valor, Eneas, ahora pecho firme.*

Virgilio (Eneida. Lib. VI)

1.— Últimos días en la Sorbona—2 El siglo V 3.— La última lección 4.— Carta de apóstol 5.— Los Pirineos 6.— El P. Henry Perreyve 7.— El P. Mermillod 8.— Cartas de dolor y resignación 9.— Burgos 10.— Visita a Pouy 11.— Hacia Italia.

I. La estancia en Sceaux y, sobre todo, el aire del mar en Dieppe, fueron propicios a la salud de Ozanam, al menos por algún tiempo. Después de unas vacaciones forzosamente prolongadas, se creyó en el deber, hacia fines de diciembre, de recomenzar sus clases en la Sorbona. Su hermano, el sacerdote, trató de disuadirlo de esa idea. «No —contestó él—. Tengo un deber que cumplir. ¿Qué dirías tú de un soldado que se negase a subir a la quebrada, por miedo a la muerte? Debo ocupar mi puesto y allí moriré, si hay que morir.»

*Tengo un deber que cumplir...  
Debo ocupar mi puesto y allí  
moriré, si hay que morir.*



Al mismo tiempo, aseguraba a los médicos que encontraba más insoportable la inacción que la misma enfermedad. «Soy un obrero —decía—. Debo hacer mi jornada...» ¡Ay!, ya su jornada estaba hecha y cercana estaba la hora de recibir el salario.

Subió, pues, de nuevo a la cátedra. Reanimado, pero no curado. Es cierto que no siente ahora la fatiga que antes sentía al hablar. Pero también es cierto que trata en lo posible de evitar toda emoción. Además, ya no da las lecciones de pie. Los discípulos lo comprenden con discreta consideración.

2. Pasó así el semestre de invierno de 1852 y, aunque las fuerzas no volvían, sí se sentía mejor, lo que le llenaba de esperanza. Quiso entonces trabajar en su Siglo V, pero él mismo confiesa que se sentía agobiado por

una esterilidad aplastante. La pluma se le escapa de los dedos. Iba a conocer Ozanam la intensa amargura de no poder comunicar a los demás las ideas que bullen en su cabeza, por falta de voz, por falta de fuerzas. Y ésta será la angustia cruel en la que se debatirá en adelante aquella noble existencia. Pero, para semejante amargura estaba preparada el alma de Federico Ozanam, quien, a la edad de veintidós años, decía: «El que muere dejando su tarea sin terminar merece, a los ojos de la divina Justicia, lo mismo que el que disfruta del placer de verla concluida.»

Proyectaba pasar la semana de Resurrección con su mujer y su hija en Sens, al lado de Lallier. Pero no pudo ir. En Notre Dame recibió la Comunión pascual, y al día siguiente, le atacó una fiebre alta en medio de sufrimientos terribles, que quebrantaron aquella voluntad de acero. Se vio obligado a guardar cama y, desde la cama tuvo que suplicar al decano de la Sorbona que anunciase en la Universidad que quedaba aplazada la continuación de su curso.

Al abrirse de nuevo las clases y leer los estudiantes semejante noticia, que venía a arrebatárles el placer que esperaban disfrutar de oír a Ozanam, se sintieron muy decepcionados, y como ignoraban la enfermedad del maestro, llegaron en su desagrado hasta a exclamar: «Esos señores profesores llevan la vida cómoda y se permiten suspender los cursos sin recordar que esas clases se les pagan.»

3. Esto llegó a oídos de Ozanam, quien sufrió mucho por ello. El tenía su lección preparada y, no pudiéndose contener, dijo: «Daré mi clase por el honor de mi profesión». Llegada la hora dejó el lecho y, a pesar de las instancias de sus amigos presentes, a pesar de las lágrimas de su mujer y de la prohibición del médico se hizo conducir a la Sorbona, donde apoyado en el brazo de un amigo, se mostró inesperadamente en la cátedra, extenuado y pálido como un espectro.

Conmovidos por la compasión y por el remordimiento, los estudiantes lo saludaron aclamándolo unánimemente. Ozanam pidió silencio y, con voz profunda, pero clara, dijo: «Señores, acusan a nuestro siglo de ser el siglo del egoísmo y dicen que los profesores estamos atacados de ese mal del siglo. Sin embargo, señores, nosotros consumimos aquí nuestra salud. Aquí agotamos nuestras fuerzas, mas no me quejo por ello. Nuestra vida os pertenece. Os pertenece hasta el último suspiro y lo tendréis. Por mi parte, si muero, será sirviéndoos.»

Dio su lección con una fuerza y poder tales, que jamás se le habían visto semejantes. Sería imposible describir el entusiasmo y la emoción que despertó en el auditorio. Se diría que presentían que lo escuchaban por última vez. Al descender de la cátedra y abandonar la clase en medio de las efusiones de todos, uno de sus discípulos le apretó la mano diciéndole: «Ha estado Vd. sublime». Ozanam contestó con una dulce sonrisa.

Aquella noche no durmió. Por el contrario, la pasó presa de un malestar extraordinario, de carácter alarmante. En realidad, era un adiós lo que había

dicho a aquel auditorio tan amado por él y que lo había aplaudido frenéticamente durante doce años.

El P. Lacordaire supo todo eso y se aterró. Se encontraba entonces en su convento de Flavigny, a donde se había retirado al verse obligado a abandonar el púlpito de Notre Dame y la ciudad de París. Escribió inmediatamente a Ozanam regañándole por cometer semejantes imprudencias y prescribiéndole que se limitase, durante algunos años, únicamente a sus clases y que el resto del tiempo lo dedicase a hacer viajes de salud y de descanso: «Piense, amigo mío, que Vd. pertenece al pequeño número de católicos que han honrado nuestro país por su talento y carácter. Piense que Vd. ha permanecido puro en medio de las agitaciones que han arrastrado a tantos otros. Lo necesitamos junto a nosotros mucho, tiempo todavía. Siempre ¡ay!, llegará muy pronto nuestra hora de partida y, si la vida vale poco para uno mismo, preciso es conservarla para los demás».

*Señores, acusan a nuestro siglo de ser el siglo del egoísmo y dicen que los profesores estamos atacados de ese mal del siglo. Sin embargo, señores, nosotros consumimos aquí nuestra salud. Aquí agotamos nuestras fuerzas, mas no me quejo por ello. Nuestra vida os pertenece. Os pertenece hasta el último suspiro y lo tendréis. Por mi parte, si muero, será sirviéndoos.*



La enfermedad se agravó. Al pasar la crisis, las fuerzas le abandonaron totalmente. Pero, ¡admirable carácter!... en medio de aquella debilidad agotadora conservaba íntegro su espíritu de apóstol y su ardiente celo por la caridad. Testimonio de esto lo tenemos en una carta del 16 de junio de 1852, carta que es más bien un monumento.

Es el caso que, durante su enfermedad había recibido Ozanam la visita de uno de sus antiguos compañeros de estudios, que le escribía ahora, manifestándole las dudas que sobre la fe atormentaban su corazón, e implorando al mismo tiempo el apoyo de su amigo, que sabía era ilustrado y más feliz que él.

4. Ante eso, se olvidó Ozanam de su estado de salud y, aunque sin fuerzas, para dejar la cama, arriesgó todo por el bien de aquella alma. Su respuesta es tan sólo una demostración católica en sus principales líneas. Empieza por reconocer al misterio su parte necesaria en el insondable



dominio de lo infinito. Contra la objeción de crueldad lanzada por el amigo contra el dogma de las penas eternas, contesta así: «Los que juzgan ese dogma como inhumano, ¿hablarán así movidos por su amor a la Humanidad? No; es porque tienen un sentimiento débil del horror del pecado y de la justicia de Dios.»

Luego le manifiesta que, después de haber pasado diez años de su vida estudiando la Historia del Cristianismo, puede asegurarle que cada paso que ha dado en esos estudios ha sido para encontrar nuevas pruebas que lo reafirmaran en sus convicciones. Por lo tanto, pruebas históricas las tiene en abundancia. Y pruebas sociales las tiene también, convencido como está que es al Evangelio a quien se debe la libertad, la fraternidad y la igualdad. Que sólo de él dependen la grandeza y la felicidad de todos los individuos, lo mismo que de todas las sociedades. «Tal vez Vd. ignora, querido amigo, hasta qué punto obra fuertemente en la sociedad esa fe en Cristo, fe que muchos quisieran figurarse ya apagada. Vd. no sabe hasta qué punto es amado el Salvador del mundo. Vd. no sabe qué cúmulo de virtudes y de abnegación suscita. Virtudes y abnegación de una pureza tal, que son semejantes a las de los primeros siglos de la Iglesia»... Y termina con esta súplica personal y ardiente: «¡Ay!, amigo mío, amigo mío, no nos metamos en esas discusiones infinitas. Recuerde que no poseemos dos vidas: una para buscar la verdad y otra para practicarla. Por eso Cristo no se hace buscar. El se presenta completamente vivo, en medio de esta sociedad que nos rodea. Delante de nosotros está... Pronto tendrá Vd. cuarenta años: ya es tiempo de que se decida. Entréguese a ese Salvador que lo llama. Entréguese a su fe como se han entregado tantos de sus amigos. Allí encontrará Vd. la paz... Le falta a Vd. tan poco para ser un buen cristiano, ¡le falta tan sólo un poco de voluntad! Creer es querer creer: quiéralo un día. Quiéralo a los pies del sacerdote, que hará bajar la sanción del Cielo sobre su vacilante voluntad. Tenga ese valor, amigo mío, tenga esa fe. Quiera su salvación. Sea cristiano, sea feliz. Ese es el deseo de su amigo»... Y ese deseo se realizó.

*Le falta a Vd. tan poco para ser un buen cristiano, ¡le falta tan sólo un poco de voluntad! Creer es querer creer: quiéralo un día. Quiéralo a los pies del sacerdote, que hará bajar la sanción del Cielo sobre su vacilante voluntad.*



Tres semanas después de escrita esta carta, el 16 de julio, al permitirlo su salud, salió Ozanam de París y salió con profundo sentimiento, al ver sus trabajos suspendidos y su carrera interrumpida en el momento en que podía aspirar a un puesto académico. Pero él sabía hacer el sacrificio de lo que la

Providencia le exigía, y sabía también pedir a esa Providencia el cumplir su voluntad como en el Cielo se cumple.

El viaje de París a Eaux Bonnes, adonde se dirigían, lo hicieron por cortas etapas, que duraron diez días. Se detuvieron en Orleans, en Tours, Poitier, Burdeos y en Pau. En cada lugar se ocupó Ozanam de visitar los centros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que en cada una de esas ciudades existía.

Al llegar a Eaux Bonnes, su principal preocupación fue el fundar allí una Conferencia que habría de ser, según su deseo, algo así como un punto de reunión para todos los socios de San Vicente de Paúl que tuviesen que hacer una cura en ese lugar. Paralela a esta Conferencia, emprendió Ozanam y logró la fundación de un hospital para aquellos pobres que tuviesen necesidad de ese mismo tratamiento. Cada Conferencia local debería encargarse de los gastos de viaje de sus socorridos. Los enfermos ricos o acomodados que perteneciesen a la Sociedad y que estuviesen en el balneario, se encargarían de la protección de los enfermos que llegasen al hospital.

5. En medio de esas obras de caridad, no dejó Ozanam de admirar las bellezas de los Pirineos. Encuentra incomparable la majestad de las grutas de Gavarnie, que se le antojan como el ábside de una catedral, coronada de nieve. Pero si se deleitó en la contemplación de los bellos lugares, tuvo también el placer, mayor aún, de encontrar allí almas muy bellas, llamadas a congeniar con la suya, por su piedad y exquisita distinción. Una de ellas, el P. Perreyve, su discípulo. Y el otro, el P. Mermillod, futuro obispo de Hebron.

6. El P. Perreyve, hijo querido del P. Lacordaire y del P. Gaty, lo era también de Ozanam. Se encontraba enfermo y sentía que la vida se le escapaba, pero él, lo mismo que Ozanam, ya había presentado al Divino Maestro esa ofrenda de su vida. Y eran justamente esas perspectivas, tan dolorosas como generosas, las que prestaban a sus conversaciones ese carácter triste y dulce de un mismo holocausto, ofrecido por dos.

Cuando, al terminar su cura, tuvo el P. Perreyve regresar a París, quiso Ozanam acompañarlo hasta Bayona, y esa hora que pasaron en el coche, fue la última de su conversación en la tierra. Ozanam pareció comprenderlo así, y durante todo el camino habló sólo de cosas graves, mientras su discípulo lo escuchaba con religioso silencio. Cuando divisaron las torres de Bayona, cambió el tema de su conversación, nos dice el P. Perreyve: «Me dijo que se sentía herido de muerte. Y de la muerte me habló con tal seguridad, que arrancó de mi corazón todo motivo de esperanza. Cuando el coche se detuvo delante de la diligencia que debía llevarme a París, me apretó la mano largamente. Bajamos del coche. Me abrazó entonces largo tiempo con ternura, mientras me decía: «Enrique, es un adiós efectivo el que nos decimos». Yo tenía el corazón destrozado pero, cuando se separó de mí, logré seguirlo con la vista sin derramar una sola lágrima, hasta que una vuelta del camino me arrebató ese último consuelo, cortando bruscamente el último hilo. Y ya yo no lo volví a ver más en la tierra.»

7. El P. Mermillod, comenzaba entonces a dar pruebas de su gran talento en los púlpitos de las catedrales de Francia, donde ya era considerado como un gran orador. Muchas veces, escribió él después sobre la impresión que ejerció en su persona la grandeza de alma de Ozanam. De éste para él, nos quedan unas líneas, donde podemos ver por entero aquella grande alma humillada y probada, pero siempre paciente, sometida y generosa: «Pida por mí, mi tierno amigo, porque la enfermedad no le hace bien al alma, al contrario. Me vuelve más irritable que nunca, más egoísta y preocupado tan sólo de mí mismo. Yo acepto el sufrimiento, si me ha de santificar, pero entonces que Dios permita que me santifique.»

8. Semejantes palabras tienen un acento más cristiano aún en la carta del 11 de septiembre, dirigida al P. Maret: «Dios ha querido concederme algunos días más de vida, sin duda para que me santifique. ¡Bendito sea por ello!... Pero, ¿será su designio el devolverme la salud o será más bien el hacerme expiar mis pecados, con grandes sufrimientos? ¡Bendito sea, de todos modos!... Pero, que me dé valor y que me envíe el dolor que purifica. Que si he de llevar la cruz, que sea la del buen ladrón. Continúe por lo tanto, Padre, concediéndome un buen puesto en sus recuerdos delante de Dios, así como se le da al enfermo el mejor lugar cerca del fuego: no lo merece, pero sí lo necesita.»

*Dios ha querido concederme algunos días más de vida, sin duda para que me santifique. ¡Bendito sea por ello!... Pero, que me dé valor y que me envíe el dolor que purifica. Que si he de llevar la cruz, que sea la del buen ladrón.*



Estas líneas están fechadas en Biarritz, donde gozó de unos días de mejoría y pudo disfrutar de ese lugar, que llama el más bello del mundo. Pero no goza de él sin cierto resquemor, ya que le atormenta el pasar los días sin hacer nada, y eso en una edad en la que no se debe perder un momento. Y, cuando llega la hora de la tarde, le pesa esa ociosidad como un remordimiento. Y le parece que no merece el pan que come, ni la cama donde duerme.

Biarritz le hizo bien. El atribuye esa mejoría en gran parte a la visita de su hermano Carlos, quien, abandonando su clientela por dos semanas, vino a su lado a consolarlo y animarlo. «Llegó como un arcángel —dice Ozanam—; un día en que llovía a torrentes, símbolo de la esperanza que con él renacía en mí.» Habla también Ozanam de la dulzura que experimenta al ver a su mujer ya su hija, gozando de salud, y al poder dedicar a la educación de su pequeña María un tiempo que antes no podía. Habla de todo esto a su amigo Lallier, con la confianza que siempre tuvo con él: «Pero —le dice—, ¿qué será de ellas?» Y vuelve al doloroso pensamiento de su carrera perdida y de esa familia abandonada a la incertidumbre del más negro porvenir. En cada línea de esa carta, se ve la honda melancolía que embarga aquel corazón: «Me siento muy triste —le dice— y necesito más que nunca de sus oraciones. El pensamiento de la fe no tiene poder suficiente para apartarme de esas conjeturas. Y no es que la religión sea impotente para mi pobre corazón, ya que me preserva de la desesperación. Sin embargo, no creo tampoco que ofenda a Dios, al abrir mi corazón como lo hago a un amigo que es más fuerte que yo y que puede socorrerme.» Así se desborda el torrente de amargura que no podía contener aquel corazón destrozado.

En los mismos términos que a Lallier, escribió también a Dufieux, y la respuesta que éste le envía es tan hermosa que no renunciamos a transcribirla: «Mi querido Federico: mi salud se va. Acabo de pasar otra grave enfermedad y apenas si tengo fuerzas para trazar estas líneas. En estos últimos sufrimientos, pensé mucho en usted. Me he informado sobre su salud, por medio de un amigo, y parece que el médico de Eaux Bonnes tiene muchas esperanzas de curarlo. En cuanto a sus intereses de familia, déjese llevar por la voluntad de Dios. El se encargará de todo... ¡Ay!, querido amigo, ¿qué podría yo dejar de temer, si no supiera que la divina Providencia está ahí?... Tengo siete hijos pequeños. Apenas poseo veinticinco mil francos, adquiridos en un rudo trabajo, donde consumo los últimos restos de mi juventud, mi salud y pronto hasta mi vida. A todo se suma que no tengo ni padres, ni amigos, ni herencia, ni puesto, ni favor alguno que pueda esperar de nadie. Tengo tan sólo mi trabajo y unas fuerzas insuficientes para desempeñarlo. Sin embargo, mi mujer y yo dormimos en paz sobre la almohada de la pobreza. Bien sabido tengo que la mano de Dios sólo me abandonará el día en que yo cese de agarrarme a ella. ¡Valor, por lo tanto, amigo mío! La salud volverá seguida de la prosperidad. Y el, genio y la gloria sobrevivirán. Esa será la dote y la herencia de los vuestros. Pero, ¿y los míos?... Federico, ¡puedo asegurárselo! Únicamente me he sentido desgraciado, cuando he sentido flaquear mi confianza en Dios. Cuando, por el contrario, he ido a Él humilde y sometido, como un perrito al que su amo hubiera corregido, me he sentido acariciado por esa mano misericordiosa que es también omnipotente.»

En Bayona, encontró Ozanam una Conferencia muy floreciente y bien penetrada del espíritu de la Sociedad, con una voluntad infatigable para las buenas obras. Su presidente, el doctor Franchisteguy, se consagró con tanto

afecto a Ozanam, que les parecía imposible haber hecho tan profunda amistad en tan corto tiempo.

9. Estando tan cerca de España, nació en Ozanam el deseo de visitarla. Hubiera querido llegar hasta Sevilla, pero el médico le permitió tan sólo un ensayo hasta Burgos, y para allí salió el 16 de noviembre, con su mujer y su hija. El 18, en la tarde, pudieron divisar las torres de la catedral de Burgos. Poco después, oraban de rodillas en la sombría iglesia. Largas horas pasó allí Ozanam, sumergido en los recuerdos de la Edad Media. Admiró aquella soberbia catedral, con el mismo entusiasmo que siempre demostró ante toda basílica consagrada a María Santísima, ya que se imaginaba que aquellas maravillas de arte eran regios presentes con los cuales el Hijo divino recompensaba a su Madre por las pobreza sufridas en la casita de Nazaret. (Todas estas impresiones se encuentran relatadas con cariño por el mismo Ozanam, en el poema que salió publicado después de su muerte: *Una peregrinación a la tierra del Cid*).

Por corta que fuera su estancia en Burgos, no se olvidó Ozanam de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Y parece como si Dios hubiera querido bendecir su estancia en España, ya que hasta ese momento existían allí tan sólo dos Conferencias: la de San José, de Madrid, y la del propio Burgos, y para fines de ese mismo año de 1852, ya se habían multiplicado visiblemente. Diez años más tarde, de las dos mil Conferencias existentes fuera de Francia, quinientas eran españolas.

De regreso a Bayona, el 24 de noviembre, renació en Ozanam el deseo de ingresar en la Academia, y tuvo un momento la intención de dirigirse a París para dar su candidatura. Pero, ¿para qué tanto esfuerzo?, respondió él con dolor a ese deseo que lo impulsaba a París. Si llegó a ocupar ese honroso sitio, será para dejarlo pronto vacío. Mejor era para su alma aprovechar los momentos presentes y las energías que le quedaban en cumplir con más celo sus tareas apostólicas, en fomentar en lo posible las Conferencias de San Vicente de Paúl y en visitar a los pobres.

El invierno se acercaba y resolvieron dirigirse a Italia. Hipólito Fortoul, antiguo amigo de Ozanam, ministro de Instrucción Pública bajo el segundo Imperio, fiel a su antigua amistad, le procuró un ligero trabajo en Pisa sobre los Orígenes de las Repúblicas italianas, trabajo por el cual habría de recibir una pequeña remuneración y en el cual, sobre todo, encontraría una gran distracción.

10. No quiso Ozanam abandonar esos lugares, sin visitar la aldea donde naciera San Vicente de Paúl y a Pouy se dirigió, pudiendo admirar la vieja encina bajo la cual el pastorcito Vicente se resguardaba, junto con sus ovejas, de los rigores del sol. El párroco del lugar le regaló una rama del árbol memorable para que la enviase al Consejo general de las Conferencias. Y Ozanam veía encantado cómo su pequeña María acariciaba las ovejitas del lugar, convencida de que eran las nietecitas de las ovejas que el Santo cuidara.

11. En los primeros días de diciembre, se pusieron en camino hacia Italia, deteniéndose primero en Tolosa donde, además del deseo de visitar una Conferencia que había allí fundada, lo retuvo en aquel lugar, durante dos días, su amor a Santo Tomás de Aquino. Y luego, en Montpellier, nueva parada, no para descansar, sino para admirar y avivar una nueva hoguera de caridad que allí funcionaba. Nuestra pequeña Sociedad de San Vicente nunca deja de actuar, decía Ozanam complacido.

En Marsella, pasó días mejores, y toda la familia se sintió feliz al verlo más animado. El mismo se daba cuenta del cambio operado en su salud y, poniéndose bajo la protección de Notre Dame de la Garde, repetía con unción: *Redde mihi laetitiam salutaris tui.*

De estación en estación, llega por fin Ozanam, el 10 de enero, a Pisa, fatigado pero lleno de esperanzas. Se dirigió, primero, a la gran catedral para dar gracias a Dios y admirar aquel edificio incomparable, donde resplandecen la fe, el amor y la belleza.

Se dirigió, primero, a la gran catedral para dar gracias a Dios y admirar aquel edificio incomparable, donde resplandecen la fe, el amor y la belleza.



# CAPÍTULO XXIX

## ITALIA

*Amigo, sube más arriba.*

Lucas 14, 10

1.— Florencia y su Conferencia 2.— Integridad de Ozanam 3.— Éxito ante la Gran Duquesa 4.— Difusión de las Conferencias 5.— Nuestra Señora de Pisa 6.— El pueblo en las iglesias de Italia 7.— Trabajos de Historia 8.— Preparación para la muerte 9.— Plus Ultra 10.— Ecce venio 11.— Testamento.

No perdía Ozanam la esperanza de renacer a la vida. Esa vida que tenía tanto, tanto que presentar a Dios. Sin embargo, solía repetir con frecuencia: «Sea cual fuere su voluntad, debo aceptarla con amor, ya que Él sabe poner tanta dulzura en el cáliz de su amargura.» Escribía estas palabras el 13 de enero. Aprovechó entonces la mejoría que sentía para dirigirse a Florencia, donde lo atraían los intereses de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El mismo había sembrado la semilla de esa Conferencia, a su paso por Italia en 1847. Esa semilla había tardado en germinar; pero al empuje de nuevas ideas y de nuevas necesidades sociales, había cobrado un impulso esta obra popular y se veían surgir nuevos brotes de ella en diversos puntos del país. La autoridad eclesiástica les prodigaba su protección, los religiosos las recomendaban e infinidad de seglares se inscribían en ellas.

1. Pero en Florencia, lo mismo que en Pisa y Liorna, la Obra no había logrado la autorización del Gran Duque de Toscana, quien estaba predispuesto contra ella, juzgándola contaminada de liberalismo. Y esa frialdad que demostraba a la naciente institución paralizaba la Obra en su germen.

La llegada de Ozanam a Pisa hizo renacer la esperanza en el corazón de los vicentinos. Ozanam gozaba de mucho prestigio en aquel lugar. En efecto, su libro sobre el Dante y su filosofía, traducido varias veces al italiano, había hecho célebre al autor y popular su nombre en toda Italia, tal vez más que el de ningún otro escritor francés. Imposible suponer que la Gran Duquesa no lo conociera. Además, una de sus damas de honor era la madre del canónigo Guido Palagi, el santo sacerdote que había consagrado todo su ardor al desarrollo de la Obra de las Conferencias.

Pocos días después de su llegada, avisaron a Ozanam que la Gran Duquesa, de paso por Pisa, deseaba verlo, y conversar con él, fijándole para ello el día y la hora. Ese día, dice Cornudet, Ozanam tenía fiebre. Y sufría una fuerte opresión, En vano sus allegados se opusieron a su visita: «Me

siento muy mal —dijo él—, pero será éste, sin duda, el último servicio que podré hacer a la Sociedad de San Vicente de Paúl. Yo le debo a esa Sociedad muchos favores y no puedo negarme a intentar mi último esfuerzo por servirla.»

La Gran Duquesa, mujer piadosa e inteligente, lo recibió con marcada bondad y singular deferencia. Pero no le ocultó la prevención que sentía el Duque contra la Sociedad en general, y especialmente contra la Conferencia de Florencia, a la que consideraba como una especie de camarilla política. Y agregó que esta Conferencia no lograría nunca la aceptación del Duque si no expulsaban de su seno a ciertos miembros que formaban parte de ella y cuyos nombres dio a Ozanam.

2. Ozanam era un hombre de fe y, como tal, poseía aquella integridad de carácter que permite ver con indiferencia los halagos de la política y no temer sus amenazas. Su confianza estaba puesta en Dios, para quien únicamente trabajaba. Y sabía que ese Dios antes le exigía la rectitud del proceder que el éxito de la acción... *Non sunt facienda mala ut veniant bona.*

3. Por lo tanto, expuso Ozanam respetuosamente a la Gran Duquesa el origen y el espíritu de la Sociedad, la abstención absoluta de toda política que le imponía su Reglamento y la obligación en que estaba de recibir en su seno a todo el que se presentase, siempre que fuese persona honorable y cristiana. Su palabra era ardiente, ya que la fiebre, en vez de abatirlo, lo reanimó. La Gran Duquesa lo escuchó, atenta y conmovida, pero no dijo nada sobre el asunto. Pocos días después de esta visita, recibían las Conferencias de Florencia, de Pisa y de Liorna, la autorización oficial del Gobierno para su organización.

Una reunión solemne de la Conferencia, fijada para el 30 de enero, debía promulgar e inaugurar ese nuevo estado de cosas. Ozanam relató todo fielmente a Lallier, en carta de esa fecha. Fielmente y también modestamente, sin hacer la más ligera mención de su visita a la Gran Duquesa, ni del resultado por esa visita obtenido:

«En esta bella capital, le dice, trabaja con ardor y celo en propagar nuestra Asociación, un joven canónigo cuya madre es dama de honor de la Gran Duquesa. He tenido el consuelo de asistir a una de las reuniones de esta Conferencia, así como en otro tiempo asistí a las de Londres y Burgos. Lágrimas de alegría se escapan de mis ojos, cuando encuentro a tan gran distancia nuestra pequeña familia, siempre pequeña por la oscuridad de sus obras, pero grande por la bendición de Dios. Aunque hablando diferentes lenguas, las manos se encuentran siempre con una cordialidad tan fraternal que bien podrían reconocernos por la misma señal con que reconocían a los primeros cristianos: ¡Mirad cómo se aman entre ellos!»

4. En esa reunión, les habló Ozanam en italiano. Les dejó ver la dicha que experimentaba al encontrarse junto a ellos y allí, lo mismo que en Inglaterra y en España, les dice que si es vice-presidente del Consejo general, no lo es en manera alguna por algún mérito personal. El único título que para ello, tiene, es el de su antigüedad en la Obra, cuyo modesto origen les relata, al



mismo tiempo que les presenta su admirable maravillosa extensión actual: «En vez de ocho que éramos, hay, hoy en día, en París solamente, 20.000 miembros que visitan alrededor de 20.000 indigentes. Sólo en Francia posee la Obra 500 Conferencias. Y vive en Inglaterra y en España, y en América y hasta en Jerusalén.» Les dice también el objeto de la Obra. Obra más de caridad espiritual que corporal. Obra particularmente eficaz para los disturbios que conmueven al mundo. En fin, se extiende recalcando el espíritu de la Obra: espíritu de humildad, de caridad y de paz. Termina con esta bella despedida: «Pronto regresaré a París, donde tengo, como aquí, otros hermanos en San Vicente de Paúl. Pero espero que, dentro de algunos meses, antes de regresar a mi Patria, me será dado el volver a veras, para edificarme con esa fraternidad cristiana que me preparó entre vosotros esta acogida tan dulce y sincera. De ella guardaré recuerdo imperecedero y atestiguaré delante de nuestros hermanos en París que bajo el bello cielo de Italia, la Sociedad de San Vicente de Paúl tiene unas ramas que merecen figurar entre las más florecientes de su fecundo árbol.»

La historia de esta sesión y de este discurso tuvo su epílogo: Admirado, y en alto grado, quedó el orador al verse reproducirlo por entero al día siguiente por todos los periódicos católicos del lugar. Admirado, y también contrariado: «Esto es completamente opuesto a las costumbres y al espíritu de la Sociedad, la cual hará el bien tan sólo mientras no haga ruido». Llegó Ozanam a declarar que, si hubiese previsto semejantes publicaciones, no hubiese hablado. Poco después, le rogaron que volviese a tomar la palabra, y tan sólo consintió bajo la promesa formal de que no se renovarían aquellas indiscreciones.

Al día siguiente de este segundo discurso, se presentaron ante él algunos miembros influyentes a suplicarle que les levantase su compromiso y les permitiese la publicación de su nueva disertación. Ozanam se negó rotundamente y tan sólo cedió por consejo de su confesor, que esperaba, por medio de esa publicación, lograr una fundación en Loreto. Permitió entonces Ozanam que se editasen cien ejemplares. Editaron mil doscientos. Segunda traición que perdonó el orador cuando vio que por ella surgieron Conferencias en Macerata, Porto, Fermio y hasta en Cerdeña, «donde el discurso del célebre profesor francés produjo gran efecto».

5. Pero, a pesar del cambio de aire, la salud de Ozanam no prosperaba. El 4 de febrero achaca el estado de su salud a las lluvias, que no cesan de caer. Un mes más tarde, repite lo mismo. Sin embargo, es cierto que su espíritu se anima, y entonces cree en una mejoría efectiva. El tiempo le permite tomar un coche que lo deja en la bella catedral que evoca para él aquella época tan amada de su corazón, cuando, en 1063, al volver de las Cruzadas, fabricaron los cristianos, con el botín arrebatado a los infieles, esa iglesia incomparable. No se cansa Ozanam de admirarla. Y ya compara sus veinticuatro columnas a las palmeras del jardín eterno, ya se pregunta extasiado ante la ligereza de su construcción, si es que se eleva de la tierra y hacia los cielos sube, o si es que desciende del cielo y en la tierra se posa.

6. Se recrea también en esa iglesia por una cualidad que en ella contempla y que en otras falta: la presencia en ella de la gente pobre causa su admiración: «Aquí, en Florencia, el pueblo llena las iglesias. Al contrario de lo que sucede en Francia, aquí hasta en los días de trabajo, se ven los altares rodeados, y no de gente decente, sino de artesanos, de cocheros, de aldeanos y de mujeres del mercado, con los cuales hay que codearse si Vd. quiere sentarse en los bancos que aquí reemplazan a nuestras sillas. Voy casi diariamente a la misa de once. San Simón llamaría esa misa, la misa de la canalla. Las comuniones en ella son muy numerosas.»

Y en otra carta, repite lo mismo: «El pueblo de aquí está muy degenerado, pero al menos ha sabido conservar su fe y no condena a la soledad a las catedrales que sus antepasados levantaron. Y cuando digo el pueblo, me refiero a esa gente que, en Francia, no va a la iglesia y que vive en las tabernas y en los bares. Vd. no podría imaginarse la buena compañía de que gozo en la misa de once, que casi siempre oigo. Ahí me encuentro rodeado de artesanos, de cocheros, de fruteros y de pillos; en fin, de todo lo que repugna a nuestra delicadeza, pero que en realidad son los mismos pobres que el Salvador amaba.»

En la biblioteca, situada a dos pasos de su casa y enriquecida con sesenta mil volúmenes, gozaba Ozanam de la hospitalidad del conservador Ferruci, quien le hacía sentar aparte y en la misma mesa donde el año anterior había trabajado Ravaisson, miembro del Instituto. De iguales consideraciones lo colmaban los profesores de la Universidad de Pisa. «Aquí tenemos nuestra pequeña Atenas», decía sonriente Ozanam.

7. En la biblioteca consiguió Ozanam los datos necesarios para cumplir la misión que le confiara el Ministro sobre los Orígenes de las Repúblicas italianas. Al mismo tiempo, la emancipación del Municipio de Milán en el siglo XI le proporcionó la materia y los documentos de un trabajo que lo colocaba frente a Gregorio VII y a Pedro Damián.

Aquí se anima y sueña ya con el tema que desarrollará ante sus discípulos en un futuro, que espera siempre cercano. Sueña con la Sorbona, cuyo recuerdo le persigue y cuya separación le entristece: «Pobre Sorbona — escribe él—, ¡cuántas veces te presentas a mi espíritu con esas salas ennegrecidas, pero que tantas veces vi llenas por una generosa juventud! Después del consuelo infinito que el católico encuentra al pie de los altares, después de las alegrías de la familia, no encuentro dicha mayor que poder enseñar a una juventud de buen corazón que busca la verdad.»

En casi todas las cartas que escribe a sus amigos de Francia, se lee la expresión de su agradecimiento. Siempre fue Ozanam cumplidor fidelísimo de este deber de la gratitud, ya fuese para con los hombres, ya para con el mismo Dios. Así, al recibir el artículo bibliográfico consagrado por Ampère a *Los Poetas franciscanos*, en la «Revue des Deux Mondes», le contesta Ozanam con la más genuina ternura en la que se ve el placer que sintió por el recuerdo del amigo ausente.

Parece como si todas las facultades de Ozanam, las naturales y las sobrenaturales, las del espíritu y las del corazón, se hubiesen superado a sí mismas durante estos dos años de enfermedad, a pesar de los sufrimientos que durante ese mismo tiempo experimentó o tal vez a causa de esos mismos sufrimientos. Era una vida que subía cada día más alto, hasta la cima de la ascensión.

*Después del consuelo infinito que el católico encuentra al pie de los altares, después de las alegrías de la familia, no encuentro dicha mayor que poder enseñar a una juventud de buen corazón que buscan la verdad.*



8. Pensaba continuamente en la muerte, hacia la cual se dirigía, con su cruz a cuestas. Al doctor Franchisteguy, que le había anunciado la muerte repentina de un vicentino de Bayona, después de una larga enfermedad y de muchas buenas obras, le contesta Ozanam: «Fue llamado repentinamente, pero no digamos que no estaba preparado. En cuanto a mí, cuando veo a esos cristianos probados por esas enfermedades lentas y crueles, me figuro que son almas que cumplen su purgatorio en este mundo y que tienen derecho a la respetuosa piedad que tributamos a los justos de la Iglesia paciente. ¡Ah!, si Dios quiere aceptar como expiación de sus pecados esas penas soportadas aquí abajo, ¡qué felices son, al lograr purificarse a ese precio, por medio de dolores infinitamente inferiores a los de la otra vida!» Así consideraba Ozanam sus sufrimientos y así se preparaba a la muerte.

Pero había algo que tenía para él «poder de promesa», según su propia expresión. Panacea para el cuerpo y para el alma. Y era el comprobar los progresos que hacían las Conferencias de San Vicente de Paúl en los valles de la Toscana y de la Liguria. En carta a Lallier, escrita el lunes de Resurrección, le habla de cinco nuevas Conferencias florecientes en aquel suelo, en que la vida católica languidecía, como ahogada por las cadenas doradas de la tiranía.

9. «Pérfidas son las sonrisas de abril», escribe más tarde el enfermo. Con esto anuncia una recaída. Luego agrega: «Yo sé que mi enfermedad es grave. Sé que necesitaré mucho tiempo para curarme, de ella. También sé que, tal vez, no me curaré. Pero yo me esfuerzo en abandonarme por completo a la voluntad de Dios y digo, desgraciadamente más con los labios

que con el corazón: *Volo quod vis, volo quando vis, volo quomodo vis, voto quia vis*». Esto lo repetía sin cesar.



La lectura de la Sagrada Escritura, que había sido el alimento de toda su vida, se convirtió en su diaria ocupación durante su estancia en Pisa. Los Salmos, junto con el Evangelio, compartían su predilección. «Durante largas semanas de languidez, he tenido los Salmos continuamente en las manos. No me canso de leer esas páginas sublimes, esos arranques de esperanza y esas súplicas llenas de amor, que son el eco de todas las necesidades, de todas las angustias de la naturaleza humana».

No se contentó con marcar, como solía hacerlo, los pasajes más bellos, sino que rogó a su mujer que se los copiase para poder así tenerlos reunidos ante los ojos en todo momento. Y también para que pudiese ser más tarde un bálsamo reconfortante para los demás, en sus dolores. Traducidas y reunidas en un pequeño volumen, que tiene por título *«El libro de los enfermos»*, y precedidas de un prólogo del P. Lacordaire, esas páginas, más divinas que humanas, están dedicadas a todos los que sufren.

10. El 23 de abril cumplió Ozanam cuarenta años. Esta fecha era solemne. ¿Volverá a ver otro día semejante sobre la tierra? Ozanam abrió la Biblia en el cántico del rey Ezequías. Luego, poniéndose en la, presencia de Dios, derramó ante Él todo su dolor y colocó también ante Él la ofrenda entera de su sacrificio en los términos del más sublime y heroico amor. Es su «Ecce venio»:

Empieza por el canto de Ezequías hasta aquella parte en la que el Profeta le grita al Señor que sufre con violencia y le suplica que deje oír su voz, para luego preguntarse a sí mismo: «¿Qué diré y qué me contestará Aquél que fabricó mis propios dolores? Iré desgranando ante su vista la hilera de mis sueños con toda la amargura que mi corazón encierra». Luego, soltando la mano del Profeta, deja correr su pluma en la que desahoga su pena, pena que, si es amarga, es también sublime:

«Ya sé que cumplo hoy cuarenta años de existencia, es decir, más de la mitad del camino de la vida. Sé que tengo una esposa a quien amo y una hija encantadora. Que tengo mis hermanos, mis amigos, una carrera honorable. Que tengo realizados unos trabajos que precisamente habrían de conducirme

al fundamento de una obra que siempre deseé ejecutar. Pero sé también que estoy atacado por una grave enfermedad, enfermedad tenaz y tanto más grave cuanto que agota, completamente mis fuerzas.

»Señor, ¿tendré que abandonar todos esos bienes que Vos mismo me disteis? ¿No querríais, Señor, contentaros con una parte tan sólo del sacrificio? ¿Cuál queréis que os inmoles de mis afectos desordenados? ¿No aceptaríais el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas y aun de mis proyectos de estudios en los cuales tal vez predominaba el orgullo sobre el celo por la verdad? Si yo vendiese la mitad de mis libros para con ese precio socorrer a los pobres... Y, si limitándome a cumplir los deberes de mi empleo, consagrarse el resto de mi vida a visitar a los indigentes, a instruir a los aprendices y a los soldados, Señor, ¿quedaríais satisfecho con eso y me permitiríais el dulce consuelo de envejecer al lado de mi esposa y de terminar la educación de mi hija?

»Tal vez, Señor, no lo queréis así. Vos no aceptáis esas ofrendas interesadas y rechazáis mi holocausto y mi sacrificio. Es mi persona la que queréis. Debo hacer vuestra voluntad y por eso os he dicho: Ecce venio. Allá voy, Señor.

»Allá voy. Si Vos me llamáis, no tengo derecho a quejarme. Me habéis dado cuarenta años de vida. Que los míos no se escandalicen si no queréis hacer hoy un milagro para curarme. Hace cinco años, ¿no me habéis hecho regresar de muy lejos y no me habéis concedido esa tregua para que, hiciese penitencia por mis pecados y me convirtiese en hombre mejor? ¡Ah! Todas las oraciones de entonces fueron escuchadas, ¿por qué las que se hacen en mayor número, habrían de perderse?

*Allá voy.  
Si Vos me llamáis, no tengo  
derecho a quejarme. Me  
habéis dado cuarenta años  
de vida. Que los míos no se  
escandalicen si no queréis  
hacer hoy un milagro para  
curarme.*

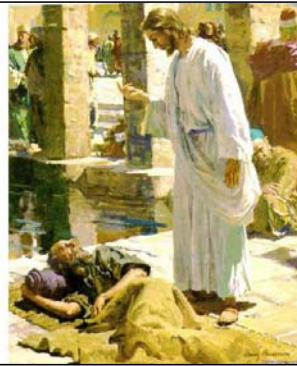


»Pero tal vez, Señor, esas súplicas serán concedidas de una manera diferente: Me concederéis el valor, la resignación, la paz del alma y los consuelos indecibles que acompañan vuestra presencia real. Me haréis encontrar en la enfermedad una fuente de méritos y de bendiciones. Y esas bendiciones las haréis recaer sobre mi esposa, sobre mi hija, sobre todos los míos para quienes mi trabajo habrá sido, tal vez, menos fructuoso que lo serán mis sufrimientos.

»Si repaso, Señor, ante Vos, con amargura, los años de mi vida, es a causa de los pecados con que los me he manchado. Pero, cuando considero las gracias con que me habéis colmado, entonces, Señor, repaso ante Vos, con agradecimiento, los años de mi vida.

»Aunque me encadenéis en una cama para todos los días que me quedan de existencia, no bastarían para danos las gracias por los días que he vivido. ¡Ah! Si estas páginas son las últimas que escribo, que sean un himno a vuestra bondad, Señor.»

*Aunque me encadenéis en  
una cama para todos los días  
que me quedan de  
existencia, no bastarían para  
danos las gracias por los días  
que he vivido.*



Ese mismo día, aprovechando Ozanam una ausencia momentánea de su mujer, a quien no quería entristecer, escribió someramente el esquema de su testamento, proponiéndose revisarlo y corregirlo más adelante:

11. «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

»Hoy, 23 de abril de 1853, día en que cumplo cuarenta años, bajo el peso de una grave enfermedad, pero sano de espíritu, escribo en pocas palabras mis últimas voluntades, proponiéndome expresarlas más detalladamente al recuperar un poco mis fuerzas:

»Entrego mi alma a Jesucristo, mi Salvador, aterrado por mis pecados, pero lleno de confianza en la infinita misericordia.

»Muero en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana. Conocí todas las dudas del presente siglo, pero toda mi vida estuve convencido de que el descanso del espíritu y del corazón se encuentran únicamente en la Iglesia de Cristo y en el sometimiento a su autoridad.

»Si atribuyo algún valor a mis largos estudios, es porque, gracias a esos estudios, tengo derecho a suplicar a todos los que amo que se conserven fieles a una religión donde encontré la luz y la paz. Mi súplica suprema a mi esposa, a mi hija y a todos sus descendientes, es que perseveren en la fe a pesar de las humillaciones, de los escándalos y traiciones que les toque presenciar.

»A mi dulce Amelia, que fue la alegría y el encanto de mi vida y cuyos tiernos cuidados han consolado todo este año de padecimientos, la bendigo y la espero en el cielo. Sólo allí podré devolverle todo el amor que ella merece.

Doy a mi hija la bendición de los patriarcas, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Doloroso es para mí el no poder continuar la obra tan grata de su educación, pero la confío a su virtuosa y amada madre.»

Ozanam nombra en seguida a sus hermanos, a sus amigos los de París y los de Lyon: el P. Noirot, Ampère, Henri Pessonneaux, Lallier y Dufieux tienen mención especial.

Implora las oraciones de todos, en especial la de los socios de la Sociedad de San Vicente de Paúl: «No os dejéis convencer por los que os digan: está en el cielo. No; rogad mucho por aquél que os amó mucho, pero que fue un gran pecador. Creo firmemente que ésta no es una separación y que quedo entre vosotros hasta que vosotros vengáis a mí.

»Que sobre todos caiga la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Los médicos prescribieron al enfermo una nueva estancia a la orilla del mar. Y así le iremos viendo ahora: en Liorna, en San Jacopo, en Antignano. Teatros sucesivos de una lucha en la que el alma se conservó siempre victoriosa sobre la carne. Lucha que comienza en la esperanza, se prosigue en la paciencia y se consume en el amor a la voluntad de Dios. Lucha que termina en Marsella, donde el cuerpo y el alma se separan para ir cada uno al lugar de su origen: el uno a la tierra que lo espera; la otra, al cielo que la reciba

## CAPÍTULO XXX

### ÚLTIMOS DÍAS

*Llegó el momento supremo y la hora inevitable.*

Virgilio (Eneida. Lib. II)

1.— San Jacopo 2.— Últimas palabras de Ozanam en público 3.— Ozanam y la raza judía 4.— Antignano 5.— El amolador de Pontedera 6.— Conferencia en Siena 7.— Última salida de Ozanam 8.— El anciano párroco de Antignano.

1. Liorna dista cinco leguas de Pisa, sobre la orilla del mar. A un cuarto de hora de Liorna está situada la aldea de San Jacopo. Allí encontramos a Ozanam, que recrea su vista ante la grandeza del espectáculo y canta con entusiasmo las bellezas de aquella naturaleza, con su mar imponente y sus montañas cubiertas de nieve.

Apenas instalado, acuden a él, el primero de mayo, los miembros de las Conferencias de Liorna, quienes vienen a exigirle que presida el segundo aniversario de su fundación. No bastaba que presidiese. Querían que hablase. Ozanam consintió con gusto y pronunció unas cortas palabras que los socios, entusiasmados, recogieron y conservaron. ¡Escuchémoslas! Son sus últimas palabras en público. Son el testamento de su caridad:

2. «Aún cuando por el mal estado de mi salud estoy impedido de pronunciar discurso alguno, por breve que sea, no puedo resistir al deseo de dirigiros hoy algunas palabras que os expresen la emoción que siento al encontrarme en medio de vosotros, amados hermanos de San Vicente de Paúl.» Y entonces se abandona Ozanam con emoción a aquellos recuerdos de otros tiempos. Tiempos revividos con mayor intensidad por el convencimiento que tiene de su próximo fin:

«Cuando suenan para el cristiano las horas amargas de la vida —les dice—, cuando se siente presa de tenaz dolencia, es cuando debe remontar su pensamiento hacia los días que fueron, cuando debe recordar el bien y el mal que hizo: el mal, para arrepentirse de él y por él castigarse. El bien, para lograr por él consuelo y aliento en la aflicción presente. Esa hora ya ha sonado para mí y no encuentro fuerza en mi palabra que exprese el consuelo que procura a mi alma el recuerdo de los primeros años de mi juventud, sobre todo, ahora que no sé si Dios me concederá ver, durante mucho tiempo, el bien que nuestra querida Sociedad realiza en el mundo.

Felicita, en seguida, Ozanam a la Conferencia liorniana, por los progresos que ha realizado en dos años que cuenta de existencia. Nació, como la Sociedad primitiva, en el mes de las flores, mes consagrado a la más



amorosa de las Madres, protectora especial de la Sociedad. Constó en su principio de ocho miembros, rasgo de familia con el que también se asemeja a la primera Conferencia.

Sabe Ozanam que el principal inconveniente con que tropieza esta Conferencia para su desarrollo estriba en las divisiones políticas: «Ese inconveniente no debería existir —les dice— en las ciudades de Italia que vieron un día a un Padre Juan de Vicente y a un San Bernardino de Siena, lanzarse entre los combatientes, con el crucifijo en la mano para reconciliarlos entre sí.»

Sabe también Ozanam que los divide la lucha de clases: «Os toca a vosotros, amados vicentinos —agrega—, os toca a vosotros interponeros entre los ricos y los pobres, en nombre de Jesucristo, que es Dios del pobre y del rico, que es el más poderoso, entre los ricos, ya que lo es por naturaleza, y es el más santo entre los pobres, ya que por amor escogió el formar parte de sus filas».

*Os toca a vosotros interponeros entre los ricos y los pobres, en nombre de Jesucristo, que es Dios del pobre y del rico, que es el más poderoso, entre los ricos, ya que lo es por naturaleza, y es el más santo entre los pobres, ya que por amor escogió formar parte de sus filas.*



Ozanam les demostraba así la senda segura para practicar el bien. Les revelaba así el sello inconfundible que distingue toda genuina caridad.

3. Y ese mismo espíritu de genuina caridad guió su pluma, en la carta dirigida al señor Jerusalem, uno de sus discípulos de París, judío convertido a costa de grandes sacrificios y que había sido recomendado a la Sociedad de Liorna por las Conferencias de Roma y de Constantinopla. Ozanam, en su gran caridad, empieza por felicitar a su discípulo por pertenecer a esa raza que muchos llaman maldita: «Amigo mío, es un gran honor el haber nacido israelita para aquél que ha logrado la dicha de convertirse al cristianismo. Entonces es un honor el sentirse hijo de aquellos patriarcas y de aquellos profetas cuyas palabras son tan bellas que la Iglesia no ha encontrado otras para colocar en la boca de sus hijos. Sepa usted que durante mi larga dolencia he tenido siempre entre las manos los salmos de David. Y ¿no nos dice el Evangelio que el Divino Salvador oyó con gusto cuando lo llamaron Hijo de David? Yo también, como aquéllos, grito en mis horas de congoja: Jesús, Hijo de David, tened piedad de mí.

»Yo no sé si mi hermano Carlos le ha dicho que nosotros tenemos la idea de que nuestro origen pertenece a esa raza. Habría así, entre Vd. y nosotros,

un lazo más de unión. Espero que mi hermano Carlos lo habrá invitado a formar parte de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Muy grato me sería el que ese lazo también nos uniese...» Como vemos, difícilmente se podrá practicar la justicia con mayor caridad, colocándose por encima de todos los prejuicios que la mente humana alimenta.

Los aires del mar parecían fortalecer la salud de Ozanam, quien lleno de esperanza, ensaya, tal vez por décima vez, la relación final de su viaje a Burgos, su odisea de tres días.

En ese mismo tiempo —junio de 1853—, *Los Poetas franciscanos* abren a Ozanam las puertas de la Academia franciscana de *La Crusca*, donde fue recibido junto con César Balbo, el ilustre autor de *Las Esperanzas de Italia*. Ozanam era ya miembro correspondiente de la Academia Tiberiana de Roma, desde 1841, y miembro de la Academia de Arcades, desde 1844. Era, además, miembro de la Real Academia de Baviera, desde 1847, y de la Academia de Lyon, desde 1848. Pero de todo esto, lo que pareció satisfacer plenamente su corazón fue el diploma que recibió en San Jacopo, con el sello general de la Orden de San Francisco, mediante el cual quedaba afiliado a la misma Orden. «Me cuentan entre los bienhechores de la familia franciscana y me asocian a los méritos de los Hermanos Menores que trabajan y oran dispersados por todo el mundo. No es éste el menor de mis títulos.»

Por otro lado, en ese mismo tiempo, retiró su candidatura a la Academia de las Inscripciones y de las Bellas Letras de París, para la cual sus amigos lo habían declarado, designado y preparado. «En estos momentos —contesta él a Ampère, que le urgía— en que todo lo relativo a mi porvenir depende de la gran incógnita de mi salud, cuando imploro de Dios la gracia de la vida, pensando ante todo en mi mujer y en mi hija, ¿no habría algo de temeridad al agregar esta nueva súplica superflua, para satisfacción de mi amor propio literario?»

4. Terminado el plazo de arrendamiento de la casa de San Jacopo, convinieron los médicos en que se trasladase Ozanam a Antignano, preciosa aldea al pie de Montenero. Pero en Antignano no lo podían recibir hasta mediados de julio. Por eso, decidió dedicar la primera quincena del mes a lo que él llamaba «su visita pastoral» a las Conferencias de la región: Florencia, Pontedera, Prato, etc., cuyos cuidadosos informes remitió a París.

5. Veamos lo que dice Ozanam de Pontedera: «Pontedera cuenta con cinco o seis mil almas. No hay que buscar allí ni sabios ni nobles en abundancia. *Non multi nobiles, no multi sapientes*. Pero ahí encontramos al socio B... y en él a uno de los presidentes más capaces y amables que se pueda hallar. El socio B... es amolador, pero no amolador ambulante. No; él tiene su tienda acreditada y los días de mercado amuela allí la guadaña, a hoz y el machete del aldeano. Pero, en las horas de descanso, y los italianos tienen muchas horas de descanso, el socio B... lee mucho. Estudia la religión en la vida y en las obras de los Santos. Platicando de esa manera con los más bellos genios del Cristianismo, ha ganado, primero, una sólida instrucción y, además, una exquisita elevación de sentimientos y una

encantadora elocuencia, acompañada de una sencillez y delicadeza de modales que duplican su encanto. Se me presentó, la primera vez que lo vi, con el traje del obrero, pero no habían pasado cinco minutos de nuestra conversación, cuando ya se había dado a conocer el hombre superior, infinitamente más interesante que los señores distinguidos que circulan por los salones. Con pocas palabras, no diré ya que me hizo conocer, sino que me hizo ver con mis propios ojos la pequeña Conferencia de Pontedera, sus obras, sus dificultades y sus esperanzas. Y todo con una sencillez, un tacto y una propiedad en la expresión que deleitaba mi espíritu, mientras que su exquisita pronunciación toscana recreaba mis oídos.»

6. No se consolaba Ozanam de que no funcionase una conferencia en Siena, sobre todo en aquellos momentos, cuando la mitad de la Universidad de Pisa había sido trasladada a ese lugar, arrastrando tras ella un gran número de estudiantes. Con tal fin, quiso Ozanam dirigir sus pasos a Siena, y como le dijeran que el viaje era muy penoso y tal vez demasiado fuerte para él, contestó: «Puesto que Dios me devuelve las fuerzas, debo emplearlas en su servicio.»

En Siena lo recibieron de la manera más cordial a él y a su familia. El P. Pendola, personaje principal del lugar, director del Colegio de Tolomei, que era una de las principales escuelas de Italia, director general del Instituto de Sordomudos y profesor de la Universidad, se dedicó por entero a agasajarlo durante los cinco días que pasaron allí, colmándolos de atenciones y cariños. Pero no consiguió ver realizado el objeto de su viaje, objeto, para él, de mucho más interés que todo lo demás. Después de pasar cuatro días en diligencias para lograr su empeño de fundar una Conferencia de San Vicente de Paúl, en ese lugar, y a pesar de una reunión en la que Ozanam expuso ante el P. Pendola y ante personas influyentes de la ciudad, los deseos que allí lo habían traído, la única respuesta que obtuvo fue que nunca se lograría reducir el espíritu de los jóvenes de la nobleza toscana hasta hacerles aceptar el trato con el pobre.

Esto desgarró el corazón de Ozanam. Si había afrontado las consecuencias de ese viaje tan penoso, había sido únicamente con el fin de lograr aquel objeto. Triste y descorazonado, regresó a su casa preguntándose dónde estaría su falta que así obstaculizaba la bendición de Dios, causa única de todo éxito.

Sin embargo, el P. Pendola no había dicho su última palabra. Quince días después de su regreso a Antignano, se resolvió Ozanam a llamar una vez más a la puerta de aquel gran corazón. Las últimas líneas de esa carta, caldeadas por el amor de Jesucristo, son las más sublimes que brotaron de aquel gran corazón de fuego, que ya estaba a punto de apagarse:

«Mi Rvdo. Padre: Demasiada felicidad sintió mi corazón ante la idea de ver la buena semilla de San Vicente de Paúl fructificando en vuestra tierra toscana. Pero, sobre todo, se regocijó mi corazón al pensar en el bien que esa Obra podría hacer allí, al imaginar cómo podría sostener en la virtud a esa numerosa juventud y encender en ella el celo por la perfección.

»Tenemos Conferencias en Méjico, las tenemos en Quebec y en Jerusalén. La tenemos seguramente en el Paraíso, ya que más de mil de los nuestros, desde hace veinte años que llevamos de acción, han dirigido sus pasos hacia una existencia mejor. ¿Cómo se nos va a legar una Conferencia en Siena a quien llaman la antesala del Paraíso? ¿Cómo, en la ciudad de la Santísima Virgen, no se ha de ver surgir esta Obra que tiene a la Santísima Virgen por protectora?

»Usted tiene bajo su dirección a una juventud que es rica. ¡Útil lección para fortificar los corazones débiles y bienhechor espectáculo será mostrarles a Nuestro Señor Jesucristo, no solamente en los cuadros pintados por los grandes maestros, no solamente sobre los altares resplandecientes de oro y luz, sino en la persona y en el sufrimiento del pobre!

»Juntos hemos platicado sobre la debilidad y la nulidad de los hombres, aun cristianos, que componen la nobleza de Francia y de Italia. Le aseguro que, si son tales, es porque hay algo que faltó en su educación. Hay algo que no les enseñaron, algo que tan sólo conocieron de nombre. Y ese algo es el dolor, la privación y la necesidad. Le aseguro también que, para saber lo que significa sufrir, es preciso haber visto de cerca el sufrimiento ajeno. Y esta ciencia hay que adquirirla para cuando —tarde o temprano— tengamos que practicarla nosotros mismos.

»Preciso es que esos jóvenes sepan lo que es el hambre, el frío y la sed de una buhardilla. Preciso es que vean a los miserables, a los niños enfermos, a los niños que lloran porque tienen hambre Preciso es que los vean, para que así los amen. Porque, o ese espectáculo despertará algún sentimiento en su corazón, o esta generación está perdida. Pero nunca hay que creer en la muerte de la juventud cristiana. No está muerta. Tan sólo está dormida.»

*Preciso es que esos jóvenes sepan lo que es el hambre, el frío y la sed de una buhardilla. Preciso es que vean a los miserables, a los niños enfermos, a los niños que lloran porque tienen hambre Preciso es que los vean, para que así los amen.*



Luego, le habla sobre el Reglamento de la Obra, sobre la manera de efectuar las visitas a los pobres, por pequeños grupos, bajo la vigilancia de un maestro, etc.? Y, después de darle todos los informes necesarios, termina pidiendo excusas por haberle predicado. «No, Padre mío, no le predico. Es su ejemplo, es su conversación, es su caridad la que a mí me predica y me dice que confíe en Vd. y que ponga esa Obra entre sus manos.»

Esta carta estaba fechada el 19 de julio, día de San Vicente de Paúl. La respuesta no se dejó esperar. Llegó dos días después. Fueron tres líneas, breves, en estilo telegráfico. Fue un boletín de victoria: «Querido amigo: fundé dos Conferencias, una en el Colegio y otra en la ciudad.»

Ese mismo día de San Vicente de Paúl, tuvo lugar en París la Asamblea general anual de la Sociedad. El presidente, Cornudet, tuvo a su cargo el discurso de orden. Llegado el momento, propuso el mismo señor Cornudet que el discurso fuese reemplazado por la lectura de una carta que acababa de recibir de Ozanam.

«Esta carta —dijo Cornudet— contiene detalles emocionantes y edificantes sobre cierto número de Conferencias de Italia, visitadas por nuestro vicepresidente en estos últimos días. Veamos el final de la misma:

»Lejos de encontrar en ese desarrollo de nuestra Obra un motivo de orgullo, debemos ver en él una ocasión para humillarnos. El césped de los campos se propaga rápidamente, pero no deja por eso de ser pequeño y no porque cubra una gran extensión de terreno le será dado el decir: Yo soy la encina. Nosotros también, al aumentar en número, seguiremos siendo pequeños y débiles y no soñaremos en compararnos con esas instituciones que Dios hizo crecer en su Iglesia como los grandes árboles, para que diesen sombra y frutos. Seamos humildes.

»Advierto diariamente, lo mismo en Italia que en Francia, que nuestras Conferencias logran siempre vencer todos los prejuicios y todas las dificultades. El mundo se yergue siempre contra toda Obra nueva que anuncia grandes proyectos. Pero, ¿quién puede armarse contra unos hombres oscuros que tienen por única pretensión el llevar un pedazo de pan y un poco de consuelo a la buhardilla del pobre?

»Quiera Dios conservarnos siempre la sencillez de nuestro origen y pueda San Vicente de Paúl, bajo ese aspecto, reconocernos por sus discípulos.»

Aquí, como en la Sorbona, sigue Ozanam hasta el fin. En la Universidad dijo a sus discípulos: «Si muero, será sirviéndoos». Igualmente ahora, ya casi expirante, no niega sus últimas fuerzas al servicio de la caridad. Darse a los pobres hasta el martirio, tal había sido el lema de nuestro apóstol cuando contaba apenas veinte años.

El aire de Antignano concedió todavía días gratos al enfermo. Hasta fines de julio, pudo Ozanam todas las tardes pasearse a la orilla del mar, sentándose sobre las rocas para descansar, contemplar, respirar...

Todos los días oía misa en la iglesia que le quedaba cerca. Era una iglesia muy pobre, incrustada en la muralla fortificada que la había protegido en

otros tiempos de los ataques de los sarracenos, azote terrible que con frecuencia devastara esas playas.

Por otro lado, pudo, al fin, Ozanam terminar su *Peregrinación al país del Cid*. Pero, ¡con qué trabajo! Apenas si podía escribir tres líneas seguidas, sin verse obligado a recostarse sobre un sofá. Recibía a muy contados amigos, los Ferruci, por ejemplo, que después habrían de ser conocidos en Francia por la pequeña biografía que sobre su hija Rosa hiciera el P. Perreyve.

Las personas notables del lugar y de sus alrededores solicitaban con empeño entrar en relación con el ilustre francés. Agradecido por esas bondades, Ozanam, sin embargo, rehusaba aquellos homenajes, ya que ni sus fuerzas físicas ni morales le permitían ningún trato social. Pero sí hubo algunas excepciones. Por ejemplo, un día se excusó de recibir a un gran príncipe que vino a visitarlo con grandes campanillas. Y en la tarde de ese mismo día recibió a un joven de Cerdeña, que venía a pie de Liorna, lleno de polvo, a pedirle algunos informes que necesitaba para fundar una Conferencia en su isla. El enfermo lo recibió con alegría y lo retuvo durante dos horas a su lado.

Los pescadores y los aldeanos del lugar le manifestaban también su simpatía, ávidos de conseguir algo con que obsequiar al «piadoso extranjero». Y, junto con los regalos que le traían, le decían dulces y sencillas palabras de amistad compasiva, palabras de esas que la lengua italiana sabe expresar con tanta suavidad. Todo esto lo recibía Ozanam con profundo agradecimiento.

En los primeros días de agosto decayeron notablemente las fuerzas del enfermo. Las piernas, cada día más hinchadas, apenas si podían ya sostenerlo. Sólo con gran esfuerzo, lograba llegar hasta el final del jardín. Avisaron a sus dos hermanos. Carlos, el médico, acudió en seguida. Nadie se hacía ilusiones, ni en París, ni en Liorna, sobre el resultado del combate.

7. Se acercaba el día de la Asunción. La víspera manifestó Ozanam su deseo de ir al día siguiente a oír misa y a comulgar. Quiso ir a pie. «Es, tal vez, el último paseo que haga en este mundo; quiero que sea para visitar a mi Dios y a su Madre.» Y apoyado en la que él llamaba el ángel de su guarda, se puso en marcha.

Los aldeanos, sabedores de su llegada, se habían agrupado cerca de la iglesia, y cuando, pálido, apareció y pasó entre ellos, no hubo uno que no se descubriera y no se inclinase reverente, mientras las mujeres y los niños le hacían la graciosa señal de la mano con la que se acostumbra saludar en el país. Ozanam se sintió profundamente emocionado.

8. El anciano párroco de Antignano, gravemente enfermo también, esperaba la muerte, a la sombra de la iglesia. Pero al saber que Ozanam estaba allí y que pedía un sacerdote que le diese la Comunión, antes de la misa, quiso ser él mismo quien se la diera, y haciéndose levantar del lecho donde yacía, se hizo conducir al altar apoyado en uno de sus acólitos. El otro

moribundo avanzó también, apoyado en el brazo de su esposa, y ambos recibieron La Comunión, que fue la última que aquel anciano sacerdote diera.

Pocos días después, tubo Ozanam la dulce sorpresa de ver llegar a su hermano, el sacerdote, quien no se separó ya más de su lado.

Casi todo el día lo pasaba Ozanam junto al mar, con la mirada fija en el horizonte y ensimismado en sus pensamientos. De noche, se alternaban los dos hermanos para velar a su lado. Una noche lo vio uno de ellos que estaba llorando. «¿Por qué te entristeces?, le dijo abrazándolo—, pronto estaremos en Francia.» «¡Ah!, querido —contestó Ozanam—, no se trata de eso. Es que pienso en mis pecados, por los que Jesucristo padeció dolores tan acerbos, y ¿cómo no quieres que llore?»

Otro día, que también lloraba y decía lo mismo, una voz infantil y dulce le dijo con ternura: «Pero, padre mío, ¿es Vd. acaso tan gran pecador?» A lo que Ozanam contestó con gravedad: «Hija, no sabes cuán grande es la santidad de Dios.»

Ya no podía salir de casa. Pasaba los días recostado en un diván, sin que nada lo distrajesen de sus pensamientos, a no ser la voz de su hijita, que venía de cuando en cuando a hacerle una caricia y a pedirle que la bendijese.

Tenía siempre la Biblia abierta ante él. Entre todos los textos, había algunos que releía continuamente; sobre todo éste: «Señor, me prestasteis este cuerpo. Ningún otro holocausto podría complaceros mejor. Heme aquí, pues. Allá voy. Es vuestra voluntad y yo la haré, Señor.»

Cierta tarde, recostado en la terraza, contemplaba el sol que se ponía entre las aguas del mar. Su mujer, sentada un poco detrás de él, para ocultarle su llanto, se fijó, admirada, en la tranquila placidez de su rostro. Queriendo saber el pensamiento de su marido en esos momentos, le preguntó cuál estimaba ser el mayor entre los dones de Dios. Ozanam, sin titubear, contestó: «La paz del corazón». Luego le explicó que, sin esa paz, no podríamos nunca encontrar la felicidad y que, con ella, se pueden soportar todos los males, aun aquellos que se sufren cuando la muerte se aproxima.

Otro día, en la misma terraza, sentada su esposa junto a él y contemplando ambos la inmensidad del Mediterráneo, cuyas olas, al estrellarse contra las rocas, interrumpían con su quejido el silencio de la tarde, dijo Ozanam a su mujer: «Si algo me consuela de abandonar este mundo antes de haber terminado la Obra que emprendí, es que nunca trabajé por granjearme la alabanza humana, sino únicamente para el servicio de la verdad» (1).

(1) No puedo terminar este capítulo donde Ozanam, en medio de sus sufrimientos, nos edifica de una manera tan admirable, sin dedicar en él un recuerdo a mi hermana Hortensia, en quien vi rasgos tan edificantes durante la larga enfermedad que padeció antes de morir: Privada por esa enfermedad, no diremos de todo gusto porque eso es poco decir, privada casi

de todo alimento, ella encontraba todo su consuelo en la oración. Y rezaba sin cesar.

Yo, que presenciaba aquello, día tras día, le pregunté una vez: «¿Tú no le pides a Dios tu salud?» Esta fue su respuesta: «No, mi Yoya (así me llamaba ella). Vergüenza me daría con Dios el pedirle eso cuando hay tantas cosas grandes que pedir». «¿Y qué le pides tú», insistí yo. «Pues yo le pido continuamente, me respondió ella, el arrepentimiento de los pecadores, la conversión para los infieles, la fuerza para los justos y todo lo que es preciso para que el reino de Cristo se extienda por toda la tierra...» Ella murió viendo la muerte con una serenidad que asombra.

Pero no terminan aquí mis recuerdos. Pasaron los años. No michos, pero no recuerdo cuántos. Por la Prensa supimos aquí, en Caracas, la grave enfermedad con que se vio aquejado el Papa Pío XI, enfermedad que lo condenó a no poder moverse de un sillón no sé por cuánto tiempo. Pío XI, con el rosario y los Salmos en las manos, rezaba sin cesar. Parece que, cierto día —nos relató la Prensa—, le preguntó un cardenal si él le pedía a Dios su salud. La respuesta del Papa fue la siguiente: »Vergüenza me daría con Dios el pedirle mi salud cuando hay tanta cosa importante que pedir...» Insiste el cardenal en preguntarle qué le pedía a Dios en sus largas horas de oración. La respuesta del Papa Pío XI fue ésta: «Pues yo le pido el arrepentimiento de los pecadores, la conversión de los herejes, la perseverancia de los justos y la extensión del reino de Cristo sobre toda la tierra.»

Creo innecesario el decir lo que experimenté ante esa respuesta del Santo Padre. Respuesta por mí ya oída. Pero esta vez brotada de los labios del Padre de la Cristiandad. Iguala todo nivel la religión de Cristo. Y es la misma para el grande y para el pequeño... Pero éste es un recuerdo que ha dejado una huella imborrable en mi corazón.



## CAPITULO XXXI

### REGRESO A FRANCIA

*A través de las sombras que me envuelven  
Guía mis pasos, bienhechora luz.  
La noche es negra; y el hogar muy lejos, Sé mi guía tú.  
Guía mis pasos, mi oración no pide  
Horizontes sin fin.  
Un solo paso no más, un solo paso  
Bastante u para mí.*

Víctor Iriarte, S. J.

1.— Adiós a Antignano 2.— Marsella 3.— Los últimos Sacramentos 4.— Sacrificio mutuo 5.— Muerte de Ozanam 6.— La cripta do los Carmelites 7.— Epitafio.

El mal empeoraba cada día más. El enfermo, ya sin fuerzas, apenas si hablaba. Todos los síntomas anunciaban que el fin estaba próximo. ¿Estaría Ozanam destinado a morir en tierra, extranjera? El había expresado enérgicamente su deseo ardiente de volver a Francia. Decidieron, pues, embarcarlo cuanto antes para Marsella.

1. El último día de agosto fue el señalado para la partida. Mientras el coche esperaba a la puerta, se hizo Ozanam conducir, apoyado en el brazo de su mujer y en el de su hermano, a la azotea del jardín, que tenía vista sobre el mar. Largo rato se quedó contemplándolo. Luego se descubrió y, elevando las manos, dijo en voz alta: «Señor, yo os doy gracias por todos los dolores y por todas las aflicciones que he sufrido en esta casa. Aceptarlos como expiación de mis pecados.»

Transcurrido un minuto, se volvió hacia su mujer y le dijo: «Yo quisiera que tú también bendijeras a Dios por todos nuestros dolores». Y en seguida, con una emoción que no pudo ocultar, tomándola en sus brazos, dijo: «Yo Le bendigo también por los consuelos que tú me has prodigado.»

Pocos momentos después, en compañía de su mujer, de su hija y de sus hermanos, salía Ozanam de la casa de Antignano, de la casa del dolor.

Lo condujeron a bordo, donde permaneció un rato sobre el puente, sentado en un sillón, rodeado de sacerdotes, de religiosas, de amigos y de socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que habían acudido a decirle adiós y muchos a besarle la mano.

Fue preciso abreviar aquella dolorosa despedida. Lo hicieron bajar a su camarote, donde su hermano el sacerdote pasó toda la noche con él.

Al despuntar el día, se detuvo el barco frente a Bastia. Aprovecharon este momento para conducirlo al puente. Extasiado, contempló Ozanam el espectáculo que ofrecían las costas de Italia, que lentamente se iban borrando del horizonte. Pero, al presentarse ante su vista las playas de la Provenza, lleno de emoción y felicidad, bendijo a Dios, que le permitía volver a su Patria.

2. Hubiera querido Ozanam continuar el viaje hasta París, pero no fue posible. Apenas desembarcaron en Marsella, tuvo que guardar cama, en la casa que su familia le había preparado en aquel lugar. Y ya no volvió a levantarse más. Ni siquiera pudo recibir a los socios de las Conferencias, que acudieron a visitarlo llenos de respeto y de ternura.

«Al pisar la tierra de sus antepasados y de sus trabajos —dice el P. Lacordaire— desapareció de su rostro toda huella de dolor. Se veía en su persona una tranquilidad que no pertenecía ni a la vida ni a la muerte, y nada es comparable a la serenidad de alma que se traslucía en su rostro. Hablaba ya muy poco, pero sabía manifestar su afecto a los que lo amaban, con un apretón de mano, una sonrisa o una mirada.»

3. Al sentir la proximidad del fin, pidió él mismo los últimos Sacramentos. Cuando el sacerdote que le asistió le excitaba a confiar, sin temor, en Dios, le dijo: «¡Y cómo le voy a temer, cuando le amo tanto!»



4. Con fervor extraordinario recibió la sagrada Comunión. Después de ese gran acto, se acercó a él la señora Ozanam y, así unidos, con la mano de ella en la mano de él, hicieron juntos su respectivo sacrificio: ella, el sacrificio de su marido; él, el sacrificio de su vida.

5. Amaneció el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen. Durante las primeras horas de ese día no se notó ningún indicio que alarmase a los presentes. Pero, por la tarde, hacia las siete y media, la respiración se hizo fatigosa y luego irregular. En un momento dado abrió los ojos, levantó un poco los brazos y gritó, con voz fuerte: «Dios mío, Dios mío, tened piedad de mí.»

Esas fueron sus últimas palabras. Comenzó la agonía. Su esposa fue la primera en caer de rodillas. Después, hicieron lo mismo todas las personas de la casa. La habitación contigua estaba llena de socios de San Vicente de Paúl, que rezaban de rodillas.

Su hermano sacerdote rezó la recomendación del alma. Cuando la hubo terminado, reinó un profundo silencio, interrumpido tan sólo por los sollozos. Eran las ocho menos diez minutos de la noche. Un largo suspiro se escapó de los labios del moribundo: el último suspiro. Federico Ozanam había entrado en la alegría del Señor.

Sí, Federico Ozanam había muerto. Muerto, a la edad de cuarenta años. El se había dado totalmente a Dios, diciéndole desde lo más profundo de su alma: Ecce venio! ¡Allá voy, Señor!

Lo hemos visto durante un año entero arrastrarse jadeante, de estación en estación, en el largo camino del Calvario. Lo hemos visto —como un hijo herido que busca los brazos de su madre—, sentarse a los pies de Nuestra Señora de Burgos, de Nuestra Señora de Betharan, de Nuestra Señora de Buglosse y de Nuestra Señora de Pisa, para bajar luego al puerto y caer rendido a los pies de Nuestra Señora de la Garde. Allí lo esperaba la Reina de los Cielos para levantarlo de su lecho de muerte y llevarlo consigo a la casa del Padre. Y esto fue el día de su Natividad, el 8 de septiembre de 1853.

Después de un modesto funeral celebrado en Marsella, el cuerpo del difunto fue trasladado a París, donde se celebraron las honras fúnebres, en la iglesia de San Sulpicio, en medio de un inmenso cortejo de sacerdotes, amigos, profesores y miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El cadáver fue colocado provisionalmente en la cripta de la iglesia, esperando que, gracias a la amistad del señor Fortoul, ministro de cultos, se lograra transportarlo a la cripta de la histórica iglesia de los Carmelitas<sup>2</sup>.

6. Allí reposan los restos del que fue Federico Ozanam, defensor amante de la Iglesia y padre amoroso de los pobres. Sobre su tumba se leen estas palabras consoladoras del Evangelio: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?*

La capilla subterránea está dedicada a Jesucristo, vencedor de la muerte, y a su Santísima Madre. Cerca del altar hay una losa de mármol, adornada

---

<sup>22</sup> Sus restos se encuentran en una cripta de la Iglesia de San José des Charmes de los Carmelitas en el Instituto Católico de París.

La causa de su beatificación fue introducida en Roma en el 1953. El 6 de julio de 1993, Su Santidad Juan Pablo II promulgó el Decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, quedando así proclamado "Venerable", "Siervo de Dios".

El 22 de agosto 1997 en el "Décimo Segundo Encuentro Mundial de la Juventud, el Papa Juan Pablo II lo beatifica en la Catedral de Notre Dame en París.

Actualmente la Sociedad de San Vicente de Paúl se encuentra extendida por todas partes con un total de 875,000 miembros repartidos en 46,000 equipos en 130 países de los cinco continentes. (Estadísticas de 1995)

con alegorías que recuerdan las que se ven en las Catacumbas. En esa losa se lee el siguiente epitafio:

OZANAM PIENTISSIMUS ADSERTOR VERI TOTIUS CARITATIS  
VIXIT A.XL.M.IX.D.XVI. DECCESIT DIE VIII SEPT. MDCCCLIII.  
AMALIA CONJUGI CUM QUO VIXIT ANN. XII ET MARIA PATRI  
POSUERUNT. VIVAS IN DEO!

En la capilla superior, dedicada a San José, se lee una segunda inscripción que recuerda los títulos y méritos del insigne cristiano:

A. F. OZANAM VERE CHRISTIANUS, DOCTRINA ET CARITATE  
ORATOR IDEM ET SCRIPTOR EGREGIUS ADSERTOR VERI  
STRENUUS SODALITATI B. VINCENTII CONDENDAE AUCTOR  
INTER PAUCOS PRIMUS  
DICTORUM SCRIPTORUM ET VITAE ELOQUENTIA ANIMOS  
JUVENTUTIS  
AD FIDEM REVOCAVIT.

## CAPITULO XXXII

### SU RECUERDO

*Calló. Y los ángeles de súbito cantaron:  
En Ti, Señor, confié...*

Dante (Purg. cap. 30, 82-83)

1.— Diversos testimonios 2.— Breve de Pío IX 3.— Extranjeros ante la tumba de Ozanam 4.— La obra literaria de Ozanam 5.— La figura de Ozanam en la Sorbona 6.— La Obra de Caridad 7.— Pío IX y las Conferencias 8.— León XIII y las Conferencias 9.— Pío X y las Conferencias 10.— Pío X y Ozanam 11.— Necesidad de la Obra de las Conferencias.

Ozanam había escrito en su testamento: «No os dejéis convencer por los que os digan: está en el cielo. Rogad siempre por aquél que os amó mucho, pero que fue un gran pecador.» Aun cuando el moribundo se expresaba así, no fue esa la opinión de los que lo conocieron. Seguros de su salvación estaban todos y hacia el cielo se elevaban, para buscarlo, los ojos de sus discípulos y de sus amigos.

1. El mismo día de los funerales, ante sus despojos depositados provisionalmente en una sala subterránea de San Sulpicio, el decano de la Facultad de Letras se creyó en el deber de saludar en Ozanam como si estuviese ya en el cielo. Veamos cómo se expresó: «Nuestro consuelo es figurarnos que nos dice con el poeta italiano: No me lloréis, la muerte es el principio de la inmortalidad y, cuando pareció que mis ojos se cerraban, era únicamente que se abrían ante la luz eterna.»

»Podríamos también decir —continúa el decano— que gozó de la felicidad en esta vida transitoria, pero no fue aquí, sino más alto, donde Federico Ozanam puso su esperanza y sólo allí recibirá su recompensa».

El conde de la Villemarque cuenta su dolor y la consternación de toda su familia, al recibir el golpe de la fatal noticia: «Lo único que pude hacer fue pasarle el periódico a mi mujer, quien se puso a sollozar, junto conmigo. Yo tenía para él el afecto de un hermano y lo admiraba como a un maestro» (Keransker, 16 de septiembre de 1853).

Son innumerables las cartas recibidas en esos días, y en todas ellas, sus amigos se lo imaginaban ya en el cielo. «Consagró su vida a la verdad, a la fe y a la caridad», dice uno. Y otro: «Los años de su existencia fueron de una labor tal, que bien puede decirse que fueron dos las vidas que en una vivió.»

León Curnier, dice: «No puedo pensar en Federico sin sentir la necesidad de invocarlo. Lo mismo ahora que durante su vida, aparece ante mi vista siempre rodeado por una brillante aureola de santidad. Me parece verlo en el cielo, al lado de San Vicente de Paúl, del que fue discípulo fidelísimo y, cuando me arrodillo ante un altar, me parece ver su imagen adornando ese altar.»

Sacerdotes eminentes escribieron a la señora Ozanam, dando testimonio del altísimo concepto en que lo tenían. Montalembert expresa su dolor por esa muerte con tiernas y consoladoras palabras, donde se traduce no sólo el afecto que le profesaba, sino también la gran admiración que por él sentía. El P. Perreyve deja escapar ante su tumba gritos de dolor, que son también gritos de entusiasmo y de invocación. Poco después, el mismo P. Perreyve, al pasar por Marsella, visitó la habitación donde Ozanam expiró y allí, de rodillas, oró durante largo tiempo.

He aquí las líneas que, desde Roma, envió un santo religioso de la Compañía de Jesús, el P. Philippe, de Villefort: «Fue un hombre justo en el sentido de la Sagrada Escritura, cuando lo dice de aquellos que pasaron su vida haciendo el bien. Bien le cuadra el título de justo al que, en tan corto tiempo, consumó carrera tan larga y santa.»

En la Asamblea general de la Sociedad de San Vicente de Paúl, se abstuvo su presidente, Adolfo Baudon, de pronunciar el panegírico de su primer fundador, ya que todo elogio hubiera sido contrario tanto a la tradición como al espíritu de la Sociedad. Se abstuvo de hacer el panegírico, pero no sin declarar que creía así respetar el ideal de humildad que Ozanam había siempre deseado para su Obra, y creyendo que de esa manera presentaba a su fundador el más grande homenaje que le pudiera tributar.

Tres meses después, en la Asamblea del 8 de diciembre, Cornudet, su presidente, pronunció un discurso, lleno de fe, en el cual pondera en su justo valer las virtudes de Ozanam, al mismo tiempo que llora la orfandad de la Sociedad, que perdió con él su más seguro guía y su más perfecto modelo.

Francisco Lallier declara que la muerte de Ozanam cambió completamente el curso de sus ideas y que lo mismo que antes hizo, lo hizo después, pero de manera diferente.

En una sesión solemne de la Academia Francesa, Guizot, a pesar de ser protestante, olvidando las repetidas veces que Ozanam lo combatió, se detiene, respetuoso y emocionado, ante aquél a quien así califica: «Modelo del hombre de Letras cristiano, amigo ardiente de la ciencia y firme campeón de la fe, sometido con dulzura a los rudos golpes con que la muerte lo abordara, arrebatándole las más puras alegrías de la vida a aquél que, si ciertamente estaba tan apto para gozar del cielo, lo estaba también para gozar aquí abajo de la gloria».

Cuando, en 1866, se lanzaron al público las cartas de Ozanam, se dejó oír con más fuerza este mismo concierto, pero esta vez tenía un acento más religioso aún. Mgr. Platier, obispo de Nimes, saluda en él «al ángel de la

caridad, al atleta de la fe» y lo llama santo. El Cardenal de Burdeos admira «el resplandor que despedía aquel astro de santidad, que acababa de ocultarse a los ojos de los vivos».

2. Pero antes de repetir lo dicho por los príncipes de la Iglesia, hubiéramos debido inclinarnos y recoger la palabra de consuelo y de esperanza, con que el Soberano Pontífice Pío IX, recordando a su amado hijo de 1847, se dirigió a la joven viuda, su amada hija en Jesucristo, en un Breve del 19 de noviembre de 1853: «Al tener conocimiento de la muerte prematura de vuestro insigne esposo, tenemos una profunda tristeza y vuestra carta que recibimos el 20 de octubre pasado, vino a renovar Nuestro dolor. Pero justamente todo lo que Nos recordáis del celo y de la abnegación de vuestro querido difunto por Nuestra santa religión, Nos reafirma en la esperanza de su salvación. No por eso dejamos, sin embargo, de socorrerlo con Nuestras oraciones a los pies del Señor de las misericordias.»

3. Muchas veces se ven en París a extranjeros ilustres, obispos, personajes eclesiásticos o seculares, que solicitan el favor de visitar la sepultura del fundador de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Vienen unos de América: Estados Unidos, Canadá, Argentina, México, Venezuela y de todas las partes del mundo. Algunos colocan flores al pie de su modesto monumento. Otros ofrecen una limosna para el sostenimiento de su tumba. Y lo que todos recuerdan y ninguno olvida de esa peregrinación, son las palabras que sobre el mármol han leído y que son las mismas que dijera los ángeles a las angustiadas mujeres que buscaban el cadáver de Cristo: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?*

Ozanam, al abandonar este mundo, dejó dos obras: su obra literaria y su obra de caridad. ¿Qué resultó de esas dos obras después de su desaparición?

4. Su obra literaria, la Historia de la civilización por el cristianismo, obra tan sabiamente elaborada en sus lecciones y tan magníficamente inaugurada por la publicación de su Germania, se vio después fatalmente condenada al descanso por su enfermedad, no quedando de ella, cuando llegó la muerte, más que unos bosquejos formados por sus notas y por sus lecciones tomadas en taquigrafía. Bosquejos muchas veces brillantes, como salidos de aquella pluma privilegiada, cuyos trazos podían causar la envidia de los más hábiles pintores.

Sus amigos, maestros y discípulos, hicieron suya esa obra inconclusa, y unos por amor a la religión, otros por el recuerdo del autor, se esforzaron todos en reconstruir, aunque sólo fuese el pórtico de aquel soberbio monumento, cuyos primeros capítulos habían ya visto la luz en el «Correspondant».

Puede decirse que fue una obra colectiva: Ampère, quien tomó la iniciativa, se encargó de la dirección y realizó la mayor parte de esa labor. Los Padres Noirot y Maret, y los señores Montalembert, Lenormant, Miguet y Henrich, se unieron a Ampère para desempeñar cada uno su parte según la esfera de sus conocimientos.

Un mes después de la muerte de Ozanam, en octubre de 1853, apareció ya el último de sus trabajos: *Una peregrinación al país del Cid*. Iba precedido de una sentida recomendación del señor Hipólito Rigault.

Esa misma pluma anunciaba, poco después, la próxima publicación de las *Obras completas*, publicación que, debía efectuarse por deseo de la ciudad de Lyon, que costearía los gastos mediante una suscripción pública, debiendo encargarse de su ejecución las plumas más egregias de la Academia. En efecto, apareció esta obra en 1855, precedida de un prólogo de Ampère, donde explicaba éste el orden de la *Historia literaria en tiempo de los bárbaros*, según el plan trazado por el mismo Ozanam, partiendo del *Siglo V* y de su *Germania*, para terminar con *Francisco de Asís* y el *Dante en el siglo XIII*, pasando por una laguna de diez siglos, que quedaron sin explorar. El explorador habla caído en la primera etapa.

El 28 de agosto de 1856, concedió la Academia Francesa a esta obra, así reconstruida, el premio de 3.000 francos que había sido creado por Bordin para premiar una obra de «alta literatura». Bajo ese título, obtuvo ese premio el trabajo de Ozanam, habiendo sido declarado, por mayoría de votos, superior a los demás. Algo insólito y conmovedor resultó la entrega de ese premio a la joven viuda y a la pequeña huérfana del difunto autor.

5. Vemos, pues, a qué altura llegó la gloria literaria de Ozanam. Pero, a pesar de ser grande, por haber introducido por primera vez, en la Sorbona, las afirmaciones católicas, más presente está su figura en la imaginación que sus obras en la memoria, aunque esas obras se siguen citando, después de haber pasado un siglo. Y sirve esa figura de Ozanam en la Sorbona para tranquilizar a los tímidos, que temen hallar en la ciencia un enemigo de la fe o en la fe un obstáculo para la enseñanza, ya que no hay argumento más convincente que la evocación de Ozanam, «modelo de literato cristiano», según la expresión ya dicha de Guizot.

6. Pero, por encima de esa gloria literaria, resplandece otra, que es mayor: la que nació en el modesto y oscuro local cedido por M. Bailly para aquella reunión de la primera Conferencia. Sí, repetidas veces, hemos visto comparada la obra literaria de Ozanam a un soberbio edificio, y mil veces se ha comparado su obra de caridad a un árbol fecundo. La primera, trabajo del hombre, quedó interrumpida al faltar el hombre. La segunda, el árbol, la planta que lleva en sí misma el germen de Dios, que Dios en ella colocó, no cesará de crecer cuando ya no esté presente quien la plantó.

Y tanto ha crecido, que el que recorra el primer siglo de su actividad, se quedará asombrado al contemplar el bien eficaz realizado por la Obra en todas sus fases.

Sí, en todas sus fases, porque las obras de la Sociedad de San Vicente de Paúl son innumerables. No lo hemos recalcado suficientemente en este libro. Ya es tiempo de enumerarlas. La enumeración habrá de ser larga:

Al principio, aquellos jóvenes estudiantes, deseosos de practicar el bien, se propusieron tan sólo el visitar al pobre y sólo Dios conoce todo lo que el



pobre debe a esas visitas. Pero bien sabido tenemos que, por un fenómeno natural de la caridad, al practicarla, el que da, recibe. Y así, aquellos jóvenes, al entrar en contacto con la miseria, sintieron sus corazones desbordados por nuevos sentimientos, que eclipsaron en mucho las primeras resoluciones.

Sí. Ante un estado social que más bien parece una fábrica de pauperismo, empezó Ozanam primero por rebelarse. Luego se aguzaron sus susceptibilidades de justicia y con una voz de profunda convicción, exclamó: «¡La limosna no basta!» Y, por eso, desde entonces, comenzó la Sociedad a fundar todo lo que pudiera contribuir a mejorar la condición del infeliz. Y son casas-cunas, y asilos, y patronatos, y casas de adopción y de formación de huérfanos, y de protección para los desamparados. Casas de instrucción para los saboyanos y para los aprendices y para los hijos de los artesanos. Y roperos, y Cajas de Ahorro, y dispensarios, y socorros médicos, y socorros judiciales. Y son círculos y centros de recreo, y premios, y bibliotecas, y catecismos, y salas de lectura. En fin, es una Sociedad que se ocupa de la familia, de la casa, del trabajo, del matrimonio, de los negocios, de los enfermos, de la muerte, del entierro y de todo lo que el pobre necesite.

Y tenemos que continuar la larga lista, ya que no hemos nombrado la Obra de los militares, la de los pobres vergonzantes, la de los presos, la de los viajeros y repatriados, la del secretariado del pobre, la de los aguinaldos del pobre, etc., etc. Y toda obra moral, civilizadora, reguladora. Toda obra que contribuya al beneficio del necesitado.

Sí. La Obra de San Vicente de Paúl, tal como la concibió Ozanam, tal como la fundó, tal como ha funcionado hasta ahora, no es una Obra particular. Es la Obra general de la caridad. La Sociedad de San Vicente de Paúl es la madre inagotablemente fecunda de todas las obras de caridad. El pobre es el objeto de su vida. El pobre, en quien ve a los primogénitos de la Iglesia. El pobre, a quien deberán tratar los que no son pobres con el respeto con que el servidor atiende a su señor, ya que en el pobre debe únicamente ver la figura del Señor de los señores, Jesús, envolviendo así el vicentino la visita al pobre con el emocionante aspecto de una verdadera liturgia.

Y de la misma manera que la Obra de San Vicente de Paúl abraza la universalidad de las obras de caridad, se extiende también por toda la tierra. Ozanam lo predijo así.

7. Apenas habían transcurrido quince meses de su muerte, cuando, en diciembre de 1854, habiéndose dirigido a Roma una delegación de cuatrocientos miembros de las Conferencias, con ocasión de las solemnidades de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción, el presidente general, que formaba parte de la delegación, hizo constar en una memoria presentada a Pío IX, durante la audiencia que concedió a los vicentinos, que en el espacio de veintidós años, la Sociedad había visto surgir 1.532 Conferencias, conformes todas con el espíritu de su glorioso patrono y diseminadas por veintinueve Estados diferentes. Hizo constar también que eran 50.000 el número de familias que esas Conferencias visitaban y asistían y que el presupuesto de la Sociedad que, en el primer año de su vida, fue de

2.500 francos, ascendía, en esa fecha de 1854, a la cantidad de 2.500.000 francos. Dijo también que había Conferencias en Francia, en Bélgica, en Italia, en Inglaterra, Alemania, los Países Bajos... Dijo, en fin, que exceptuando a Rusia, las había en todos los países de Europa.

Y, ante los ojos de Pío IX, asombrado, presentó la admirable organización y el no menos admirable funcionamiento de esa Obra con la variedad de sus servicios. Le enumeró los innumerables frutos de salvación que, por todas partes, cosechaba la Obra, gracias al espíritu que la animaba y debido a su vez a los ejercicios espirituales, que como una hoguera, inflamaba el celo en el corazón de los socios.

Entonces, Pío IX, lleno de entusiasmo, se puso de pie para animar a aquellos nuevos apóstoles de la caridad de Cristo, a continuar realizando la misma misión que a los primeros doce les fuera confiada: Obra de evangelización que habrá de realizar milagros, curando los leprosos, llevando la luz a los ciegos, hablando a los sordos y resucitando a los muertos. Evangelización que habrá de realizarse más por las obras que por la palabra. Veamos cómo terminó el Papa aquella alocución:

«Hijos míos, hijos míos; os consagro caballeros en Jesucristo. El mundo ya no cree en la predicación. Pero todavía cree en la caridad. Marchad y conquistad el mundo por medio del amor al pobre.»

Veintinueve años más tarde, en mayo de 1883, celebró la Sociedad el cincuentenario de su fundación. Señalaremos tan sólo dos hechos, que podrían darnos testimonio del desarrollo alcanzado por la Sociedad en aquella época. El primero, que el Boletín de las Conferencias se editaba ya, para esa fecha, en siete lenguas diferentes: en francés, inglés, alemán, flamenco, italiano, holandés y español. Prueba evidente de que ante la caridad habían desaparecido las fronteras.

El segundo hecho es que el presupuesto de la Obra, que en 1854, era de 2.500.000 francos, había ascendido, en primero de enero de 1883, según el informe que del año anterior se leyó ese día en la Asamblea general, a la respetable suma de 9.000.000 de francos. Prueba también evidente de que la caridad iba invadiendo al mundo.

En la celebración de ese cincuentenario, no estaba presente Ozanam. Pero allí estaban, representándolo y recordándolo, Lallier y Le Taillandier. Muchos de los socios se acercaron a ellos para besarles la mano.

El día de la clausura de estas festividades, presentó el cardenal Guibert el decreto por el cual León XIII declaraba a San Vicente de Paúl patrono de las obras de caridad de la Iglesia católica.

8. Al año siguiente, en un acto más solemne todavía, proclamó el Santo Padre *urbi et orbi* la confianza particular que la Iglesia y su Jefe Supremo tenían depositada en la vasta Sociedad de caridad, cuya acción saludable venía a ser como un baluarte contra las doctrinas nefastas de la época. He aquí lo que dice la Encíclica:

«No sabríamos, amados hermanos, pasar en silencio la Sociedad de San Vicente de Paúl, que ha dado ejemplos tan admirables y que tanto ha merecido de las clases proletarias. Suficientemente conocidas son sus obras y el fin que esa Sociedad se propone. Los esfuerzos de sus socios tienden únicamente a la entrega de sus personas al socorro del pobre y del desgraciado, mediante una iniciativa de caridad. Y esto lo efectúan con una admirable sagacidad, al mismo tiempo que con una modestia no menos admirable. Pero mientras más esconde el bien que hace esta Sociedad, resulta cada vez más apta para la práctica de la caridad cristiana y para el alivio de las miserias del hombre». Tales son las palabras con las que el Santo Padre León XIII recomendó al mundo la Obra de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

En fecha más reciente, el 11 de abril de 1909, coincidió una peregrinación de las Conferencias de San Vicente de Paúl a Roma con las solemnidades que allí se celebraban por la beatificación de Juana de Arco. Y *l'Osservatore Romano*, órgano oficioso del Vaticano, no tuvo inconveniente en asociar al nombre de la Beata el nombre de Ozanam, bajo este título colectivo y radiante: «Después de cien años: Juana de Arco, Federico Ozanam».

Y decía *l'Osservatore*: «No ha sido por fortuita coincidencia el encontrarse ligadas las fiestas de la bienaventurada Juana de Arco con el próximo centenario del nacimiento de Federico Ozanam, uno de los héroes y apóstoles de la caridad en Francia. Un lazo íntimo une las dos solemnidades de esos dos gloriosos hijos de la Iglesia, etc.»

El Boletín de la Sociedad levantó un acta haciendo constar esas sugerencias de *l'Osservatore*. «Creemos que es la primera vez que nuestro venerado fundador se encuentra puesto en paralelo con un bienaventurado que tiene su puesto en los altares. ¿Podremos ver en eso el presagio de una gloria más alta y más pura que la de la fama terrestre que nadie le regatea?»

9. Y el 16 de abril de ese mismo año, el mismo Soberano Pontífice Pío X asoció el nombre de Ozanam con el de San Vicente de Paúl, al referirse a una Obra que el Papa estima casi como gemela de la gran familia religiosa que el gran Santo fundara. Su Santidad habló así:

«Vicente de Paúl, cuya fama era ya imperecedera por la Congregación de los venerables Padres de las Misiones y por las incomparables Hijas de la Caridad, sobrevive en nuestros días también por la admirable Institución de las Conferencias, heredera de la fe que ese Santo profesó en la tierra, de su caridad y de su espíritu apostólico. Generación nueva, posteridad inesperada e innumerable que ha llevado a todas partes frutos de bendición. El grano de mostaza, sembrado en 1833 por Ozanam, es hoy un árbol gigantesco que extiende sus ramas por el mundo entero y que se ha convertido en el refugio donde encuentra su amparo el neófito y donde también lo encuentran todas las miserias de la tierra.»

10. Y hubo más. Tenemos todavía otra palabra salida de los mismos labios augustos para declarar, aún con mayor evidencia, el parentesco espiritual que une a los dos apóstoles de la caridad:

Fue por ese mismo tiempo. El Rvdo. Mgr. Blenk, arzobispo de Nueva Orleans, acababa de dar cuenta a Pío X de las obras llevadas a cabo en la diócesis de Luisiana por la Sociedad de San Vicente de Paúl. Entonces exclamó Su Santidad: «¡Oh!, sí; así es como debe manifestarse el espíritu de San Vicente de Paúl y del gran fundador Ozanam. Así es como se conquistará el corazón del pueblo y se le conducirá a Dios.»

Luego, habiéndole pedido el Obispo que rogase para que las Conferencias se extendiesen por todo el mundo: «Esa es mi oración continua —dijo el Santo Padre—. El deseo más ardiente de mi corazón es el ver a la Sociedad de San Vicente de Paúl llevando hasta los confines del mundo el espíritu y la vida de Ozanam, que es la vida del gran apóstol de la caridad, San Vicente de Paúl, la cual es, a su vez, la vida del Divino Salvador»... Recojamos religiosamente esta palabra. Un rayo de luz se escapa de ella... ¿Será el preludio de una aurora?...

Una de las mayores gracias concedidas por Dios a esta Sociedad, fundada por Ozanam sobre la piedra de la ortodoxia, es el haberse conservado siempre firme en su fe a la verdad integral, a través de todas las sendas tortuosas por donde ha tenido que traficar y donde muchos otros espíritus se han descarriado y perdido. Cada vez que Roma ha hablado, ella ha sabido inclinarse reverente, como se inclinó San Vicente de Paúl y como supo inclinarse Ozanam. Sabe, por lo tanto, la Iglesia que puede contar con ella y con ella cuenta.

11. Y nunca fue esta Sociedad más necesaria que en esta hora presente, con sus desgracias y desastres que le son peculiares. Porque no hay otra Sociedad que, como ella, responda al grito de nuestras necesidades y de nuestras innumerables desgracias:

¿Es la hora de la lucha de clases, la lucha entre el rico y el pobre? Ella los reconcilia en la justicia y la caridad.

¿Es la hora de la desunión? Ella fomenta la unión. ¿Es la hora del odio?... Sí. Es la hora del odio. Pero es también la hora del amor, ya que el mundo, ahído de odio, es un hambriento de paz. Y encaja aquí, como en su puesto, la frase inspirada y bellísima en la que el Padre de la Cristiandad recuerda que «la alada mensajera no traerá la paz universal de los individuos ni de las naciones, si no puede cortar y traer consigo el verde ramo de oliva, árbol de unción que, para crecer y dar frutos, requiere el suelo de la caridad» (Pío XII).

Dicen que es la hora de las democracias... Nadie ha hecho por el pueblo lo que la Obra de Ozanam ha hecho y hace. Ella lo conoce. Ella lo comprende mejor que nadie. Ella lo ama como nadie lo amó. Ella se ha acercado a él como nadie más lo ha hecho.

Es la hora de la libertad —dicen otros—. Pues bien, ¿qué queréis?... ¿Obras seculares? Esta lo es. Dicen también que ésta es la hora de la igualdad. Habéis pronunciado la palabra exacta. Las Conferencias de San Vicente de Paúl han consumado la igualdad. Ella se ha bajado hasta el pobre, por la humildad. Y ha elevado al pobre hasta Dios, por la caridad. Es

la hora de la fraternidad... Fijaos bien. Esta Obra está compuesta por miembros que se llaman entre sí hermanos, y los hermanos preferidos, entre todos, son los pobres.

Es, finalmente, la hora de la Acción Católica. Es la hora del apostolado. Ninguna acción más eficaz para extender el Reino de Cristo en la tierra que la acción de la caridad. No hay que olvidar que las obras hablan más fuerte que las palabras. Ningún apostolado más eficaz que aquél que con sus obras predica lo que el mismo Cristo ordenó, lo que el mismo Cristo practicó.

Sí. Esta Obra responde a una necesidad material y moral. Pero responde, por encima de todo, a una imperiosa necesidad religiosa: *«La religión pura e inmaculada ante Dios —dice el Apóstol Santiago—, es ésta: visitar a los pobres, a los huérfanos y a las viudas en su tribulación, y preservarse de la mancha del siglo. Amar a Dios sobre todas las cosas, ése es el primer Mandamiento. Y amar al prójimo como á sí mismo, ése es el segundo y semejante al primero. Ahí tenéis la ley.»*

Y ¿no es ésa la ley, el objeto y el fin de la Sociedad de San Vicente de Paúl? Por lo tanto, coloquémonos en sus filas. Tomemos parte en sus obras. Vayamos a ella, porque ella va al pobre. Porque ella va a Dios. Porque ella conduce a Dios. Porque ella nos hace semejantes a Dios.

## EPÍLOGO

*A lo cual los justos le respondería diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber?... ¿Cuándo te hallamos peregrino y te hospedamos: desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte?... Y el Rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo: siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. (Mateo 25, 37-41)*

Ese Dante tan admirado por Ozanam, tiene un momento sublime cuando pone en boca de Beatriz aquellas palabras profundas, que bien merecen especial atención:

«Temer si dee di sole quepa cose  
ch'hanno potenza di fare altrui male;  
dell'altre no, che non son paurose» (Inf c.II-88).

*Tener debemos tan sólo aquellas cosas que tengan poder para hacer daño al prójimo; lo demás no, pues no es temible.*

Pero si esas palabras son sublimes, como en realidad lo son; si merecen atención, como en realidad la merecen, ¿qué diremos de la vida de Ozanam, de ese hombre que, con sus obras, cantó un poema que supera, en mucho, el sublime ideal que de la caridad se forjara el altísimo poeta florentino?... Porque la vida de Ozanam señala no sólo el temor que debe sentir todo aquél que con voluntad infiere un daño al prójimo, sino el deber imperioso que nos obliga a remediar los males del necesitado y a consolar las penas del que sufre.

Ozanam, aquella alma comprensiva, que se impuso la tarea de aliviar el recio yugo de los oprimidos, nos grita con su vida que la caridad no es facultativa, sino que es obligatoria, que el mundo no es patrimonio de los unos con detrimento de los otros, que urge «que los bienes creados por Dios para todos los hombres, lleguen con equidad a todos los hombres, según los principios de la justicia y de la verdadera caridad» (Pío XII).

Nos enseña también Ozanam que debemos temblar ante la voz que un día —¡ay!, voz que ese día será implacable—, habrá de reclamarnos la parte que tuvimos en el destino de nuestro hermano.

Y, con sus afanes y desvelos, nos dice Ozanam que no creamos que semejantes palabras irán tan sólo dirigidas al que tenga sus manos teñidas con la sangre del hermano, al que le haya mancillado su honor... No basta no haber herido. No basta no haber manchado. Podrán nuestras manos estar limpias de la sangre fratricida; pero no basta. Preciso es que esas manos hayan sido báculo para el débil y sostén para el desvalido y ternura para el que sufre.

Podrán nuestros labios estar limpios de todo mal decir, pero no basta. Preciso es que esos labios hayan sabido prodigar palabras de consuelo. Preciso es que hayan sabido defender la suerte del oprimido. Preciso es que hayan logrado que el que llora, sonría.

Y no sólo nos dice Ozanam que debemos temblar ante el bien que omitimos. Nos dice además con su testimonio de vida que el pobre es nuestra bendición, que el pobre es también un cordero inmolado que borra los pecados del mundo. Nos dice que el dolor del pobre se eleva al Cielo cual perfume propiciatorio de un perpetuo holocausto. Nos dice que el que da, recibe. Sí... La caridad es algo sagrado que deberíamos practicar de rodillas y las palabras *Señor, yo no soy digno* deberían brotar de nuestros labios y estar grabadas en nuestro corazón.

Y Ozanam nos recuerda con su vida lo que ya nos dijo Aquél que nunca mintió. Aquél que, en tiempo de Tiberio, pasó hambre de pan y padeció hambre de amor. Aquél que conoció la sed del agua y a quien la sed de justicia atormentó. Aquél que sufrió la tristeza y a quien ninguno consoló. Aquél que quiso contarse entre los últimos, siendo el Mayor.

Sí. Ozanam nos recuerda que, en el supremo día, se erguirán, ante todos, esos pequeños a los ojos del mundo, que son imágenes de Cristo. Se erguirán los que hoy inspiran asco a los que, en el mundo, se creen grandes. Esos brazos, acostumbrados a mendigar, se extenderán entonces hacia nosotros, pero ya no en actitud de pedir, sino como quien sabe que puede condenar y puede redimir. Y serán esos brazos de los pequeños a los ojos del mundo, los que, al señalar al Juez Supremo, nos dirán: Ahí está el Señor, que dijo que, mientras uno tuviera pan, ninguno podría padecer hambre.

Ojalá merezcan nuestras buenas obras que se abran ante nosotros las puertas del Paraíso, por estas palabras redentoras: Nosotros nunca tuvimos hambre, ni corporal ni espiritual, ya que, por ellos, tuvimos pan.

# BEATIFICACIÓN DE FEDERICO OZANAM

## *HOMILÍA DEL PAPA JUAN PABLO II*

XII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD *París,*

*viernes 22 de agosto de 1997*



1. *“El amor es de Dios”* (1 Jn 4, 7). El evangelio de hoy nos presenta la figura del buen samaritano. Con esta parábola, Cristo quiere mostrar a sus oyentes quién es el prójimo citado en el principal mandamiento de la Ley divina: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27). Un doctor de la Ley le preguntó qué debía hacer para alcanzar la vida eterna: encontró en esas palabras la respuesta decisiva. Sabía que el amor a Dios y al prójimo es el primero y el más grande de los mandamientos. A pesar de ello, le pregunta: “Y ¿quién es mi prójimo?” (Lc 10, 29).

Es significativo que Jesús ponga a un samaritano como ejemplo para responder a esa pregunta. En efecto, los judíos no tenían en gran estima a los samaritanos. Además, Cristo compara la conducta de este hombre con la de un sacerdote y la de un levita, que vieron al hombre herido por los salteadores medio muerto en el camino y siguieron de largo, sin auxiliarle. Por el contrario, el samaritano, al ver al hombre sufriendo, “tuvo compasión” (Lc 10, 33); su compasión lo impulsó a realizar varias acciones. Ante todo, vendó sus heridas; después lo llevó a una posada para cuidar de él; y, antes de irse, dio al posadero dinero suficiente para que se ocupara de él (cf. Lc 10, 34-35). El ejemplo es elocuente. El doctor de la Ley recibe una respuesta clara a su pregunta: ¿quién es mi prójimo?



El prójimo es todo ser humano, sin excepción. Es inútil preguntarle su nacionalidad, su pertenencia social o religiosa. Si necesita ayuda, hay que ayudarlo. Esto es lo que exige la primera y más grande Ley divina, la ley del amor a Dios y al prójimo.

Fiel a este mandamiento del Señor, Federico Ozanam creyó en el amor, en el amor que Dios tiene a los hombres. Él mismo se sintió llamado a amar, dando ejemplo de un gran amor a Dios y a los demás. Salía al encuentro de todos los que tenían mayor necesidad de ser amados que los demás, a quienes Dios Amor sólo podía revelarse efectivamente mediante el amor de otra persona. Ozanam descubrió en eso su vocación, y vio el camino al que Cristo lo llamaba. Allí encontró su camino hacia la santidad. Y lo recorrió con determinación.

2. “El amor es de Dios”. El amor del hombre tiene su fuente en la ley de Dios; lo muestra la primera lectura, tomada del Antiguo Testamento. Encontramos en ella una descripción detallada de los actos de amor al prójimo. Es como una preparación bíblica para la parábola del buen samaritano.

La segunda lectura, tomada de la primera carta de san Juan, desarrolla lo que significa la expresión “el amor es de Dios”. El Apóstol escribe a sus discípulos: “Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4, 7-8). Estas palabras del Apóstol son verdaderamente el centro de la Revelación, el coronamiento al que nos lleva todo lo que se halla escrito en los evangelios y en las cartas apostólicas. San Juan prosigue: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). La redención de los pecados manifiesta el amor que nos tiene el Hijo de Dios hecho hombre. Entonces, el amor al prójimo, el amor al hombre, ya no es sólo un mandamiento. Es una exigencia que brota de la experiencia vivida del amor a Dios. Por eso san Juan puede escribir: “Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4, 11).

La enseñanza de la carta de Juan prosigue; a continuación el Apóstol escribe: “A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Jn 4, 12-13). Por tanto, el amor es la fuente del conocimiento. Si, por una parte, el conocimiento es una condición del amor, por otra, el amor amplía el conocimiento. Si permanecemos en el amor, tenemos la certeza de la acción del Espíritu Santo, que nos hace participar en el amor redentor del Hijo, a quien el Padre envió para la salvación del mundo. Conociendo a Cristo como Hijo

de Dios, permanecemos en él y, por él, permanecemos en Dios. Por los méritos de Cristo, hemos creído en el amor, conocemos el amor que Dios nos tiene, sabemos que Dios es amor (cf. 1 Jn 4, 16). Este conocimiento mediante el amor es, en cierto modo, la piedra angular de toda la vida espiritual del cristiano. “Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

3. En el marco de la Jornada mundial de la juventud, que tiene lugar este año en París, procedo hoy a la beatificación de Federico Ozanam. Saludo cordialmente al señor cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, ciudad donde se encuentra la tumba del nuevo beato. Me alegra también la presencia en este acontecimiento de los cardenales y de obispos de numerosos países. Saludo con afecto a los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl, que han venido de todo el mundo para la beatificación de su principal fundador, así como a los representantes de la gran familia espiritual heredera del espíritu de san Vicente. Los vínculos entre los vicentinos fueron privilegiados desde los orígenes de la Sociedad, puesto que fue una Hija de la Caridad, sor Rosalie Rendu, quien guió al joven Federico Ozanam y a sus compañeros hacia los pobres del barrio Mouffetard de París. Queridos discípulos de san Vicente de Paúl, os invito a unir vuestras fuerzas para que, como deseaba vuestro fundador, los pobres sean cada vez más amados y servidos, y Jesucristo sea honrado en ellos.

4. Federico Ozanam amaba a todos los necesitados. Desde su juventud, tomó conciencia de que no bastaba hablar de la caridad y de la misión de la Iglesia en el mundo: esto debía traducirse en un compromiso efectivo de los cristianos al servicio de los pobres. Así, coincidía con la intuición de san Vicente: “Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea con el esfuerzo de nuestros brazos y con el sudor de nuestra frente” (*san Vicente de Paúl*, XI, 40). Para manifestarlo concretamente, a la edad de 20 años, con un grupo de amigos, creó las Conferencias de San Vicente de Paúl, cuya finalidad era la ayuda a los más pobres, con un espíritu de servicio y comunión. Muy pronto, esas Conferencias se difundieron fuera de Francia, en todos los países de Europa y del mundo. Yo mismo, cuando era estudiante, antes de la segunda guerra mundial, formé parte de una de ellas.

Desde entonces, el amor a los más miserables, a aquellos de quienes nadie se ocupa, está en el centro de la vida y de las preocupaciones de Federico Ozanam. Hablando de esos hombres y mujeres, escribe: «Deberíamos caer a sus pies y decirles con el Apóstol: “*Tu es Dominus meus*”. Vosotros sois nuestros señores y nosotros seremos vuestros servidores; vosotros sois para nosotros las imágenes sagradas del Dios a quien no vemos y, no sabiéndolo amar de otro modo, lo amamos en vosotros» (*A Louis Janmot*).

5. Él observa la situación real de los pobres y busca un compromiso cada vez más eficaz para ayudarles a crecer en humanidad. Comprende que la caridad debe impulsar a trabajar para corregir las injusticias. La caridad y la justicia están unidas. Tiene la valentía clarividente de un compromiso social y político de primer plano, en una época agitada de la vida de su país, ya que ninguna sociedad puede aceptar la miseria como una fatalidad, sin que se hiera su honor. Así, podemos considerarlo un precursor de la doctrina social de la Iglesia, que el Papa León XIII desarrolló algunos años más tarde en la encíclica *Rerum novarum*.

Frente a las formas de pobreza que agobian a tantos hombres y mujeres, la caridad es un signo profético del compromiso del cristiano en el seguimiento de Cristo. Por tanto, invito a los laicos, y particularmente a los jóvenes, a dar prueba de valentía y de imaginación, para trabajar en la edificación de sociedades más fraternas, donde se reconozca la dignidad de los más necesitados y se encuentren los medios para una existencia digna. Con la humildad y la confianza ilimitada en la Providencia que caracterizaban a Federico Ozanam, tened la audacia de compartir los bienes materiales y espirituales con quienes viven en la miseria.

6. El beato Federico Ozanam, apóstol de la caridad, esposo y padre de familia ejemplar, gran figura del laicado católico del siglo XIX, fue un universitario que desempeñó un papel importante en el movimiento de las ideas de su tiempo. Estudiante, profesor eminente primero en Lyon y luego en París, en la Sorbona, aspira ante todo a la búsqueda y la comunicación de la verdad, en la serenidad y el respeto a las convicciones de quienes no compartían las suyas. “Aprendamos a defender nuestras convicciones, sin odiar a nuestros adversarios — escribía—; a amar a quienes piensan de un modo diferente del nuestro (...). Quejémonos menos de nuestro tiempo y más de nosotros mismos” (*Cartas*, 9 de abril de 1851). Con la valentía del creyente, denunciando todo egoísmo, participa activamente en la renovación de la presencia y de la acción de la Iglesia en la sociedad de su época. Es conocido también su papel en la institución de las Conferencias de Cuaresma en esta catedral de Notre Dame de París, con el objetivo de permitir que los jóvenes reciban una enseñanza religiosa renovada frente a las grandes cuestiones que interpelan su fe. Federico Ozanam, hombre de pensamiento y de acción, sigue siendo para los universitarios de nuestro tiempo, para los profesores y los alumnos, un modelo de compromiso valiente, capaz de hacer oír una palabra libre y exigente en la búsqueda de la verdad y en la defensa de la dignidad de toda persona humana. ¡Que sea también para ellos una llamada a la santidad!

7. La Iglesia confirma hoy la opción de vida cristiana hecha por Ozanam, así como el camino que emprendió. Ella le dice: Federico, tu camino ha sido verdaderamente el camino de la santidad. Han pasado más de cien

años, y este es el momento oportuno para redescubrir ese camino. Es necesario que todos estos jóvenes, más o menos de tu edad, que se han reunido en gran número en París, procedentes de todos los países de Europa y del mundo, reconozcan que ese camino es también el suyo. Es preciso que comprendan que, si quieren ser cristianos auténticos, deben seguir ese mismo camino. Que abran más los ojos de su alma ante las necesidades, tan numerosas, de los hombres de hoy. Que afronten esas necesidades como desafíos. Cristo los llama a cada uno por su nombre, para que cada uno pueda decir: ¡éste es mi camino! En las opciones que hagan, tu santidad, Federico, será particularmente confirmada. Y tu alegría será grande. Tú, que ya ves con tus ojos a Aquel que es amor, sé también un guía en todos los caminos que estos jóvenes elijan, siguiendo hoy tu ejemplo.

